

EL NATURALISTA ANDREW MAYNE

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

EL NATURALISTA

EL NATURALISTA

ANDREW
MAYNE

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

amazon crossing 

Título original: *The Naturalist*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2017

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Agosto, 2018

Copyright © Edición original 2017 por Andrew Mayne

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por Pilar de la Peña Minguell

Adaptación de cubierta por: PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © Tei Sinthip © ilolab

© Nopporn_Wongchai/Shutterstock

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919802807

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Andrew Mayne, estrella del programa *Don't Trust Andrew Mayne*, de la cadena estadounidense A&E, es un mago y novelista catalogado por Amazon Reino Unido como el quinto autor independiente más vendido del año. Comenzó su primera gira mundial como ilusionista cuando era adolescente y después trabajó entre bambalinas para Penn & Teller, David Blaine y David Copperfield. También presenta el *podcast* *Weird Things*.

*A mi amigo Gerry Ohrstrom por su apoyo y por su contagioso entusiasmo
por la ciencia*

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1 1989](#)

[CAPÍTULO 2 LA MÁQUINA DE HIELO](#)

[CAPÍTULO 3 LA MUESTRA](#)

[CAPÍTULO 4 AUTOINCRIMINACIÓN](#)

[CAPÍTULO 5 ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 6 TRABAJO DE CAMPO](#)

[CAPÍTULO 7 ISLAS](#)

[CAPÍTULO 8 FRONTERAS](#)

[CAPÍTULO 9 MEDIANOCHE](#)

[CAPÍTULO 10 LA BESTIA](#)

[CAPÍTULO 11 EL FILÁNTRORO](#)

[CAPÍTULO 12 MARIPOSAS](#)

[CAPÍTULO 13 A ESCASA DISTANCIA](#)

[CAPÍTULO 14 LA LÍNEA AMARILLA](#)

[CAPÍTULO 15 LUGAR DE DESCANSO](#)

[CAPÍTULO 16 FRANCO TIRADOR](#)

[CAPÍTULO 17 GENBANK](#)

[CAPÍTULO 18 ÁPICE](#)

[CAPÍTULO 19 TODO DESPEJADO](#)

[CAPÍTULO 20 INCRIMINADO](#)

[CAPÍTULO 21 ALBOROTADOR](#)

[CAPÍTULO 22 LA GRÁFICA](#)

[CAPÍTULO 23 EL CIRCUITO HUMANO](#)

[CAPÍTULO 24 EL EXPERIMENTO DE LA GOTA DE BREA](#)

[CAPÍTULO 25 HUDSON CREEK](#)

[CAPÍTULO 26 EL HOMBRE DEL CORTACÉSPED](#)

[CAPÍTULO 27 JÓVENES CONFLICTIVAS](#)

[CAPÍTULO 28 PASTEL DE CEREZA](#)

[CAPÍTULO 29 HERIDAS ABIERTAS](#)
[CAPÍTULO 30 CHICAS DESPARECIDAS](#)
[CAPÍTULO 31 ACOSADOR](#)
[CAPÍTULO 32 AMIGAS DEL ALMA](#)
[CAPÍTULO 33 EL PRÍNCIPE OSCURO](#)
[CAPÍTULO 34 EXPEDICIÓN](#)
[CAPÍTULO 35 CAMINOS OSCUROS](#)
[CAPÍTULO 36 BIODIVERSIDAD](#)
[CAPÍTULO 37 RESTOS](#)
[CAPÍTULO 38 INFORMADOR](#)
[CAPÍTULO 39 ACCESORIOS](#)
[CAPÍTULO 40 PROBABILIDAD](#)
[CAPÍTULO 41 ESTANCAMIENTO](#)
[CAPÍTULO 42 RESURRECCIONISTA](#)
[CAPÍTULO 43 CHIVO EXPIATORIO](#)
[CAPÍTULO 44 HOSPITALIZADO](#)
[CAPÍTULO 45 SALIDAS](#)
[CAPÍTULO 46 ACADÉMICO](#)
[CAPÍTULO 47 BAJAS BAYESIANAS](#)
[CAPÍTULO 48 INERCIA](#)
[CAPÍTULO 49 RECUENTO DE CADÁVERES](#)
[CAPÍTULO 50 ANTROPÓLOGO](#)
[CAPÍTULO 51 DIENTES DE TIBURÓN](#)
[CAPÍTULO 52 IRRESOLUTO](#)
[CAPÍTULO 53 SOMBRAS](#)
[CAPÍTULO 54 ENCUENTRO](#)
[CAPÍTULO 55 GEOESPACIAL](#)
[CAPÍTULO 56 EL DESFILADERO](#)
[CAPÍTULO 57 GUARIDA](#)
[CAPÍTULO 58 EXTREMÓFILO](#)
[CAPÍTULO 59 OBSESIONADO](#)
[CAPÍTULO 60 PAISAJE](#)
[CAPÍTULO 61 INTERNISTA](#)
[CAPÍTULO 62 PARIENTE MÁS CERCANO](#)
[CAPÍTULO 63 CASERÍO](#)
[CAPÍTULO 64 CÓMPLICE](#)
[CAPÍTULO 65 CHATARRA](#)

[CAPÍTULO 66 COARTADA](#)
[CAPÍTULO 67 INCLUSERO](#)
[CAPÍTULO 68 CONTRAMEDIDA](#)
[CAPÍTULO 69 INGRESO](#)
[CAPÍTULO 70 SUSTITUTO](#)
[CAPÍTULO 71 FATALIDAD](#)
[CAPÍTULO 72 RUPTURA](#)
[CAPÍTULO 73 HOMBRE MUERTO](#)
[CAPÍTULO 74 COMPROBACIÓN DE LA REALIDAD](#)
[CAPÍTULO 75 ACOSADOR](#)
[CAPÍTULO 76 PROTECCIÓN](#)
[CAPÍTULO 77 PERÍMETRO DEFENSIVO](#)
[CAPÍTULO 78 PISO FRANCO](#)
[CAPÍTULO 79 ACCIDENTE](#)
[CAPÍTULO 80 VALIENTE](#)
[CAPÍTULO 81 PERSEGUIDO](#)
[CAPÍTULO 82 VIGILANTE](#)
[CAPÍTULO 83 ADAPTACIÓN](#)
[CAPÍTULO 84 TROMBOSIS](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO 1

1989

Kelsie notaba algo raro en el bosque, no sabía explicarlo de otro modo, algo anormal. Se quedó mirando hacia donde se había ido Trevor, sin saber si debía ir a buscarlo o esperar junto a la minúscula tienda de campaña roja a que volviera de hacer sus necesidades.

Se reiría de ella si le decía que estaba asustada, así que hurgó en la mochila en busca del rollo de papel higiénico que había tomado prestado del baño de la gasolinera de Conoco, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Lo encontró liado en los cables del *walkman*, encima de las cintas de temas variados que Trevor le había grabado en Boston College.

Trevor era un estudiante de Periodismo larguirucho con una mata de pelo negro que solía teparle los ojos. Se habían conocido en una fiesta fuera del campus y enseguida habían congeniado porque a los dos les encantaban el *rock* progresivo y los juegos de mesa. La primera noche que pasaron en la residencia de él escucharon *Tubular Bells*, jugaron al *Stratego* y bebieron vino barato. Ya entonces supo que se había enamorado de él, pero esperó dos meses para decírselo.

Sus padres lo odiaban. Su padre, ejecutivo de banca, no soportaba la expresión «estudiante de Periodismo» y su madre aún no había superado su primer matrimonio con un compañero de universidad. Para ellos, Trevor no era más que un ligue, un jovencito que no tenía más importancia que el chico que la había acompañado al baile de fin de curso del instituto.

Los padres de Trevor estaban divorciados y vivían en el extranjero, así que apenas hablaba con ellos. Kelsie no tardó en hacer lo mismo con los suyos. Cuando él le propuso que se fueran juntos de acampada en verano, aceptó sin dudarlo y, para no tener que dar explicaciones, les dijo a sus padres que no volvería a casa en vacaciones. Aunque la llamaron a la

residencia, ignoró los recados que dejaron para ella. Pasaba de ellos.

Eso había sido hacía dos semanas y mil seiscientos kilómetros. Mientras contemplaba el bosque en penumbra, se arrepintió de no haber vuelto para haber intentado convencerlos de que aceptasen a Trevor. El viaje había sido bastante divertido, pero Trevor a veces tenía muy mal genio y a ella la asustaba hacer cualquier cosa que a él lo fastidiara y por la que volviera a reprocharle que no tenía ni idea de senderismo ni de acampada.

—¿Trev? —lo llamó, enfilando el camino que él había tomado. No hubo respuesta—. ¿Llevas papel, cariño? Tengo un rollo...

Avanzó diez metros, miró atrás para asegurarse de que aún veía la tienda y siguió un poco más.

Anocheecía. Cantaban los grillos y un pájaro inmenso y sombrío, ¿una lechuza, quizá?, le pasó volando por encima, de vuelta a su casa o rumbo a otro lugar.

Aún se estremecía al recordar su acampada en los Apalaches, cuando había divisado una bandada gigantesca de pájaros negros que surcaban el cielo oscuro y se la había enseñado a Trevor. Eran muchísimos. Se había quedado pasmada viéndolos pasar como un enjambre.

—Son murciélagos, nena —le había explicado él.

—¿Murciélagos?

—Sí. Probablemente haya una cueva enorme por aquí.

—Guau —había respondido ella, esforzándose por que su entusiasmo resultara creíble.

Esa noche no pegó ojo. Cada vez que veía una sombra en la pared de la tienda la recorría un escalofrío.

Aquello no fue nada comparado con lo que sentía en esos momentos.

Llegó al sitio donde supuestamente estaba Trevor: una estructura de leños en forma de V que constituía una barrera natural que para ella marcaba el límite donde se sentía algo segura.

Pero él no estaba allí.

A lo mejor había vuelto por otro lado.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando vislumbró la piel clara de una de las botas de montaña de Trevor. Se agachó a recogerla.

La bota estaba atrapada debajo de una raíz, como si Trevor hubiera tropezado y se le hubiera salido el pie de la bota, pero él no yacía allí delante. No estaba por ninguna parte.

—¿Trev? —lo llamó tímidamente, demasiado asustada como para

levantar la voz.

Los árboles cada vez eran más oscuros y la luz del crepúsculo empezaba a desvanecerse. Decidió volver a la tienda y procuró imaginarse que Trevor la esperaba allí, sonriente. Agarró la bota y volvió al campamento.

Al no ver la tienda, sintió pánico un instante, pero, al acercarse más, atisbó la lona roja a la escasa luz. Su novio tampoco estaba allí.

—¿Cariño...? —lo llamó.

Trevor ya le había gastado una broma una vez y esa noche ella lo había castigado sin sexo. Estaba convencida de que él había pillado la indirecta, pero en ese momento quiso creer que Trevor había vuelto a las andadas y le estaba gastando una de sus bromas.

Dejó la bota a la puerta de la tienda y se preguntó si era mejor meterse dentro a esperar o tratar de encender un fuego.

Optó por lo segundo.

Al arrodillarse junto al pequeño círculo de piedras para prender la hojarasca, reparó en un tocón que no había visto antes. Era del tamaño de medio hombre, negro como la noche, y estaba situado entre dos árboles, en un sitio donde habría jurado que hacía un momento no había nada.

Con el aire helado en los pulmones, echó un vistazo alrededor por si se había confundido de campamento. Al volverse de nuevo hacia el tocón, ya no estaba.

El bosque se agitó.

Percibió un estallido de movimiento, como si una sombra se lanzara sobre ella.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba tirada en el suelo, boca arriba, y sintió que algo increíblemente pesado le oprimía tanto el pecho que no pudo ni soltar el aliento frío de su interior.

Sus dedos palparon un pelo grueso, áspero, como el de las brochas de su madre. Y olía a cobre, a rancio.

Vio un destello de garras, pero no entendió lo que pasaba hasta que, unos segundos después, se notó la sangre caliente en la piel fría del vientre.

Trevor le había dicho que había osos y pumas en esos bosques. Kelsie no tenía ni idea de qué bestia la había atacado. Lo único que pudo pensar, allí tirada, paralizada, desangrándose, fue que jamás había oído hablar de un animal que, después de herir a su presa, se quedara allí plantado, viéndola morir.

CAPÍTULO 2

LA MÁQUINA DE HIELO

Un científico no debería tener anhelos, ni afectos, solo un corazón de
piedra.

CHARLES DARWIN

Las luces rojas y azules de la policía se reflejan en las letras de cromo descascarilladas del rótulo que reza: MÁQUINA DE HIELO. Estoy delante de las máquinas expendedoras del motel, con el cubo de plástico en la mano, absorto en mis pensamientos. ¿De dónde vendrá el agua de la máquina? ¿Será de algún arroyo de la zona? ¿La filtrarán? ¿La retendrán en algún depósito interno antes de convertirla en cubitos de hielo?

He leído en la prensa un artículo sobre una nueva bacteria descubierta en lo más profundo de unas cuevas de hielo. Dicha bacteria ha evolucionado por fotosíntesis y quimiosíntesis, devorando literalmente las rocas para sobrevivir. Podría incluso roer el carbón vegetal empleado en la mayoría de los filtros, como el de los helados de máquina.

De momento, no se ha demostrado que sea perjudicial para los seres humanos, lo que hace que me pregunte si valdría para disolver el mineral acumulado en las piedras renales. ¡Cuántas preguntas!

Tantas que apenas oigo el chirrido de unas ruedas cuando un vehículo se detiene a mi espalda. Me vuelvo y veo que es un furgón blindado y que, en el aparcamiento, hay media docena de coches patrulla, cada uno con un par de agentes agazapados detrás, apuntando con sus revólveres y con las escopetas pegadas al hombro. Todos los ojos y las armas están puestos en las habitaciones que tengo enfrente.

—¡Agáchese! —me susurra furioso alguien.

Un hombre con pantalón negro, corbata y chaleco antibalas se oculta detrás de la puerta del asiento del conductor de un Ford Bronco aparcado a mi lado. Le veo la placa colgada de la pechera, pero no ha sacado el arma.

Me hace una seña para que me vaya.

—¡Vuelva a su habitación!

Todo sucede a cámara lenta, pero no puedo moverme. Lo único que soy capaz de hacer es acuclillarme y observar desde detrás del maletero de su automóvil.

Cuatro hombres vestidos con indumentaria táctica negra y máscaras metálicas bajan de un salto de la parte posterior del furgón y corren hacia la hilera de habitaciones que tenemos enfrente. Uno de ellos lleva un grueso cilindro metálico. Embiste con él la cerradura y revienta la puerta. Apuntan las armas al interior. Dos de los hombres entran corriendo, mientras los otros dos los cubren desde fuera.

Se hace un silencio tenso.

—¡Despejado! —grita alguien desde dentro.

Uno de los dos que han entrado sale y hace una especie de seña con la mano a la vez que niega con la cabeza.

Los otros salen detrás y dejan entrar a tres agentes, seguidos de una mujer alta que viste chaqueta y sombrero de *cowboy*. Tiene la piel tostada como el cuero y arrugas de expresión y patas de gallo visibles desde el otro lado del aparcamiento.

Tras asomarse a la habitación del motel, sale de nuevo al aparcamiento y examina los vehículos estacionados allí. Señala uno y el agente canta la matrícula por radio. Todo el mundo está callado y solo se lo oye a él.

El hombre que me ha dicho que me fuera se relaja y se pone de pie. Entonces me ve por el retrovisor y se vuelve bruscamente.

—¿No le he dicho que se fuera a su habitación?

—No... puedo —digo, mirando a los agentes que rodean la puerta—. No creo que me dejen.

Tarda un momento en asimilar lo que acabo de decirle. Yo aún estoy procesando lo sucedido.

—¡No me joda! —exclama, entornando los ojos—. ¿Es usted el doctor Cray?

—Sí... Theo Cray. ¿Qué ocurre?

Se lleva la mano a la cadera, donde tiene enfundada el arma. No la saca,

pero apoya la palma en la empuñadura.

Entonces habla en voz baja y comedida.

—Doctor Cray, por su seguridad, deje el cubo de hielo en el suelo y levante las manos donde yo pueda verlas. —No pienso. Me limito a seguir sus indicaciones—. Arrodílese, por favor. —Voy en pantalón corto, así que se me clavan las piedrecitas en las rodillas, pero estoy demasiado aturdido como para notar el dolor. Se acerca a mí, sin apartar la mano de la pistola aún enfundada—. Me voy a poner a su espalda para comprobar que no va armado. —Lo observo por el rabillo del ojo. Se lleva la mano libre a la otra cadera—. ¿Le importa que lo espose por seguridad?

—De acuerdo.

Lleva un arma, no sé si puedo negarme. Estoy demasiado asustado como para preguntar por qué le parece que debe esposarme.

Después de cerrarme deprisa, pero sin violencia, las manillas alrededor de las muñecas, me pregunta:

—¿Le importa que le levante la camisa?

—No, claro —digo, sin mucha convicción.

Me noto el aire frío de Montana en la espalda sudorosa.

—Ahora le voy a palpar los bolsillos.

—De acuerdo.

Me pone una mano en el hombro para sujetarme mientras palpa los dos bolsillos.

—¿Qué lleva ahí dentro?

Aterrado, me quedo en blanco.

—Eh... la llave de la habitación. La cartera... el móvil.

—¿Algo más?

Pienso un momento, por miedo a errar la respuesta.

—Eh... una navaja suiza.

Percibo un olor a látex y veo que saca unos guantes.

—¿Le puedo vaciar los bolsillos?

—Sí, sí... por supuesto.

En las películas, cuando pasa una cosa así, se oyen muchos gritos. Este hombre, en cambio, me habla como un médico. No levanta la voz, ni me amenaza en ningún momento.

Saca todo lo que llevo en los bolsillos y lo deja como a un metro de mí. Cerca, pero no a mi alcance.

—Necesito que espere aquí un momento mientras aclaramos esto.

—¿Aclarar el qué?

No contesta. En su lugar, se lleva los dedos a los labios y silba con fuerza. La mujer del sombrero de *cowboy* se vuelve a ver quién ha silbado.

Me escudriña.

—¿Cray? —grita.

El hombre asiente con la cabeza. Yo asiento también, como un bobo.

Hasta entonces, todo ha sucedido con la desconcertante tranquilidad de un examen médico. De pronto, las cosas se precipitan y toda la energía y la atención centradas en mi habitación del motel se vuelven hacia mí, como un cañón de artillería.

Noto montones de ojos clavados en mi persona.

Algunos de ellos, furiosos.

Me escudriñan. Me juzgan.

No tengo ni puñetera idea de por qué.

—¿Qué está pasando? —vuelvo a preguntar.

La mujer del sombrero de *cowboy* se acerca a grandes zancadas. Me mira imponente desde arriba, como si yo fuera una muestra de laboratorio. Vislumbro el filo de un cuchillo en su cinturón.

—¿Ha intentado huir? —pregunta arrastrando un poco las palabras, sin dejar de mirarme.

—Se ha mostrado muy colaborador.

—Bien. Doctor Cray, si sigue colaborando, esto terminará enseguida.

Lo dice de un modo que no resulta nada tranquilizador.

CAPÍTULO 3

LA MUESTRA

Soy científico. Observo. Analizo. Formulo hipótesis. Trato de probarlas. No sé si seré inteligente, pero nunca lo demuestro cuando hace falta.

Cuando, de niño, leía cómics, quería ser Batman, el Caballero Oscuro, el detective, pero el personaje con el que más me identificaba era el Vigilante, el calvo de la capa grande que salía en los cómics de Marvel y que se limitaba a... observar.

Ahora mismo observo mi vida como si fuera la oscilación de una secuencia de números en la pantalla de mi ordenador mientras busco una correlación.

El inspector Glenn, el hombre que me ha encontrado en el motel, está sentado enfrente de mí. Mantenemos una conversación de lo más normal. Evitamos las preguntas obvias, como por qué me han metido las manos en bolsas de plástico.

No creo que esté detenido oficialmente. Que yo sepa, he accedido a todo. No desde el principio, pero sí poco a poco. Creo que cuando hablan de retener alguien para interrogarlo se refieren a esto. Me han quitado las esposas en cuanto Glenn me ha sentado a la mesa de la sala de reuniones, pero aún llevo las bolsas sujetas con cinta adhesiva a las muñecas. Está claro que soy una muestra andante.

Glenn se muestra tan sereno y amable que a veces olvido cómo he llegado aquí. El trayecto, esposado, en el asiento de atrás de un coche patrulla. Las armas que me apuntaban. Esas miradas furiosas y asqueadas para las que no tengo explicación.

Estudio a Glenn mientras él me observa, entre comentarios corteses sobre el tiempo de Montana y los inviernos de Texas. Es un hombre rubio, con bastantes entradas, y ojos grises observadores en un rostro ajado, como

un *pitcher* ya mayor que tratara de averiguar cómo responderá el bate a su siguiente lanzamiento. Aunque tiene apellido escocés, sus rasgos son muy holandeses.

Pruebo a preguntar de nuevo de qué va todo esto.

—Ya hablaremos de eso. Primero, hay que aclarar algunas cosas —es todo lo que me responde.

Me ofrezco a aclarar lo que haga falta ahora mismo, pero él pone reparos y no parece muy interesado en lo que yo pueda querer decir. A juzgar por la veintena larga de agentes de la ley que han irrumpido en mi habitación del motel y por cómo tengo las manos y los pies en estos momentos, sospecho que están interesados en mí.

Llama a la puerta una mujer de pelo oscuro con bata de laboratorio. Glenn la hace pasar.

Ella deja un maletín de instrumental en la mesa, luego se tapa la nariz y la boca con una mascarilla.

—¿Está en marcha? —pregunta, señalando la cámara de vídeo que yo no había visto en un rincón de la sala.

—Sí —contesta Glenn.

—Bien.

Se vuelve hacia mí y me quita las bolsas de las manos.

Me las han puesto, sin duda, para preservar las pruebas desde que me han detenido hasta ahora. ¿Pruebas de qué?

—Señor Cray, voy a tomar unas muestras.

Habla alto, supongo que para que el micrófono capte su voz. Me examina las uñas y se las enseña a Glenn, que se inclina hacia delante y me mira fijamente las cutículas.

—Las lleva muy cortas, ¿por qué? —dice el inspector.

—Quitidriomicosis —le explico.

—¿Quitiqué...? —Glenn desiste de repetirlo—. ¿Qué es eso? ¿Una enfermedad?

—Sí, una infección fúngica.

La técnica me suelta la mano.

—¿Es contagiosa?

—Sí —respondo, sorprendido de su reacción—. Entre anfibios. Yo no la tengo, ni creo que sea portador, pero paso mucho tiempo estudiando ranas de distintos entornos. Tengo que procurar no propagarla.

Glenn hace una anotación en su libreta.

—¿Eso explica por qué se compró las botas hace tres días? —dice.

No le pregunto cómo sabe eso.

—Sí. Lo que no puedo esterilizar lo destruyo y lo reemplazo. Quizá me pase de precavido, pero hay quien sostiene que el descenso de las poblaciones anfibias podría deberse a que los investigadores propagan la enfermedad sin querer.

—Entonces, ¿viaja mucho? —pregunta Glenn.

—Constantemente —digo, y me pregunto si estaré hablando de más.

—¿Para estudiar a las ranas?

—A veces...

No estoy seguro de cuánto me conviene contar. Hasta ahora, no se había mostrado tan interesado, aunque podría haber sido una estrategia para que yo estuviera impaciente por hablar.

Glenn saca una carpeta de su maletín y hurga entre unas páginas impresas. Finjo que no me fijo, pero veo a través del papel. Son búsquedas de internet sobre mí: páginas de facultades, artículos de investigación, entrevistas...

La técnica me pasa un bastoncillo de algodón por debajo de las uñas. Lo hace con suavidad. Me sorprende que desconozca lo que es la quitidriomicosis, pero a lo mejor no tiene por qué saberlo: pese a vestir como científica, es técnica especializada en obtener muestras forenses, no en examinarlas.

Tras hojear unas cuantas páginas, Glenn levanta la vista y me mira perplejo.

—¿Bioinformática? ¿Es usted biólogo?

—No exactamente. Es un híbrido de informática y biología. —Aunque procura que sus preguntas parezcan genéricas y tontas, veo que es inteligente y que se fija en lo que digo y en lo que no. Como no tengo ni idea de adónde quiere llegar con todo esto, sigo contestándole en serio—. Aplicamos herramientas informáticas a la biología. Sobre todo, en genética. Con el ADN, por ejemplo. Es tan complejo que hacen falta ordenadores para comprenderlo.

Asiente con la cabeza.

—Entonces, ¿es una especie de genetista?

—No. Yo estudio el ADN de vez en cuando, pero ese no es mi campo. Mi área de estudio actual es la plasticidad fenotípica.

Mira a la técnica, que niega con la cabeza, y luego se vuelve hacia mí

con una ceja enarcada.

—Me atrevería a decir que eso no tiene nada que ver con plásticos.

—No mucho. —Busco una de mis explicaciones de cóctel y recuerdo lo mucho que me fastidia tener que aclarar mi trabajo a personas ajenas a la ciencia—. ¿Practicaba algún deporte en el instituto?

—Fútbol.

—¿Se puso fuerte?

—Diez kilos de músculo que ojalá todavía tuviera —dice, y sonrío tímidamente a la técnica.

Sospecho que, cuando no están friendo a preguntas a un sospechoso o buscándole pruebas irrefutables debajo de las uñas, son compañeros de trabajo normales y tienen sus bromas.

—Aumentar el músculo así es algo que pueden hacer los mamíferos, pero los reptiles, no —prosigo—. Nosotros podemos variar considerablemente nuestra masa muscular. Un gorila de «espalda plateada» come más, aumenta la testosterona y consigue, literalmente, músculos más grandes y una espalda plateada... —Hago una pausa—. No quiero aburrirles.

Glenn niega con la cabeza.

—No, profesor, continúe, por favor. Me parece fascinante.

—Bueno, el fenotipo es, básicamente, el código de ADN que nos conforma. La plasticidad fenotípica se refiere a su variabilidad. Por ejemplo, los niños chinos son ahora más altos que sus padres. Su ADN no ha cambiado. Ya llevaba incorporado el código para adaptarse a una mayor cantidad de proteína, a un útero de mayor tamaño, etc. La obesidad es otro ejemplo. Evolucionamos para un entorno en el que escaseaban las calorías, por lo que podemos triplicar nuestra masa corporal si no nos cuidamos. Ese es uno de los inconvenientes de la plasticidad fenotípica.

—O sea, que está aquí observando animales que pueden cambiar de forma...

—Más o menos. En concreto, «exanfibios» —digo, y esa ocurrencia que he soltado un centenar de veces delante de mis alumnos y que a ellos les ha hecho gracia me hace reír a mí ahora.

Glenn y la técnica no entienden la broma.

—¿«Exanfibios»? —pregunta él.

—«Exranas» o, para ser más exactos, «exrenacuajos» —continúo, algo incómodo—. Los renacuajos de la rana de bosque son muy interesantes. Si hay demasiados en una misma charca, uno o más sufren un cambio. Se les

agrandan las mandíbulas y la cola, dejan de ser herbívoros y se vuelven caníbales. Se convierten en una especie de minipirañas que devoran a los otros renacuajos. Cuando el número desciende, recuperan su mandíbula y su cola normales y vuelven a ser renacuajos felices a la espera de transformarse en ranas.

El inspector tarda un momento en digerirlo.

—Interesante. «Exranas». Ya lo pillo. ¿Y usted las busca?

—No exactamente. Yo estudio el entorno en que se producen. No creo que su conducta sea exclusiva de los renacuajos. Es un fenómeno que puede darse en una escala menor, la de los microorganismos, o a escala humana.

—¿Humana? —dice Glenn, enarcando una ceja.

—Sí. Se ve en el útero, donde el feto que roba nutrientes al otro pesa más al nacer. Con el síndrome del gemelo evanescente uno de cada diez embarazos termina en un solo gemelo, porque uno de ellos es absorbido por el otro. ¿Por culpa de la madre? ¿Por culpa del gemelo malvado? Si es así, el gemelo malvado siempre gana.

»En un entorno limitado, como una charca, un organismo regula espontáneamente la población y luego vuelve a la normalidad. El superdepredador, un animal dominante en lo más alto de la cadena trófica, emergerá cuando la población alcance determinadas dimensiones. Esto se ve en las ratas, las arañas e incluso en los programas informáticos caníbales.

—¿Una oveja que se convierte en lobo? —pregunta Glenn.

Pienso un momento.

—Algo así. Es más difícil encontrar esas conductas en poblaciones domesticadas, pues las mismas están muy homogeneizadas y están sometidas a sacrificios sistemáticos, pero entre el ganado salvaje, como es el caso de los cerdos, los animales adoptan formas distintas. Sucede con las jaurías de perros también.

—Ajá. Bueno, esto es muy interesante, doctor Cray. —Se vuelve hacia la técnica—. ¿Tienes todo lo que necesitas, Caroline?

—Un segundo. —Me pasa el bastoncillo alrededor del pulgar y lo guarda en una bolsa de plástico con la etiqueta PULGAR DERECHO—. Con esto bastará —dice, y guarda todas sus muestras en una bolsa, la sella con un precinto de seguridad y la muestra a la cámara antes de irse.

Veo que la cámara me observa y me preguntó quién habrá al otro lado, haciendo del Vigilante.

Glenn se levanta.

—Doctor Cray, si tiene un momento, me gustaría conocer su opinión profesional sobre algo. Y a ver si le podemos buscar unos zapatos.

Aunque me alivia no llevar ya las manos esposadas ni metidas en bolsas de plástico, me preocupa cómo ha aguzado el oído el inspector Glenn cuando he hablado de «superdepredadores».

CAPÍTULO 4

AUTOINCRIMINACIÓN

El inspector Glenn sigue mostrándose amable y me trata como a un invitado mientras me conduce por el pasillo.

—Agradezco su colaboración, doctor Cray.

A medida que vamos pasando por delante de los despachos abiertos, quienes los ocupan levantan la vista de sus escritorios y advierto que me examinan de arriba abajo.

Es evidente que soy sospechoso o, como dicen en las noticias, un presunto implicado, pero nadie quiere decirme por qué.

Llegados a este punto, debería estar más tenso, pero, curiosamente, el que me tengan a oscuras me ayuda a sobrellevar la situación. No es como cuando uno espera el resultado de una prueba de detección de un cáncer agresivo. Al desconocer los riesgos, todo parece falaz e ilusorio.

Glenn abre con llave la puerta de una sala forrada de archivadores con una mesa grande en el centro.

—Siéntese, doctor Cray.

—Llámeme Theo —digo antes de obedecer. Suelo hacer esa corrección antes, pero tenía la cabeza en otra cosa—. Para mí, doctores son los médicos.

Omito mi diatriba sobre los profesionales con supuestos doctorados con los que me he topado en la universidad y que no aprobarían un examen de ciencias de primaria, pero insisten en que se los trate con la misma reverencia que al jefe de oncología de un hospital universitario.

—¿Theo a secas? —pregunta el inspector Glenn mientras rebusca en unos archivadores a mi espalda y saca unas carpetas—. ¿Acaso no es usted un genio?

—¿Lo dice por el premio? Usted se refiere a la beca MacArthur. A mí me concedieron el premio Brilliance. No es lo mismo. El nombre me parece

atroz. No lo pongo nunca en mi biografía.

Glenn deja las carpetas en la mesa y se sienta enfrente de mí.

—Venga ya, está claro que es usted un genio. Reconózcalo, usted es un tipo muy listo.

Intenta halagarme, camelarme. Pero ¿para qué?

—No tan listo como para saber qué estoy haciendo aquí.

—Son meros trámites policiales —dice, agitando las manos en el aire—. Terminamos enseguida. —Lo que podría significar que vuelvan a esposarme—. Como es usted biólogo, perdón, bioinformático... ¿Cómo se presenta usted?

—Según la charla. Suelo decir que soy biólogo computacional.

—Vale. Como es un tipo listo, quiero enseñarle unas fotos. De casos distintos. Siento curiosidad por ver qué sensaciones le producen.

—¿Sensaciones? No soy vidente.

—Me he expresado mal. Quisiera saber qué ve usted. Si es tan amable.

Me dan ganas de replicarle que llevo dos horas siendo amable, pero me callo. No soy dado a los enfrentamientos.

Me pone una carpeta delante. Los bordes están desgastados y la etiqueta descolorida. La abro y me encuentro mirando a un hombre con la cabeza abierta. Un ojo mira a la cámara, pero le falta el resto de la cara. La baldosa en la que está apoyada se encuentra salpicada de sangre. Cierro la carpeta y la apartó de mí.

—¿Y no podría habérmelo advertido?

—¿Qué? —Glenn recupera la carpeta y echa un vistazo a su contenido—. ¡Dios! Perdona. Era esta la que quería darle. —Me pasa otra carpeta por la mesa—. ¿Qué le parece esto?

Es la imagen de una vaca con marcas ensangrentadas alrededor del cuello y el abdomen abierto.

—¿Quiere mi opinión profesional?

—Sí.

—Es una vaca muerta.

—Sí, pero ¿cómo?

—¿Me está poniendo a prueba?

—No. Para nosotros constituye todo un misterio. Una broma, más bien. El ganadero dice que fue un chupacabra, otros aseguran que fueron alienígenas. Tiene toda la pinta de que los coyotes le devoraran el vientre, pero las marcas del cuello nos tienen intrigados.

—¿En serio? —digo, y estudio de nuevo las heridas.

—Completamente.

Observo el traumatismo e intento recordar todo lo que sé de vacas, que no es mucho, pero sí lo suficiente como para hacerme una idea de lo ocurrido. Tiro la foto a la mesa porque no estoy tan seguro de que no me esté poniendo a prueba. Ahora me resulta bastante obvio.

—¿Quiere la respuesta o el recorrido?

—¿El recorrido?

—Sí. El camino por el que he llegado a la respuesta.

Sonríe satisfecho.

—De acuerdo, profesor, deme el recorrido.

—Como ya le he dicho antes, estudio sistemas. Uno podría ser el ADN. Una célula. Un cuerpo. Un estanque. Un planeta. Todos funcionamos en distintos sistemas. ¿Qué sistema vemos aquí? —digo, y le acerco la fotografía.

—Bueno, por las mordeduras de los coyotes, vemos qué lugar ocupa la vaca en la cadena trófica.

—Por supuesto, pero ¿qué otro sistema ve aquí? —añado, señalando las marcas ensangrentadas del cuello—. ¿Qué puede haber causado esto? ¿Lo han encontrado en otros animales?

—Sí...

—Supongo que en ovejas —lo interrumpo—, pero no en cerdos, ni en caballos. ¿Correcto?

—Correcto —contesta Glenn, asintiendo con la cabeza.

—Pues la respuesta tendría que ser obvia.

—Obviamente... ¿y es?

—Coyotes.

—Vale, pero ¿y las marcas del cuello?

—Todos los animales que he mencionado comparten un sistema. ¿Cuál es?

—Una granja —responde Glenn.

—Seamos más precisos.

—¿Un rancho?

—Sí. ¿Y qué convierte un rancho en rancho?

Da una cabezada para indicarme que empieza a entenderlo.

—Normalmente, un cercado.

—Un cercado de alambre de espino. Así es como contenemos el

sistema. Funciona muy bien con las vacas y las ovejas. Pero es muy bajo para los caballos, y los cerdos pueden colarse por debajo escarbando. Aquí solo se mata a los animales a los que retiene el cercado de alambre de espino: las ovejas y las vacas.

—Entonces, ¿se quedan atrapados en el cercado y los coyotes los encuentran y se los llevan a rastras?

—Es posible. Supongo que los coyotes han aprendido a perseguirlos hasta el cercado. Las vacas sufren cortes, pero no se quedan atrapadas en el alambre. Luego siguen corriendo hasta que se desangran. Quizá a kilómetros de distancia del tramo del cercado en que se han herido.

—Impresionante. Pues, para mí, es usted un genio. —Por alguna razón, su elogio me resulta exagerado. Descansa las manos en las otras carpetas—. Estas otras son muy gráficas. Casos aleatorios. Quiero que les eche un vistazo y me diga si se le ocurre alguna explicación científica.

Me pasa el taco, pero yo no las toco.

—¿Es esta la razón por la que me han traído aquí?

—Hágame el favor otra vez, profesor. Créame, nadie de aquí lo va a tratar tan bien como yo.

Mejor no saber lo que significa eso. Que yo sepa, no me pueden acusar de nada, de modo que no hay ningún problema en que haga unas observaciones. Lo que sea por salir de aquí cuanto antes.

Hay una docena de fotografías de cadáveres humanos, huellas de manos ensangrentadas y diversas cosas. Las fotos son de por lo menos tres personas distintas: una anciana a la que parece que han matado a mordiscos, un hombre con cortes y puñaladas, y una joven ensangrentada cuyo rostro no es visible en ninguna de las imágenes.

También hay fotografías de ropa, teléfonos móviles, dinero, troncos de árbol, todos manchados de sangre, junto con otros objetos impolutos.

Mientras examino las fotos, estoy absorto en mis pensamientos. El inspector Glenn me queda a un millón de kilómetros de distancia. Igual que la cámara del rincón de la sala, que aún me vigila. Y, seguramente, también el Vigilante.

Reúno las imágenes en cuatro montones y las reviso una por una. Veo picaduras de insectos, sarpullidos de hiedra venenosa, una mano apoyada en una piña cerrada. No sé qué conclusión sacar de todo esto. Lo de la vaca ha sido fácil; era solo una foto.

Al cabo de unos minutos, miro a Glenn en busca de orientación y veo

que la sonrisa amable se ha esfumado de su rostro.

Mira fijamente uno de los montones del centro. Sus ojos se posan en la cámara una milésima de segundo, luego me mira a mí, recobrando la compostura.

—Doctor... Theo, ¿por qué ha organizado las fotos así?

Se me encoge el estómago. Ha pasado algo. Algo que me hace parecer malo.

Extiendo las fotos de ese montón y trato de explicarme enseguida.

—Estas parecen distintos ángulos de la misma víctima.

Saca la foto de la piña ensangrentada y otra de un bolso encima de un leño.

—No hay nadie en estas fotos, pero las ha puesto en el mismo montón.

—Suelta las fotos en el montón ahora esparcido en abanico—. ¿Por qué?

—Ah. —Recojo las fotos y vuelvo a hojearlas—. Lo he hecho sin darme cuenta. Al azar, supongo.

—Aquí hay más de una veintena de fotografías. Ha separado las seis que son del mismo caso. ¿Qué probabilidad hay de que ocurra eso?

—Una probabilidad mínima. Así que a lo mejor no ha sido tan al azar... —digo, intentando comprender mi propio razonamiento.

—No. Parece que no.

Señalo los números de la parte inferior de las imágenes.

—Supongo que estos números son la referencia del caso. Coinciden. En su mayoría. Parece el código de una fecha.

Glenn toma las fotos y estudia los números.

—Esto no debería estar aquí. —Mira furioso a la cámara, como derrotado—. Entonces, ¿es porque ha visto los números? Por eso las ha puesto juntas. —Frustrado, se encoge de hombros y levanta las palmas al aire—. Supongo que tiene sentido.

Debería callarme, pero no puedo. Mi anhelo de darle una explicación lógica es compulsivo, y peligroso.

—No. No lo he sabido por eso.

A Glenn se le tensan los músculos de los antebrazos. Se agarrota.

—Pues ¿cómo ha sabido que son todas del mismo escenario? —pregunta, sereno y comedido.

CAPÍTULO 5

ÍNDICE

Veo que el inspector Glenn ha invertido muchas horas en aprender a mostrarse tranquilo y sereno en situaciones extremas. Sospecho que nada de lo ocurrido hasta ahora ha sido accidental. Me ha enseñado la imagen de la cabeza abierta para ver cómo reaccionaba.

Ha perdido la compostura en cuanto me ha visto organizar las fotos en montones. No se lo esperaba. Creo que, hasta entonces, solo albergaba una ligera sospecha. Su moderación juega en su favor. Si me hubiera percatado, habría entendido antes lo que pasaba.

Hay una razón por la que hace horas que no veo a la *sheriff*, la mujer del aparcamiento. Ella es transparente, no oculta nada. Glenn se desliza por el fondo de un océano profundo. Sospecho que ha sido ella la que ha ordenado al equipo de operativos especiales que echara abajo la puerta de mi habitación y también sospecho que Glenn es el profesional sutil que ha conseguido que me suba voluntariamente al asiento de atrás de su vehículo como un gato callejero asustado.

—¿Por qué ha juntado esas fotos? —me pregunta otra vez.

Las vuelvo hacia mí.

—Lo he hecho de forma inconsciente.

—¿Hay algo que quiera contarme, Theo? —dice, de nuevo en tono cordial.

—Sí. Se me da fatal la botánica. Nunca recuerdo los nombres —digo, señalando una mata espinosa—. No es un cardo mariano, pero pertenece a la misma familia. —Señalo las de las otras fotografías—. Solo sale en las que he juntado. Lo que significa que estas fotos se hicieron en la misma época del año.

Toma una y la mira fijamente.

—¿Matas?

—Sí, matas. —Luego señalo las demás—. Las otras las he juntado por distintas razones —digo, indicándole las de la anciana y unas que me ha parecido que estaban relacionadas con esas—. Hay distorsión en la lente. Se ve en la esquina inferior, donde están las líneas rectas. —Toco otro montón—. Estas son, sin duda, impresiones analógicas digitalizadas con un escáner. Probablemente de los años noventa.

—Probablemente —repite Glenn mientras menea despacio la cabeza.

Llaman a la puerta y alguien le pide que salga un momento al pasillo.

—Perdone —dice, antes de salir.

Los oigo hablar, pero no entiendo lo que dicen. Siento curiosidad, aunque procuro no mostrar interés, la cámara aún me vigila.

El inspector vuelve a entrar y se sienta en su sitio, algo más relajado.

—¿Me permite un consejo, doctor Cray?

—Seguro que no me vendrá mal.

—Si vuelve a encontrarse en una situación así, Dios no lo quiera, no diga nada sin hablar antes con un abogado. Lo que me ha contado es espeluznante —dice, dando unos toquécitos en el montón de fotos—. Incluso diría que incriminatorio.

—Solo he sido sincero.

—Ya lo he visto. Casi en detrimento propio. Por cierto, me ha intrigado que se detuviera especialmente en la fotografía del traumatismo craneal.

—Entonces, ¿estaba planeado?

—Sí, claro. —Asiente con la cabeza—. Quería ver si la fotografía lo excitaba o le producía la repugnancia lógica.

—Y yo voy y la estudio detenidamente...

—Sí. Los policías y los médicos también lo hacen.

—Trabajé como auxiliar sanitario de emergencias.

Al oírlo, enarca una ceja.

—¿En serio?

—Sí, pero no me he detenido en la foto por eso: estaba mirando cómo gotea la sangre por la lechada blanca entre las baldosas. Me ha hecho pensar en huesos.

Glenn frunce un ojo.

—¿Huesos? ¡Mire que es usted raro! Rarísimo. —Pasea las manos por las fotos—. ¿Quiere saber lo que me ha parecido más interesante a mí?

—Por favor.

—Que no ha mencionado los cadáveres en ningún momento. Se ha fijado en todo menos en eso.

Hasta yo tengo que reconocer que eso es un poco raro.

—Supongo que los seres humanos no forman parte de mi campo de especialización...

Suelta una pequeña carcajada.

—Ya lo veo.

—Bueno... ¿Ahora puedo irme ya?

—Podía haberse ido en cualquier momento. En rigor, no lo hemos detenido.

Miro la puerta con recelo.

—Cuando dice que puedo irme, ¿es que puedo irme sin más o que van a estar detrás de mí para... lo que sea que anden buscando?

—Puede irse. No es nuestro hombre.

—¿Su hombre? ¿Podría decirme ahora de qué va todo esto?

—Sí, profesor. Por un momento, ha sido usted nuestro sospechoso número uno en la investigación de un homicidio. El fiscal ya estaba pensando en qué corbata ponerse el día de su inyección letal. —Vuelve a mirar a la cámara de reojo antes de bajar la voz—. Por aquí se ponen un poco nerviosos con estas cosas. Estaban impacientes por darle caza para preservar cualquier prueba de su culpabilidad.

Me siento algo aturdido.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

Con las fotos debería haber quedado claro, pero a veces me abstraigo tanto que no hilo bien las cosas.

—¿Bromea? Es usted el sospechoso perfecto. Un científico, un genio distante, que viene aquí a hablar de superdepredadores. Ha sido brutal.

A medida que van calando en mí sus palabras, me noto como una quemazón en la piel. Glenn está relajado, pero aún temo que sea todo fingido.

Me nota incómodo.

—En serio, puede irse ya.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta, casi esperando encontrarme a unos guardias armados dispuestos a sacarme de allí por la fuerza.

—Si esto es un juego, qué se supone que debo hacer. No sé qué quiere que diga.

—Perdone, doctor Cray. Sé que todo esto es un poco desconcertante.

Intento mirarme desde la distancia, ver qué aspecto tengo. Habiendo

sido auxiliar sanitario de emergencias, he visto a muchísimas personas en *shock*. Así es como me siento en estos momentos.

Mis ojos se posan en la foto que está encima de todas. La mano de una mujer, suave, casi elegante en su pose, descolgada en el encuadre; por las yemas de sus dedos gotean salpicaduras de rojo. Tiene la palma impregnada de barro y de su propia sangre.

Extiendo las otras fotos por la mesa y vuelvo a mirarlas todas.

El inspector Glenn dice que me he fijado en todo menos en los cadáveres.

Ahora me estoy fijando.

No hay fotografía de su rostro.

De pronto, todo tiene sentido. Ya sé por qué estoy aquí.

Un peso muy distinto me cae sobre los hombros. Tras una pausa larga, miro de nuevo al inspector, que me observa atentamente.

Encuentro el valor para pronunciar las palabras que no quiero decir.

—La conozco...

CAPÍTULO 6

TRABAJO DE CAMPO

El inspector Glenn observa mi reacción cuando me dice su nombre.

—Juniper Parsons.

No reacciono, lo que, sospecho, ya es una reacción en sí. Aunque no haya muchas, mi primer temor ha sido que fuera a nombrar a alguna mujer cercana a mí. La mano de la fotografía podría haber sido de media docena de mujeres con las que he trabajado o de la hija de algún conocido.

La única mujer con la que me he relacionado últimamente, y eso es mucho decir, es Allison. Creo que habría reconocido su mano de inmediato. He pasado largas noches acariciándole las muñecas y entrelazando mis dedos con los suyos mientras hablábamos de todo, desde las comedias de Bob Hope hasta el olor del aire del desierto del Gobi.

Si fuera ella la mujer de las fotos, mi cuerpo habría sufrido una especie de reacción psicológica primaria: vasos sanguíneos dilatados, piel seca, nudo en el estómago...

Ahora experimento una sensación fugaz de alivio por no conocerla. Fugaz, porque una emoción mayor, de esas que nuestra mente social nos insta a experimentar por vivencias internas, no externas, me dice que debería sentirme culpable. Culpable como un perro castigado en el rincón, no porque sepa que agarrar comida de la mesa está mal, sino porque ha hecho algo malo que no logra entender.

El inspector Glenn advierte mi falta de reacción. Aunque posiblemente eso refuerce mi inocencia, quizá lo convenza de que vivo más desconectado de lo normal de la gente que me rodea. Soy el prototipo de sabio despistado.

Se me dan mal los nombres. Le doy vueltas y vueltas al de Juniper. ¿Habría querido decir June?

Tampoco me acuerdo mucho de June. Era alumna mía cuando empecé a

dar clases a jornada completa, hace seis años. Yo apenas tenía unos años más que mis alumnos y me costaba compaginar la necesidad de ser profesional con el deseo de que me aceptaran aquellos chavales que parecían mis compañeros.

Estudiaba zoología y estaba pensando en dar el salto a etología, el estudio de los animales en su entorno. Yo les había estado enseñando mi planteamiento holístico para la comprensión de los sistemas. «Olvidaos de los nombres y de las convenciones a los que estamos acostumbrados; inventad los vuestros. No todos los animales con el mismo nombre se comportan del mismo modo en distintos ecosistemas. Un inuit que sobrevive cazando ballenas que pesan más que todos los seres humanos que ha conocido juntos lleva un estilo de vida muy distinto al de un vegano de San Francisco que nunca come nada que no haya pasado su ciclo vital enterrado bajo tierra.»

Mantuvimos alguna que otra conversación después de clase. Creo que fui unas cuantas veces a comer *pizza* con ella y con otros alumnos después de clase. Nunca trabajó en mi laboratorio y, que yo recuerde, jamás nos mandamos mensajes ni hablamos por teléfono.

Vuelvo a mirar a Glenn después de un buen rato.

—¿Qué le ha pasado?

—¿La recuerda?

—Creo que sí. Se presentaba como June. Igual Juniper le parecía excesivo.

—Hace tres días nos llamó su madre. Juniper estaba aquí haciendo una investigación y no había fichado. Mandamos a alguien al motel donde se alojaba. Llevaba sin pasar por allí por lo menos el mismo tiempo. Todo estaba intacto. Lo único que faltaba era su automóvil y lo encontramos en un taller, donde le estaban cambiando la transmisión. Esta mañana, dos excursionistas han encontrado su cadáver. Ha pasado de ser una desaparición a una investigación de posible homicidio. Lo primero que hacemos en casos así es localizar a cualquiera que pudiese conocer a la víctima. Y ha surgido su nombre —dice Glenn, pero no me da más detalles: guarda sus secretos policiales para sí y espera a que yo diga algo. ¿Es ahora cuando me toca protestar o guardar silencio? Después de una breve pausa, continúa—. Dos científicos que se conocían, en la misma zona, investigando...

Supongo que me toca responder.

—Yo no tenía ni idea de que ella estaba aquí. Hacía años que no hablábamos.

Se encoge de hombros, esquivo.

—Ella llevaba su libro en el iPad. Y parte de su investigación. Eso es lo que nos ha llevado hasta usted. Muy de *Ley y orden*, primer capítulo, lo sé, pero, a veces, estas cosas pasan también en la vida real.

—Pero ahora ya saben que yo no he sido...

Procuro sonar asertivo, pero mi afirmación está teñida de duda... y de desesperación.

—Creo que tenemos motivos para descartarlo. Si le sirve de consuelo, también hemos detenido al mecánico del taller, y la policía local ha interrogado a su exnovio. Usted no era nuestro único sospechoso, pero sí el más interesante...

—¿Qué ha cambiado en la última hora?

Tengo miedo de hacer demasiadas preguntas. Tan fácil es que el dedo deje de señalarte, como que de pronto vuelva a hacerlo.

—Nuestro forense ha hecho un examen más exhaustivo. Yo diría que podemos descartarlo definitivamente como sospechoso.

Miro enseguida la foto de esa mano elegante que cuelga desesperada.

—Vale, pero ¿quién le ha hecho esto?

—Quién, no, doctor Cray, qué.

CAPÍTULO 7

ISLAS

—Como seguramente habrá deducido, las lesiones eran bastante graves —empieza el inspector Glenn—. Al principio parecía un ataque con algún tipo de arma blanca. Prácticamente le habían arrancado un brazo y la cabeza estaba casi seccionada. Encontramos huellas ensangrentadas de manos y pies en una superficie de unos cien metros. La atacaron y la persiguieron. Posiblemente repetidas veces. Luego la arrastraron debajo de un leño. Sucedió a menos de un kilómetro de la interestatal. No precisamente en la espesura del bosque. Claro que estas cosas pueden pasar en cualquier parte. Como ha podido comprobar, nuestra norma es obtener tantas pruebas como podamos antes de que se enfríen.

—¿Estas cosas?

Procuro no centrarme en las imágenes, tan explícitas.

—El ataque de un oso. No estábamos seguros al principio. —Se interrumpe un momento—. Tenemos varios casos al año y una media de un fallecimiento. Casi la mitad son científicos —dice, señalándome—. Los siguen los que se autodenominan expertos en oso pardo. Por lo visto, Juniper estaba en mal sitio en un mal momento. Hemos encontrado una huella parcial de una zarpa y algo que parece pelo de oso en una de las heridas. Un experto del Servicio de Pesca y Vida Silvestre ha confirmado que las heridas coinciden con las de un ataque de oso.

—Un oso.

Lo medito. Cuando uno investiga en Montana y Wyoming, no debe bajar la guardia por el peligro que suponen estos animales. Si pongo el pie en su territorio, siempre llevo en la mochila un spray disuasorio. He visto cientos. También osos pardos. Trato de evitarlos al máximo y ellos a mí también.

Nunca emprendí ninguna investigación de campo con Juniper, así que no tengo ni idea de si estaba bien formada, pero no parecía nada estúpida.

Aun así, los ataques de oso no son nada corrientes, algo sorprendente si se tiene en cuenta lo cerca que estamos de esos animales cuando nos encontramos en el bosque.

Si uno instala una cámara de caza en el campamento por la noche, se sorprenderá, y posiblemente se aterrará, al descubrir la cantidad de animales que se pasean y reptan a su alrededor.

Se puede encontrar a un oso hambriento a un paso de una autopista por la que pasan como rayos los Tesla eléctricos en modo automático y las caravanas con niños viendo, tan tranquilos, *Star Wars* en un televisor gigante mientras estallan las palomitas en el microondas.

Aunque no nos demos cuenta, la naturaleza está ahí.

—Hace dos días llamó un excursionista para informar de que había oído gritar a una mujer bastante cerca de donde terminamos encontrando a Juniper. Nos dijo que sus amigos y él se habían acercado para ver qué ocurría, pero que no habían visto nada.

Glenn suelta un pequeño suspiro.

—Y lo comprendo... Yo una vez estaba subido en el parachoques del automóvil cubierto de barro y maleza que precisamente estaba buscando. Me cayó una buena bronca.

De despistes, mejor no hablo. Creo que los míos se deben a mi tendencia a abstraerme mucho.

—¿Y sabe qué hacía allí? Confío en que no hubiera iniciado una investigación sobre los osos.

Pasa las hojas de su libreta.

—¿Análogos biogeográficos insulares?

—Islas —respondo—. Buscaba islas.

—¿Islas? ¿Aquí arriba?

—Así las llamo yo. Hablando en términos generales, son ecosistemas aislados del exterior. En el caso de las islas, es el océano lo que las separa. En un desierto, se puede encontrar un oasis e incluso en la espesura de una selva podrían encontrarse cuevas con vida aislada. ¿Recuerda que le he comentado que hay animales que llenan distintas partes de un ecosistema? ¿Que incluso los renacuajos se convierten en superdepredadores? Parece que Juniper buscaba pequeños ecosistemas más cerrados aún de lo que parecen desde fuera. Se encuentran en lugares inusuales. En cuevas, como he dicho, o en las

paredes de los acantilados. Incluso se pueden encontrar en entornos creados por el hombre, como un crucero o la azotea de un edificio. Su grado de aislamiento varía, pero, cuanto más remotos sean, más probable es que unas cuantas especies se adapten para desempeñar todos los papeles que se ven en un ecosistema más grande.

Soy consciente de que me estoy poniendo muy pesado otra vez.

—Continúe.

—Bueno, desde el punto de vista bioinformático, resulta muy interesante no limitarse a las taxonomías tradicionales. Los sociólogos ven estructuras emergentes en todo, desde las prisiones hasta los ordenadores que juegan al póquer. —Veo una conexión entre la investigación de Juniper y lo que yo le enseñé y me siento un poco culpable—. Suelo decirles a mis alumnos que los modelos informáticos son informativos, pero no pueden decirnos mucho más de los sistemas externos. Hay que comparar y contrastar. Hay que salir al exterior. Hay que explorar lo inexplorado...

El inspector Glenn repara en mis manos. Suelo estirarlas y estrujármelas cuando estoy tenso. Ahora mismo se me están poniendo los dedos blancos por falta de circulación.

—¿Se encuentra bien, doctor Cray?

Niego con la cabeza.

—No. Acabo de recordar una conversación que tuve con June... Juniper. Me pidió consejo.

El recuerdo se hace más vivo. Estaba en una pizzería próxima al campus con un grupo de alumnos. Ella se sentó a mi lado. Sus ojos eran pardos y luminosos. Se echó el pelo hacia atrás y me dedicó una sonrisita. «Entonces, profesor Theo, ¿qué aconseja a un aspirante a científico?», me dijo, y apoyó el codo en el respaldo del asiento. Yo me retiré un poco para dejarle más espacio. Ella volvió a sonreír con picardía.

Recuerdo que tuve mucho miedo de parecer uno de esos profesores lascivos que acorralan a sus alumnas como lobos desesperados y luego se sorprenden cuando estas les dicen que en su campo no se tiene mucha consideración con las mujeres.

No supe interpretar su lenguaje corporal. Podía haber sido un coqueteo de los que algunas chicas saben que seguramente les permitirá atraer a hombres que, de otro modo, las ignorarían. No lo sé. Yo solo vi la pregunta.

Le di una respuesta sincera. Se apartó de mi lado solo para apoyar la cabeza en la mano, con el codo en la mesa, y escucharme atentamente.

Pensé que lo hacía solo por complacerme. Ahora sé que no. Se lo tomó todo muy en serio.

Aquellas palabras, las que yo le dije, la mataron.

CAPÍTULO 8

FRONTERAS

Desde Plinio el Viejo, que murió por acercarse a las costas de Pompeya tras la erupción del Vesubio, a la modernidad, ser científico puede resultar peligroso. Muchos expertos buscadores de patógenos han perdido la vida intentando combatir enfermedades. Hemos perdido astronautas en la reentrada y a exploradores marinos en las profundidades del océano.

Hasta el laboratorio puede ser una frontera peligrosa. A Madame Curie la mataron los elementos que quería ayudarnos a comprender. Algunos cazadores de virus de las instalaciones con bioseguridad de nivel 5, donde se descontamina hasta la última molécula de aire, han perdido la vida por un pinchacito minúsculo en el dedo de un guante.

A veces se debe a un descuido; otras, simplemente, a que desconocemos la naturaleza de aquello que intentamos estudiar. O puede ser por mala suerte, por estar en mal sitio en mal momento.

Cuando les digo a mis alumnos que salgan al mundo, que miren debajo de las piedras y asomen la nariz a lugares inexplorados, quizá doy por sentado que lo harán con cautela. O quizá sea culpa mía minimizar esos peligros de los que uno no puede ser consciente antes de haberlos vivido.

Aunque pasé buena parte de mi juventud en el bosque, sé que ahora que llevo gafas y voy despeinado, mis alumnos no me ven muy distinto de esos científicos ingleses agorafóbicos y esos ratones de laboratorio que solo ven la luz del día de camino a las máquinas expendedoras del centro estudiantil.

No soy ni mucho menos un obseso de la naturaleza. El tiempo que puedo pasar al aire libre depende de cuánta agua potable y cuántas barritas de granola lleve en la mochila. En muchas ocasiones, mi conocimiento del bosque es más abstracto y teórico que práctico.

Sin embargo, aprendí algo tanto de mi padrastro sobre la convivencia

con la naturaleza como de los instructores que tuve durante mi entrenamiento militar universitario, que, con razón, considerando mi curiosidad intelectual una desventaja en el campo de batalla, me inculcaron un poco de sentido común.

Y, al hacer caso omiso de lo poco que verdaderamente sé, creo que podría haber favorecido que Juniper haya terminado así.

El inspector Glenn contesta una llamada y yo me quedo aquí sentado, mirando la mano tendida de la pobre chica.

Los dedos se le quedaron permanentemente doblados de angustia cuando su cuerpo dejó de producir las coenzimas que impiden el agarrotamiento de los músculos que llamamos *rigor mortis*.

Uno solo dispone de unas cuantas horas al semestre para enseñar a sus alumnos lo que es importante. Yo alteraba con frecuencia mis planes docentes con el fin de poder transmitirles lo que consideraba absolutamente esencial. Conseguía, de algún modo, encontrar tiempo para dejarles jugar a videojuegos en la pantalla de vídeo del aula y, a la vez que les demostraba lo moderno que podía ser su profesor, les enseñaba cómo hasta un ecosistema digital puede responder a reglas emergentes.

Ahora me arrepiento de haber dedicado tanto tiempo a esas bobadas, o a los días de cine en los que veíamos películas como *Avatar* y yo intentaba racionalizar el ciclo de vida de un alienígena.

Debería haberles enseñado supervivencia.

Los videojuegos y las películas son una concesión egoísta. Nunca he sido un profesor popular, ni se me ha dado bien bromear ni charlar con mis alumnos. A menudo me siento desconectado y aislado. Esas mal llamadas herramientas de enseñanza son mi intento de demostrarles que existe una relación entre las cosas que les gustan de su vida y el mundo en el que vivimos.

Cuando miro las fotografías de la pobre Juniper, me siento tan estúpido como si un profesor de Historia entrase en clase pavoneándose disfrazado de Capitán América.

Tendría que haberles enseñado, a ella y a sus compañeros, a mantenerse a salvo, en lugar de esforzarme tanto por caerles bien.

Juniper no debería haber salido sola. Alguien tendría que haber sabido dónde se encontraba en todo momento. Debería haber llevado un arma en la mochila. Tendría que haber hecho todo lo que yo no hago...

Impulsiva, curiosa e inconsciente, seguramente aprendió más de mí de

lo que debería.

—¿Doctor Cray? ¿Se encuentra bien? —me pregunta Glenn.

Me doy cuenta de que he juntado las seis fotografías de Juniper en un montón y las estoy abrazando. Avergonzado, vuelvo a dejarlas en la mesa.

—Perdone —digo, y arrastro la silla hacia atrás para levantarme—. Seguramente debería irme. Si me lo permiten.

—Sí, sí, por supuesto. —Glenn se levanta y se acerca a la puerta para abrirmela. Se detiene antes de girar el pomo—. Acabo de hablar con los del Servicio de Pesca y Vida Silvestre. Tienen aquí a su mejor rastreador. Por si le sirve de consuelo, atraparemos a ese animal. Les sonrío sin ganas.

—Los dos sabemos que no. El oso no ha hecho más que ser un oso. —Tomo una bocanada de aire que mis pulmones se niegan a aceptar—. Ella tendría que haber sido más prudente.

—No la culpe —replica Glenn.

Levanto la vista.

—No la culpo a ella —digo, cortante y lleno de desprecio por mí mismo.

CAPÍTULO 9

MEDIANOCHE

Un agente me deja en el aparcamiento del motel a última hora de la tarde con una caja de cartón con los zapatos, el portátil, el resto de las cosas que se habían llevado de mi habitación y mi Ford Explorer.

La puerta de la habitación del motel aún tiene el marco astillado por donde la unidad táctica la ha reventado. Quizá debiera pedir en recepción que me pasen a otra, pero me da igual.

Entro, cierro la puerta y echo la cadena. La cama sigue sin hacer, pero parece que me han movido las almohadas. Imagino que alguien le habrá pasado uno de esos rollos adhesivos para recoger pelo. Sospecho que no solo buscaban sangre de Juniper, sino también cualquier otro indicio de su presencia.

Mientras el inspector Glenn y yo hablábamos, un técnico estaba haciendo un examen somero de sus hallazgos.

Si hubieran descubierto un pelo largo y castaño entre mis sábanas o en el sumidero de la ducha, apuesto a que Glenn me habría preguntado inocentemente si estaba solo aquí o tenía compañía. Habría sido el primer paso para determinar si soy un mentiroso y un posible asesino.

Hasta que he salido por la puerta de la oficina del *sheriff*, Glenn me ha estado observando muy atentamente. Él ha conocido a cientos, quizá a miles de culpables. Estoy convencido de que tiene sus propios patrones de búsqueda. Cada individuo es único, pero todos terminamos coincidiendo en el modo de reaccionar.

Sería fácil tildarme de impasible. Y a lo mejor lo soy, en el sentido literal de la palabra.

Cuando murió mi padre, pasé de ser un chico sociable, si no extrovertido, a ser un muchacho retraído. Mi madre me mandó a varios

psicólogos. Le preocupaba que no supiera digerir bien la pena.

Sentado en la consulta de estos profesionales, solo era capaz de articular mis sentimientos con monosílabos: sí o no. Cuando uno de los terapeutas, el doctor Blakely, me hizo un cuestionario escrito donde me hacía preguntas concretas sobre cómo me sentía, todo cuanto se me pasaba por la cabeza resultó evidente, al menos para el doctor y para mí.

Blakely sentó a mi madre en una silla, a mi lado, y le dijo con franqueza que yo estaba procesando aquello lo mejor que cabía esperar. Que no era un sociópata, ni un insensible. Solo que no expresaba lo que sentía, ni lo reconocía del mismo modo que otras personas, ni en el mismo momento.

El problema es que esperamos la manifestación física de las emociones. Los seres humanos somos primates sociales y debemos exteriorizar nuestras emociones para que otros las vean.

Mi madre nunca me vio llorar. Yo tenía la idea de que era eso lo que la molestaba y que por esa razón me había llevado a todos esos psicólogos. Cuando fui un poco mayor y tuve cierta perspectiva, además de cierta información obtenida de su segundo marido, Davis, por fin comprendí por qué se empeñaba en buscar una segunda opinión.

Ella nunca lloró.

No era capaz de reconocer su propia culpa por no expresar las emociones que uno debe manifestar cuando muere un ser querido.

No me cabe duda de que sintió profundamente la pérdida de mi padre. Sé que lo quería muchísimo. Todos lo querían. Era un hombre generoso, que murió intentando ayudar a los demás desinteresadamente.

Jamás juzgué lo mucho que mi madre lamentó su pérdida por el modo en que actuaba. Era tan sencillo como una ecuación. Cuando papá murió, sus estrepitosas carcajadas y la luz con que parecía inundar toda la casa desaparecieron. Cualquier extraño que hubiera venido a nuestra casa habría notado que faltaba algo.

Al pensar en todo aquello, recuerdo lo que solía contarme mi padrastro de cuando tomaba el tren de Alemania Occidental a Alemania Oriental cuando estaba destinado en Berlín. Davis decía que era como pasar de una película en color a una en blanco y negro.

En vida de papá, todo estaba lleno de color. Después, el color solo era un número en una paleta de tonos. Todo parecía apagado.

Mi reacción a la muerte de Juniper ha sido lenta. A lo mejor ahora Glenn piensa que no la maté, pero, tumbado en la cama, mirando al techo, me

pregunto si creerá que soy la clase de hombre capaz de hacerlo.

¿Qué debía haber dicho yo cuando ha mencionado su nombre? ¿Qué cara tendría que haber puesto? No lo sé. Pero seguro que la reacción apropiada no era quedarse pasmado, mirando al infinito como una estatua griega.

Al final de interrogatorio, Glenn me ha dado una segunda oportunidad de reaccionar como un ser humano sensible, cuando ha dicho que atraparían al oso. Yo he reaccionado como un científico, no como un hombre ansioso por vengar esa injusticia.

Y lo cierto es que odio a ese puñetero oso.

Puede que haya hecho lo que le dicta su naturaleza, pero también lo hacen el ébola o el cólera, y a los dos los barrería de la faz de la tierra si pudiera.

Los osos son unos animales fascinantes con los que tenemos más cosas en común de lo que creemos. Se han adaptado casi a tantos entornos como nosotros. Son unos mamíferos muy inteligentes y capaces.

Merecen nuestra protección.

Pero ese, no. Por ser tan estúpido de no entender que una joven inofensiva no le suponía ninguna amenaza, tendrá que morir.

Ahora mismo, me gustaría estar ahí fuera con los cazadores, intentando atraparlo.

Eso es lo que debería haberle dicho a Glenn. La reacción adecuada era la rabia y el deseo de actuar.

Probablemente me crea algo peor que insensible.

Un cobarde.

Unos hombres de verdad, hombres que no conocieron a Juniper, ni tuvieron jamás autoridad sobre ella, están ahí fuera, en el bosque, buscando al asesino.

Mientras, yo estoy en una habitación climatizada, al otro lado de una puerta cerrada con pestillo, enfurruñado por no haber sido capaz de demostrar a los demás lo furioso que estoy.

Ninguna crítica que Glenn me pueda hacer será lo bastante dura.

Soy penoso.

Incapaz de expresar mi frustración, me siento peor que penoso: me siento impotente.

Me quedo inmóvil hasta que me suena el teléfono.

Es el inspector Glenn.

—Lo tenemos —dice entusiasmado.

—¿Dónde? Quiero verlo.

CAPÍTULO 10

LA BESTIA

Meto el Explorer en el aparcamiento de la Dirección General de Tráfico, al borde del bosque donde guardan los equipos de limpieza de carreteras en un hangar. Una multitud de hombres rodea algo bajo una farola solitaria.

Al menos veinte personas forman el círculo. Los todoterrenos equipados con armeros me tapan parcialmente la visión del grupo y de aquello alrededor de lo que se congregan. La mayoría de los vehículos son del gobierno local y estatal.

Estaciono mi SUV y bajo. Tengo la impresión de encontrarme como a un campo de fútbol de distancia del objeto de escrutinio. Soy consciente de cada paso que doy y, aun así, siento que no avanzo.

Los *flashes* de las cámaras del centro del círculo iluminan los pinos altos como relámpagos silenciosos. El aroma a café caliente y las carcajadas inundan el aire frío.

Quitando los camiones, los iPhones, las cajas de donuts y los rifles, esta podría ser una escena de la cueva de Lascaux, donde hace veinte mil años los hombres se reunían para celebrar su éxito en la caza.

Yo soy el intruso y ellos son los héroes que atrapan los monstruos que matan a las hermosas doncellas. Soy el testigo, el hombre que viene a ver el rostro al monstruo, pero al que nadie dará palmadas en la espalda ni felicitará.

—¡Doctor Cray! —me grita el inspector Glenn, que se separa de un hombre vestido con el uniforme del Servicio Forestal para acercarse a mí.

A pesar de haberme invitado, casi espero que me pregunte qué hago aquí.

Me estrecha la mano con una sonrisa en el rostro. El inspector solo ha conocido a Juniper como cadáver. Para él, la historia de la joven empezó

cuando la encontraron muerta en el bosque y ha terminado felizmente con la derrota del monstruo.

Lo mismo que para el resto de todos esos hombres.

El personaje principal de su drama es el oso. El hombre es protagonista; el animal, el antagonista. La pobre Juniper no es más que un desencadenante. Para ellos, no es más que un nombre y una causa.

No estoy enfadado con ellos por eso. Ellos, al menos, han hecho algo mientras yo me miraba el ombligo.

Glenn me presenta a un hombre de barba salpicada de canas que viste una chaqueta del Servicio de Pesca y Vida Silvestre. Lleva pantalones cortos y un revólver a la cintura.

—Le presento a Kevin Richards. Es quien ha encontrado al animal y lo ha matado.

Le estrecho la mano.

—Lamento su pérdida —me dice Richards con cara solemne. Sospecho que es de esos cazadores que no saborean la muerte de ninguna criatura—. No se me ocurre nada que decir. —Me limito a asentir con la cabeza, demasiado avergonzado como para reconocer que la pérdida que más siento es la de mi orgullo. Por un pequeño hueco entre la multitud, vislumbro el pelo de color pardo—. Permítame que se lo enseñe —añade, agarrándome de un hombro.

Su gesto debería reconfortarme, pero a mí me resulta humillante. Tengo que resistir la tentación de zafarme de él. Él es el caballero triunfante que le muestra el dragón muerto al aldeano asustado. Como si dijera: «No tenga miedo, tengo todo controlado, hombrecillo».

La multitud, al reparar en que se acercan Richards y Glenn, se hace a un lado para que podamos verlo.

Hay una lona alquitranada de color azul extendida sobre la gravilla. En el centro, una montaña de pelo, salpicada de hojarasca.

Veo el rojo oscuro de la sangre en el cadáver, pero no parece haber heridas de bala.

De hecho, el animal solo tiene una herida visible: una marca de entrada en la sien derecha, justo detrás del ojo. Un disparo maestro y una muerte rápida.

El oso aún tiene los ojos abiertos, las fauces separadas en un gruñido que deja al descubierto sus afilados colmillos. Las uñas de la criatura sobresalen de las zarpas como cuchillos de carne.

Este es el monstruo que ha matado a Juniper.

Esta es la pesadilla que le ha robado la vida.

Sí, se trata de un oso pardo, pero este ejemplar es enorme.

Debería sentir odio al mirarlo.

Por instinto, deberían darme ganas de agarrar el hacha y despedazar la bestia, poner de manifiesto mi ira, pero ni siquiera soy capaz de escupirle ni de hacer ningún gesto de desprecio con la cabeza.

Lo miro y lo único que veo es un oso.

Solo un oso.

Su semblante feroz probablemente no sea más que el espasmo que le produjo el disparo. Lo más probable es que, cuando Richards apretó el gatillo, el animal estuviera agachado intentando olisquear si había algo de comer debajo de un leño.

Lo han matado en un momento de paz, no en plena batalla épica. Ha muerto en silencio y sin ser consciente de nada, como debe ser.

Igual que debería haber muerto Juniper, en su vejez.

Compadezco al oso. Nunca tendría que haberse cruzado en el camino de Juniper. De haber estado a diez metros a sotavento, en estos momentos, el oso estaría durmiendo en su escondite y Juniper se estaría tomando una porción de *pizza* y una copa de vino en la cafetería del siguiente pueblo. Ambos estarían contentos y felices.

En cambio, tenemos una joven muerta en el depósito de cadáveres y un oso muerto tirado en el suelo, blanco de burla y odio.

Miro de reojo a Richards y lo felicito sin entusiasmo.

—Buen trabajo.

Él responde con un gesto de complicidad con la cabeza, sin saber realmente lo que pienso, y se marcha con Glenn.

Plantado delante del oso, contemplo desde arriba a la criatura sin verla realmente.

—Perdone —me dice alguien por la espalda. Me vuelvo y veo a una joven agente uniformada. Lleva un sobre grueso en la mano—. ¿Es usted el biólogo?

—Sí.

—Me han pedido que le traiga esto. —Me entrega el sobre—. Mi marido se tiene que ir a trabajar, así que yo debo volver ya. —Mira al oso—. ¡Madre mía! ¡Qué monstruo! —dice, y vuelve corriendo a su automóvil.

Tardo un momento en darme cuenta de que llevo el sobre en la mano.

Los ojos del oso parece que me miran desde abajo.

Metó la mano en el sobre y toco varios tubitos de cristal. Al principio, pienso que son unas muestras que se llevaron de mi kit de campo. Saco uno y leo la etiqueta.

Parsons, Juniper, 8.04.17, H.C.M.E.

El contenido oscuro es inconfundible. Sangre. Oscura y coagulada. Extraída de la herida. Examino varios tubitos más. Todos llevan las mismas etiquetas.

Es su sangre.

En su interior, su ADN. La receta para crear a Juniper Parsons está entre mis dedos.

Claro que, aunque pudiera incubar el material genético en un huevo y conseguir que se abriera, incluso ignorando la información perdida al desconocer la metilación de la superficie del ADN original, el resultado no sería Juniper.

Desde el acto de fecundación hasta el momento en que se acercó a mí en aquel restaurante, hace años, el mundo que la rodeaba le afectó, la moldeó hasta convertirla en la Juniper que yo recuerdo. Ahora ya no está y nunca llegué a conocerla de verdad. Su ADN ya no es más Juniper que su fotografía.

Leo la etiqueta del sobre.

Para el doctor Liam Goodson, Servicio de Pesca y Vida Silvestre.

Eso explica por qué acaban de darme varios tubitos de sangre. Le hago una seña a Richards. Está hablando con Glenn y con algunos otros hombres.

—Disculpe, una agente acaba de darme esto —digo, y le entrego el sobre.

Él mira dentro y asiente con la cabeza, luego se lo da un hombre mayor con perilla y gruesas gafas de pasta.

—Goodson, creo que esto es suyo.

El doctor Goodson toma el sobre y comprueba el contenido, luego me sonrío sin ganas.

—¿Doctor Cray? Con esto comprobaremos que se trata del oso en cuestión —me explica por cortesía profesional.

Deduzco que van a comprobar si hay sangre de ella en el pelo y en el vientre del animal.

Asiento con la cabeza y me dispongo a marcharme, luego me detengo y me vuelvo para preguntarle algo al doctor Goodson.

—¿Qué les ha hecho pensar que fue este oso?

—Le hemos visto sangre en las zarpas y en el pelo —responde, después señala un estuche de herramientas, muy parecido al que uso yo, que se encuentra en la parte trasera de una de las camionetas—. Lo hemos comprobado. ¿Conoce los kits de trabajo de campo para análisis de hemoglobina?

—Sí, por supuesto.

Se refiere a unos tubitos de análisis que contienen agentes que cambian de color en presencia de sangre humana. Es una forma rápida de saber si una muestra de sangre es humana o de otro animal. Probablemente lleve varios en su estuche para otros tipos de sangre. Así suelen atrapar a los cazadores furtivos.

Vuelvo a mi SUV y me quedo allí sentado unos minutos, mirando fijamente a la multitud que aún rodea el cadáver del oso.

Trato de digerir todo lo ocurrido.

Cuando me he levantado esta mañana y he ido a la máquina de hielo, lo último que esperaba era convertirme en parte de un drama sobre una joven muerta y la caza de un oso asesino.

Ya ha terminado todo y yo todavía me siento alterado y confuso.

Alterado por lo sucedido y confuso por mis propios actos.

Aflojo los dedos de la mano derecha y miro fijamente lo que sujetaba con fuerza. Mirarlo no me da respuesta alguna, solo me suscita preguntas.

La principal: ¿qué me ha impulsado a robar una muestra de sangre de Juniper?

CAPÍTULO 11

EL FILÁNTRORO

Cuando despierto, el tubito de sangre está en la mesilla de noche, junto con tres latas de cerveza vacías. Sé que debería devolverlo. Aunque no había números de serie, ni un listado de todo el contenido del sobre, alguien podría advertir su falta.

Estoy convencido de que esto se puede considerar manipulación de pruebas, aunque ya no haya una investigación de homicidio en curso.

¿Por qué me lo he llevado?

Querría pensar que porque tengo la costumbre de recoger muestras. Doy una clase sobre cómo improvisar un kit de trabajo de campo con cinta adhesiva, carcacas de bolígrafos y cualquier otra cosa que uno pueda encontrar.

Mi laboratorio es una colección variopinta de cosas de lo más disparatado. Algunas resultan imprescindibles de inmediato; en otras no reparo hasta después.

Los curiosos orificios de la crisálida de una larva con los que me topé me sirvieron para explicar por qué una flor de un entorno no prendía más que a unos cientos de metros de distancia, en una colina. Un colega entomólogo identificó los orificios como perforaciones de termita. No son precisamente enemigos naturales, pero, en ese caso, siempre que la larva intentaba formar la crisálida en la rama de un árbol, las termitas de esta especie perforaban su minúsculo hogar y permitían la entrada de parásitos nocivos. La larva moría y nunca conseguía pasar a la siguiente fase para poder aletear por ahí y esparcir polen.

El despiste es la explicación más inocente de mis actos. La biocleptomanía es, por lo menos, comprensible. El resto es un poco malsano.

Un error que comentemos a menudo los científicos es pensar que

ponerle nombre a algo es lo mismo que entenderlo. Un esqueleto en un museo o una gota de sangre no nos dan una visión de conjunto. La sangre de Juniper no es más que eso: un píxel de la imagen.

Probablemente podría extraerse más de su hilo dental usado. Al menos, el hilo dental me daría pistas de lo que cenó, de su higiene dental y posiblemente del ADN de la última persona a la que besó.

Dejo de lado mi motivación y subo al baño a hacer pis. Cuando estoy en ello, me suena el móvil.

Me lavo las manos con meticulosidad solo simbólica y miró quién es.

Julian Stein. Es el filántropo responsable de la fundación que me ha concedido la beca. Pese a la escasa especificidad de mi solicitud, fue él quien la impulsó, como ya había hecho en otras ocasiones.

Julian es un hombre brillante. Fue un niño prodigio que vendió su primera compañía de *software* a los diecisiete años. Luego se hizo inversor y ahora es millonario.

Sin embargo, a pesar de ser un tipo que lo tiene todo —una casa con vistas al Golden Gate, áticos en Nueva York y paseos por la alfombra roja de las películas independientes que ha contribuido a producir—, no sé ni la de veces que me ha dicho lo mucho que me envidia.

Es curioso. A mí, que ando siempre preocupado pensando en si la universidad me renovará el contrato y en cómo voy a pagar el alquiler, me parece absurdo que un tipo que ha llevado a presidentes en sus aviones privados me tenga envidia.

Pero, cuando estoy haciendo investigación de campo, o incluso delante del ordenador, y descubro algo emocionante porque he tenido tiempo libre para hacerlo, entonces, lo entiendo.

Se fijó en mí cuando la revista *Wired* publicó un artículo sobre un excéntrico descubrimiento mío. Hallé un modo de utilizar un directorio telefónico local o una lista de correo para prever en qué ciudades iba a haber brotes de gripe primero. Hice una lista de predicciones basadas en un par de factores. El mayor era el número de personas de la misma población que se apellidaban igual.

Las personas que se apellidan igual suelen estar emparentadas, se reúnen más a menudo para comer juntas y les preocupa menos comer del plato de los demás e intercambiar gérmenes. Eso genera núcleos de infección durante los fines de semana que no tardan en propagarse a los colegios y los lugares de trabajos. La presencia de palacios de congresos se sumaba al

cálculo.

No era una regla incontestable, pero resultaba muy útil como factor explicativo. Queda por ver si la teoría se ajusta a los datos disponibles.

Julian me llamó después de leer el artículo y me animó a que siguiera investigando en esa línea.

Yo no diría que seamos amigos. Él vive su vida en fragmentos de cinco minutos y soy perfectamente consciente de que, en cuanto termine de hablar conmigo, pasará al siguiente nombre de una larga lista de personas con las que habla.

Contesto la llamada con voz algo ronca.

—Hola, Julian.

Él suena sombrío.

—Theo. Acabo de enterarme. ¿Cómo lo llevas?

Estoy por preguntarle de qué se ha enterado. De mi detención, aunque en realidad no lo fuera, o de lo de Juniper. Con Julian, no tiene sentido preguntarse cómo lo ha sabido tan rápido.

Decido contestar lo que diría alguien menos egoísta.

—Pobre chica.

—¿La conocías mucho?

—La verdad es que no. Hacía años que no hablaba con ella. Ni siquiera sabía que estaba trabajando por aquí cerca.

¿Acabo de intentar dejar patente mi inocencia de forma demasiado descarada?

—Le concedí una beca hace un tiempo.

—¿La conocías tú?

La verdad es que, aparte de alguna charla suya a la que voy de vez en cuando, no tengo ni idea de a quién financia Julian.

—No mucho, pero, cuando supe que había sido alumna tuya, acepté de inmediato. De hecho, te mencionó unas cuantas veces.

Maldita sea, le habría ido mejor si no me hubiera conocido.

—No tenía ni idea. La conocí antes de que se titulara.

—Estoy viendo su página de Facebook ahora mismo. Se están volcando con ella. Debía de ser especial.

Ojalá lo supiera. Pongo a Julian en manos libres para poder buscarla en el portátil. El primer enlace que encuentro es el de su cuenta de Twitter. Hago clic en él y aparece una fotografía.

Es ella. Sonriente.

Hace años que no veo esa cara o esa sonrisa. La recuerdo vivamente.

Era guapa. No de forma convencional. De pronto me acuerdo: su padre era irlandés y su madre de Haití. Podía pasar por brasileña o alguna otra mezcla bonita. Era única.

Echo una mirada culpable al tubito con su sangre que tengo al lado. Por lo menos, aún contamos con su ADN.

Es un pensamiento perverso. Incluso para un biólogo.

—Tengo entendido que ya han atrapado al oso —me dice.

—Sí. Lo vi anoche.

—Supongo que es buena noticia.

—¿Supones? Me detuvieron para interrogarme —digo, casi a modo de confesión.

—No me sorprende.

—Igual no, pero, por un momento, pensaron que la había matado yo.

—Qué miedo.

—Ni te lo imaginas —confirmo.

—Menos mal que llegaron enseguida al fondo del asunto...

—Sí... —respondo despacio.

—¿Sí? No pareces muy convencido.

—¿Qué? —digo—. Yo no la he matado.

—Jamás he dudado de ti —dice con rotundidad.

—Es que... ya sabes lo que dicen de las primeras impresiones... Suelen ser algo en lo que uno se fija.

—No te entiendo, Theo. ¿Qué insinúas?

—No sé. Es por, bueno, por el inspector con el que estuve. Era listo. Espabilado. Dudo que sea de los que se van por la tangente.

—Pero se dieron cuenta de que había sido un oso y le han dado caza.

—Sí, sí.

Agarro el tubito y le doy vueltas a la luz del sol que se cuele por el hueco de la puerta. Se refleja algo en él.

—¿Has hablado ya con sus padres? —pregunta Julian.

Entorno los ojos y veo un resto de pelo. Es una cerda, un pelo corto, liso y áspero, no parece de ser humano, por lo menos no de un ser humano sano.

—¿Theo?

—Oye, Julian, ¿conoces a algún experto en osos?

—Hemos financiado un proyecto de diversidad osuna. ¿Quieres hablar con ellos?

No sabría qué preguntarles.

—No. Eh... Tengo una muestra de la sangre de ella y quizá un pelo del oso.

—¿Coleccionas esas cosas?

—No. No exactamente. Da igual.

Vuelvo a dejar el tubito en el soporte.

—¿Quieres que alguien le eche un vistazo?

—No, ya lo están analizando los del Servicio de Pesca y Vida Silvestre. Es solo por morbo, supongo.

—Es porque eres científico. Si quieres, podemos esperar a ver qué dicen... Aunque dudo que hagan otra cosa que confirmar que ha sido el oso. A mí me intrigaría saber si le pasaba algo al animal o si algo que hizo Juniper provocó el ataque. Todo eso de que el síndrome premenstrual atrae a los osos es un mito, ¿no?

—Si te digo la verdad, ignoro si hay suficientes datos. De todas formas, meterse en esto probablemente sería excederse.

—Puede —dice Julian—, pero déjame que te haga una pregunta: si fuera Juniper quien tuviese un tubito con tu sangre y un pelo de oso, ¿querrías que lo analizara?

—Sí, pero yo no la conocía tanto como para saber si ella querría que yo...

—Créeme, seguro que sí. Envíalo.

—De acuerdo.

Lo que fuera por quitárselo de encima.

—Entonces, ¿aún no has hablado con su madre? —pregunta de nuevo.

Dice «aún» de un modo que parece que fuera obligación mía.

Mierda. Pues claro que tendría que llamar. Qué imbécil soy. Lo lógico es que los llame y les diga cuánto lo siento.

Titubeo.

—No. Andaba buscando su número.

—¿No te lo ha dado la policía?

Ni siquiera se me ha ocurrido pedírselo.

—Iba... iba a pedírselo ahora.

—Te lo mando en un mensaje. Yo llamaré luego. Convendría que tú lo hicieras cuanto antes. Por aquello de que eras su profesor favorito y todo eso.

¿Favorito?

—Sí. Ahora los llamo.

—De acuerdo. Te envío un mensajero a por las muestras. Tengo un laboratorio rápido del que ya te hablaré luego.

Muy exhaustivo, Julian.

Nos despedimos y yo me quedo mirando el número de la madre de Juniper.

¿Cómo se puede expresar con palabras lo que uno siente? ¿Cómo explicas que es culpa tuya?

Sé que seguir aquí sentado, en la oscuridad, no me va a acercar a la respuesta. Marco el número y confío en ser capaz, por una vez en mi vida, de decir lo correcto en el momento oportuno.

CAPÍTULO 12

MARIPOSAS

—¿Diga?

La voz de la madre de Juniper suena algo estresada, pero fuerte. Para ella, la pesadilla empezó cuando su hija desapareció hace unos días. Ha tenido tiempo de hacerse a la idea, supongo.

—Hola, soy Theo Cray. Fui profesor de su hija hace unos años. Quería llamarla para darle el pésame.

«Pésame», que forma tan insulsa de expresar que no tengo ni idea de qué decir.

—¿Profesor Theo? —Eleva la voz—. Gracias por llamar. Se lo agradezco mucho.

—No sé si se lo han dicho, pero yo también estoy por la zona.

«Obviaremos el hecho de que hayan pensado por un momento que yo había asesinado brutalmente a su hija.»

—Sí, lo sé. Juniper lo mencionó.

—Ah, ¿sí?

—Sí, claro. Seguía de cerca su investigación. No hace falta que le diga lo mucho que usted la inspiraba.

¿Yo?

—Era una alumna maravillosa.

—¿Alguna vez le dijo que no dejó la universidad gracias a usted?

—Eh... No.

No llegó a contarme nada porque jamás me molesté en tratarla más que como a un nombre más de la lista de alumnos.

—Lo estaba pasando mal. Problemas con chicos... Además, su padre había muerto hacía un año. Fue una época de mucho estrés. Decía que usted le había dado esperanza. Quería ser como usted.

¿Ser como yo? ¿Un espectador del mundo completamente asocial?

—Se lo agradezco. No me lo dicen muy a menudo.

«Nunca» sería un término más apropiado.

—No sea tan modesto. Su llamada significa mucho para mí.

Tendría que estar gritándome.

—Ojalá... —Se me quiebra la voz—. Perdone... Ojalá hubiera sido mejor profesor. Ojalá le hubiera dicho que tuviese más cuidado. Lo siento, señora Parsons, no debería decirle estas cosas.

—No pasa nada. Aún no me hago a la idea. —La oigo contener las lágrimas—. Era mi pequeña. Y ya no está.

—Lo siento muchísimo.

Inspiro hondo y me limpio la nariz.

—Doctor Theo, ¿por qué había salido sola? —pregunta, y su voz pasa de cordial y comedida a distante.

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué había salido. Ojalá hubiera podido dedicar más tiempo a inculcarle prudencia. —Me siento fatal por culparla e intento rectificar enseguida—. Quiero decir... Es que...

—Ella siempre era prudente. Pasó muchos veranos en Yellowstone, trabajando con el servicio forestal. Se había topado con muchos osos y sabía perfectamente que debía evitarlos, pero supongo que basta que te despistes una vez...

No tenía ni idea de que hubiera colaborado con el servicio forestal. Estaba más preparada de lo que yo pensaba.

Ahora me siento aún más culpable por achacar su muerte a su imprudencia. Es un consuelo poder atribuir las desgracias de otros a sus propios actos. Y un error.

Probablemente estaba más preparada para el trabajo de campo que yo, con lo que el modo en que murió tiene aún menos sentido.

No es el mejor momento para preguntarlo, pero debo saberlo.

—¿Qué hacía Juniper allí?

—Algo relacionado con los genes de los peces, creo.

En la zona donde se ha encontrado su cadáver no hay ningún estanque, ningún arroyo, pero puede que simplemente estuviera de excursión.

Aun así, como científico y antiguo profesor suyo, debería, al menos, averiguar algo más sobre su trabajo. Es una vergüenza que haya tenido que morir para que me entere siquiera de que uno de mis alumnos había empezado a hacer cosas interesantes por su cuenta.

—¿Lo ha visto? —me pregunta.

Me lleva un momento entender a qué se refiere. Al oso. Al monstruo que ha matado a su niña.

—Sí, lo vi anoche. Lo atrapamos ayer.

Qué mentira mayúscula, ese «atrapamos».

—Gracias por ayudar a capturarlo. Me tranquiliza pensar que no atacará a nadie más, pero sé que Juniper no habría querido que ese bicho sufriera. Ella era así.

Por supuesto.

—Fue una muerte rápida. El cazador lo derribó de un solo disparo.

—Bien. Juniper se enfadaría conmigo, pero me alegro de que hayan pillado a ese cabrón. —Hace una pausa—. Disculpe.

—No hay nada que disculpar.

—¿Seguro que lo han atrapado?

Por un momento, tengo la impresión de que está poniendo en duda que lo «hayamos» atrapado. Estoy a punto de confesar la verdad cuando caigo en la cuenta de que lo que pregunta es si hemos dado caza al oso que la mató.

—Parece ser que sí. Se hacen pruebas para comprobar esas cosas. —El tubito de sangre de Juniper y el pelo de oso siguen en la mesita. Me alegro de haber aceptado la oferta de Julian de analizarlo—. Yo voy a hacer una segunda comprobación —digo, fingiendo una autoridad que no poseo—. Cuento con amigos que harán sus propias pruebas.

—Gracias. Gracias, doctor Theo. Eso significa mucho para mí. Me alegro de que esté ahí.

Me alivia que la madre de la víctima justifique mi transgresión.

—No hay de qué —digo, magnánimo, colgándome medallas que no merezco—. Llámeme Theo a secas, por favor. Y, si hay algo que pueda hacer por usted, dígamelo.

—La niña tenía el automóvil en el taller. No quisiera ser un incordio. La policía me puede mandar sus cosas, pero...

—Yo me encargo. Dígame el nombre del taller y dónde se alojaba su hija, yo me ocupo del resto.

Nos despedimos. Tomo nota mental de volver a llamarla en unos días para ver cómo sigue. A su parecer, yo era importante para su hija. Lo mínimo que puedo hacer es respetar su sentimiento. Eso y llamarla de cuando en cuando. Estoy convencido de que sería lo que Juniper querría.

Juniper, cuanto más sé de ti, más interesante me pareces.

¿Por qué saliste sola?

CAPÍTULO 13

A ESCASA DISTANCIA

El taller, Bryson's Auto Repair, se encuentra en una pequeña parcela de tierra situada junto a la autopista, entre franjas de pastos, cerca de donde empiezan los árboles altos del bosque. Cuando entro, su supuesto propietario, Bryson, un hombre de cincuenta y tantos años, enfundado en un mono manchado de grasa, me mira desde debajo del capó de un Surabu Outback.

Veo lo que debe de ser el Jeep de Juniper al sol de mediodía, estacionado al borde del aparcamiento, junto a una camioneta y un Toyota Camry al que le faltan el capó y el guardabarros.

Bryson se acerca a mi SUV para saludarme.

—¿Así que usted es el otro? —me dice según bajo del vehículo.

—¿El otro?

—El otro tipo al que detuvieron.

Ah, ya lo entiendo. Claro. Antes de saber que a Juniper la había matado un oso, Glenn debió de comentarle que tenían otro posible sospechoso.

Es unos centímetros más bajo que yo, pero fuerte. Solo veo un elevador de automóviles y un pequeño cabrestante. Probablemente se mantiene en forma cargando piezas pesadas de un lado a otro todo el día.

—Sí —contesto—. Por lo visto, el sospechoso que buscaban iba a cuatro patas.

—Supongo —responde.

Señalo el todoterreno de Juniper.

—Su madre me ha pedido que me ocupe del coche. Vive en Carolina del Norte. ¿Tiene idea de cómo puedo enviárselo?

—La empresa de remolques que lo trajo solo hace traslados estatales, pero conozco un servicio de transporte que le costará unos ochocientos dólares. Si dispone de unas semanas, puede poner un anuncio en internet para

ver si alguien que esté trabajando por aquí ahora se lo quiere llevar hasta allí.

—¿Cree que eso funcionará?

Se encoge de hombros.

—No sé, pero, si dispone de tiempo...

—Yo tengo que estar de vuelta en Austin en una semana. Empiezan las clases de otoño. Quizá ponga el anuncio unos días.

Me fastidiaría tener que pedirle a la madre de Juniper que pague el traslado. En el peor de los casos, lo pagaré con mi tarjeta de crédito y ya veré cómo gestiono el cargo.

Bryson mira mi Explorer por encima de mi hombro.

—¿Tiene pensado cambiar las ruedas pronto?

Estoy a punto de ignorarlo por buhonero cuando miro las ruedas y me doy cuenta de que el dibujo de las delanteras es casi inexistente.

Él percibe mi vacilación.

—No es por meterle prisa, pero le puedo cambiar las delanteras con descuento. Las traseras aún le aguantarán un poco. Le saldrá por ciento cincuenta.

—¿Cada una?

Suelta una pequeña carcajada.

—Hombre, si quisiera robarle, lo haría con más disimulo. Ciento cincuenta por las dos y le regalo un cambio de aceite.

—Creo que es buena idea.

—Tengo una sala con wifi, si quiere esperar. No hay mucho más que hacer por aquí —dice, señalando al bosque—, pero, aunque hayan atrapado a ese bicho, yo no saldría de paseo por ahí.

—Seguro que tiene razón.

—Fue como una película de Hollywood —añade, señalando el campo que hay junto al edificio metálico—. El helicóptero de búsqueda aterrizó ahí mismo.

—¿Aquí? —Me vuelvo hacia el bosque—. Espere, ¿es ahí donde encontraron a Juniper?

—A unos cinco kilómetros yendo por la carretera. A medio camino entre mi taller y el Mountain Cloud Inn.

El Mountain Cloud Inn era el motel donde se alojaba Juniper.

Le doy a Bryson las llaves del Explorer.

—Creo que sí voy a dar un paseo.

Agarro la mochila del asiento trasero y me la ciño a la cintura. No tengo

pensado adentrarme en el bosque. Solo quiero recorrer un trecho de la carretera.

Al menos eso es lo que pienso. Lo cierto es que no tengo ningún plan.

La autopista atraviesa el bosque a modo de fino cañón. Camino por el arcén, por si viene a toda velocidad algún conductor despistado.

El paso de los pastos a los árboles de hoja perenne es extraño. Entre medias, hay trozos de hierba descuidada. Un ecotono. Los árboles y el prado se disputan el terreno. La hierba silvestre se encuentra entre ambos, en una zona donde el llano pedregoso da paso a una tierra boscosa más blanda.

Al borde de la autopista, brotan, como islas minúsculas, margaritas y hierbajos entre las grietas del asfalto. Ecotonos en miniatura. Si buscara una bacteria que se alimentara de gasolina, recogería muestras de tierra de las autovías más transitadas. No sé si encontraría alguna, pero seguro que descubriría algo interesante.

Levanto la vista de la carretera al bosque que me rodea e intento averiguar qué buscaba Juniper por aquí.

Lo más inteligente sería recurrir a las últimas aplicaciones de búsqueda que usó o, como mínimo, leer su blog, pero aún estoy afectado por lo sucedido y ni siquiera tengo ánimo para mirar mucho rato su página de Facebook. No paro de ver su rostro, me persigue.

Los dos primeros kilómetros de mi recorrido son una pendiente suave y ascendente hacia las montañas. Después, la pendiente se acentúa.

No aparto los ojos de los árboles, en busca de algún indicio del lugar en el que se halló a Juniper. Seguramente los hombres de la oficina del *sheriff* lo marcaron de algún modo.

Veo algunas marcas forestales de un naranja desvaído, pero nada más. Que yo sepa, no han hecho pública más que una descripción general de la zona.

No veo de manera inmediata la relación entre este bosque y el mapa que vi en el despacho de Glenn y eso que me paso el día estudiando mapas de paisajes reales y artificiales.

Un camión pasa como una bala por mi lado y una fuerte ráfaga de viento me sacude el cuerpo.

Tendría que haber preguntado cuándo llevó Juniper su todoterreno al taller. ¿Tuvo que caminar mucho?

Decido avanzar diez minutos más y volver. No tengo ni idea de lo que

busco, menos aún de lo que estaría haciendo Juniper por aquí, salvo ir del motel al taller y viceversa.

Las colinas de ambos lados de la autopista son demasiado empinadas para que se forme en ellas ninguna masa de agua mayor que el tronco de un árbol. Nadie podría encontrar aquí más peces que los que se les cayeran del pico a los pájaros.

Cuando estoy a punto de volver, diviso una cinta azul atada a un árbol. Parece nueva. A una decena de metros hacia el interior del bosque, sin llegar a adentrarse en la espesura, hay una cinta amarilla más gruesa, como los precintos policiales que se ven en las escenas en que se ha cometido un crimen en las películas de crímenes.

Ese es el sitio. O más bien el sitio de la carretera que conduce al rastro que, a su vez, conduce al lugar donde sucedió todo.

Tendría que volver ya al taller. No pinto nada aquí, pero...

Me adentro en el bosque en busca del lugar en el que la mataron.

CAPÍTULO 14

LA LÍNEA AMARILLA

Los antiguos griegos pensaban que el mundo nacía del caos, de un vacío informe. De esa masa de forma indeterminada, surgieron los titanes y los dioses y titanes y hombres engendraron al hombre. Este, en su manifestación más evolucionada —para los filósofos, ellos mismos—, intentó poner orden en el caos, buscando simetrías y reglas en el universo.

Esa búsqueda de reglas fue lo que dio lugar a la filosofía y, mucho después, a la ciencia.

Un científico es alguien que intenta ver orden en el caos. A veces, es sencillamente imposible, como bien nos indican la mecánica cuántica y la teoría del caos. Una cosa puede ser de una forma o de otra sin que haya nada que nos indique por qué.

Asciendo la colina porque quiero dar sentido al caos. Tenemos un hecho: la muerte de Juniper. Tenemos una causa: el oso. No dispongo de un porqué y la policía no ha hecho público qué condujo a ese encuentro.

Como sospechaba, la primera cinta amarilla no es más que un marcador. Diez metros más allá, hay otra.

Encuentro cinco marcadores amarillos que conducen a una pequeña zona de terreno llano.

Ahí es donde veo la primera cinta roja.

Está atada al tronco de un árbol. Debajo, hay una mancha oscura en la corteza.

Sangre.

Para ser exactos, una huella parcial de la palma de una mano ensangrentada.

Juniper tocó ese árbol estando moribunda.

Veo cuatro cintas rojas más en este pequeño claro y tres banderitas rojas

en el suelo.

Algunas de las cintas señalan los lugares de los que se han retirado con cuidado fragmentos de la corteza del árbol para llevárselos al forense. Algunos de los puntos marcados en el suelo son solo agujeros de los que se han extraído tierra y sangre.

Los agujeros son pequeños. No lo que cabría esperar de un adulto que ha muerto desangrado.

Me arrodillo para inspeccionar una de las manchas. La tierra tiene un tacto ceroso, como de arcilla. En la superficie, se acumulan gotas de agua, por la naturaleza hidrófoba de los minerales.

Algunos suelos repelen la humedad; otros, como el suelo reseco del desierto, la absorben con voracidad.

Habría que cavar para saber cuánta sangre se derramó. En un examen inicial, parece que no mucha. Tal vez ya se hubiera desangrado al yacer aquí.

Me limpio las manos en los pantalones y veo la segunda hilera de cintas amarillas. Conducen a una parte más elevada de la colina.

El patrón empieza a estar claro. Aún estoy rodeado de caos, pero todo apunta en una dirección.

Subo la colina y noto que no piso en firme porque, bajo mis pies, se desprenden piedrecitas. Me imagino lo que tuvo que ser para Juniper abrirse paso a trompicones entre la maleza.

Dos banderitas rojas señalan las plantas salpicadas de su sangre.

El rastro amarillo termina en otro árbol donde Juniper apoyó la mano. Curiosamente, está en el lado del árbol que da a la carretera y no en el que está orientado hacia la espesura, donde entiendo que se topó por primera vez con el oso.

Hay un camino de cintas amarillas mucho más largo que conduce aún más arriba. Subo siguiendo el sendero, con cuidado de no pisar ninguna banderita roja oculta entre los leños o los matorrales.

Al plantar el pie derecho, me quedó paralizado. No me detiene un sonido, al menos ninguno del que sea consciente.

Es la parte más antigua del cerebro, conectada con órganos sensoriales atrofiados o extintos.

Ya me ha pasado antes.

La primera vez cuando tenía catorce años y mi padrastro me llevó de excursión al oeste de Texas. Me detenía de cuando en cuando, receloso de algo. Davis se quedaba quieto.

Cuando volvimos al campamento, me preguntó si la excursión me había resultado extraña. Le dije que sí, pero que no sabría explicar por qué.

Él asintió con la cabeza, cómplice, luego sacó la escopeta del todoterreno.

—Sígueme.

Retrocedimos unos dos kilómetros y nos detuvimos en el punto exacto donde yo había tenido esa sensación extraña por primera vez. Lo vi escudriñar e inspeccionar la zona. Fijó la mirada en una piedra grande.

Lo seguí al otro lado de la piedra. Se acuclilló y me pidió que hiciera lo mismo. Señaló una pequeña parcela de barro.

Una zarpa, mayor que mi puño, había pisado allí. La reconocí por un libro de caza. Era de un puma.

Eso era lo que los dos habíamos sentido.

—¿Cómo lo hemos sabido? —pregunté.

—Puede que hayamos olido a otro carnívoro. Puede que lo hayamos oído. Solo ten presente que él nos ha detectado mucho antes que nosotros a él.

Un recordatorio aleccionador del que sería testigo una y otra vez.

Ahora mismo tengo la sensación de otra presencia. Si corro, dejaré claro que soy una presa asustada. Si me conduzco con excesivo descaro, podría convertirme en un desafío territorial.

La mejor forma de proceder es la cautela. Meto la mano con disimulo en la mochila y saco el spray de pimienta.

Hay un rastro más de cintas amarillas que seguir. Si lo sigo, podría llegar al lugar donde el oso atacó a Juniper por primera vez.

Que haya visto un oso muerto no significa que sea el oso que la mató. Los osos y los rayos hacen lo que les place y pueden atacar en el mismo sitio tantas veces como quieran, pese a lo que nos digan los expertos.

Debería volver con cuidado a la carretera.

Pero aún tengo caos.

Quiero orden.

Maza en ristre, continúo subiendo la colina.

Cada ruido, cada silencio prolongado me hace detenerme e inspeccionar el entorno.

No veo ningún depredador acechando tras los árboles, pero eso no significa que no estén ahí.

Llego al último indicador amarillo y veo una banderita roja plantada en

el suelo.

Aunque la tierra está cubierta de agujas de pino, veo que este terreno es distinto.

Está inundado de sangre.

CAPÍTULO 15

LUGAR DE DESCANSO

Una imagen macabra me viene a la cabeza al mirar la mancha oscura del suelo. Con el mismo tipo de asociaciones mentales que provoca un test de Rorschach, pienso en un ángel de nieve.

Aquí, Juniper se resistió, tirada en el suelo. Hizo el molinete con los brazos y extendió la sangre a su alrededor.

¿Se defendía del oso? ¿Trataba de escapar de su peso?

Me asombra que tuviera la fuerza necesaria como para poder ponerse de pie y bajar la colina.

¿Cómo habría reaccionado yo? ¿Me habría paralizado el pánico?

Juniper era una luchadora. Era una chica valiente que no se rindió hasta que su cuerpo no pudo más.

Al haber trabajado como auxiliar sanitario de emergencias, he visto a personas morir de heridas insignificantes y a otras sobrevivir a accidentes que habrían sido mortales para los demás. Los órganos vitales y las arterias importan, pero también la voluntad de vivir.

Algo se agita entre los árboles. Me yergo y me vuelvo despacio, mirando hacia la espesura.

La parte de mi visión entrenada para detectar patrones no ve ninguno.

Podría haber una decena de animales, desde el tamaño del oso al del ratón, en veinte metros a la redonda y yo no los vería.

Alerta, pero hipnotizado por el charco de sangre, vuelvo a arrodillarme e intento encontrar una lógica a lo que tengo delante.

¿Qué trajo a Juniper y al oso a este lugar?

¿La iba siguiendo?

¿Lo sorprendió ella?

¿Sería tan tonta como para andar persiguiéndolo? Por estúpido que

parezca, más de un imbécil ha muerto por eso.

Me retiro y miro colina abajo. He visto muchas banderitas amarillas y rojas, pero no de otros colores.

¿Y su mochila o sus zapatos? ¿Tiene la policía alguna cinta especial para marcar el lugar en el que se encuentran las pertenencias de una persona?

Me cuesta creer que Juniper se adentrara tanto en el bosque sin llevar siquiera una botella de agua, aunque solo fuera andando del taller al motel.

Y sigo sin entender qué la llevó a subir hasta aquí. En esta zona, no hay ni estanques ni lagos. La masa líquida más grande es el charco formado por su sangre.

Ni siquiera hay leños podridos donde un oso pudiera encontrar algo que comer.

La presencia de Juniper y del oso en esta zona es del todo casual.

Los osos pueden tener territorios muy extensos. Supongo que tal vez también él estaba dando un largo paseo.

Lo cierto es que no sé mucho de osos. Estoy aquí plantado, en medio del bosque, especulando sobre dos criaturas que me son completamente ajenas.

Se me crispa la oreja al oír un chasquido de una rama. Me vuelvo bruscamente hacia un bosque desierto.

Contengo la respiración y permanezco inmóvil, a la espera de que vuelva a moverse.

Sé que estoy mirando en la dirección correcta, pero no veo lo que ha producido ese ruido.

Centro toda mi atención en un pequeño espacio en el que hay dos árboles a escasa distancia el uno del otro.

Hay algo ahí.

Decido que lo más conveniente es la retirada sigilosa. Con el espray de pimienta listo a la altura de la cintura, doy un paso atrás, sin apartar la vista. Luego, otro.

Algo se me hinca en el tobillo. Me sacudo en un acto reflejo y caigo.

Mi espalda choca contra el suelo y me quedo sin aire en los pulmones. Me golpeo la cabeza con una piedra y mi visión periférica empieza a desvanecerse, como en un televisor antiguo.

Me resisto a perder la consciencia.

Oigo chasquidos de ramas rotas mientras algo cruza el bosque a toda prisa.

A toda prisa hacia mí...

Intento levantar el espray de pimienta, pero no llevo nada en la mano.

El esfuerzo requiere demasiada sangre y los dedos oscuros de la inconsciencia se apoderan de mí.

Una de las últimas sensaciones que tengo es la del olor a sangre.

Me corre un reguero de sangre caliente por la nuca, pero esa sangre no es mía.

He caído en el ángel de nieve de Juniper.

Una sombra se abalanza sobre mí y pierdo el conocimiento.

CAPÍTULO 16

FRANCOTIRADOR

Cuando vuelvo en mí, estoy apoyado en un tronco de árbol. Tengo la parte trasera de los pantalones y de la sudadera empapados de sangre. Al principio, pienso que es mía, pero luego caigo en la cuenta de que he caído en el charco de sangre de Juniper.

Me viene a la memoria la imagen de la sombra que se abalanzaba sobre mí. Me sobresalto, aterrado, e intento ponerme de pie, pero me flojean las piernas.

Algo se acerca a toda prisa entre la maleza. Levanto las manos como un niño asustado.

—Tranquilo —dice una voz de hombre a mi izquierda. El inspector Glenn se acerca y se inclina sobre mí. En una mano, lleva el móvil; en la otra, un paño empapado en sangre. Me lo acerca a la nuca. Procuró no moverme—. Lo bueno es que la mayor parte de la sangre no es suya, lo malo es que ha profanado un escenario de asesinato.

—Lo siento.

Me miro las manchas de los dedos. Llevo sangre de Juniper por todas partes.

—Anoche llovió y el charco se hizo mayor. —Me pone un dedo delante de los ojos—. ¿Ve borroso?

—No.

—Bueno, otra cosa buena: no tendremos que sacarlo de aquí en helicóptero.

—Estoy bien. Deme un segundo.

Me escuece la nuca, pero se me pasará. No huele raro, ni estoy mareado, con lo que probablemente no tenga conmoción cerebral. Probablemente.

—Se ha dado un golpe perfecto con la piedra. En el sitio ideal.

—Me ha... sobresaltado.

—No hace falta que lo jure. —Glenn busca un sitio seco, luego se sienta—. ¿Qué demonios hace aquí arriba?

—Me ha parecido un buen sitio para caerme de culo. —Miro el charco de sangre de Juniper y sacudo la cabeza—. ¡Madre mía!

—Sí. No ha sido un momento precisamente glorioso. Aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Qué hace aquí arriba?

—La señora Parsons, la madre de Juniper, me ha pedido que me haga cargo de su todoterreno.

Glenn ladea la cabeza.

—¿Aquí arriba? ¿Dudo que haya mucho sitio donde estacionarlo? ¿Seguro que se encuentra bien?

—Tengo el mío en el taller. El de... ¿cómo se llama? Bryson. Me está cambiando las ruedas. Y se me ha ocurrido ir a dar un paseo.

—¿Y ha terminado aquí arriba? —pregunta Glenn con escepticismo.

—He visto las cintas. Me ha picado la curiosidad. ¿Qué hace usted aquí?

—Yo no necesito un motivo, pero, si quiere saberlo, atar cabos sueltos. Recuerdo la sensación que he tenido de no estar solo.

—Me estaba vigilando.

—Sí. Lo he vigilado desde que llegó.

—¿Y no me ha dicho nada?

Glenn mira a un lado, como si tratase de recordar algo.

—¿Cómo lo llaman... la paradoja del observador? —Se encoge de hombros—. Me pareció que sería más interesante ver lo que hacía si creía que estaba solo.

—Pero yo sabía que no estaba solo.

—Puede, pero apuesto a que pensaba que lo acechaba un oso o un puma.

Tiene razón.

—Tal vez. Ha sido muy sigiloso. ¿Militar? ¿En qué puesto servía?

—Observador.

Un observador es un soldado que acompaña al francotirador y lo ayuda a identificar los blancos.

—Claro. Supongo que, si hubiera sido francotirador, yo ya estaría muerto.

—Creo que ha conseguido mantenerse fuera del campo de batalla muy

hábilmente.

Me echo hacia atrás y noto el tronco del árbol. Despacio, me levanto, apoyándome en él.

—¿Está bien?

—Sí. Creo que sí. —Me sacudo la hojarasca que se me ha pegado a la ropa—. ¿Cómo terminó Juniper ahí abajo habiendo perdido tanta sangre aquí arriba?

Glenn se levanta y enarca una ceja.

—¿Qué le hace pensar que la encontramos allí abajo?

—Está más cerca de la carretera. Supongo que se topó con el oso en la espesura del bosque e intentó llegar corriendo a la carretera.

Niega con la cabeza.

—No. Murió aquí mismo. Exactamente donde se ha caído usted.

—¿Subió corriendo aquí?

—¿Lo ha atacado un oso alguna vez?

—Hace cinco minutos creía que sí.

—Bueno, a mí no, pero supongo que, por instinto, correría hacia donde pudiera.

—Sí. Tiene razón. Imagino que es fácil darle demasiadas vueltas a las cosas cuando no estás a punto de morir. Aun así, parece ilógico.

Glenn cruza los brazos y mira alrededor.

—De acuerdo, dígame, como científico, ¿qué podría andar buscando ella aquí arriba?

—Ni idea. Su madre me ha comentado que estaba estudiando algo sobre los peces, pero es evidente que no hay peces por aquí.

—El lago más próximo está al otro lado de Brookman's Pass. Hubo un derrubio hace unos meses. La única forma de llegar allí desde aquí es una travesía a pie de dos días. La mitad, por pastos. —Señala hacia la carretera—. Al otro lado, hay varios estanques, pero, según dicen, no se puede llegar allí desde aquí.

—Interesante. Indagaré más, a ver si averiguo algo más de su investigación.

—Hágamelo saber. También es posible que buscase un atajo.

—Creo que era más inteligente que eso.

Glenn actúa como si estuviera reprimiendo algo. Menea la cabeza.

—Si era tan lista como su profesor...

—No la juzgue —le replico con frialdad—. Puede que yo sea torpe,

pero, a juzgar por lo que he visto, cayó después de resistirse con bastante más valentía que yo.

—No. Tiene razón. Me he excedido —me dice con gravedad—. Una chica dura.

—Ojalá la hubiera conocido mejor.

—Venga ya —dice Glenn, bajando la voz—. Ahora que no está en la picota, puede sincerarse conmigo. La conocía muy bien, ¿a que sí? Incluso puede que se vieran en la ciudad.

Le daría un puñetazo si él no fuera armado y yo no fuese un cobarde.

El único contraataque que puedo ofrecerle es mi cara de ofendido. Ofendido de que haya pensado eso de mí. Ofendido de que haya pensado eso de Juniper.

—No sea capullo.

Levanta las manos como en señal de rendición.

—Perdone. Es el detective que llevo dentro. Siempre estoy picando. Quería ver su reacción.

—¿Qué más da ahora? Ella está muerta y ustedes ya tienen al oso.

—Cierto. Supongo que es como la investigación. Cuando conozco a alguien como usted, quiero saber qué se le pasa por la cabeza.

No sé si me hace gracia que continúe indagando en los motivos que me llevan a hacer las cosas.

—¿Ha conocido a alguien como yo antes?

—Cuando lo vi por primera vez, pensé que sí.

—¿Un bobo torpón como yo?

Glenn se me queda mirando un momento.

—No. Era un asesino. Un hombre tan frío como se pueda imaginar.

—¿Un asesino?

Se me revuelve el estómago.

—Catorce homicidios confirmados, para ser exactos.

La comparación me hiela la piel.

—¿Un asesino en serie?

—Yo no lo llamaría así.

La observación de Glenn no me hace gracia.

—¿Entonces, qué, asesino en masa?

—No. Francotirador. Yo era su observador.

No sé cómo tomarme esa comparación y mascullo:

—Yo solo soy un peligro para mí mismo.

—Puede, pero sigo teniendo la sensación de que no me gustaría verlo enfadado.

CAPÍTULO 17

GENBANK

Cuando vuelvo a la habitación del motel, veo que tengo un mensaje de voz de Julian.

—Llámame...

—¿Qué pasa? —le pregunto un minuto más tarde.

—Estoy a punto de mandarte un archivo grande. Tenemos los resultados del ADN.

—¿Tan rápido?

Miro el reloj. Su mensajero se llevó las muestras hace menos de doce horas.

—Tengo una *start-up* de pruebas de ADN rápidas, Xellular, con equis.

—Por supuesto. El nombre se lo has puesto tú, seguro. No me suena.

Ese era el laboratorio al que se refería. Y es suyo, claro.

—Sí. Y es normal que no te suene. No trabajan con la universidad. Nuestro principal cliente es la CIA. Nos usan para identificar a terroristas y decidir después a quién atacan con drones. El dinero no es problema, así que estaban dispuestos a pagar lo que fuera por obtener resultados rápidos. Lo bueno es que pronto podremos comercializarlo.

—Suena bien. Aunque no sé qué esperar del ADN de Juniper. Si hubiera algo de tipo hormonal o feromonal, habría salido en el plasma sanguíneo.

—No —me corrige—. Theo, es el ADN del oso.

—¿Del oso? No he visto folículo en la muestra. Parecía solo trozo de pelo.

—Es que no había. La muestra está tomada del tallo del pelo.

—No pensaba que eso fuera posible.

Se cree que el pelo solo contiene ADN mitocondrial, ADNmt, que las

madres transmiten a sus hijos con escasas variaciones. Los hombres no lo transmiten. Los cambios del ADNmt son tan lentos, principalmente por mutaciones aleatorias, que puede usarse el pelo a modo de reloj genético para calcular cuándo se dividen las poblaciones. En la identificación de individuos, resulta prácticamente inútil. Tu ADNmt y el ADNmt de tus primos maternos es, de hecho, idéntico.

El ADN nuclear, ADNn, es el que contiene la combinación de ADN paterno y materno que nos define. Es el que sirve para distinguir a un individuo de otro; el que podría servir para clonar a un individuo o determinar su implicación en un delito.

Mientras que las células de la sangre y de la piel contienen ADNn y ADNmt, la parte del pelo que crece por encima del tallo está hecha de células muertas que no se cree que contengan ADN nuclear.

—Vaya, algo que Theo Cray no sabe —dice Julian en tono jocoso—. Se creía que no podía encontrarse ADNn por el proceso de queratinización. Se creía que se destruía cuando las células morían y se endurecían. Como estamos encontrando material genético en fósiles mucho después de que la vida media del ADN supuestamente lo hubiera destruido, parece lógico sospechar que pudiera haber ADN viable en el pelo.

»Lo difícil era eliminar los demás restos. Hace un par de años, unos investigadores chinos encontraron un modo de hacerlo con detergente en polvo. De hecho, hemos estado diseñando enzimas personalizadas para la limpieza de microplaquetas. Hemos encontrado una fórmula aún más eficaz para encontrar ADN.

—¡Qué maravilla! ¿Cómo va tu parque jurásico?

—El seguro nos dará problemas. Volviendo a lo nuestro, he supuesto que podría ser interesante comparar al oso que mató a Juniper con otros osos involucrados en ataques. Quién sabe, quizá sean víctimas de algún tipo de locura osuna.

Julian busca una explicación racional, como yo.

—No sé si se nos dará mejor predecir la conducta criminal de los osos que la de los seres humanos.

Tose de forma rara.

—Un día de estos, cuando sepa que no me están grabando, tendremos una conversación extraoficial, políticamente incorrecta sobre eso. Francis Galton andaba detrás de algo.

—Galton era racista —replico.

—No me refiero a esa parte. Bueno, luego te mando el archivo del ADN. Aún no he tenido ocasión de subirlo al GenBank para averiguar a qué subespecie pertenece. Seguro que el Servicio de Pesca y Vida Silvestre ya sabe todo eso, hasta lo que desayunó. Lo que yo sé de osos lo aprendí viendo los Teleñecos.

Julian sabe que así estoy entretenido. Esa es mi forma de lidiar con la situación en mis propios términos. Se lo agradezco antes de colgar.

El correo electrónico con el archivo comprimido llega poco después. El ADN en formato de *software* no es más que un archivo de texto con una lista de números de ubicación seguidos de secuencias como *acaagatgcc attgtcccc ggctcctgc tgctgctgc ctccggggcc acggccaccg*.

Sorprendentemente, se puede tomar esta información, que describe el orden de los enlaces de guanina, adenina, timina y citosina a un grupo de azúcares y fosfatos y enchufarla a una máquina que recreará el ADN añadiendo nucleobases, gota a gota, a una solución.

Ya ha habido investigadores que han enviado archivos de texto por correo electrónico a través de internet, los han subido a replicadores de ADN y han soltado la copia de ADN en células «en blanco», que posteriormente han puesto en marcha y han convertido en versiones idénticas del organismo original.

Me sigue maravillando que uno pueda enviar vida por correo electrónico igual que se mandan fotos de gatitos. Cualquier día nos enteraremos de que un grupo de investigadores ha enviado al propio gato por correo electrónico a través de internet.

A menos que uno esté familiarizado con las secuencias específicas y sus ubicaciones, el archivo de texto carece de utilidad. Para que tenga sentido, se carga en un programa, un visor, donde puede entenderse mejor lo que se está buscando.

La búsqueda del origen genético de la enfermedad implica el análisis de regiones específicas y el intento de identificación de diferencias. Pensábamos que podríamos acabar con el cáncer y otras enfermedades cuando pudiéramos secuenciar el genoma completo. El problema ha sido que, aun suponiendo que la dolencia estuviera relacionada solo con un puñado de genes, el examen de una secuencia no indicaba si esta se encontraba activa o inactiva en el cuerpo, pero se están haciendo grandes avances.

GenBank es la mayor base de datos pública de información genética. Está repleta de muestras de ADN de prácticamente todos los animales del

planeta que han estado cerca de un kit de recogida de ADN.

La base de datos original cabía en un par de libros de tapa dura. No contenía genes enteros, solo los pares conocidos. La versión más reciente contiene 165.000 millones de pares base con los que se llenarían siete millones de libros.

Por suerte, está disponible en internet.

Subo el archivo que Julian me ha enviado. Al poco, me devuelve los resultados: *Ursus aectos*.

Un oso pardo. En Norteamérica, los llamamos *grizzly*. Como el que vi en la cabaña del quitanieves.

Aparte de indicarme que pertenece a una población de la zona de Wyoming y Yellowstone, GenBank no dispone de ninguna otra información.

Supongo que no debería sorprenderme demasiado, así que busco grupos que posean información de ADN más específica sobre las poblaciones de osos locales y encuentro un grupo de investigación de fuera del estado de Montana llamado Ursa Major.

Por probar, marco el número de la página web.

Contesta una mujer.

—Doctora Kendall, dígame...

Palabras, bien.

—Hola. Eh... Soy el doctor Theo Cray.

—¿En qué puedo ayudarlo, doctor Cray? —pregunta, amable pero directa.

Seguro que su grupo está analizando exhaustivamente el ataque osuno sufrido por Juniper. Me da mucha vergüenza decirle para qué llamo. Lo cierto es que ni siquiera lo tengo claro.

—Doctora Kendall, he estado investigando fauna diversa por la zona y me preguntaba si dispondrían ustedes de una base de datos de osos a los que hayan etiquetado o rastreado.

No sé bien cómo pedirle directamente que me deje acceder a ella.

—Sí. Mándeme su correo electrónico y le facilitaré unas claves de acceso. ¿Con qué universidad colabora?

—Con la de Texas. Pero ahora mismo estoy trabajando con una beca Brilliant.

—Vaya, un hombre «brillante» —bromea.

—Les he suplicado que le cambien el nombre.

—Escríbame un correo desde la página web donde supongo que me ha

encontrado y le mando las claves. Y, cuando yo solicite una beca Brilliant, igual usted puede apoyar mi candidatura.

—Por supuesto.

La ciencia es así. Si emites las señales correctas, te aceptan.

Cinco minutos después, estoy en su base de datos, revisando cientos de entradas donde se describen distintos osos pardos y negros registrados.

Cada uno tiene un código, tipo UA20.22.06. Algunos también tienen apodos, de los investigadores de campo que han estudiado su conducta: Honeypot, Paddington, Paddington 2, Winnie, Booboo, Tricky Dick...

En las correspondientes entradas, se explica por qué se les han dado esos nombres. Algunos son caprichosos: Tricky Dick, Pichabrava, era un oso negro que consiguió dejar embarazadas a tres hembras al mismo tiempo.

Aunque tardo un rato, logro encontrar la base de datos de ADN. Subo el archivo que Julian me ha enviado y enseguida encuentro una correspondencia con el pelo de oso de las heridas de Juniper.

Extraigo el archivo del animal y su nombre me produce un escalofrío: Destripador.

CAPÍTULO 18

ÁPICE

El archivo de Destripador contiene datos recogidos de trampas de pelo —fragmentos de alambre de espino usados para atrapar folículos (la parte que contiene ADN)—, excrementos, huellas de zarpas y puntos de geolocalización del año durante el que lo estuvieron siguiendo mediante un collar dotado de GPS.

Es como una base de datos de la Agencia Nacional de Seguridad sobre el animal. Hasta me indica, literalmente, lo que desayunó en algunas ocasiones. Alce. Mucho alce.

A Destripador le pusieron ese nombre por el modo en que desgarraba el estómago de sus presas. Prefería las incisiones longitudinales.

¿Para saborear los jugos del alce, quizá? Me cuesta imaginar la razón.

También hay una genealogía que muestra sus parientes y su descendencia. Se sabe que le ha sobrevivido un cachorro, al que llaman UA.354.222. Supongo que eso significa que nadie ha establecido ninguna relación entre un oso observado y el ADN de sus vástagos.

Los puntos de geolocalización se solapan en un mapa que muestra su radio de acción. Al parecer, andaba acechando a unos quince kilómetros de aquí. Aunque no es inusual que un oso abandone su territorio.

Por desgracia, los datos de geolocalización llegan solo hasta el año pasado, con lo que no hay modo de saber cuánto se alejó antes de terminar por esta zona.

La lista de trampas de pelo revela un ámbito algo más amplio. Parece ser que muchos de estos datos provienen de antes de que le pusieran el collar.

Se me hace raro, posiblemente porque me faltan conocimientos, que nunca hasta ahora se aventurara a ir más allá de esta cumbre.

¿Mataría a Juniper porque se la encontró en un territorio que no le era

familiar? El inspector Glenn mencionó algo de un paso cerrado por un alud de lodo. Puede que Destripador anduviera de expedición y se viera de pronto atrapado aquí.

Todo esto no son más que especulaciones mías.

La gente tiende a pensar que los científicos somos expertos en todo, cuando, en realidad, solemos estar tan especializados que sabemos menos de muchas cuestiones científicas, como de la conducta de los osos, que cualquier profano.

En el archivo encuentro también una fotografía de Destripador cuando lo sedaron para ponerle el collar con GPS. Tiene un aspecto muy similar al que tenía cuando lo vi tendido, muerto, en la lona alquitranada de color azul. Feroz y sereno a la vez. Aquí le falta una garra en la zarpa delantera izquierda.

Las garras son básicamente uñas afiladas y vuelven a crecer después con el tiempo. Yo creo que las tenía todas cuando lo vi. ¿Vuelven a crecer al año?

Aun así, me gustaría compararlo. Todavía no se ha celebrado una rueda de prensa, pero ya debe de haber alguna fotografía en internet.

Como era de esperar, después de algunas búsquedas, descubro que el *Bozeman Chronicle* ha publicado un artículo. Va acompañado de una instantánea amenazadora de Destripador, con el hocico mirando a la cámara y los colmillos al descubierto.

El Servicio de Pesca y Vida Silvestre atrapa a un oso pardo supuesto asesino

BOZEMAN, Montana. Fuentes extraoficiales han confirmado que un rastreador del Servicio de Pesca y Vida Silvestre ha identificado positivamente y abatido al oso pardo al que se cree responsable de la muerte de una científica que se encontraba investigando en las proximidades del condado de Filmount. Un contacto de la firma canadiense Wildlife Genetics International ha declarado que el ADN del animal coincide con el de un oso pardo conocido como UA.223.334.

La prensa se va a volver loca cuando se sepa el apodo del oso.

Compruebo de nuevo el archivo de Destripador para ver si algún empleado de Ursa Major lo ha actualizado desde la captura.

La entrada más reciente es del año pasado. Supongo que el becario que se encarga de esta tarea se encuentra desbordado de trabajo.

Al cerrar la ventana del navegador y el caso de Destripador, algo capta mi atención.

Vuelvo a cargar la página para ver qué era.

Esto sí que es raro.

UA.221.999/Destripador.

El número del índice es distinto del del artículo.

¿Hay más de una entrada por oso?

Tecleo UA.223.334 en la base de datos para ver si hay alguna referencia cruzada.

Aparece en pantalla un archivo nuevo.

UA.223.334/Bart.

La ficha corresponde a un oso completamente distinto.

Las muestras de las trampas de pelo de este oso proceden de una zona más próxima. Abro una fotografía. Es un disparo hecho de lejos mientras camina por el prado.

Bart se parece una barbaridad a Destripador, pero, incluso para mis ojos poco entrenados, es evidente que son osos distintos.

Pero sé que un oso puede engordar varios centenares de kilos antes del invierno y, la verdad, no sé bien cómo distinguirlos.

Me descargo el archivo de ADN de Bart y lo cargo en el visor.

¡Qué curioso! Destripador y este otro oso están emparentados, pero hay muchas secuencias genéticas distintas. Más o menos lo que se podría esperar de unos primos lejanos, pero no en un mismo animal.

Compruebo de nuevo el artículo y la base de datos para estar seguro.

Sí, son dos muestras de ADN distintas.

Alguien ha cometido un error en algún momento.

Entro en la página web de Wildlife Genetics International lo más rápido que puedo. Hay un número. Lo marco, sin saber aún menos lo que voy a decir que cuando he llamado a Ursa Major.

—WGI, ¿con quién desea hablar? —responde una mujer.

—Hola, ¿podría pasarme con el supervisor de secuenciación del laboratorio?

—El doctor Whitcomb. Un segundo.

—Soy Travis —dice un hombre de voz joven.

—Doctor Whitcomb, perdone que lo moleste. Estoy haciendo un trabajo de campo y no consigo localizar a nadie del laboratorio forense. Eh... ¿Usted podría reenviarme el archivo del oso al que abatieron ayer?

—¿Reenviarle? —Parece molesto—. Ni siquiera lo he enviado aún.

Vaya. Pienso un modo de salir del paso.

—Perdone. Alguien me ha informado mal.

—No pasa nada. Lo tengo aquí mismo. ¿Adónde se lo mando?

Con las prisas, le doy mi correo electrónico de la universidad. Ya se me ocurrirá alguna manera creíble de negarlo después si alguien me pregunta.

Le doy las gracias.

—Pregunta rápida: ¿cómo han sabido que era el UA.223.334 sin el ADN?

—¿Cómo iban a saber que era ese oso? No me lo explico. A mí todos me parecen iguales. Pregúntele a su rastreador.

Cuelgo e inspiro hondo. Miento fatal y eso me produce mucha angustia.

Peor aún: acabo de cruzar una línea ética. No estoy seguro de si he quebrantado la ley, pero podría salirme el tiro por la culata.

El archivo de Travis me llega por correo electrónico. Lo cargo en el *software* de visualización de ADN.

La muestra que dicen que procede del oso al que yo vi tendido en la lona alquitranada azul es del ADN de Bart.

La explicación más lógica es que en el laboratorio de Julian hayan cometido algún error. Lo llamo enseguida.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Tu laboratorio... ¿No habrán mezclado las muestras de pelo?

—Lo dudo.

—¿Estás completamente seguro?

—Puedo prometerte dos cosas: una, que los técnicos del laboratorio posiblemente jamás hayan visto un ADN de oso antes de este, y dos, que, si cometiéramos errores así, desataríamos guerras. ¿Qué problema hay?

—Nada. Nada. Seguro que tienes razón. —Alguien la ha cagado, y bien—. Tengo que colgar —añado antes de hacerlo precipitadamente.

En el artículo se decía que se celebraría una rueda de prensa en un par de horas.

Están a punto de declarar que han dado caza al asesino de Juniper.

Y no es así.

El ADN del pelo encontrado en la herida de la joven procede de un oso distinto al que han abatido.

Lo que significa que el animal que la ha matado aún anda suelto.

CAPÍTULO 19

TODO DESPEJADO

Me presento como doctor Theo Cray en la recepción de la oficina del *sheriff* y me indican dónde se encuentra la sala de reuniones. Finjo que debo estar allí y el ayudante me acompaña, muy amable, adonde se hallan reunidos el inspector Glenn, la *sheriff* Tyson (la mujer de espaldas anchas a la que vi por primera vez en el aparcamiento del motel) y otras personas.

Richards, el rastreador del Servicio de Pesca y Vida Silvestre, y Glenn dejan de hablar y levantan la vista cuando entro.

—¿Doctor Cray? —dice Glenn—. Perdome, ¿le he pedido que venga?

En una situación así, en lugar de intentar justificarse, es preferible abordar el tema sin más, así que le dirijo mi pregunta descarada a Richards.

—¿Cómo ha sabido que Bart fue el oso que mató a Juniper?

Mira confundido a Glenn y a Tyson para que le expliquen mi intrusión. Ellos se encogen de hombros, así que se digna a contestarme.

—Encontramos sangre de la víctima en su pelaje y el ADN coincidía con el del oso al que estábamos buscando.

—Sí, pero ¿cómo ha sabido que tenía que disparar a Bart? ¿Cómo ha sabido que era ese oso antes de abatirlo?

Glenn me interrumpe:

—Perdome, doctor Cray, ¿a qué ha venido?

—He venido porque el pelo encontrado en las heridas de Juniper no coincide con el ADN de Bart.

Se hace el silencio en la sala. Después de un momento de tensión, habla la *sheriff* Tyson. Lo hace en voz baja y comedida.

—¿Cómo ha conseguido usted la sangre de Juniper Parsons?

Le respondo con naturalidad.

—Me la ha dado uno de sus ayudantes por error. Y he decidido llevarla

a analizar.

—¿Ha decidido llevarla a analizar? —repite—. Eso se llama robo de pruebas.

No me gusta su tono amenazador.

—De eso ya nos encargaremos luego. Lo importante ahora mismo es que el oso que mató a Juniper no es el oso al que ustedes han abatido. —Me vuelvo hacia Richards—. Perdone que se lo diga.

Con la cara colorada por la acusación, Richards da un puñetazo en la mesa.

—¡Encontramos la sangre de ella en el oso!

No pretendo ofenderlo, pero los hechos son los hechos.

—Y, aun así, el ADN hallado en la muestra de sangre de Juniper la relaciona con un oso distinto. Quizá Bart se tropezara con el cuerpo... —Miro a Glenn—. Por Dios, yo mismo me tropecé con él. Terminé manchado de su sangre por todo el cuerpo. Usted me vio.

Al oír esto, Tyson lo mira de reojo.

El inspector suspira y se explica ante los presentes.

—El curioso doctor Cray decidió visitar el lugar de los hechos.

—¿Y quién le dijo dónde era? —pregunta Tyson, elevando la voz.

—Lo encontré yo solo —intervengo—. Las banderitas de la autopista no son precisamente discretas si uno anda buscándolas.

—¿Y por qué andaba usted buscándolas?

Le doy todas las razones de golpe.

—Porque habían asesinado a una de mis alumnas, probablemente porque soy un profesor nefasto. Me sentía fatal. Quería darle respuestas a su madre. No lo sé. Fui allí sin pensarlo.

De pronto, habla una mujer pelirroja sentada en el extremo opuesto de la mesa.

—¿Cómo ha conseguido extraer el ADN del oso a partir de la sangre de Juniper?

Tendrá unos treinta y pocos años. Es guapa, no va muy maquillada.

—La muestra que me dieron era de una herida de la víctima. Había un fragmento de pelo en ella.

—¿Con folículo? —dice, y mira al hombre sentado a su izquierda. Veo que se trata del juez de instrucción.

Él niega con la cabeza.

—No había folículos en las muestras. Lo comprobamos. Solo tallos.

La mujer se vuelve de nuevo hacia mí, condescendiente.

—Parece que su laboratorio ha estado examinando el ADN mitocondrial. A lo mejor deberían volver a la facultad.

Me enciendo de rabia por el insulto, pero respondo con frialdad.

—Sé que no están ustedes al día, pero se puede extraer ADN nuclear de un tallo de pelo, si uno domina la técnica —digo, bastante presuntuoso, teniendo en cuenta que yo mismo ignoraba esa posibilidad esta mañana.

—¿Es eso cierto? —le pregunta el forense.

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé. Tendría que preguntar.

Procuro calmarme.

—Tengo acceso a ciertos recursos —digo, lamentando el tono pomposo.

—Confío en que entre ellos haya un buen abogado —replica la *sheriff* Tyson, amenazante.

—Un momento —interviene Glenn—. Antes de esposarlo, oigamos lo que tenga que decir. El doctor Cray conocía a la víctima y se encuentra comprensiblemente agitado por lo ocurrido.

Tyson se mira el reloj con impaciencia.

—Dese prisa.

Nadie me ofrece asiento, así que me acerco a la pizarra blanca y cojo un rotulador. Dibujo un mapa de la zona y pinto una equis donde fue hallado el cadáver de Juniper.

—De aquí procedía la muestra que me entregaron. —Pinto otra equis donde abatieron a Bart—. Aquí es donde Richards encontró a Bart. Lo bastante cerca como para que cuadrara. —Dibujo un círculo grande—. De hecho, según la base de datos de Ursa Major, este es el radio de acción de Bart. Como ya saben, era un oso pardo conocido. El sospechoso más probable.

»Pero la muestra obtenida en el lugar donde se encontró a la joven contenía pelo perteneciente a un oso de mucho más lejos. Puede que estuviese explorando el territorio de Bart. Quizá ella se viera atrapada entre los dos. ¿Encontraron ADN de Bart en el lugar de su muerte?

—Encontramos pelo coincidente —responde el forense.

—Pelo de un oso pardo, ¿verdad? Pero no ADN, ¿no?

Niega con la cabeza.

Trazo un círculo mayor alrededor de la equis de Juniper.

—De modo que no tenemos pruebas de que Bart estuviese siquiera allí,

pero sí tenemos pruebas de la presencia del otro oso.

—Eso es lo que dice usted —replica la mujer—, pero es el único que tiene el poder mágico de extraer ADN de un tallo de pelo. A mí me encantaría tener esa habilidad.

De pronto, caigo en la cuenta de quién es.

—¿Es usted la doctora Kendall?

—Sí.

—La ayudaré personalmente a comprobarlo. —Estoy convencido de que Julian les dará acceso a su laboratorio—. Lo que importa ahora mismo es que celebrar una rueda de prensa para anunciar que han atrapado al oso sería un error y una temeridad. Aún anda suelto un oso pardo. Y lo que es peor: todavía no sabemos por qué ha matado a Juniper.

La *sheriff* Tyson dirige su intensa mirada a Richards.

—¿Es eso posible?

Él inspira hondo.

—Encontramos la sangre de la joven en ese oso.

—Sí —responde ella—, pero todo el mundo sabe que a los osos les gusta husmear las presas de otros.

—Cierto. Suelen hacerlo. —Richards ladea la cabeza, derrotado—. Es posible. Muy posible. Maldita sea. Confiaba en que hubiéramos atrapado a ese malnacido. Qué desastre. Peor aún: puede que haya abatido a un oso inocente.

—¿Cancelo la rueda de prensa? —pregunta Glenn.

Tyson niega con la cabeza.

—No. Sabemos cómo murió. Podemos anunciar que esa parte de la investigación está cerrada. Pediremos cautela a la gente. —Me mira furiosa—. Más vale que tenga usted razón en esto.

La intensidad de su mirada me hace retroceder y tropezar con la pizarra.

—He sido muy exhaustivo.

—Por lo visto, se ha peinado mi base de datos —replica Kendall mientras mira algo en el móvil, probablemente los registros de la base—. ¿Ha encontrado una coincidencia?

—Sí... Es el UA.221.999. —Espero un poco antes de decirles su apodo—. También conocido como Destripador.

—¡Cielo santo! —masculla Glenn—. Lo que nos faltaba: que ande suelto un oso pardo apodado Destripador.

—¿Está seguro de esa coincidencia? —pregunta Kendall.

—Completamente —digo con certeza—. Lo he comprobado varias veces.

Niega con la cabeza.

—Entonces me parece que ha cometido un error.

—¿Un error?

Kendall suelta un suspiro de alivio.

—Doctor Cray, UA.221.999, también conocido como Destripador, murió el año pasado.

—¿«Murió»?

Trato de procesar la palabra.

—Sí. Yo misma examiné el cadáver cuando le retiramos el collar con GPS. Destripador está muerto y bien muerto. —Señala a la pizarra—. Lo que hay ahí seguramente es contaminación. Puede que Juniper se rozara con algún tronco donde hubiera un pelo antiguo de ese oso. Puede que Bart aún llevara alguno en su propio pelaje. No lo sé. Lo que sí tengo claro es que no la ha matado el fantasma de un oso.

Noto que todos los demás me miran en cuanto se dan cuenta de que han estado perdiendo el tiempo con un imbécil.

Kendall menea discretamente la cabeza.

—Gracias a Dios —murmura Richards.

Se me quedan frías las extremidades. El rotulador me resbala de la mano y rueda por el suelo.

—Doctor Cray, haga el favor de salir de aquí —me ordena la *sheriff* Tyson—. Después de la rueda de prensa, hablaré con el inspector Glenn y veremos si lo arrestamos o lo mandamos a un psiquiatra.

Sus palabras no me afectan, porque de pronto caigo en la cuenta de la nueva realidad.

La revelación de Kendall no significa lo que ella cree.

—¿Es que no lo entienden? —pregunto en voz baja.

Me ignoran y siguen con su discusión sobre la rueda de prensa.

Se me revuelve el estómago.

No lo entienden.

Es tan evidente.

Es la razón por la que me detuvieron, para empezar.

Es el motivo por el que Juniper corrió en la dirección equivocada.

El patrón está claro.

—¿Es que no lo entienden! —chillo.

Me miran todos de repente.

—Agente —grita Tyson hacia la puerta abierta—, ¡haga el favor de sacar a este hombre de aquí!

La ignoro y doy un puñetazo en el punto del mapa donde se encontró a Juniper.

—¿Tan cortos son? ¡No la mató un oso! ¡La asesinó alguien que quería que pareciera eso!

Se hace el silencio.

Sé cómo suena lo que he dicho, pero también sé que, si me llevo una muestra al laboratorio y descubro que está contaminada, y estoy convencido de que la contaminación no tuvo lugar en el laboratorio, eso significa que tuvo que ocurrir en el lugar de los hechos. La única forma de que un pelo de un oso muerto terminase en el cuerpo de Juniper es que alguien lo pusiera allí.

No puedo imaginar cómo ni por qué, pero ahí es adonde me ha conducido la razón. Por desgracia, nadie más lo ve con tanta claridad.

Entran corriendo dos agentes de cuello grueso que reaccionan a mi arrebató. Me estampan contra la pared, me esposan y me sacan de allí sin darme tiempo a explicarme.

CAPÍTULO 20

INCRIMINADO

Me meten a empujones en un cuarto pequeño con una puerta metálica y una ventana estrecha de vidrio reforzado. Hay un banco pegado a la pared del fondo. Es una especie de calabozo, pero sin retrete. No está pensado para una estancia larga, me digo esperanzado. El techo es compacto y las paredes son de hormigón.

«Madre mía, me han encerrado», caigo en la cuenta de repente.

¡Por Dios!

Me dejo caer en el banco. Me dan ganas de aporrear la puerta y gritar con insistencia que tiene que haber habido algún error, pero sé que solo servirá para confirmar su sospecha de que soy un chiflado.

Por cómo me miraban cuando los matones de la *sheriff* Tyson me han sacado de allí a rastras, han pensado que estaba desvariando.

Y lo estaba. Aún lo estoy. Ver cómo ignoran lo que tienen delante de sus narices me hace desvariar.

Me han detenido, con fiesta de bienvenida de las fuerzas especiales incluida, solo porque me ha parecido que hay algo en el asesinato de Juniper que parece obra de un ser humano.

No he llegado a ver las fotos de la autopsia, pero me parece evidente que un ataque de oso y un ataque humano tendrán un aspecto muy distinto.

Por alguna razón, en este caso, a primera vista, no es así.

Buscaban a un hombre y me detuvieron a mí. Cuando descubrieron pelo de oso en las heridas de Juniper y tuvieron ocasión de analizarlo con detenimiento, me dejaron marchar.

La presencia de sangre de la víctima en el cuerpo de Bart les hizo pensar que el caso estaba resuelto.

Caso abierto, caso cerrado.

Han preferido no ver lo demás. A lo mejor porque suena demasiado fantástico, pero las pruebas encajan.

A Juniper la atacaron cerca de la carretera, aunque huía de ella. ¿Por qué?

La explicación más sencilla es que quizá la llevaron a ese claro con los ojos vendados y no tenía ni idea de dónde se encontraba. Y se echó a correr sin más.

En sus heridas ha aparecido pelo de Destripador. El pelo estaba lo bastante bien conservado como para que hayamos podido extraer de él ADNn, algo prácticamente imposible aun en condiciones ideales. Impensable de un pelo que ha estado un año a la intemperie.

Las probabilidades de que apareciera un pelo de Destripador en la herida eran infinitesimales, dando por sentada una explicación puramente lógica. Habría sido más probable encontrar un pelo de Charles Manson.

En el lugar de los hechos no se encontró nada de Bart. Si se revolcó en su sangre como hice yo, tendría que haber algún rastro.

Sin embargo, milagrosamente, la sangre de Juniper ha aparecido en un oso que estaba a kilómetros de distancia.

Si los osos fueran seres humanos, parecería que alguien ha intentado incriminarlo.

Para que haya un incriminado, hace falta un incriminador.

Alguien ha tenido acceso al cadáver de Juniper y al pelo de Destripador. Después, han atraído a Bart a la sangre de la víctima.

Esto me conduce a una revelación paranoide: cualquiera de los presentes en la sala de prensa podría ser sospechoso.

Richards es el más sospechoso de todos, pero no se ha comportado como yo habría esperado que lo hiciese un hombre culpable. Sus reacciones han sido naturales: quería atrapar al oso que ha matado a Juniper. Lo ha frustrado pensar que quizá haya abatido al animal equivocado.

Si fuera el asesino de Juniper, lo inteligente habría sido seguir la corriente a los demás y señalarme a mí, pero no lo ha hecho.

En cuanto a los otros, la *sheriff* Tyson es fría como el hielo y el inspector Glenn es un misterio para mí, pero me parece que tanto al uno como al otro se les ocurrirían formas mejores de encubrir un asesinato.

No tiene sentido. Y a mí se me da fatal juzgar a la gente.

Probablemente no sea ninguno de ellos. Eso sería demasiado Agatha Christie.

Dios, a lo mejor me estoy equivocando y es exactamente como ellos dicen.

Pero mi instinto me dice que no. Aquí hay un patrón.

Con un poco de suerte, ahora mismo están en la sala de reuniones sopesando lo que he dicho.

Kendall parece lista. La tiene que inquietar el hecho de que el ADN de su oso muerto apareciera un año después y a kilómetros de distancia. No es lógico.

Lógico o no, a quien han encerrado es a mí.

Me chasco los nudillos contra el banco metálico, deseando que todo esto sea un sueño. Por desgracia, es muy real.

¡Qué imbécil soy!

Yo estoy aquí encerrado y el asesino anda suelto, desaparecido desde hace días.

Los ha engañado a todos. Al fondo del pasillo hay una sala repleta de policías y expertos en animales salvajes que ni siquiera creen que exista tal asesino.

Dios, la sola idea me espeluzna.

Una cosa es matar a alguien y no dejar pruebas o esconder el cadáver de modo que nunca lo encuentre nadie, pero ¿asesinar a alguien y conseguir que todo el mundo crea que ha sido un accidente de la naturaleza...?

Eso es de genios.

Cuando pienso en todo cuanto ello implica, me dan escalofríos. Esto es algo muy bien planeado o ejecutado por alguien a quien se le da muy bien matar. O ambas cosas.

La presencia del pelo de Destripador implica que alguien ha querido que pareciese un ataque de oso, pero quien fuera no esperaba que se pudiera extraer ADN válido de ese tallo y descubrir que ese oso pardo cualquiera no era tan cualquiera.

Recuerdo que Glenn habló de unos excursionistas que oyeron gritos e investigaron. ¿Pillaron por sorpresa al asesino? ¿Tenía pensado llevarse el cadáver de Juniper a otro lado, pero tuvo que salir corriendo?

Habría sido muy fácil enterrarlo por ahí, donde nadie pudiera encontrarlo. Eso es lo que yo habría...

A lo mejor eso era lo que se proponía, pero lo interrumpieron.

Dejó allí el pelo de Destripador y se llevó un poco de sangre de la víctima para ponérsela a Bart.

Incriminar a Bart no sería tan complicado. Los osos son animales curiosos. Bastaría con un cubo de carne fresca para atraerlo a la zona.

Puede. No sé.

Niego con la cabeza. Tanta conjetura me está dando jaqueca.

Levanto la vista al oír una llave en la cerradura. Entra el inspector Glenn.

—Escúcheme, por favor —insisto.

—No, doctor Cray, quédese ahí sentado y calladito —dice, apuntándome con la esquina de una carpeta—. Si no es capaz de estar callado, voy a tener que seguir su consejo y pedir que lo sometan a una evaluación psiquiátrica —añade, señalando con la cabeza a la *sheriff* Tyson, que espera, atenta, en el pasillo—. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza y me desparramo, derrotado, en el asiento.

El inspector se recuesta en el marco de la puerta y abre la carpeta.

—He indagado un poco más. —Pensaba que me iba a hablar del caso, pero mis esperanzas se desvanecen cuando el policía levanta la vista de la carpeta—. He investigado sus antecedentes. Parece que tiene usted fama de causar problemas.

Joder, ya estamos.

Toca matar al mensajero.

CAPÍTULO 21

ALBOROTADOR

Mientras el inspector Glenn lee fragmentos concretos del contenido de la carpeta, la *sheriff* Tyson me observa atentamente. Su rostro es inescrutable. Resulta intimidadora de narices.

—Tiene un expediente de delincuencia juvenil en Texas al que no podemos acceder, pero he visto que lo detuvieron cuando era adolescente por fabricar bombas y herir a un niño. ¿Sería tan amable de explicárnoslo?

Miro fijamente al suelo.

—No. La verdad es que no.

A los trece años, cuando aún estaba intentando superar la pérdida de mi padre, me dio por la química. Aprendí a fabricar artefactos caseros con productos de limpieza, luego me iba al bosque y volaba cosas.

No habría pasado nada si un amigo, más bien un conocido, no se hubiera llevado una de mis bombas sin terminar y hubiera intentado volar un automóvil estacionado en el aparcamiento de un centro comercial.

La bomba apenas dañó el vehículo, pero su hermano pequeño sufrió quemaduras por ácido en el brazo. Sus padres se pusieron como unos energúmenos.

Lo primero que hizo él fue decirle a la policía que yo lo había convencido para que lo hiciera.

Demostrar mi inocencia fue complicado cuando encontraron el laboratorio que escondía debajo de mi cama.

Gracias a que me tocó un juez muy comprensivo, solo tuve que prestar servicios a la comunidad. Mi madre se puso contentísima.

Esto ocurrió poco antes de que se casara con Davis.

Yo nunca habría hecho nada así con él en casa. Para empezar, Davis habría insistido en que no dejase jamás que ninguno de mis amigos se

acercara a mi laboratorio y en que lo tuviese bien guardado en un sitio seguro.

El inspector Glenn observa en voz alta que me cesaron de mi primer puesto en la universidad.

Una vez más, por mi terquedad.

Para él, que desconoce los detalles, seguramente no soy más que un capullo impertinente.

Podría intentar explicárselo, pero no está por la labor de escuchar. Está leyendo de su informe la infracción que cometí, delante de la *sheriff* Tyson.

Igual no es más que un paripé.

Lo ignoro.

Lo mejor es que me esté calladito. Tyson está dispuesta a castigarme. Seguramente me libraré de sanción por haberme llevado la muestra de sangre, pero, aun así, habrá juicio, necesitaré un abogado y apuesto lo que sea a que se asegurará de que paso unas noches en una celda antes de que un juez me conceda salir bajo fianza.

—Hemos celebrado la rueda de prensa —dice Glenn—. Y hemos indicado que es posible que fuera otro oso. —Me abstengo de señalar que eso es absurdo si Destripador ya está criando malvas—. Echaremos otro vistazo al laboratorio por si ha habido contaminación —prosigue—. Por lo demás, el caso está cerrado. —Cierra también la carpeta y la tira al banco, a mi lado—. ¿Comprende su situación?

Asiento compungido. Glenn se hace a un lado.

La *sheriff* Tyson se interpone en mi camino.

—Tiene dos horas para largarse de mi condado. Como vuelva a abrir la boca, lo encierro otra vez por manipulación de pruebas. Además, si insiste en que esto es una investigación de asesinato, adivine a quién vamos a detener primero.

Glenn me acompaña a mi automóvil. Ninguno de los dos dice nada.

No hay nada que decir.

Está claro que no me cree. La única razón por la que no sigo en el calabozo es que le he dado pena y le ha dicho a Tyson que estoy en pleno proceso de duelo o algo así.

Joder, a lo mejor estoy errando en el planteamiento.

Recojo mis cosas del motel, enfilo la interestatal y decido que ya me encargaré del todoterreno de Juniper.

Doce kilómetros más adelante, paso el rótulo que indica que he salido

del condado.

Al cabo de medio kilómetro, veo un motel.

Mi lado terco, por el que me cesaron, me lleva a encender el intermitente y girar hacia el aparcamiento.

CAPÍTULO 22

LA GRÁFICA

Esto es una locura. Tiro la llave de mi habitación al aparador y me dejo caer en la cama. Tendría que estar trabajando en mi investigación. Dispongo ya de suficientes muestras de campo. Lo inteligente sería volver a Austin y terminar lo que pueda antes del comienzo del semestre.

Eso sería lo lógico, lo racional, ¿no?

Cuando se halló el cadáver de Juniper, los cazadores fueron en busca de su asesino; los hombres valientes de la tribu se aventuraron a salir en defensa de los suyos. Aunque no la conocieran de nada, Juniper formaba parte de la raza humana.

Ningún otro animal traza unas fronteras tan inclusivas como nosotros cuando se trata de proteger a otros miembros de nuestro grupo.

Mi instinto me dice que a Juniper la mató un hombre, o una mujer, que todo podría ser.

Es lo que cuadra con los datos.

Entonces, ¿cómo es que esos expertos no lo ven?

¿Qué sé yo que ellos ignoran?

Su forense parece bastante competente. Richards y Kendall saben más de osos de lo que yo sabré jamás. Y el inspector Glenn no es imbécil. Aun después de haber localizado al animal, mantuvo el caso abierto.

Si esto fuera la primera escena de una película, yo estaría señalándolo con el dedo. No se me da muy bien calar a la gente, pero, en todas mis interacciones con él, siempre ha dirigido sus sospechas a mí.

No puedo descartar nada. Solo una cosa: yo no soy de esas personas que, después de hablar una hora con alguien, es capaz de decidir si es culpable o no.

En conjunto, todos ellos saben más que yo. Sin embargo, aquí estoy,

mirando al techo, convencido de que el asesino de Juniper es un bípedo.

¿Por qué?

¿Qué sé yo que ellos ignoran?

Nada en particular. No poseo conocimientos profundos en ningún campo. Mis trabajos, mi investigación y mi vida se han centrado en establecer conexiones entre distintos campos. Mi dominio es el modo en que se relacionan las cosas.

Trazo ciclos vitales. Examino flujos genéticos. Creo modelos informáticos y busco análogos en el mundo real.

Exploro sistemas y circuitos, ya sea el nitrógeno de nuestro organismo procedente de las plantas fertilizantes o los genes con los que se codifican proteínas específicas que evolucionaron hace miles de millones de años.

Algunos sistemas avanzan lateralmente por el espacio; otros se desplazan linealmente por el tiempo.

Me levanto de la cama, saco unos mapas de la mochila y los pego a la pared con puntos adhesivos.

No soy detective. No soy forense.

Soy biólogo y programador informático. Esos son mis campos de conocimiento.

Pegó un círculo rojo donde se encontró a Juniper. Al lado, pongo uno verde para indicar que estuvo allí físicamente. Coloco otro en el taller mecánico y otro en su motel.

Esos son los sitios en los que sabemos que estuvo viva. Es parte de su gráfica. Pongo otro donde preparaba su proyecto de posgrado, en la Universidad Estatal de Florida, y otro donde vivía, en Carolina del Norte. El último punto lo pongo en Austin, donde yo le daba clases.

Esos son los puntos de su gráfica vital. En un ordenador, puedo crear una versión que los muestre a lo largo del tiempo, pero ahora mismo resulta bastante claro a la vista.

Esta es la historia de Juniper.

Su vida empezó en la maternidad de Raleigh y terminó en un bosque de Montana.

¿Qué la llevó a ese punto?

Miles de fuerzas externas e internas condicionan una vida.

Su muerte pudo haber sido un suceso aleatorio, iniciado por alguien que pasaba por la autopista y la vio caminando por allí.

Pudo haber sido alguien a quien conocía desde hace años, alguien de

Carolina del Norte.

Quizá un criminólogo del FBI pudiera examinar sus heridas y decidir si fue algo personal o no. Yo sería incapaz de verlo. Además, teniendo en cuenta que los expertos piensan que fue un oso, no tengo claro qué credibilidad podría otorgarles ahora mismo.

Pego un círculo negro junto a los otros dos que he puesto donde se halló su cadáver. Representa a su asesino. Sabemos que hubo un momento en que estuvo en el mismo lugar que ella.

Pongo otro donde abatieron a Bart. El asesino estuvo en esa zona también.

En realidad, no tengo la certeza de que estuviera allí. Pudo haber sido un cómplice. Las gráficas no siempre contienen las ubicaciones reales de los organismos. A veces solo registran su influencia geográfica. De momento, voy a usar puntos negros para la gráfica de influencia del asesino.

La gráfica del asesino...

Me recuesto y echo un vistazo al conjunto. Solo tengo dos puntos de información, pero es un comienzo.

En mi campo, una gráfica puede aportar casi tantos datos como el animal real o su ADN. A veces, más, porque indica cómo vivió y no solo el color de su piel o la disposición de sus genes. Otras veces, menos, porque una gráfica puede resultar engañosa. Cuando la gráfica contiene demasiados puntos de datos no relacionados entre sí, uno se encuentra ante un caos.

Con el fin de poner orden en el caos, desarrollé MAAT, el *software* que uso para organizar miles de puntos de información y encontrar patrones.

MAAT se basa en mi forma de pensar, pero es mucho más avanzado.

Lo creé con el código fuente de un proyecto de investigación destinado a encontrar genes que favorecieran la longevidad. Es una IA que genera mejores algoritmos con cada interacción. Y se hace cada vez más compleja.

No sabría decir cómo funciona la versión actual de MAAT, solo que funciona. A veces.

Cuando los investigadores que desarrollaron el núcleo de IA que sostiene MAAT le pedían que averiguara qué hacía más longeva una variedad concreta de mosca de la fruta, la aplicación señalaba los genes que regulan el resveratrol, el mismo compuesto químico del vino tinto asociado a la longevidad humana. Y, cuando esos investigadores quisieron saber por qué la aplicación señalaba ese compuesto, la respuesta fue una cadena de datos que ningún ser humano podía entender.

Lo que MAAT podría decirnos ahora mismo a partir de los puntos de información de mi mapa es lo que ya es evidente.

Resulta verdaderamente útil cuando se le proporcionan miles de millones de puntos de información.

Puntos de los que no dispongo. El asesino no es más que dos puntos negros en el tiempo y el espacio, pero, a falta de datos fiables, se le pueden facilitar suposiciones...

Si estuviéramos estudiando los ciclos de apareamiento y Juniper y su asesino fueran dos pumas, podría indicarle a MAAT la frecuencia con que la hembra está en celo y el radio de acción aproximado del macho. Esa información me proporcionaría un cálculo de su próximo encuentro. Si el puma macho se apareara con múltiples hembras y tuvieran rangos de acción específicos, yo podría predecir dónde aparecería el macho.

Y si hubiese reglas generales sobre la clase de sitios en los que se reproducen, podría reducir el número de posibles lugares conforme a la información geográfica disponible.

A partir de todos esos datos, MAAT podría darme más o menos una decena de sitios en los que plantar cámaras de caza con una esperanza razonable de pillar a esos enormes felinos apareándose, aun en una zona de decenas de kilómetros, y todo ello basándonos en tres puntos de información y en datos generales no específicos de un animal.

El problema es que no dispongo de más información que facilitarle a MAAT.

No sé nada del asesino.

Nació en algún momento. Conoció a Juniper. En algún otro momento, después de eso, años o minutos, la asesinó. Su última aparición fue cuando manchó a Bart con la sangre de ella. Luego desapareció de la gráfica.

Necesito más datos de los que tengo en el mapa.

¿De dónde?

Si no dispongo de datos, tendré que usar lo mejor que tengo, que a su vez es lo peor.

Suposiciones.

Tendré que hacer conjeturas.

En una gráfica real, no serían círculos negros. Serían mitad negros, mitad blancos. Son quizás.

A veces conducen a algo interesante; otras, te desorientan durante meses o años.

Nuestra guerra contra el cáncer ha estado repleta de innumerables quizás. Se han invertido miles de millones de dólares y millones de horas de trabajo en perseguir un patrón que ni siquiera somos capaces de imaginar.

Aun así, se han hecho algunos progresos. Algunos quizás han dado frutos. La gente vive más que antes porque no todos los esfuerzos han sido en vano. Además, aun con cada quizá que resulta ser un no, seguimos avanzando.

Necesito algunos quizás y suposiciones sobre el asesino.

Me da igual que sean erróneas. Preciso un punto de partida.

Veamos...

El asesino de Juniper es listo, porque se ha ido de rositas. Eso es difícil. O tuvo mucha suerte o tiene experiencia.

Vale, supongamos que tiene experiencia.

Ay, vaya, a veces una suposición hace que algo sea automáticamente verdad.

Un asesino con experiencia implica que no es la primera vez que lo hace...

Abro el portátil y hago una búsqueda de ataques de oso en Estados Unidos y Canadá.

No sé bien qué esperaba encontrar, pero ha habido pocos en los últimos diez años.

El Servicio de Pesca y Vida Silvestre dispone de informes detallados. La mayoría han sido en la espesura del bosque. Busco alguno a escasos kilómetros de una autopista.

Hay dos. En el primero, hace tres años, murió un autoproclamado experto en osos pardos. Yo diría que fue un suicidio.

El otro caso fue hace seis años. Se encontró a una mujer desangrándose en una carretera. Murió camino del hospital.

Los expertos concluyeron que también la había matado un oso pardo. El informe contiene diagramas de las heridas y una fotografía de una muestra de tejido. Hasta hay un pelo, pero no se hizo análisis de ADN.

Al oso que atraparon lo identificaron por la sangre de la víctima que había en su pelaje.

Eso me suena familiar: lo mismo que ocurrió con Juniper.

Se me eriza el vello de la nuca. Mi propio instinto animal me dice que estoy entrando en terreno peligroso.

Pego un círculo rojo y uno negro donde se encontró la otra víctima y

uno negro donde se atrapó al oso considerado culpable.

Está a ochenta kilómetros, en un condado distinto, con lo que el inspector Glenn y los demás de pronto me parecen menos sospechosos.

Ha ocurrido antes, en otro sitio.

Pero dos puntos rojos no hacen un patrón. Aún no.

Necesito más datos.

CAPÍTULO 23

EL CIRCUITO HUMANO

Hago una búsqueda más extensa de ataques de oso, pero termino en un callejón sin salida. Se sustentan en el hallazgo de restos humanos en los excrementos del animal. Eso no significa que el asesino no dejara que los osos devorasen a la víctima después de muerta. Por lo visto, los osos no son muy exigentes con la comida. Eso solo significa que, en esos casos, parecen precisamente ataques de oso. No hay nada sospechoso en tales casos, al contrario que con Juniper Parsons o la otra mujer, Rhea Simmons.

Saco un artículo sobre Rhea. Tenía veintidós años y, al parecer, estaba cruzando el país como mochilera. Era de Alabama y su familia no tenía ni idea de que estaba en Montana.

Al examinar varios artículos, veo que hay unos cuantos años de diferencia entre ellos. La primera vez que se supo de su paradero fue cuando llamó la policía.

¡Qué horror, recibir una llamada así!

Rhea era una solitaria. En una foto suya veo que es una jipi. Como las que suelo encontrarme por el campus, jóvenes perdidas que tratan de encontrar su sitio en el mundo. Para ella, era salir de excursión sola.

Su caso promete, pero aún no hay un patrón, salvo que tanto ella como Juniper eran jóvenes independientes. Quizá ese sea el tipo de nuestro asesino, pero no parece que haya suficientes casos de presuntos ataques de oso como para sostener un patrón.

Presunto. «Presunto» implica que alguien hace una presunción.

Si te ataca un oso en el bosque y nadie encuentra el cadáver, ¿se considera un ataque de oso?

No.

Es una desaparición.

Hubo unos excursionistas que supuestamente oyeron gritar a Juniper. Rhea consiguió llegar a la carretera.

¿Y si nadie hubiera oído a Juniper? ¿La habría dejado el asesino a la intemperie?

¿O la habría enterrado?

Lo mismo pasa con Rhea. Si su asesino hubiera conseguido esconder el cadáver, el suyo jamás habría sido el caso de una persona desaparecida. Al menos durante meses o años. Probablemente no en Montana.

Sus padres ni siquiera sabían dónde estaba, ni parecían preocupados.

Estamos acostumbrados a los llamativos casos de los telediarios. Esos en los que la mujer o el marido desaparecen en circunstancias sospechosas. O en los que se ve a la hija por última vez saliendo de algún sitio, pero nunca vuelve a casa.

Todos ellos tienen algo en común: familias muy unidas.

Pero ¿y los solitarios? ¿Y los marginados sociales?

Si la mujer desdentada que mendiga a la puerta del 7-Eleven desapareciera un día, ¿quién informaría de su ausencia?

La gente se margina constantemente. Por drogas, por problemas psiquiátricos... Por multitud de razones.

Más de una vez he recibido llamadas de padres preocupados porque sus hijos llevan semanas sin llamar a casa.

Suele ser solo una fase. A veces no. La gente, sobre todo la gente joven, puede empezar a desconectar poco a poco y terminar aislándose por completo, aunque solo sea durante un tiempo.

Recuerdo el caso de una joven californiana de veintitrés años a la que encontraron muerta en su automóvil en el aparcamiento de un Walmart. No solo no había informado nadie de su desaparición, sino que llevaba muerta tres meses. Se había suicidado y había ido pudriéndose en el interior del vehículo de lunas tintadas mientras la gente iba y venía por delante de ella, a solo unos metros de distancia.

Busco en Google información de personas desaparecidas y me topo con la página web de la NCIC, la base de datos de información criminal del FBI. Disponen de un listado de desaparecidos, una lista de personas desaparecidas en circunstancias sospechosas, según la cual ahora mismo hay ochenta y cuatro mil personas desaparecidas en los Estados Unidos.

¡Madre mía, eso son muchas personas!

Seguramente muchos de ellos tienen problemas con las drogas o algún

otro problema que los convierte fácilmente en marginados.

¿Ochenta y cuatro mil? Eso es como si desapareciera la ciudad entera de Boulder, en Colorado.

Y esas son solo las personas por las que alguien se ha molestado en llamar a la policía. ¿Quién sabe cuántos más no tendrán vínculos familiares de ningún tipo?

¿Cuántos habrá que desaparezcan sin que lo sepa nadie?

Podría haber montones de asesinos en serie ahí fuera sin que nadie reparara en ello. Se me hiela la piel. Probablemente sea así.

¿Y el asesino de Juniper? ¿Será responsable de algún otro asesinato, aparte del suyo y del de Rhea?

¿Cómo voy a saberlo?

Busco más puntos de información y hago un descubrimiento espeluznante.

Montana y Wyoming registran el mayor índice de personas desaparecidas por cada cien mil en todos los Estados Unidos, salvo en Alaska, Oregón y Arizona. ¿Cómo puede ser?

Tiene que deberse a la forma de recabar los datos. Un cuadro de verificación de más en un formulario puede distorsionar mucho las cosas.

Aun con todo...

Hago clic en el enlace de la Central de Desaparecidos de Montana.

Lo primero que aparece son las fotografías de dos chicas sonrientes. Debajo, una pareja de indios nativos con su hijo.

Hay muchas mujeres jóvenes en la lista. En Wyoming también.

Cuento por lo menos una decena de mujeres de edad similar a la de Juniper y Rhea. La mayoría, si no todas, probablemente son chicas que se han escapado de casa, muchas, sin duda, huyendo de situaciones desagradables o, peor aún, que han huido con hombres de dudosas intenciones.

Pero tampoco tengo razón para pensar que el asesino se limite a matar mujeres.

Suelo experimentar una extraña emoción cuando me topo con un conjunto nuevo de datos. No sé describirla. Esta vez me siento culpable al ver los rostros de las desaparecidas.

Saco de mi equipaje una cajita de chinchetas de colores y pincho en mi mapa una de color naranja por cada mujer de más de dieciocho años desaparecida en los estados vecinos.

Hago una nueva búsqueda para restringir los resultados por ciudad. Es

deprimente la poca atención que reciben estos informes de desapariciones. Los datos son escasos.

Lo más deprimente de todo es que seguramente el único progreso de la investigación de estos casos consiste en que los nombres de las desaparecidas figuren en una lista mientras su informe se empolva en un archivador.

Salvo que la policía tenga pruebas claras de algún delito y un sospechoso, a muchas de esas mujeres no las encontrarán jamás.

Después de marcar puntos de información durante unos minutos, el mapa empieza a llenarse de chinchetas de color naranja. Me cuesta hundirlas por completo; siento que son como clavos en un ataúd.

Observo algo extraño, pero no quiero extraer conclusiones precipitadas.

Mi mapa se está complicando demasiado. Por suerte, tengo un proyector de vídeo portátil. Conecto el ordenador portátil y, con mi *software* de mapeado biogeográfico, creo un mapa virtual que puedo proyectar en la pared.

Sigue gustándome estar cerca de las cosas cuando las examino.

Los puntos naranjas resaltan. Con el control de sombra, coloreo los condados por población. Eso me ayuda a comprobar si los puntos naranjas guardan alguna relación con la densidad de población.

No tengo forma de saber qué datos son buenos y cuáles no y menos aún de saber qué falta, pero, parafraseando la afirmación del Tribunal Supremo sobre la obscenidad, en lo que respecta a patrones, sé reconocer uno cuando lo veo.

Introduzco todas las variables en MAAT, comparando informes de personas desaparecidas con datos de población. Encuentro también algunas estadísticas sobre el porcentaje de desaparecidas que resultaron ser fugadas y volvieron sanas y salvas a sus casas. Con ello, filtro un poco.

MAAT traza un suave bucle de color púrpura oscuro alrededor de mi mapa. Se sale del marco y luego vuelve a curvarse alrededor.

Es una gráfica que revela una conexión entre personas desaparecidas que no responden a lo que podría esperarse de determinado volumen de población. También sigue determinadas autopistas interestatales, pero otras no.

En biología, uno se acostumbra a las distintas formas en que se representan los datos. Los salmones que regresan río arriba y los animales gregarios presentan patrones muy lineales. Los de las aves forman bucles.

Estoy viendo otro patrón.

Uno que me resulta muy familiar.

Es el circuito de un depredador.

Tecleo con frenesí, buscando el patrón impreso en mi memoria.

Lo encuentro. No es la misma figura, pero tiene una simetría parecida.

Podría escribir la fórmula de un fractal que generaría patrones como esos.

Pero no es solo un patrón, es una conducta.

La conducta que genera el patrón de mi pared, el patrón en el que se esconde el asesino de Juniper, coincide perfectamente con esta otra conducta.

El creador de este otro patrón es un asesino eficiente que ha permanecido invariable durante millones de años. Ha desarrollado un complejo sistema de caza que se basa en estar siempre en movimiento, lo que le permite volver a los mismos puntos una y otra vez sin que su presa se percate.

Paso de un patrón a otro. Tengo que sentarme.

Es el mismo patrón del tiburón blanco.

CAPÍTULO 24

EL EXPERIMENTO DE LA GOTA DE BREA

Las analogías y los mapas pueden resultar peligrosos cuando se toman al pie de la letra. Un mapa no es más que una representación de algo. Ni siquiera un mapa fotográfico puede indicarnos si un terreno se encuentra ahora cubierto de nieve, ni si una lluvia matutina ha embarrado tanto un camino que lo ha hecho intransitable.

El circuito del asesino de Juniper es como el patrón de caza de un tiburón blanco, pero solo porque ambos han adquirido conductas similares.

Los tiburones blancos no intentan esconder a sus víctimas, más que nada porque los atunes no forman efectivos policiales ni buscan venganza, pero procuran evitar la sobredepredación en determinadas zonas, no vaya a ser que los peces recuerden que ese es un mal sitio. Una matanza excesiva envía una señal al sistema para que cambie sus patrones, como si los seres vivos del entorno advirtieran a la policía que por allí pasa algo.

Además de procurar no matar demasiado y generar con ello una alteración, los tiburones se camuflan, como nuestro asesino. El tiburón blanco dispone de una contracoloración que le permite confundirse con el fondo marino si se mira desde arriba y resultar invisible si se mira desde abajo.

Muy probablemente el asesino —no se me ocurre otro modo de llamarlo— también tiene su propio camuflaje. Seguro que no llama mucho la atención. Escondiendo los cadáveres o haciendo que parezcan ataques de animales para aquellos que no puede esconder, oculta su presencia a las presas que, igual que una manada de focas, quizá no reparan en que hay un asesino entre ellas hasta que ya es demasiado tarde.

Además, los tiburones poseen un órgano sensorial especial, la ampolla de Lorenzini, que les permite percibir la actividad eléctrica de las presas ocultas y ver a través de la sangre del agua durante un atracón.

Del mismo modo, el asesino debe de tener sus propias habilidades para detectar a sus víctimas. No busca solo un tipo de físico, busca una vulnerabilidad particular.

Los informes de desaparecidos de Montana y Wyoming solo hablan de vecinos de la zona y de personas de las que se sabe que pasaron por allí y se esfumaron. Todos los años, cientos de miles de personas visitan esos estados por vacaciones de verano o por trabajos de temporada.

Algunos de mis alumnos ganan un dinero durante los descansos semestrales sirviendo mesas o trabajando en complejos turísticos como los de aquí.

¿Cuántos jóvenes visitarán esta zona por su cuenta sin que sus padres sepan dónde están o se preocupen por saberlo?

Sí, el asesino podría haber matado a muchísimas más víctimas.

Pero ahora mismo esto no es más que una conjetura.

La única forma de comprobar la validez de un modelo es usarlo para realizar una predicción que se pueda testar.

Llegado a este punto, lo único que puedo averiguar con MAAT es el número aproximado de personas que desaparecerán y la probabilidad de que, dentro de seis años, tengamos otro ataque de oso que se asemeje a los de Juniper y Rhea.

Seis años es mucho tiempo. Algunos científicos esperan toda la vida la erupción de un volcán, el regreso de un cometa o algún otro suceso infrecuente.

El caso más descabellado que conozco es el del experimento de la gota de brea, iniciado en la Universidad de Queensland en 1927. Consiste en un embudo de brea con el que se pretende medir la viscosidad del elemento. Desde que empezó el experimento, solo han caído del embudo nueve gotas, con lo que se ha demostrado que la viscosidad de la brea es doscientas treinta mil millones de veces mayor que la del agua. Las dos veces que ha caído una gota mientras una cámara web registraba el experimento, los investigadores no pudieron ser testigos del raro suceso por problemas técnicos.

El experimento más prolongado de todos los tiempos es el de una bola metálica que cuelga de un hilo entre dos campanillas también metálicas. Cada vez que toca una de las campanillas, una batería le produce una descarga que hace que choque con la otra campanilla, sobre la que descarga la corriente.

Esto lo vi yo mismo cuando fui a Oxford a dar una conferencia. La bola vibra de forma casi imperceptible entre las campanillas, pero puede

apreciarse a simple vista.

Lleva haciendo eso desde 1840. Hasta la batería, una pila seca, es la misma que se instaló hace casi doscientos años.

A veces, la ciencia precisa paciencia, pero yo no puedo esperar seis años a que el asesino de Juniper finja otro ataque de oso.

Ni siquiera puedo esperar seis días. Está a punto de empezar el semestre y ya llego tarde para las reuniones del claustro de profesores.

Podría ir a Parvel, la población más próxima al lugar donde se encontró a Rhea, pero probablemente el rastro esté frío. Ni siquiera sé qué aspecto tendría un rastro caliente.

Y supongo que lo único que averiguaría es que su muerte fue muy similar a la de Juniper.

Lo que necesito es un modo de confirmar al menos parte de mis sospechas.

Las sospechas —o, más bien, suposiciones— son que el asesino de Juniper ha hecho esto en múltiples ocasiones y que sus ataques parecen propios de un animal. Tomo nota de que debo averiguar lo que significa eso exactamente. Lo único que sé es que, al principio, el inspector Glenn pensó que el sospechoso podría ser un hombre.

¿Cuchillos?

También creo que, en la mayoría de los casos, no se llega a encontrar el cadáver.

De modo que lo que necesito es un ataque de un animal que no se haya denunciado y un cadáver que no se haya encontrado.

Sí, fácil...

Vuelvo a examinar los puntos de desaparecidas proyectados en la pared. Un par de ellos se halla en la gruesa banda púrpura del circuito del asesino.

Eso no significa que él sea responsable de ninguno de ellos, pero, si se supiese de dos zonas distintas de apareamiento de focas y hubiera entre ellas un punto en el que se hubiera demostrado que las focas desaparecían, sería lógico sospechar la presencia de un tiburón que recorriera esa zona.

El caso más reciente tuvo lugar hace diecisiete meses en la localidad de Hudson Creek, donde se denunció la desaparición de una mujer llamada Chelsea Buchorn. Una amiga suya, Amber Harrison, informó a la policía de que creía que a su amiga la habían secuestrado.

Según declaró Harrison, iban paseando por el bosque y le perdió la pista a Chelsea.

Es un relato un poco extraño. Solo encuentro dos noticias sobre lo sucedido. En la primera, se dice que Amber estaba muy nerviosa y contaba cosas contradictorias. Como la policía no tenía pruebas de delito alguno, la soltó.

Si tuviera que leer entre líneas, diría que fueron al bosque a colocarse. Amber no debía de ser una testigo muy creíble después de haberse fumado algo.

Sin embargo, tanto Amber como Chelsea eran víctimas ideales.

Hudson Creek está a cuatro horas en automóvil. Meto todas mis cosas en el Explorer y le dejo la llave de la habitación a la empleada.

Vete a saber qué pensará por haber hecho uso de una habitación solo cuatro horas.

CAPÍTULO 25

HUDSON CREEK

Hudson Creek es una franja ruinoso de edificios a ambos lados de la autopista, adheridos a la carretera como percebes a un embarcadero podrido. Si esto fuera un ecosistema, diría que está a punto de extinguirse.

Los carteles de SE VENDE inundan parcelas con edificios destrozados con aspecto de no haber tenido inquilinos bípedos en años.

De vez en cuando, detecto signos de vida. Caravanas con los laterales de aluminio y la pintura descolorida y ropa tendida en cuerdas cerca. Alguien vive allí, si a eso se le puede llamar «vivir».

He visto mucha pobreza en mis viajes. No toda irradia desesperación. He estado en suburbios donde el suministro eléctrico falla por las noches, pero la música en vivo no cesa. He visitado chabolas donde un par de zapatos nuevos es tan raro como un Tesla, pero la gente lleva la ropa hecha en casa más llamativa que he visto jamás.

Hudson Creek no tiene nada de eso. No hay nuevas construcciones. Ningún indicio de que la localidad luche por sobrevivir.

Lo único que no se cae a pedazos son los resplandecientes automóviles nuevos que veo de cuando en cuando en las entradas infestadas de malas hierbas de las casas.

¡Qué orden de prioridades tan extraño tiene esta gente!, ¿no?

¿Invertirías en paisajismo si supieras que el valor de tu propiedad seguirá cayendo? Quizá sea preferible gastarse el dinero en una cápsula de escape con asientos de piel y *Bluetooth*.

No alcanzo a comprender de dónde saca la gente de este pueblo el dinero para comprarse todoterrenos y Corvettes de última generación.

Supongo que quedará algo de comercio. A lo mejor en su día Hudson Creek fue un pueblo minero o desempeñó un papel crucial en el desarrollo

ferroviario.

¿Ahora? No es ni lo uno ni lo otro.

Sin embargo, según el rastro púrpura que muestra MAAT, existe una probabilidad elevada de que el asesino haya pasado por aquí. Varias veces. Ha recorrido esta misma autopista y ha contemplado por la ventanilla los mismos edificios en ruinas que yo estoy mirando.

¿Lo vería como un animal en estado de descomposición del que alimentarse?

La población en la que se encontraba Juniper era una Hudson Creek a pequeña escala. Su motel tenía un rótulo de neón quemado y contrachapado sin forrar en un lateral. El taller, Bryson's Auto Repair, era un depósito de chatarra que solo funcionaba como negocio porque una persona sabía cambiar los neumáticos y el aceite.

Un camión remolque me adelanta a toda velocidad, frustrado por mi embobamiento. Piso el acelerador y me dirijo a lo que según el GPS es el centro de Hudson Creek.

De camino al centro, paso por delante de la única construcción nueva que he visto en kilómetros. Es una estación de servicio enorme para camioneros. Al lado hay un restaurante con un aparcamiento repleto de automóviles.

El ayuntamiento debe de estar un kilómetro más adelante, pero este es sin duda el centro de la vida de esta localidad.

Cuando busco respuestas como biólogo, no me cuesta demasiado saber por dónde empezar. Llamo al Servicio de Pesca y Vida Silvestre o a la Asociación de Agricultores y Ganaderos.

Si estoy en el extranjero, empiezo por el departamento de biología de la universidad más grande y después me sirvo de una red de contactos hasta que doy con alguien que sepa algo de una rata campestre o de una especie de planta con flores.

Si fuera policía, probablemente entraría en la comisaría más próxima y pediría hablar con el investigador al mando.

Como me acaban de echar a patadas de la última comisaría en la que he estado, no me apetece mucho hacer eso.

Sin embargo, hay otro recurso que uso cuando estoy en un país extranjero y los vecinos de la zona no confían en los desconocidos.

Nunca falla. No necesito el GPS para encontrarlo, solo tengo que buscarlo. Hasta en un sitio tan triste como Hudson Creek, seguro que veo

uno.

Como era de esperar, veo una cruz junto a una pequeña iglesia. Hay un viejo Ford Focus en el aparcamiento.

En todas las ciudades de todos los países que he visitado, por muy alejadas que estuvieran de la civilización, siempre he podido encontrar un cura, una monja o un imán dispuestos a ayudarme.

Decido iniciar mis pesquisas aquí, así que entro en el aparcamiento.

La iglesia consta de tres edificios conectados por una pasarela cubierta. Llamo a la puerta de lo que parece la sacristía, pero no contesta nadie. Las otras puertas están cerradas con llave.

Oigo un cortacésped al otro lado del edificio. Al volver la esquina, veo a un hombre en camiseta subido en un John Deere, cortando el césped que va desde la parte trasera de la iglesia hasta el margen de un bosque.

Lo saludo con la mano y él apaga el motor. Pelo ralo y cano, tendrá unos sesenta años. Nos acercamos el uno al otro.

—¿En qué puedo ayudarlo? —me pregunta cuando estamos lo bastante cerca como para no tener que gritar.

—Buscaba al... —echo un vistazo rápido al rótulo de la carretera para averiguar de qué congregación se trata y veo que es bautista— ... al pastor.

—Pues lo acaba de encontrar. —Se limpia la mano sucia en los vaqueros y me la ofrece—. Llámeme Frank.

—Yo soy Theo Cray, profesor de la Universidad de Texas.

—¿Profesor? ¿De Teología?

—No, de bioinformática.

Empiezo hablando de trivialidades porque no sé cómo abordar el asunto.

—¿Eso es como robótica?

—No, señor. Soy uno de esos biólogos que se pasan el día mirando una pantalla de ordenador y de vez en cuando salen al mundo real.

—¿Y qué lo trae por aquí?

—Es un poco complicado.

Se mira el reloj.

—Lo bueno es que me toca un descanso y un té ahora mismo. Tengo tiempo para algo un poco complicado y para invitarlo a un té. Sígame. —Me adelanta y me conduce a la sacristía—. Hágame un resumen —me dice por encima del hombro.

—Quiero preguntarle por una chica que vivía aquí.

—¿Qué chica es esa?

—Chelsea Buchorn.

Se detiene y se vuelve hacia mí. La sonrisa se ha esfumado de su rostro.

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente de Chelsea?

Eso me detiene en seco. En términos biológicos, definiría su postura como súbitamente defensiva, si no hostil.

CAPÍTULO 26

EL HOMBRE DEL CORTACÉSPED

No sé qué hacer. Solo se me ocurre contarle la verdad.

—He perdido a alguien en circunstancias similares.

—¿Ha perdido a alguien? —dice, algo más relajado.

—Sí. A una alumna. Busco una relación entre ambas.

—¿Una relación con Chelsea? ¿Se conocían?

Es algo que ni siquiera me había planteado. Parece improbable, pero merece la pena investigarlo.

—Lo ignoro.

—¿Y por qué me pregunta a mí?

—No conozco a nadie aquí. He visto su iglesia y he pensado que usted conocería a los lugareños.

Su cuerpo se relaja.

—Ah, entiendo. Vamos a tomarnos ese té helado y le cuento lo que sé. No es mucho. Chelsea no era miembro de nuestra congregación.

Me lleva a su despacho. Me siento al otro lado de su escritorio mientras él sirve dos vasos de té helado de una jarra que guarda en una mininevera.

La estancia es pequeña y está repleta de estanterías. Hay una ventana que da a la autopista. Las paredes están forradas de fotografías de niños, seguramente sus hijos, a distintas edades, y también hay varios galardones. En el escritorio, hay montones de cuadernos y un portátil.

Frank aparta un libro y me pone un vaso delante, luego se sienta a su mesa.

Da un buen sorbo y se enfría la frente con el vaso.

—Antes contábamos con un encargado. Un encargado de cortar el césped, quiero decir. Contábamos con mucha ayuda de la gente.

—¿Nadie se ofrece voluntario?

Suelta una pequeña carcajada.

—No, ya no. —Se encoge de hombros—. ¿A quién ha perdido?

—Se llamaba Juniper Parsons.

—¿La joven a la que mató el oso?

—Sí, esa. —Estoy a punto de soltarle de sopetón mis sospechas, pero decido exponer los hechos con cautela—. Eso piensan, pero he oído decir que sucedió en circunstancias sospechosas.

—¿Sospechosas? ¿En qué sentido?

—Interrogaron a dos sospechosos antes de ir a por el animal. —Omito el detalle de que uno de esos sospechosos está en su despacho—. Al parecer, no todos están conformes con las pruebas de ADN —añado, incluyéndome en ese «todos», eso es cierto.

—Interesante. ¿Y qué relación guarda todo esto con Chelsea?

—No estoy seguro, pero desapareció en circunstancias similares.

Frank niega con la cabeza.

—Chelsea no desapareció: esa joven se fue del pueblo. Su amiga... ¿Cómo se llama...? Amber no es precisamente «de fiar». Ya se habían fugado varias veces juntas. Se dejaban enredar por chicos de dudosa reputación o más bien las dos se sentían atraídas por ellos. En cualquier caso, a nadie del pueblo le extrañó. Chelsea empezó una vida nueva. Cosas que pasan.

—Es lo bastante extraño como para que figure en una lista de desaparecidos.

—La pusieron en esa lista por las declaraciones contradictorias de Amber. Ni siquiera la madre de Chelsea se lo cree.

—Entonces, ¿no cree que le haya pasado nada?

—No. Por lo menos, aquí no. Era una chica problemática. Le encantaba inventarse cosas. Y le encantará saber que hay quien la considera una víctima.

—¿Y usted no?

—No lo tengo claro. Se llevó todas sus cosas del apartamento antes de «desaparecer». Eso es muy raro.

—No tenía noticia de ello.

Claro que, si a Chelsea la habían matado, el asesino podía haberse colado en su apartamento y haberse llevado sus cosas. No me extrañaría de alguien lo bastante previsor como para llevar pelo de oso pardo al escenario de un crimen.

Frank se muestra algo esquivo, pero parece que de verdad cree que Chelsea se fue del pueblo.

Para ser un hombre de Dios, no parece tener muy buen concepto de ninguna de las dos. A lo mejor a sus ojos no son más que otro par de causas perdidas de un pueblo que deja que sea el propio pastor quien corte el césped de la iglesia.

—¿Sabe de alguien de su edad que se haya marchado?

—Unos cuantos, pero es normal. El pueblo no ofrece gran cosa a los jóvenes. Mis hijos viven en Colorado y en Vermont, pero, aunque no me llamen mucho, no diría yo que están desaparecidos.

—¿Qué le parece todo esto a su esposa? ¿No sufre el síndrome del nido vacío?

El rostro de Frank se tensa.

—Está en Colorado, ayudando a la mayor de mis hijas con sus niños.

He conocido a suficientes familias rotas como para entender que están separados. Aun en los tiempos que corren, esa situación tiene que resultar embarazosa para un pastor bautista. Buena parte de su trabajo consiste en asesorar a las parejas. Su propia ruptura seguramente le reste credibilidad a los ojos de su parroquia. Aunque no todas las parejas tengan que durar.

—¿Estaban casados o mantenía alguna relación con Juniper? —me pregunta.

La pregunta me pilla desprevenido.

—¿Juniper y yo? No. Era alumna mía. No, no nos casamos, ninguno de los dos.

—Perdone. Se oyen historias de profesores universitarios. No me haga caso.

Yo también las he oído.

—Bueno, hace años que no la veo. En teoría, ya se habría doctorado y estaría dando clases en la universidad, así que tampoco habría sido indecoroso, supongo. Ya no...

Qué pensamiento tan extraño. Yo sigo recordándola como la chica de veinte años sentada a mi lado, incómoda, en la pizzería. Desde luego, se la ve mayor en las fotos, pero tampoco mucho. Tenía veinticinco años. Un poco joven para mí, pero nada que hubiera espantado a nadie en el campus siempre que ya se hubiera titulado y hubiera dejado de ser mi alumna.

Me quito la idea de la cabeza. Estoy aquí porque ella me inspira un sentimiento paternal, no porque estuviera secretamente enamorado de ella.

—¿Sabe cómo podría ponerme en contacto con Amber?

—¿Con Amber? ¿Por qué?

—Me gustaría oír su versión de los hechos.

Frank suelta un leve gruñido.

—¡Menudo elemento! Es conflictiva. La han detenido ya varias veces. No es precisamente de fiar. Sí, mentirosa, más bien.

El pastor es bastante crítico para ser un hombre cuya labor consiste en ayudar a los demás a encontrar el perdón.

—Da igual, me ayudará a serenarme.

—Como quiera. —Teclea algo en el ordenador y anota un número en un papelito—. Hace años entrené al equipo de fútbol femenino del instituto. Tome.

—Gracias. —Mientras me levanto, pienso en una forma de corresponderle—. He visto unos sacos de fertilizante en el cobertizo.

—Sí, lo uso para tener el césped verde y bonito.

—Me maravilla. La mayoría de los prados de la zona están secos. Aun así, por si le interesa, se trata de un fertilizante industrial. Yo emplearía solo un tercio o así. No crecerá tanto, de manera que no tendrá que cortar el césped con tanta frecuencia, pero la hierba estará igual de bonita.

Frank me sujeta la puerta, sonriente.

—Eso explica muchas cosas. El fertilizante fue un regalo y no había instrucciones.

Vuelve al cortacésped y yo regreso al Explorer.

Una vez dentro, marco el número de Amber y me salta el contestador.

—Hola, eh, soy Theo Cray. Me gustaría hablar contigo de un tema...

Le dejo mi número y cuelgo, porque no sé qué decir. Hasta dejarle un mensaje de voz inocuo se me hace raro, más aún cuando lo que quiero es hablarle de un presunto asesinato.

A los dos minutos me llega un mensaje de texto de un número distinto.

soy ambyr. en @king's diner en 2 hrs. 100xMMD300xCPT

La secuencia alfanumérica no parece una dirección ni ninguna otra cosa que tenga sentido, pero se debe de referir al King's Diner que he visto al pasar por la inmensa área de servicio para camioneros.

Con suerte, quizá ella misma pueda explicarme lo que significa el código y contarme lo que le pasó realmente a Chelsea.

CAPÍTULO 27

JÓVENES CONFLICTIVAS

Amber —o «ambyr», como se llama a sí misma en el mensaje de texto — llega media hora tarde. La camarera me sirve otro café mientras yo toqueteo la cereza de mi tarta.

—¿Prefiere otra cosa? —me pregunta al ver que ni la he probado.

—No. No me apetece nada. Gracias.

Me dedica una sonrisa de cortesía y se dirige a otra mesa. Rondará los treinta. Pelo castaño claro por los hombros, atlética, de una belleza provinciana. Me gusta verla charlar con los otros clientes y los hijos de estos mientras recorre el concurrido local. Tendría que haber al menos dos camareros más, pero ella consigue tenerlo todo bajo control, sirviendo los platos, cobrando y ocupándose de la preparación de la comida.

El restaurante está impoluto. La pared más próxima a la caja está repleta de fotografías enmarcadas de hombres de uniforme. También hay colgadas algunas insignias de servicio.

Supongo que para algunos habitantes de Hudson Creek el ejército debía de ser el mejor porvenir.

En este pueblo, salvo la nueva estación de servicio y el restaurante King's Diner, todo está sucio y destartado. Enfrente hay un motel en el que seguramente los zombis se sentirían como en casa. Al lado hay una tienda forrada de carteles publicitarios de cervezas de mucha graduación alcohólica. A la puerta, dos hombres de veintitantos años, apoyados en el capó de una camioneta, comen perritos calientes y burritos de microondas. Por la camioneta, se diría que son campesinos, pero uno de ellos lleva un gorro de punto muy *hipster* y el otro una camiseta Halo.

Estoy pensando en mandarle un mensaje a Amber cuando me suena el móvil.

—¿Dónde está? —me pregunta una mujer joven.

—En King's Diner.

—¿No habrá sido tan lerdo de meterse en el restaurante?

—Sí. Me has dicho que...

—No me refería a eso. Lo tienen vigilado. Estoy fuera, en la parte trasera, junto al viejo túnel de lavado.

—Ah, voy para...

Ya ha colgado.

Dejo dinero precipitadamente en la mesa y me dirijo a la puerta.

¿Qué habrá querido decir con «lo tienen vigilado»?

Su paranoia es contagiosa. Salgo a la calle y miro alrededor. Entre el restaurante y la estación de servicio hay media docena de camiones aparcados. Detrás del restaurante, hay un pequeño aparcamiento abierto ocupado por contenedores de carga medio oxidados.

El túnel de lavado —en realidad, un enorme tren de lavado para camiones— es un bloque de hormigón medio derruido cubierto de enredadera. Parece un antiguo templo.

Del asfalto agrietado brotan malas hierbas de gran altura. En unos cuantos decenios, ni siquiera se sabrá que allí hubo algo obra del ser humano.

Rodeo el túnel de lavado y, en la parte de atrás, veo a una chica fumándose un cigarrillo mientras envía mensajes con el móvil.

Viste pantalón de deporte y sudadera con capucha. Lleva el pelo recogido en una coleta. Bajo el exceso de lápiz de ojos se esconde una joven atractiva que parece estar recuperándose de un resfriado.

—No muerdo —dice al verme.

Miro alrededor en busca de esos ojos vigilantes de los que me ha advertido.

Detecta mi angustia.

—Tranquilo, nunca vienen por aquí.

—¿Eres Amber? —pregunto, aproximándome. Más de cerca, veo que va muy maquillada. Probablemente para tapar el acné.

—Eso espero —dice, y me sonrío—. ¿Cuánto has traído?

—¿Traído?

—Dinero.

¿Se está escondiendo y necesita ayuda? Me saco la cartera del bolsillo y empiezo a contar billetes.

—¿Cuánto necesitas?

Mira el dinero y se acerca.

—Nos vamos entendiendo.

Le huele muchísimo el aliento a menta, como si se acabara de enjuagar con un colutorio.

De pronto, me agarra la entepierna.

Le miró fijamente la mano, confundido.

—Eh... Yo solo quiero hablar.

Se inclina hacia delante y me susurra al oído:

—Eso es lo que dicen todos.

Tras un instante de confusión, logro sobreponerme y le aparto la mano.

Mira por encima de mi hombro.

Se oye el chirriar de unos neumáticos cuando la camioneta de la tienda bordea derrapando el edificio. Los dos hombres que van en ella me miran con ojos asesinos.

—¡Mierda! —dice Amber, y sale corriendo.

El conductor detiene el vehículo y baja corriendo, seguido de su amigo.

—¿Qué coño haces con mi hermana!

—¡Solo quería preguntarle una cosa! —digo, suplicante, con las manos en alto. El tipo lleva en la mano un bate de béisbol metálico.

Viene corriendo hacia mí y me pega con el bate en el estómago. Caigo de rodillas.

Su amigo me da una patada en las costillas y me derrumbo de costado.

—Esto es un... —intento decir al tiempo que trato de parar una batería de golpes con las manos.

El hermano, el tipo de la gorra de punto, me da un puñetazo en la mandíbula y la cara se me cae encima de una mata de lechetrezna. Pierdo el conocimiento mientras me pregunto, así de necio soy, si la planta habrá abierto el asfalto o el ciclo climático de frío-calor le habrá permitido brotar de él.

CAPÍTULO 28

PASTEL DE CEREZA

Vuelvo en mí no sé cuánto tiempo después y consigo levantarme del suelo y apoyarme en el edificio. Me duele el costado una barbaridad. Escupo sangre. La saliva roja me aterriza en el zapato.

Mis costillas magulladas se resienten cuando me doblo para recoger la cartera vacía. Me la vuelvo a guardar en el bolsillo y, con la mano que no tengo hinchada, me palpo para comprobar si tengo algún hueso roto. Tengo muchos músculos doloridos, pero no siento el dolor agudo típico de una fractura, ni oigo ningún chasquido sospechoso. Solo con una radiografía lo sabré con certeza, pero me parece que, por lo menos, me he librado de eso.

Aunque me duele muchísimo el estómago. Me levanto la camisa y me veo un moretón del tamaño de un balón de fútbol. Recuerdo que el hermano me ha sacudido con el bate.

Voy cojeando hasta el Explorer, estacionado en el aparcamiento de King's Diner, pero me derrumbo a seis metros del parachoques. Oigo que alguien se acerca corriendo por mi espalda. Me quedo tendido boca arriba, mirando al cielo azul.

La camarera que me ha atendido antes se inclina sobre mí y espeta entre dientes: «¡Será lerdo!». Lo mismo que me ha llamado Amber. Por lo visto, ese insulto es muy propio de esta región. Aunque me haya echado la bronca, me sigue pareciendo guapa.

—¿Me acaba de llamar «lerdo»? —le pregunto, dolorido.

—¿Quiere que llame a la policía?

—No —contesto a la vez que me incorporo, aguantando un dolor angustioso.

—Pues sí, es usted un poco lerdo. ¿Quiere que pida una ambulancia?

—No. Creo que no. —Miro hacia el restaurante—. ¿Puedo ir a sentarme

sin más?

Me mira furiosa.

—Tendría que echarlo de mi propiedad.

—Deme uno o dos minutos y me marcho encantado de este puñetero lugar. —Es la segunda vez hoy que me piden que me vaya del pueblo. Observa cómo me pongo en pie; no me ofrece la mano, pero se asegura de que no me vuelva a caer y me abra la cabeza en su aparcamiento—. No sufra —digo apretando los dientes—, no voy a denunciarla si me caigo.

—No sufra, no podría sacarme dinero —me replica.

Apoyándome en las barandillas y en los respaldos de los asientos, vuelvo adonde estaba sentado antes. Una torpeza y un sinsentido por mi parte, teniendo en cuenta que ese sitio es el que está más lejos de la puerta.

Me ignora cuando me empapo la sangre de la boca con servilletas e improviso un enjuague bucal con un vaso de agua y sal del salero.

Llevo un botiquín en el Explorer, pero ahora mismo es como si tuviera que ir a buscarlo al estado vecino.

Hago inventario de mis heridas. Tengo cardenales por todas partes, pero no estoy tan mal como cabría esperar. Con unos analgésicos y un poco de descanso y quizá una o dos cervezas «medicinales», estaré perfectamente en un par de días. Tendré un aspecto espantoso, pero sobreviviré a esto.

Sea lo que sea «esto».

La camarera se detiene delante de mi mesa.

—¿Se ve capaz de marcharse ya?

—Sí. Perdone. —Amontono las servilletas ensangrentadas—. Solo una cosa... —Reparo por primera vez en su nombre, escrito en la chapa: Jillian—. ¿Qué ha pasado?

—¿Es usted lerdo?

—Por lo visto, sí.

Pone los ojos en blanco.

—Se la han jugado. Le han tendido una trampa. Deje que lo adivine: ¿le han vaciado la cartera?

—Sí, pero usted se comporta como si fuera algo habitual. ¿Por qué no hace nada la policía?

—Tampoco usted ha querido llamarlos. Nunca lo hacen.

—¿Quiénes? No entiendo. ¿A quién se refiere?

—A los otros puteros.

—¿Puteros? —Me viene a la cabeza lo que me ha dicho Amber antes de

que me dieran la paliza—. Espere... ¿Ha creído que quería contratar sus servicios como fulana?

—Se le da de miedo hacerse el cándido —dice, negando con la cabeza, luego se dispone a marcharse.

—Por favor —le suplico—. Solo un segundo.

Se vuelve hacia mí.

—¿Qué? —dice, nerviosa.

—No tenía ni idea. Solo quería hablar con ella de Chelsea Buchorn.

Jillian vuelve a mi sitio.

—¿Qué quiere saber de ella?

—Cómo desapareció. Por eso he venido. Solo quería preguntarle qué vio.

—¿Y a usted qué más le da?

—Acabo de perder a una amiga. Se llamaba Juniper. Dicen que la atacó un oso. Yo no lo tengo tan claro. —Miro fijamente a la mesa y me sujeto la cabeza con las manos. Noto que me estoy desmoronando—. Solo quiero saber qué pasó.

Cae sangre de un rojo intenso en la formica blanca. La limpió con la manga.

Jillian se sienta enfrente de mí.

—¿De verdad no estaba intentando pillar ahí fuera?

—¡No, por Dios! Pensé que ella sabría algo. Cuando me ha dicho que «lo tienen vigilado»...

—Se refería a la policía.

—Ah. Genial. —Me saco el móvil del bolsillo. Tiene la pantalla rota, pero aún funciona. Con dedos temblorosos, abro el mensaje de Amber—. ¿Qué significa «100xMMD300xCPT»?

Lo mira y tarda solo unos segundos en descifrarlo.

—¿En serio quiere que se lo diga?

—Sí. No lo entiendo.

—Imagine que los tres primeros números son un precio. La equis es «por», como en «tanto por»...

Miro la pantalla.

—«MMD»... ¡Joder! —Para alguien que maneja bien los números, tendría que haber sido obvio desde el principio—. ¿Y «CPT» es «completo»? —Miro a la mujer que tengo sentada enfrente, con las mejillas encendidas de vergüenza—. ¡Qué idiota soy!

—No todo el mundo puede ser ingeniero aeronáutico.

—En realidad, me aceptaron en el CalTech, pero lo rechacé para poder estudiar biología en el MIT.

Esboza una sonrisa divertida.

—¿Es científico?

—Cuando no me está dando una paliza el hermano de una fulana...

Jillian me da una palmadita en la mano que no tengo hinchada.

—Mire que es usted ingenuo. Ese era su novio-barra-chulo. Es todo un montaje. Si usted fuera de aquí, se habrían reunido en un motel o en su automóvil. ¿No le ha parecido raro?

Madre mía, soy más imbécil aún de lo que pensaba. Me he convertido en blanco nada más dejarle ese mensaje aturdido en el buzón de voz.

—Si todo el mundo lo sabe, ¿por qué no hace algo la policía?

—Porque usted no es de aquí. Hudson Creek tiene problemas peores. ¿Le ha visto la cara?

—Sí, claro.

—Me refiero a que si se ha fijado en lo maquillada que va...

—Eh... Sí. He pensado que era porque aún tenía restos de acné juvenil.

—Lo llamamos «cara de meta».

Entonces el colutorio era por el mal aliento. Siendo una fulana, tiene que estar presentable.

Mierda, ahora lo entiendo. He leído cosas sobre eso. Lo he visto en la tele. Las casas en ruinas y los automóviles nuevos; este pueblo es como el centro y el sudeste de Los Ángeles en los ochenta, cuando el *crack* era una epidemia. Aquí es la metanfetamina.

—¿Tan mal están?

—El mes pasado la policía estatal detuvo a dos agentes locales por tráfico, pero es aún peor que eso.

Señalo con la cabeza la pared repleta de fotos de soldados.

—Pensé que aquí tendrían mejor policía.

Jillian contempla un instante los rostros de los hombres.

—Todos esos hombres son los que no consiguieron volver. Hay otra cosa que caracteriza a Hudson Creek, además de la meta. Nuestro pueblo ha surtido de más efectivos especiales per cápita que ningún otro, pero también hemos perdido más hombres.

Así que este pueblo es el resultado de perder a los mejores y los más valientes, de manera que lo que queda es una epidemia cancerosa que

convierte a los jóvenes en sociópatas violentos.

Con lo que generan el entorno perfecto para que un asesino entre y salga como le plazca.

—¿Sabe algo de lo de Chelsea?

—No —responde Jillian—. Yo estaba en Fort Bragg cuando desapareció.

—¿Militar?

—Reserva. Mi marido también lo era.

—¿Y ahora?

—Estoy fuera. —Suspira—. Y él no volvió a casa. Este local era de sus padres.

No se me ocurre qué decir. Mi pesar me parece bastante insignificante en estos momentos.

Jillian se levanta del asiento.

—Tengo que echar un vistazo a las otras mesas. Y, tranquilo, ya no voy a echarlo de mi establecimiento.

—Gracias. ¿Conoce a alguien que pueda hablarme de Chelsea?

Niega con la cabeza.

—La única persona que sé que la conocía bien acaba de hacer que le den a usted una paliza para poder comprarse meta.

—Estupendo.

CAPÍTULO 29

HERIDAS ABIERTAS

Entre rondas, Jillian me cuenta más chismorreos del pueblo, luego me da el nombre del motel con el menor índice de redadas de la oficina del *sheriff*.

El Creekside Inn es un motel propio de aquella época en la que la televisión en color tenía el mismo atractivo que hoy las redes inalámbricas. Cuando entro, el gerente, un hombre mayor con perilla, está hojeando una pila de revistas de pesca con mosca.

Me mira un momento a la cara y decide que no quiere saber por qué la tengo magullada.

Cojo la llave y voy cojeando a mi habitación. Tengo que hacer tres viajes para meter el equipaje dentro. Un ejercicio fútil, dado que no tengo pensado estar aquí más de un día o así, lo justo para reunir las fuerzas necesarias para hacer el trayecto de vuelta a Austin.

Me hago un nido en la cama, colocando las almohadas de forma que me resulte más fácil estar incorporado. Distráido por un instante, me apoyo el portátil en el estómago y veo las estrellas.

El moretón tiene un bonito halo de color amarillo. Es precioso. Estoy casi seguro de que puedo averiguar la marca de las botas que llevaba el amigo de Amber.

Hudson Creek ha resultado ser un doloroso callejón sin salida para mí. La persona con la que quería hablar ha estado a punto de provocar mi hospitalización.

Decidido a no rajarme tan pronto, hago una búsqueda en internet para ver si Chelsea tiene alguna otra amiga menos violenta con la que pueda hablar.

En una antigua foto de Instagram, la veo de fiesta con tres «buenas

colegas». Una de ellas es Amber, con el pelo más corto y más claro. Las otras dos están etiquetadas como Gennifer y Lisa.

La foto está hecha en una cocina. Están haciendo muecas a la cámara, en pijama, con latas de cerveza en la mano. Cuatro chicas divirtiéndose un viernes por la noche.

Y ahora una de ellas está desaparecida, probablemente muerta. Otra es una fulana que suele participar en robos con violencia.

Encuentro el apellido de Gennifer: Norris. Aparece en una base de datos de retratos policiales de Montana y parece mayor de lo que cabía esperar. La ficharon por intento de tráfico.

Lisa Cotlin consiguió salir del pueblo. Encuentro fotos de su boda en Tampa a las que Chelsea puso un «me gusta». El novio viste uniforme de marine.

Al menos una persona ha tenido un final feliz.

Aparte de esas tres, no veo a nadie más que se relacionara mucho con Chelsea. Gennifer desaparece de las redes sociales poco después de la foto de la fiesta.

Casi todas las publicaciones de Chelsea son fotos de paisajes y de diversos gatos y perros tomadas por las inmediaciones de Hudson Creek.

Si tuviera que definirla con una sola palabra, sería «solitaria».

Son esas fotografías que uno hace cuando se mueve entre dos sitios fáciles de olvidar, mandando mensajes por el móvil, buscando alguna vía de escape y, de pronto, un perro asoma el hocico por encima de una valla y te dedica una sonrisa incondicional.

No sé nada de Chelsea, pero estas fotografías son testimonio de su forma de ver el mundo o, por lo menos, de las partes de su mundo que consideraba dignas de recordar o compartir.

La última foto que publicó antes de desaparecer es un antiguo cabecero metálico.

Siempre quise uno.

Debajo hay un comentario de Amber.

¡Putón, sabes que te voy a atar a los barrotes!

Es una de esas bromas sexuales que oigo constantemente en clase. Dudo

que signifique nada más.

Aunque es un poco raro que comprase mobiliario nuevo si tenía decidido irse del pueblo. Menos improbable que firmar un nuevo contrato de arrendamiento, pero, aun así, esa compra indica que, si se fue, lo decidió en el último momento.

Alguien llama a la puerta y me sobresalta. Me levanto haciendo muecas de dolor, pero me complace comprobar que solo suelto un quejido audible.

Con cautela, echo un vistazo por la mirilla y veo que es el gerente del hotel con una bolsa en la mano.

Abro la puerta.

—¿Me he dejado algo olvidado?

Levanta la bolsa.

—Jillian nos ha traído cena —dice, y me señala una mesa de merendero que hay delante del edificio—. Si consigue llegar hasta allí, podremos disfrutar de uno de los últimos anocheceres agradables antes de que empiece a hacer frío.

Me calzo y voy con él. Cuando llego, me está esperando una cerveza.

—Gus Wheeler —se presenta, tendiéndome la mano para que se la estreche.

Le devuelvo el gesto.

—Yo, ya sabe, Theo Cray.

Saca dos envases isotérmicos de poliestireno, unas servilletas y los condimentos.

—Espero que no sea vegetariano.

Abro mi envase y me llega un olorcito al beicon de la hamburguesa con queso que hay dentro.

—Lo he dejado varias veces. Y sé que ahora voy a recaer.

Gus no habla mucho al principio. Yo estoy demasiado centrado en masticar la comida tratando de no abrirme aún más el corte de la boca.

Hace una tarde estupenda. Gus deja de comer para contemplar los colores del cielo mientras el sol se oculta detrás de las montañas.

—Todas las noches es como un cuadro nuevo. Siempre es distinto, pero no cambia nada. —Mira hacia el pueblo—. Bueno, algunas cosas sí.

—¿Cuánto hace que vive aquí? —le pregunto entre patatas fritas.

—Nací en Helena. Me vine aquí para trabajar en el colegio de Quiet Lake. Al final, empecé a dar clases en el instituto de Hudson Creek y me hicieron director.

—¿Es docente?

—Así empecé. Luego, cuando las cosas se pusieron feas, me sentía un vigilante.

Jillian ya me ha contado parte de la historia, pero quiero oír su versión.

—¿«Feas»? ¿En qué sentido?

—¿Por dónde quiere que empiece?

—¿Cuándo empezó todo esto?

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Toda la noche.

CAPÍTULO 30

CHICAS DESPARECIDAS

Gus se abre una segunda cerveza y continúa.

—La gente intenta averiguar el origen de lo ocurrido. Buscan explicaciones fáciles. Hudson Creek ya estaba tocado mucho antes de estar infestado. El pueblo era un mercado fronterizo. Por entonces, se llamaba Swanson's Creek. Los tramperos y los indios pasaban por aquí y casi siempre los estafaban.

»Eso duró un tiempo, hasta que alguien incendió el mercado. Al poco se encontró plata en las montañas —dice, señalando con el pulgar hacia una cordillera lejana—. Allí, hace cien años, hubo una mina. Hudson Creek era el pueblo al que venían a emborracharse y de putas. Los leñadores bajaban aquí desde sus campamentos. Los dos grandes negocios eran la plata y el vicio.

»Cuando el pueblo empezó a crecer, los hombres empezaron a formar sus familias. El vicio, en realidad, nunca desapareció, pero el resto del pueblo creció lo suficiente como para ocultarlo.

»Cuando las cosas se ponen feas, los problemas salen a la superficie. Ahora lo único que tenemos son problemas —dice, meneando la cabeza.

—Jillian me ha hablado de los agentes de policía a los que detuvieron.

Gus se acerca un poco.

—¿Ha visto cuántos cochazos hay delante de esas casuchas? En Hudson Creek hay dos negocios: el repostaje de camiones y la metanfetamina. Son independientes. No me extraña que los jóvenes con un poco de sentido común se vayan.

—¿Por qué no se fue usted después de jubilarse?

—No me jubilé, cerraron el instituto. No llegábamos al número mínimo de asistentes y el estado bajó la persiana del centro. ¿Que por qué sigo aquí? Mucha gente educa a sus hijos en casa. Mucha gente que no está cualificada

para hacerlo. Yo procuro ayudar con clases particulares. —Me mira fijamente—. Ya sabe cómo somos los profesores. Nunca abandonamos a nuestros alumnos.

Ojalá yo tuviera su determinación. Me siento culpable por aceptar un cumplido que no me corresponde.

—¿Recuerda a Chelsea Buchorn?

—Uy, sí. —Me mira de reojo—. Me han dicho que ha tenido un encontronazo con una de sus antiguas amigas.

—Sí. Ha sido... un error.

—Le voy a decir una cosa, y entiendo que no me crea, pero no son malos chicos. Hacen cosas malas, pero, en circunstancias distintas, dudo que actuaran así. Harían alguna gamberrada, pero no de ese calibre.

Las patadas que me han dado en el estómago no me han parecido de «buenos chicos».

—¿Por qué no los para nadie?

—¿Has visto a otro chico con ellos? ¿Uno con pinta de empollón?

Recuerdo al compinche del novio de Amber saltando de la camioneta.

—Sí.

—Ese es el amigo de Devon, Charlie York. Su padre es el comisario.

—Entiendo.

—Bueno, la cosa es más complicada. Al jefe York lo están tratando de un cáncer en Colorado, al menos esa es la versión oficial. Se rumorea que intenta eludir una condena federal. Los dos policías a los que detuvieron no eran más que la punta del iceberg.

»La mitad de los concejales tienen aparcados delante de sus casas automóviles que no se pueden permitir.

Esto es como una pesadilla.

—¿Cómo funciona eso?

—No es que les den sobres de dinero. Bueno, a algunos sí. A los más honrados o, más bien, a los que quieren que se los vea así, les pagan un alquiler por propiedades que adquirieron por una miseria o beneficios de negocios que prácticamente les han regalado.

—¿Quién?

—Cualquiera que quiera seguir haciendo negocios aquí sin que los molesten. Cuando esto era un pueblo minero, eran los propietarios de los prostíbulos y los salones. Luego fueron los productores de alcohol ilegal.

»Cuando llegó la meta al pueblo, la cosa empeoró. Habíamos perdido

una planta procesadora. La gente honrada aceptaba dinero sucio.

—¿Todos?

Se echa hacia atrás y mira con los ojos entornados hacia la autopista.

—¿Ve ese concesionario de botes de pesca?

—Sí.

—Connor es el propietario. Su mujer y él son muy amigos míos. Buena gente. Él vende dos o tres botes a la semana. Un gran negocio por esta zona.

»¿Cree que le pregunta a todo aquel que entra en su establecimiento de dónde viene el dinero? Se acaba de construir una casa nueva con lo que gana vendiendo botes. Así es como hace dinero casi todo el mundo en este pueblo. Lo ganan honradamente, vendiendo a personas poco honradas.

»El problema es que, cuando sabes de dónde viene el dinero, lo ganes de forma legal o no, te resistes a que las cosas cambien. Dejas de preocuparte por que desaparezca la meta de Hudson Creek y empiezas a hablar de que desaparezca la violencia. Como en Las Vegas.

»Te resignas diciéndote que siempre habrá políticos y policías corruptos, pero tú querrás estar a salvo.

A mí me atracaron porque era forastero y pensaron que había venido a hacer algo ilegal. Si hubiera ido a la policía, habría terminado encarcelado.

—La realidad a la que se enfrenta la gente —prosigue Gus— es que no se puede hacer otra cosa que esconderlo debajo de la alfombra. Ignoras el problema y luego te enteras de que tu hija trabaja de prostituta o de que tu hijo anda dando palizas a la gente y cocinando meta a escondidas.

»El precio de todos esos cochazos son los niños de Hudson Creek. —Inspira hondo—. Es como esas viejas historias que cuentan de pueblos en los que ahogaban a un niño en un lago para evitar los desbordamientos. Si lo haces unas cuantas veces, se te seca el lago y te quedas sin niños y lo único que te queda es un lago seco repleto de cadáveres.

No sé qué decir, así que retomo la razón de mi visita.

—¿Qué cree que le ocurrió a Chelsea Buchorn?

—Quiero creer que decidió marcharse. ¿Qué piensa usted que pasó en realidad? —Se levanta y mira a la montaña donde solía estar la mina—. Deje que le enseñe algo.

Me levanto yo también, con cierta dificultad, y me sitúo a su lado.

—¿Ve el desfiladero que hay justo debajo de la cumbre?

Detrás se ven nubes de color naranja y púrpura.

—¿Sí?

—Hace unos veinte años, unos topógrafos encontraron allí un esqueleto. Y otro y otro... Llevaban muertos por lo menos cincuenta años.

»Ese desfiladero está a poco más de kilómetro y medio del camino que iba del campamento minero a Hudson Creek. El edificio más próximo era un prostíbulo.

»Encontraron por lo menos doce cadáveres antes de parar. Todos ellos de mujeres jóvenes. Todas ellas probablemente prostitutas que trabajaban en el prostíbulo o en el campamento minero.

»Aún se conservan los periódicos locales de esa época. En ninguno, ni siquiera en uno, se menciona a una chica desaparecida.

»Se daba por supuesto que se habían marchado, pero al menos doce chicas no se fueron a ningún lugar. Y eso contando solo a las que encontraron. A saber a cuántas más no se volvieron a ver. Esas montañas podrían estar repletas de chicas desaparecidas.

»Entonces, igual que ahora, cuando la gente ve el mal a su alrededor y mira a otro lado, los malos encuentran el modo de sacarle partido. Chelsea no fue la primera. Ni será la última.

Gus y yo nos comemos en silencio el pastel que Jillian nos ha preparado.

Mis ojos no paran de volver al desfiladero donde quedaron enterradas las chicas olvidadas. ¿Cuántos lugares semejantes más habrá? ¿Cuántas más niñas se habrán perdido?

Nos damos las buenas noches y yo vuelvo a mi habitación a tomarme un ibuprofeno con una cantidad médicamente desaconsejable de cerveza.

Cuando despierto al día siguiente, tan dolorido como era de esperar, decido no volver a Austin todavía.

Aún quiero hablar con Amber.

CAPÍTULO 31

ACOSADOR

Cuando estoy lo bastante despejado como para pensar, le mando un mensaje a Amber.

Tenemos que hablar.

Pasa media hora y no recibo respuesta. Opto por algo más directo.

Me da igual lo ocurrido. Quiero hablar de Chelsea. Creo que sé lo que le pasó.

Pasa media hora más sin que me conteste. Decido llamarla directamente.

Una voz robótica me dice que ese número no acepta llamadas.

Me ha bloqueado.

Claro. Seguro que no soy el primero que la llama después de caer en su trampa.

Subo al Explorer y voy a la estación de servicio a por café. Mientras recorro los pasillos bien iluminados de la tienda, veo una estantería llena de teléfonos de prepago y compro uno por cincuenta pavos.

Lo abro sentado al volante y trasteo un poco con él. Me sorprende descubrir que tiene muchas más prestaciones de lo que cabría esperar por ese precio. No es en absoluto tan bueno como mi iPhone, pero tiene navegador y aplicaciones para Android.

Caigo en la cuenta de un dato curioso: si hubiera pagado en efectivo, este teléfono sería completamente imposible de rastrear.

Vuelvo a la tienda y compro otro con dinero en efectivo que he sacado

de un cajero. En rigor, sabiendo la hora de la compra y comprobando el historial de operaciones del cajero, podría relacionarse el teléfono con el reintegro del cajero, pero, aun así, me parece bastante seguro. Ni siquiera sé por qué me importa eso.

Supongo que, con lo que pasó ayer, actuar con un poco más de cautela no es mala idea.

Guardo el móvil que he comprado con la tarjeta de crédito y mando un mensaje a Amber con el que he pagado en efectivo.

No estoy enfadado por lo de ayer. Fue un malentendido. Quería hablar contigo de Chelsea.

La verdad es que estoy cabreadísimo, pero quiero averiguar qué sabe y largarme de este pueblo de una vez.

Sentado en el Explorer, en el aparcamiento, me tomo el café mientras espero a que me conteste.

Pasa una hora. Frustrado, la llamo y me salta el contestador.

Procuro sonar lo más desenfadado posible.

«Hola, Amber. Soy Theo, el de ayer. No estoy enfadado. El dinero me da igual. Solo quiero hablar de Chelsea y de lo que le pasó. Eh... No soy policía, ni un chiflado. Yo también he sufrido una pérdida. Quiero comparar los casos, nada más.»

Cuelgo y me digo que he sido todo lo sincero que podía ser.

Amber no me envía un mensaje enseguida, como sí hizo ayer.

Tengo la sensación de que no quiere saber nada de mí. Igual piensa que le estoy tendiendo una trampa.

Intento ponerme en su lugar. Yo estaría superparanoico. Quizá crea que la quiero matar.

Es muy posible que al hablar de Chelsea le haya asustado aún más.

Necesito encontrar otro modo de llegar hasta ella.

En el navegador del teléfono de prepago, busco una página web que ofrecen el servicio de localizar a la gente. Me cuesta cincuenta dólares conseguir su dirección más reciente.

Vive a unos ciento cincuenta kilómetros de donde estoy.

Con la opción *Street View* de Google Maps veo la camioneta de Devon aparcada delante de la casa. Solo de verla me duele todo.

Mierda. No será fácil.

No quiero enfrentarme a él otra vez.

Vuelvo a la tienda de la estación de servicio y compro dos espráis de pimienta. El empleado es el mismo que me ha vendido los móviles de prepago. Ni se inmuta.

Con lo magullada que tengo la cara, esto tiene que parecer rarísimo. Yo, en su lugar, llamaría a la policía.

Pero, por lo visto, en Hudson Creek, estas cosas son de lo más normal.

Al pasar por delante de la casa, veo que la camioneta de Devon sigue ahí, como en la foto aérea de Google. Verla tan de cerca me acelera la respiración.

No bajo la ventanilla, ni me detengo. Tardo tres kilómetros en serenarme.

He visto que la casa tiene dos plantas y un jardín grande. No está muy desvencijada, pero sí atestada de cosas. Hay otros tres vehículos estacionados cerca.

Me han parecido bastante deteriorados, en absoluto la clase de automóvil que podría esperarse del hijo de un comisario.

En el informe de Amber, decía que tenía un Honda Civic. Me ha parecido ver uno en el jardín cuando he pasado procurando que no me vieran.

Mi plan es pasar por delante de la casa cada hora hasta que la camioneta haya desaparecido y Amber esté sola en casa. No pienso entrar ahí mientras esté Devon.

La camioneta sigue ahí durante las cuatro horas siguientes. Hay un momento en que el automóvil de Amber desaparece, pero vuelvo a verlo al pasar de nuevo por delante.

Al volver la esquina, veo que la camioneta ya no está y experimento una excitación extraña, perversa.

Aparco el Explorer en la calle, delante de la vivienda. Me da demasiado miedo meterlo en el recinto de la casa y quedarme allí atrapado.

Tengo una cara espantosa, así que me calzo una gorra de béisbol en la cabeza y me pongo unas gafas de sol de aviador. Cuando pongo el pie en la acera, me tiemblan las piernas. Las rodillas no me sostienen.

Supongo que es a esto a lo que se refieren cuando hablan de que «te flojean las piernas».

Tendría que volver al todoterreno y regresar a casa.

Lo de ayer fue un aviso. Me estoy involucrando demasiado en esto.

Pero aquí puedo encontrar respuestas o, al menos, posibles respuestas.

Por fin me aguantan las piernas y me acerco a la puerta principal. Llevo los espráis de pimienta en los bolsillos.

Hay tres sillas de aluminio en el porche, además de ceniceros sucios y latas aplastadas. En uno de los ceniceros, veo una pipa de cristal para meta.

Por la ventana oigo una televisión y veo a alguien tumbado en el sofá.

Cuando llamo a la puerta con los nudillos, empieza a ladrar un perro. Me aparto de la puerta. Desde dentro, una voz de hombre dice: «Un momento».

Oigo un arrastrar de pies y cómo mete al perro en otra habitación.

El joven que abre la puerta tiene el pelo alborotado, los dientes podridos y me mira con ojos saltones.

—¿Sí? —dice medio dormido.

—He venido a hablar con Amber. ¿Está en casa? —pregunto, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no tartamudear.

No paro de mirar por encima de su hombro, por miedo a que Devon o Charlie vengan a por mí con un bate de béisbol. El único movimiento que hay en la casa es el de una puerta interior, que tiembla cada vez que el perro, que no deja de ladrar, se abalanza sobre ella.

La casa es una pocilga. El suelo está cubierto de platos sucios y envases de comida a domicilio vacíos. Hay montones de ropa por todas partes, ceniceros rebosantes en los brazos del sofá y en el suelo, pipas de cristal por ahí tiradas.

Huele raro y no quiero ni imaginarme a qué.

El joven que me ha abierto grita al piso de arriba:

—¡Amber, ha venido a verte uno de tus clientes!

—¿Quién es? —contesta ella, también a voces.

—Pregúntaselo tú, joder. No soy tu mayordomo.

Me mira con cara de «¡Qué paciencia hay que tener!», con los ojos en blanco, y vuelve al sofá.

Oigo pasos en lo alto de las escaleras y noto que el corazón me da un vuelco.

Por miedo a que salga corriendo al verme, me pongo de espaldas a la puerta, mirando a la calle.

Amber llega a la planta baja.

—¿Sí?

Me vuelvo hacia ella, sin levantar la vista del suelo.

—Solo quiero hacerte unas preguntas sobre Chelsea.

—¿Qué pasa con ella? —Me mira fijamente, tratando de recordar quién soy. Entonces cae en la cuenta—. Pero ¿qué cojones...? —Se dispone a cerrarme la puerta en las narices, pero yo pongo el pie en medio—. ¡Como no se largue cagando leches, llamo a la policía! Y les pienso decir que ha intentado violarme —dice mientras forcejea con la puerta.

El tipo del sofá nos mira divertido.

—Pues llámalos —me tiro el farol antes de doblar la apuesta—, que yo voy a llamar a la policía estatal, a ver qué les parece.

Deja de empujar la puerta.

—¡Que le den!

—Amber, lo de ayer me da igual. Fue un malentendido. Quería verte porque pensé que podrías contarme qué le ocurrió a Chelsea. No buscaba tus servicios de fulana.

—¡No soy una fulana, cabrón! —me grita por el hueco de la puerta entreabierta.

Procuro mantener la calma.

—A mí eso me da igual. Solo quiero saber qué le pasó a tu amiga. —Retiro el pie, me aparto de la puerta y levanto las manos en señal de rendición—. Por favor.

Ella me observa por la rendija. Retrocedo hasta los hierbajos del jardín.

—¿No habrá venido a vengarse? —me pregunta, más tranquila.

—No. Juniper Parsons, la chica a la que dicen que atacó un oso, era alumna mía. Soy profesor de universidad.

Abre un poco más la puerta.

—¿En serio?

—En serio.

—No se acerque.

Sale de la casa y se sienta en el peldaño más alto de las escaleras que conducen al porche, luego se saca un paquete de cigarrillos y un mechero de los pantalones de chándal.

Yo bajo las manos mientras ella se enciende un cigarrillo. No deja de mirarme con recelo, después explora la calle. Tras darle unas caladas tranquilas, por fin dice:

—Nadie me cree. Hasta Devon piensa que no digo más que chorradas.

CAPÍTULO 32

AMIGAS DEL ALMA

Recuerdo algo que aprendí en una clase de psicología sobre el lenguaje corporal y me siento por debajo de ella, en la hierba moribunda. Amber exhala el humo del cigarrillo. Le doy tiempo para que se calme. Además, tiene los ojos algo vidriosos, quizá aún esté colocada.

Por fin, cuando los dos estamos menos acelerados, digo:

—Háblame de Chelsea.

Frunce el ceño y exhala el humo por la comisura de los labios.

—Yo que sé... Éramos amiguísimas de toda la vida. Siempre nos metíamos en líos juntas. —Me mira de reojo—. No en esos líos, al principio. Lo típico de adolescentes. Llegar tarde a casa. Andar con chicos. Robar cerveza. —Se encoge de hombros. Da otra calada al cigarrillo. Lanza otra columna de humo al aire—. Pero, sí. Cuando este pueblo empezó a aburrirnos, nos metimos en otras historias.

»Su madre la echó de casa. A mí ya me habían echado unas cuantas veces. Sabíamos que había chicas que ganaban dinero haciendo cosas. Y a nosotras nos iba la marcha. Joder, es que no hay nada más que hacer en este puñetero pueblo. No somos lagartijas ni nada parecido.

Tomo nota mental de investigar la lagartija después.

—¿Y la noche en que desapareció? ¿Qué estabais haciendo ese día?

—Íbamos a colocarnos. Yo tenía tripis. Nos los íbamos a meter en el bosque. Casi todo el mundo se habría cagado de miedo. A nosotras nos encantaba. Estar allí tiradas en el suelo, escuchando los sonidos de la naturaleza, contemplando las estrellas. ¡Qué tranquilidad!

—¿Es eso lo que ocurrió esa noche?

Apaga el cigarrillo y se enciende otro.

—Eso fue lo jodido, que ni siquiera nos metimos nada. Íbamos

caminando por ahí y oímos un ruido. Por esa zona hay jabalíes y eso. Nos dio la risa, hicimos como que era un monstruo o algo así. Yo eché a correr. Ella venía corriendo detrás de mí, pero luego se quedó atrás.

»Fui a buscarla. Pensé que se estaba escondiendo o algo así, pero no. La vi allí plantada, como aguzando el oído. Y, cuando iba a llamarla a voces, lo vi pasar por delante de ella. Grité antes que ella. Creí que era un oso. Vi como una sombra —dice Amber, levantando las manos formando un arco por encima de la cabeza—. Me pareció un oso en pie sobre sus patas traseras. Solo que empezó a moverse como un hombre y corrió hacia Chelsea. Ella me oyó gritar y gritó también. Y, de repente, todo desapareció. Dejé de verla entre las sombras. Se hizo un silencio absoluto.

»Tuve la sensación de que debía echar a correr como una condenada. Y eso hice.

»Me seguía. Lo oía. Luego oí a Chelsea berreando. Creo que volvió a rematarla. Yo seguí corriendo. —Tragó saliva. Se humedeció los labios—. Sé que no tendría que haberla abandonado. Era mi mejor amiga.

»Había aparcado en el arcén. Subí al automóvil y conduje lo más rápido que pude, derecha a comisaría.

»Pero no entré inmediatamente. Sentí pánico. Empecé a pensar que igual estaba colocada, que quizá me lo había imaginado todo. Sé que parece una locura.

»Fue una estupidez, pero decidí dormir la mona. Cuando me desperté, brillaba el sol. Yo seguía en el automóvil.

»Entré en la comisaría y le conté al padre de Charlie todo lo que recordaba.

—Pero no te creyeron...

Niega con la cabeza.

—No. Me dijeron que me lo estaba inventando. Que Chelsea se había llevado todas sus cosas de su habitación. Que su automóvil no estaba. Eso es absurdo. —Su tono se vuelve desafiante—. Sé que estaba allí esa noche. Pasé a recogerla. Fuimos en mi automóvil, dejamos el suyo allí.

—¿Es posible que te gastase una broma?

—Querría pensar que fue eso, pero ¿tanto tiempo? Ja, ja, Chelsea. ¿Dónde coño estás? Nadie hace eso tanto tiempo.

—¿Hay alguien en el pueblo que pudiera querer matarla?

—Chelsea era la persona más maravillosa del mundo, pero se acostaba con muchos tíos. Hombres mayores, la mayoría. Yo creo que a más de una

persona no le importó mucho que desapareciera.

»¿Que si la mató alguien? Joder, esto es Hudson Creek. Todo es posible. ¿Ha oído hablar de esa familia india que desapareció?

Recuerdo haberlos visto en la base de datos de desaparecidos.

—Sí.

—Lo que no dicen en los periódicos es que tenían su propio laboratorio de meta. Sin permiso. Por eso desaparecieron. —Sonríe con picardía y baja la voz—. ¿Sabe quiénes fueron las dos últimas personas que los vieron? Bower y Jackson.

—¿Bower y Jackson?

—Los policías a los que detuvieron por traficar con cristal. Así de jodida está la cosa por aquí.

—¿Alguien más ha hablado alguna vez de algo parecido a lo que tú viste la noche de la desaparición de Chelsea?

—Hablé con un indio Chippewa. Se había criado en una reserva. Me dijo que ellos conocen muchos casos similares. Yo no me creo nada de eso. Lo que vi fue un hombre que quería pasar por un animal. Yo lo vi caminar, clarísimamente. —Me mira con los ojos entornados—. Pensaba que habían abatido al oso que mató a su chica.

—Abatieron a un oso, pero no hay nada que lo relacione con ella.

Amber observa cómo nos sobrevuela una bandada de pájaros.

—Al menos saben que ella ha muerto. Tienen algo que enterrar. Aquí todo el mundo hace como que Chelsea anda por ahí, pasándoselo en grande, pero, en el fondo, lo saben. Saben que está muerta y... les da lo mismo.

Percibo la sensación de pérdida que la joven experimenta. Es una desesperación muda, como la de quien se aferra a una maroma en la niebla.

—¿Recuerdas dónde desapareció? ¿El sitio en el que viste a ese hombre?

—Más o menos. Llevé allí a la policía.

—¿Encontraron algo?

—¿Bromea? Estuvieron allí unos diez minutos y se fueron. Les importaba una mierda.

—Entonces, ¿no lo precintaron como escenario de un crimen?

—Para ellos no hubo crimen —dice, señalando furiosa a unos «ellos» imaginarios—. ¡Les daba igual!

—¿Podrías indicarme dónde ocurrió? —pregunto casi sin pensarlo.

Antes de que pueda contestar, oigo el chirrido familiar de los

neumáticos de una camioneta.

—Mierda —masculla Amber—. Ahí viene mi novio.

Ya estamos otra vez.

CAPÍTULO 33

EL PRÍNCIPE OSCURO

Noto que se me agarrota la columna al oír el estrépito de las botas de Devon en la hierba. Se detiene a mi espalda, su sombra cae sobre mí.

Con la mano derecha, agarro el spray de pimienta que llevo en el bolsillo, pero me tiemblan los dedos. No sé si seré capaz de sacarlo lo bastante rápido y menos aún si tendré el valor de apretar el pulsador.

Me aterra pensar que, si intento defenderme, se enfurezca más. La última vez se llevó mi dinero, pero me dejó lo suficientemente entero como para poder irme por mi propio pie. Si le planto cara, igual termino hospitalizado o algo peor.

Amber lo mira por encima de mi cabeza y lo saluda con la cabeza.

—¿Qué hay?

—¿Quién es este? —pregunta Devon.

Me relajo un poco al caer en la cuenta de que no me ha reconocido con la gorra y las gafas de sol. Mantengo la cabeza gacha y evito mirarlo, no vaya a ser que me vea los moretones de la cara e identifique su chapuza.

—No es nadie —contesta Amber—. Solo un viejo amigo de Chelsea.

—¿Amigo o cliente? —replica Devon con sarcasmo. Pasa por delante de mí sin volverse a mirarme—. Déjale claro que tu chochito ya no está en el mercado.

—¡Que te den! —exclama Amber, enseñándole el dedo corazón mientras él entra en la casa y cierra la puerta. La joven cierra los ojos y meneaba la cabeza—. Pensará usted que soy una persona horrible.

—Salvo por lo de ayer, me pareces fenomenal —digo, bajando la voz por miedo a que ese tío me oiga desde dentro.

—Sí, claro. Empezamos con eso después de que un camionero le diera una paliza a una chica de Quiet Lake. Le dieron de hostias cuando lo pillaron.

»Devon empezó a cabrearse al ver que los tíos me llamaban. Si eran del pueblo, bueno, alguien que supiéramos que estaba bien.

No acabo de entender la dinámica de la relación.

—¿Devon es tu...?

—¿Mi chulo? No, joder. No soy una puta, coño —dice indignada.

—Iba a decir «novio».

—Ah. Tenemos una relación abierta, pero eso no es asunto suyo.

Me abochorna el rumbo que está tomando la conversación.

—No estaba insinuando nada.

—Me mira como si me juzgara.

—Soy científico. Todo lo miro así.

—Devon quería ser científico —dice, señalando con la cabeza hacia la casa.

—¿En serio? —pregunto, un poco más alto de lo que pretendía.

—Le encanta toda esa mierda. Hasta tiene una camiseta de Neil deGrasse Tyson. Antes nos colocábamos y veíamos *Bill Nye the Science Guy*.

—Sin saber por qué, suelto una carcajada. Me duele el estómago al reírme, así que procuro dejar de moverme—. Sí, una ida de olla, lo sé. ¿Alguna vez ha visto *Barrio Sésamo* estando colocado? Es como si estuviera hecho para críos de dos años y fumetas.

—No. No me he colocado mucho. Cuando estaba en la universidad, hice un viaje al Amazonas y un chamán nos dio algo que sigo sin saber qué era. Nos sentamos en círculo y lo bebimos, pensando que era una ceremonia de vinculación afectiva.

»Resultó que solo estaban tomando el pelo a los forasteros. Pasé horas subido a un árbol, convencido de que era un mono araña. Cuando bajé y conté mi experiencia, el chamán me dijo que cómo estaba tan seguro de que no era un mono araña que se había colocado y creía ser un científico.

Amber se da un golpecito en una aleta de la nariz.

—Ese tío sabía de lo que hablaba. ¿Cómo está tan seguro?

—A veces me lo pregunto.

Se echa hacia atrás y contempla las nubes en movimiento.

—Chelsea y yo hablábamos mucho de eso. Nos preguntábamos si este mundo sería el de verdad. De pequeñas, siempre andábamos registrando armarios y abriendo puertas al azar, esperando dar con una que nos llevara a otro lugar. Como en Narnia. Algo distinto.

No dice «algo mejor», pero sé que se refiere a eso.

Arranca un hierbajo.

—Cuando nos hicimos mayores y entendimos que no íbamos a encontrar esa puerta, empezamos a pensar que ese mundo estaba a nuestro alrededor, pero no podíamos verlo. No como en una canción de los Doors, ni nada de eso. Solo que nos acostumbramos a llamar a las cosas por un nombre y a pensar en ellas de una forma concreta.

»Decidimos inventarnos nuestros propios nombres para las cosas. Por ejemplo, el teléfono era la «caja de hablar a distancia». La tele era la «ventana mágica». También se nos ocurrían nombres para la gente. El jefe York era el Barón Maligno. Charlie era el Príncipe Oscuro. Teníamos nombres para todos. El Reverendo Perilla, la Bruja Roja, el Mago Oscuro... Ese cocinaba meta. —Se interrumpe—. Bueno, chorradas.

Noto que conecto con esta chica perdida.

—No son chorradas. Yo doy una clase de nomenclatura. En esa clase explico cómo llamar a las cosas por otro nombre, uno que también cuadre, pero distinto te puede ayudar a verlas de otro modo.

—¿A qué se refiere?

Pienso un momento.

—Por ejemplo, Hudson Creek. No es precisamente un riachuelo, como indica su nombre, pero el pueblo entero y todo lo que lo rodea está en un lecho. En realidad, es una especie de cuenca entre las montañas. Al otro lado, hay un par de pueblos distintos. Uno está más en las montañas, con muchos alquileres en verano, ¿verdad? El otro parece bastante agradable. ¿Qué hace distinto este pueblo? ¿Qué nombre le pondrías?

No titubea.

—Hell Mouth, Boca del Infierno. Esto no es el infierno, pero la entrada no debe andar muy lejos. Estamos todos al borde, a punto de precipitarnos.

—Eso no lo tengo tan claro, pero estoy seguro de que por aquí pasan bastantes demonios.

Pienso en las franjas de color púrpura oscuro que MAAT me mostraba. Me pregunto qué vería si utilizase datos del siglo pasado. ¿Estaba Hudson Creek aún en la autopista del diablo? Por lo que me contó Gus, parece ser que sí.

—Amber, si te dejo un mapa, ¿me dirías dónde viste a Chelsea por última vez?

Se lo piensa, luego niega con la cabeza.

—No estoy segura.

—¿Podrías indicarme al menos algún indicador que buscar?

—Son difíciles de encontrar.

Me frustra que de repente actúe como si fuera un callejón sin salida. A lo mejor aún le cuesta mucho hablar del tema.

—¿Y si lo llevo yo? —se ofrece.

—¿Me propones volver allí?

—No me da miedo —dice, desafiante—. Si el diablo quisiera atraparme, habría venido a por mí cuando se llevó a Chelsea.

Amber es un alma torturada, pero admiro su valentía.

Ir allí me parece una idea horrenda, pero acepto de todas formas.

CAPÍTULO 34

EXPEDICIÓN

Cuando vuelvo a casa de Amber esa misma tarde, la camioneta de Devon sigue aparcada delante, así que le mando un mensaje para que sepa que ya estoy allí. Ella me responde: «Ya voy».

No sé bien lo que busco ahí fuera, pero, si la policía no hizo una investigación exhaustiva, ¿quién sabe lo que habrá todavía allí arriba? Algún trozo de tejido, un zapato, cualquier cosa que corrobore la versión de Amber me servirá para saber si voy en la dirección correcta.

Pero ¿para qué?

Me quedan solo unos días más, luego tendré que volver a Austin. Tal y como están las cosas, apenas me va a quedar tiempo para prepararme las clases. Tengo que pedir que me eximan de alguno de los claustros de profesores. De todas formas, no suelen servir para mucho, pero mi ausencia tendrá consecuencias profesionales. Mi contrato está pendiente de renovación. Más me vale hacerlo bien.

Alguien toca con los nudillos en la ventanilla. Levanto la vista del móvil y casi me hago pis encima. Devon está ahí plantado. Me hace un gesto para que baje la ventanilla.

Agarro la palanca del cambio de marcha para arrancar el Explorer, pero vacilo al ver que se aparta de la puerta y levanta las manos.

—Solo quiero hablar con usted —dice.

Busco nervioso el espray de pimienta que llevo en el bolsillo y lo agarro con fuerza antes de bajar la ventanilla una rendija.

—Amber dice que van a ir al sitio donde desapareció Chelsea.

—Sí —contesto con recelo—. De eso quería hablar ayer.

—Ya, ya, fue un malentendido. —Apoya la mano en el marco de la puerta—. No le puedo dejar que se la lleve allí arriba. Podría ser usted un

chiflado.

Me quito las gafas de sol y me señalo la mejilla magullada.

—¿Te parezco un tipo violento?

—Igual está cabreado y eso, pero fue un error. Fue culpa de Charlie. Lo confundió con otro.

—¿Con quién?

—No sé. Con un tío al que le gusta pegar a las chicas. Darle una paliza a usted no estuvo nada bien, pero nosotros jamás pegamos a una mujer. Bueno, que los acompañe —dice y agarra la manilla de la puerta trasera.

—¡Y una mierda! —replico, y me aseguro de que el cierre está echado.

Devon vuelve a mi ventanilla.

—Oiga, siento lo de ayer. Tome. —Se mete la mano en el bolsillo y saca un fajo de billetes—. Se lo devuelvo. Charlie tiene el resto.

Mete los billetes por la ranura de la ventanilla como si fuese una máquina expendedora.

Veo cómo me cae el dinero en el regazo. Cuando levanto la vista, veo a Amber salir de la casa con una cazadora puesta.

—¿Le parece bien? —le pregunta a Devon.

Él me mira por la ventanilla.

—¿Qué dice?

La cosa no para de empeorar.

—De acuerdo, pero siéntate delante para que te pueda tener vigilado.

Sé que eso es lo que hay que hacer, pero la idea no me tranquiliza en absoluto.

—Claro. Sin problema.

Rodea el todoterreno y se sube al asiento del copiloto. Amber se sienta atrás, a su espalda.

Los primeros minutos de trayecto son raros. No le quito el ojo de encima a Devon. Cada vez que se mueve, me estremezco.

Por el retrovisor, compruebo que Amber no se dispone a estrangularme con una cuerda de piano.

La joven habla por fin.

—He tenido que contarle a Devon adónde iba. Él me ha advertido que podría haber sido usted quien se llevó a Chelsea y que subir allí sola con usted sería un poco estúpido.

¿Esta gente me tiene miedo a mí?

—Amber es demasiado confiada —dice Devon.

—Por eso estoy contigo —replica ella.

—Mujer, yo soy lo mejor que te ha pasado.

—Madre mía, si ya he dado con lo mejor, prefiero bajarme del tren —dice Amber, meneando la cabeza, antes de mirar por la ventanilla.

Devon alarga la mano a la radio y yo me llevo la mía al bolsillo. Se da cuenta.

—¿Lleva algo?

¿Que si llevo algo? Se refiere a una pistola. A lo mejor es preferible que piensen que voy armado.

—Soy prudente. Les he dicho a unos amigos adónde voy.

—Nosotros también —espetea Devon—. Nunca se sabe.

—Sí, nunca se sabe.

Lo miro angustiado, pero él está estudiando las casas que vamos dejando atrás.

—Amber me ha dicho que es usted científico —dice a los pocos minutos—. ¿De qué tipo?

—Estudio biología, pero también informática.

—Guay. Guay. A mí me habría gustado ser astrofísico. —¡Qué gran pérdida para la comunidad científica!—. Saqué todo sobresalientes hasta el último curso —me explica—. Fue entonces cuando enfermó mi madre. Me gradué, pero por los pelos. Supongo que podría estudiar algo por internet. Veo siempre Discovery Channel.

—Colocado —añade Amber desde atrás.

—Carl Sagan se colocaba mucho.

—También era Carl Sagan —replico, luego me arrepiento, pero Devon se ríe.

—Cierto, cierto. Pues ¿Dawkins o Stephen Jay Gould?

—¿Los has leído?

—Sí. *El relojero ciego* es uno de mis libros favoritos.

La discusión que mantenían Richard Dawkins y Stephen Jay Gould era si los genes o el animal entero eran la principal fuerza impulsora de la evolución. Esa cuestión fue, de hecho, una de las razones por las que me metí en el mundo de la bioinformática.

Preguntarle a un científico *amateur* si está de parte de Dawkins o de Gould era como preguntarle cuál era su equipo de fútbol.

Esa discusión se extinguió cuando la gente empezó a entender que la evolución es un proceso muy complejo y que afirmar que el factor decisivo

son los genes o el animal era simplificar demasiado.

—Yo estoy con Dawkins —digo, para que Devon no me asesine en el bosque—, pero es complicado. Una de las cosas que estudio es cómo se definen los genes. Como sabrás, hay una definición biológica según la cual son la porción más pequeña de material hereditario, pero las cosas son más complejas. Yo tiendo a pensar en todo en términos de sistemas o procesos. Algunos sistemas se pueden reducir a unos cuantos fragmentos de ADN, otros abarcan ecosistemas enteros.

—¿Dónde traza la línea del organismo?

Al parecer, Devon es más inteligente de lo que yo pensaba. Está claro que nuestro primer encuentro no tuvo lugar en las circunstancias ideales.

—He oído defender la idea de que no somos más que trajes espaciales para el ADN mitocondrial —respondo—. También que somos solo colonias móviles de bacterias intestinales. Llevamos encima más ADN bacteriano que propio. No por longitud, por unidad. Un alienígena jamás nos identificaría como lo que creemos que somos.

—Creo que yo tampoco —dice Amber.

—Cambiamos constantemente —señalo al cielo del anochecer—. Con el paso de las estaciones, algunos de nuestros genes se activan o se desactivan. Desde el punto de vista genético, nos convertimos en organismos ligeramente distintos. Hay otras cosas que pueden provocar ese cambio también. —No sé si quiero sacar a colación mi investigación de la extrana en estos momentos—. La naturaleza nos controla más de lo que estamos dispuestos a reconocer.

Sorprendo a Devon estudiando su reflejo en el retrovisor del lado del copiloto. Tiene los ojos hundidos y la piel estropeada por su adicción.

—Eso está claro. Está claro de cojones.

Ese momento de introspección no me reconforta en absoluto justo cuando me adentro en el bosque con el Explorer y me alejo de la civilización y de la seguridad.

CAPÍTULO 35

CAMINOS OSCUROS

Aparcamos el Explorer en una carretera secundaria, nada más pasar una pequeña explanada donde hay una pizzería al lado de una tiendecita. Unos tres kilómetros más arriba por la autopista hay un parque de caravanas.

Sospecho que Amber o Chelsea debieron de tener algún negocio en uno de esos sitios.

Empezamos a caminar por un pequeño sendero. Amber va primero y Devon a decenas de metros detrás de mí, algo que no hace que me sienta mejor por haber decidido venir aquí con ellos.

Fue una tontería acceder a reunirme con Amber ayer en circunstancias tan turbias, pero ¿subir aquí con los dos después de lo ocurrido...? Una solemne estupidez.

Llevo una mano en el bolsillo, aferrada al espray de pimienta; con la otra, agarro con fuerza la pesada linterna que siempre llevo en el todoterreno. Tengo otras más ligeras, más modernas, pero no darían tantísima luz.

—¿Qué hacíais Chelsea y tú aquí arriba? ¿Montároslo juntas? —provoca Devon.

—Alejarnos de capullos como tú. —Amber se detiene junto a un tocón grande en lo alto de la colina—. Aquí es donde quedábamos. Se podría hacer una fortuna con todos los envases vacíos que dejamos aquí —dice, dándole una patada a un pedazo de metal descolorido.

—Por no hablar de los consoladores —apunta Devon, todavía provocador.

—Al menos se mantienen duros.

Devon masculla algo sobre follarse un túnel de metro, luego se acerca a un árbol a hacer pis.

—¿Es aquí donde ocurrió? —pregunto.

Ella señala colina abajo hacia una zona plana.

—Allí. Nosotras veníamos del otro lado. Yo vi la sombra aquí arriba antes de que esa cosa echase a correr.

—¿A cuántas patas? —dice Devon después de subirse la bragueta.

—A dos, imbécil.

Devon me mira extrañado.

—Eso no es lo que dijo al principio.

—Siempre he dicho que era un hombre —me explica ella—. Puede que reptara un poco. No lo sé, estaba oscuro.

—Y tú estabas colocada —añade Devon.

—No estaba tan colocada. Todavía no.

Bajo la colina en dirección al lugar donde Amber dice haber visto a Chelsea por última vez. Hay unas cuantas piedras y ramas medio podridas en el suelo. Cojo un palo para ir moviendo la porquería.

Si esto fuera arena o algo menos poroso y más seco, aún se podría encontrar sangre, pero yo no veo más que tierra.

—¿Qué es lo que tenemos que buscar? —me pregunta Amber.

Me encojo de hombros, allí plantado.

—No sé. Una camiseta. Su bolso. Algo que indique que estuvo aquí.

La joven y yo nos dispersamos y empezamos a patear la hojarasca y las piedras. Devon se sienta en un tronco y nos observa.

Como tampoco yo estoy seguro de lo que estamos buscando, pregunto:

—¿Recuerdas lo que llevaba puesto esa noche?

Amber se para delante de una lata de cerveza vacía.

—Llevaba un abrigo azul que le llegaba por las rodillas. Un gorro de punto. Vaqueros.

Salvo por las latas de cerveza y los envoltorios metalizados de aperitivos, no hay rastro de Chelsea.

No sé bien qué esperaba. ¿Un zapato ensangrentado que le valiera a una desaparecida Cenicienta? ¿Una confesión del asesino?

Pasamos la siguiente media hora buscando mientras Devon teclea en su móvil.

—Gracias por tu ayuda —espeta Amber con sarcasmo al pasar por delante de él.

—Solo he venido a asegurarme de que no te violan y te matan —replica él, señalándome con la cabeza antes de sonreír.

Amber mira hacia donde estoy yo.

—A lo mejor tenías miedo de que echáramos un polvo estando aquí solos.

Devon pierde la sonrisa.

—No tiene pinta de rico, pero adelante. Me da igual. Fóllate a quien quieras.

Su riña me incomoda, así que me aparto un poco.

Sigo esperando que uno de los dos experimente el eureka mágico de encontrar la pista que lo resuelva todo. No ocurre.

Aunque pienso que Amber es sincera a su manera, no me parece del todo fiable. De haber sabido que Chelsea y ella venían al bosque a meterse ácido, no sé si habría hecho el esfuerzo de acercarme a este pueblo y menos si hubiera sabido que me iban a dar una paliza.

—¿Cuánto rato más queréis seguir así? —pregunta Devon.

—Hasta que te largues y le pueda hacer una mamada.

—¡Joder, tía! Yo me voy al automóvil. —Se vuelve hacia mí—. ¿Me deja las llaves para esperar dentro?

No me fío. Temo que sea la última vez que los vea, a él y a mi Explorer. Devon ha sido agradable conmigo, pero me espero cualquier cosa de él.

—No —digo con la mayor rotundidad de que soy capaz—. Tú eres la última persona a la que le confiaría las llaves de mi todoterreno.

Se levanta el suéter y me enseña la culata de un revólver.

—Si hubiera querido quitárselas, ya lo habría hecho —dice, y vuelve a bajarse el suéter para ocultar el arma.

Me empiezan a temblar las piernas. Procuero que no se note.

Amber se acerca corriendo a él para plantarle cara.

—¡Joder, Devon! Ya piensa que somos psicópatas. ¿Por qué has tenido que hacer eso?

Él levanta las manos, fingiéndose inocente.

—Solo quería dejarlo claro. No era una amenaza, tío —dice por encima del hombro de ella—. Perdona.

El temblor de las piernas remite un poco.

—¿Por qué no nos ayudas?

—¿A buscar algo que nunca ocurrió?

—Me dijiste que me creías —dice Amber, furiosa.

—Diría lo que fuera por un polvo.

—Capullo —replica ella, y se aleja airada—. Eso es lo malo de este pueblo: que no te puedes fiar de nadie.

Se está haciendo de noche y empiezo a pensar que debería poner fin a la expedición antes de que la tensión sea insostenible. En parte, aún temo que todo esto no sea más que un montaje y me vayan a tender otra trampa. Después de la paliza, veo todo un poco distinto.

—¿No puede hacer alguna mierda científica? —pregunta Amber.

—No es un poder mágico —espeta Devon con desdén—. A lo mejor lleva en el todoterreno una de esas sondas de metano que usan los de *CSI*, ¿no?

—Pues no. No soy técnico forense...

Me interrumpo al caer en la cuenta de lo que acaba de decir Devon.

Yo estaba buscando indicios de Chelsea: ropa, pertenencias... Quizá algún pelo en una rama o algo del asesino.

No se me había ocurrido buscar a la propia Chelsea.

Me estoy empeñando en que esto tiene que ser como el escenario del crimen de Juniper, donde la encontraron tendida en el suelo. ¿Y si el asesino de Chelsea tuvo un poco más de tiempo para preparar todo o para eliminar rastros después?

Si no se la llevó ni la dejó medio muerta en ningún lado, estará enterrada por aquí.

Hay hectáreas y hectáreas de terreno donde buscar, no lo cubriríamos en la vida.

Pero ¿y si uso mis poderes científicos?

—¿Se encuentra bien? —me pregunta Amber.

—Está pensando —tercia Devon— o... a punto de perder la cabeza y matarte.

—¡Cierra el pico!

Entonces caigo en la cuenta.

—Ya sé dónde buscar.

CAPÍTULO 36

BIODIVERSIDAD

—Usted nunca había estado aquí, ¿verdad? —dice Devon—. ¿O sí? —añade, llevándose la mano al arma.

Me da la sensación de que es un chico muy asustado y muy asustadizo que intenta disimularlo con sus bravatas.

—Tranquilos. No. Se me acaba de ocurrir una «mierda científica». ¿Veis eso? —digo, apuntando con la linterna a un arbusto de florecillas blancas—. Son *Physocarpus malvaceus*, nuevecortezas de hoja malva. Y eso, *Thalictrum occidentale*, ruda de pradera occidental. Estas son las colganderas.

—¿Crecen encima de las sepulturas o algo así? —pregunta Amber.

—Crecen encima de muchas cosas.

Devon, de pronto interesado, empieza a explorar la zona con la linterna.

—Aquí hay nuevecortezas —dice, señalando una mata de la planta—. Aquí también.

—Yo también he encontrado —dice ella.

Me acerco a inspeccionar sus hallazgos.

—Bien, bien.

—¿Qué quiere que hagamos? —pregunta Devon.

—Seguid buscando.

Al cabo de unos minutos, exclama:

—¡Está por todas partes!

—La ruda de pradera también —tercia Amber.

—Lo sé. Vamos a hacer un informe. Las distinguís, ¿no?

Asienten los dos.

—Vale. Vamos a añadir otra —digo, señalando una hierba alta de florecillas blancas—. *Xerophyllum tenax*, hierba de oso. Cada vez que veáis

una de estas, decid el nombre en alto, ¿entendido?

—¿Va a haber premio? —bromea Devon.

—Ya veremos. Solo se trata de una conjetura.

Pasamos la siguiente media hora cantando los nombres de las plantas cada vez que las vemos.

—¡Nuevecortezas, hierba de oso! —grita Amber.

Me acerco adonde está. La planta se encuentra junto a las raíces gruesas de un árbol.

—Continúa.

Me los llevo colina abajo hacia el pequeño valle que hay entre los montes del extremo más alejado de la carretera.

No nos perdemos de vista los unos a los otros. Los gritos son un poco menos frecuentes. Decido dedicarle un rato más.

—¡Triplete! —exclama Devon—. ¡Nuevecortezas, hierba de oso y ruda de pradera! Buen truco. ¿Lo ha hecho para que anduviéramos mirando al suelo?

Me acerco corriendo.

—No. Lo he hecho para ver si podíamos encontrar las tres juntas.

En efecto, las tres plantas silvestres están representadas ahí. Devon está en una pequeña planicie a los pies de una pendiente pronunciada. No crece nada en la colina, solo asoman del suelo algunas rocas sueltas.

Es un lugar ideal, con mucha erosión de la parte alta de la colina. Algo enterrado aquí se hundiría bajo tierra un poco más cada vez que lloviera.

Amber viene hacia nosotros.

—¿Alguna de estas plantas es de las que crecen encima de los muertos? —dice sin poder disimular su temor.

—No sabría decirte si hay algo que un cadáver haga crecer, solo sé que podría haber mayor abundancia de alguna especie si el cuerpo se está descomponiendo deprisa y fertilizando las plantas próximas a la superficie, pero, si está enterrado muy hondo, lo dudo. En realidad, esto excede mi campo de especialización.

—Entonces, ¿qué busca? —pregunta Devon, dando patadas a las plantas que tiene a sus pies.

—Un indicio de que alguien ha estado aquí. De que alguien ha cavado aquí.

—Estas plantas están por todas partes —dice Devon, arrancando un poco de hierba de oso.

—Sí, pero ¿en cuántos sitios más hemos visto las tres juntas?

—En ninguno.

—¿Por qué? —Exploro el suelo en busca de algo inusual—. O, más bien, ¿por qué no crecen juntas en todas partes?

—Porque no se gustan —responde Amber.

—Exacto. Las plantas generan herbicidas propios con los que exterminar a las especies rivales, pero lleva un tiempo que una de ellas se imponga sobre la otra. Cuando se excava la tierra, es como si se labrara, con lo que se crea un espacio libre en el que puede prender cualquier semilla.

Devon va al grano:

—¿Y qué hay aquí?

—Probablemente nada. No es más que una teoría.

—Comprobémoslo. ¿Tiene una pala?

No lo había previsto.

—No sé si deberíamos cavar aquí.

Me angustia pensar que Chelsea pudiera estar enterrada bajo mis pies.

—¿Y qué vamos a hacer, ir a comisaría a decirles que hemos encontrado unas flores preciosas? —espeta Amber—. Para eso nos vamos a casa.

—Deme las llaves, que voy a por la pala —dice Devon.

Se las doy sin pensarlo mucho.

Cuando llega a la cima de la colina, grita:

—¡Hasta la vista, pringado! —Me vuelvo bruscamente. Devon ríe meneando la cabeza—. Sea lo que sea lo que vais a hacer, daos prisa.

—Menudo imbécil —gruñe Amber, mirando fijamente al suelo.

Creo que sé lo que piensa: «¿De verdad está mi amiga aquí abajo?».

Devon ha hecho esa tontería porque está nervioso. Para Amber esto sería una ratificación. Una triste ratificación. Porque en el fondo nunca ha descartado la posibilidad de que los demás, que consideraban disparatadas sus declaraciones, estuvieran en lo cierto y Chelsea anduviera por ahí pasándose en grande.

Si Amber tiene razón... si yo tengo razón, se está pudriendo bajo nuestros pies.

Noto que su hombro entra en contacto con el mío. Incómodo, le pongo una mano encima. No sé qué decir.

—Siento que perdiera a su amiga —me susurra, seguramente pensando en su propia pérdida también.

—Y yo. Ojalá la hubiera conocido mejor.

—Sois demasiado lentos, tíos, o demasiado rápidos —chilla Devon mientras se desliza por la pendiente cargado con la pala.

Ve que Amber está llorando y se calla.

—¿Aquí? —pregunta, señalando al suelo.

Nos apartamos.

—Sí —digo—. Ahí mismo vale. Podría estar a varios metros de profundidad. Probablemente tendremos que cavar varios hoyos distintos.

Levanta un puñado de tierra, arrancando las plantas. Examino el suelo y trato de averiguar si lo han manipulado antes.

Devon arroja a un lado otra palada de tierra. Cojo un puñado y empiezo a hurgar en ella con el dedo en busca de alguna pista. Esto podría llevarnos una eternidad.

Deja de cavar.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunto.

Al ver que no contesta, levanto la vista. Devon mira fijamente algo. Amber se esconde detrás de él y, de pronto, se abraza a su cintura.

Ha bastado con tres paladas pequeñas en el primer sitio donde hemos decidido mirar. Allí abajo se distingue, sucio pero bien visible, un abrigo azul intenso.

Amber entierra la cabeza en el hombro de su compañero. Yo lo miro incrédulo. Él se tapa la boca y niega con la cabeza.

—Jooder. ¡Joder!

No tengo claro cuál de los tres lo dice, pero sé que todos lo pensamos.

CAPÍTULO 37

RESTOS

Me digo a mí mismo que lo que vemos no es más que un trozo de tejido azul. No tenemos la certeza de que sea un abrigo, menos aún de que sea el abrigo de Chelsea.

—¿Es ella? —pregunta Amber, como si Devon y yo lo supiéramos.

El joven baja la pala y me mira.

Todo esto era pura teoría. Hasta ahora, que se ha convertido en una extraña mezcla de la emoción del descubrimiento y el espanto de lo que el mismo podría significar.

He venido a Hudson Creek casi por curiosidad, por una hipótesis factible basada en datos muy escasos. Mi instinto y MAAT me decían que había algo aquí que encajaba en el patrón de la muerte de Juniper.

De pronto tengo delante algo que podría ser una prueba. La parte analítica de mi cerebro está entusiasmada; las neuronas que se regocijan cuando resuelvo un sudoku están eufóricas, pero ¿esto es lo que creo que es? ¿Es Chelsea?

Devon mueve el abrigo con la punta de la pala.

—¿Lo desenterramos?

Mi primer impulso es que deberíamos acudir a la policía, pero ¿con qué? ¿Con una foto de un abrigo hecha con un móvil?

Suponiendo que consiguiéramos convencerlos para que vinieran hasta aquí, algo por lo que tampoco se habían mostrado muy entusiasmados hasta ahora, ¿y si luego no es más que un trozo de tela azul?

Quedaré como un idiota.

Solo hay una solución.

—Tenemos que averiguar qué hay debajo. —Devon se dispone a agarrar el abrigo. Lo agarro de la muñeca para impedírselo—. ¡Un momento!

Me ha pasado más de una vez en estudios de campo o de laboratorio cuando algún alumno descuidado se ha dejado llevar por la emoción.

Saco un par de guantes de látex de la mochila y me los pongo. Siempre llevo unos para manipular especímenes que podrían resultarme nocivos o que yo podría estropear al tacto.

Me acuclillo y agarro con cuidado el abrigo. Si tuviera las herramientas adecuadas, retiraría un poco más la tierra antes de sacarlo, por si se deshace.

Levanto despacio la tela y la desentierro un poco. Siento cierta resistencia y tengo la desagradable sensación de que Chelsea podría llevar puesta la prenda.

Con cuidado, tiro un poco más del abrigo. Un hedor acre inunda el aire.

Devon suelta una arcada y se vuelve de espaldas. Amber se tapa la boca y se retira un poco, pero no aparta los ojos del hoyo.

Aunque me he encontrado muchas cosas muertas en plena naturaleza, este es seguramente el peor olor con el que me he topado jamás.

Me tapo la nariz y la boca con la camisa y desentierro el abrigo del todo. Está hecho jirones.

Al principio, pienso que se está descomponiendo, pero entonces reparo en cinco cortes alargados que tiene la prenda. La dejo a un lado y veo que hay algo debajo, de color blanquecino, marmóreo. Sirviéndome de dos dedos a modo de llana, retiro la tierra y dejo al descubierto un antebrazo, una muñeca y unos dedos.

—¡Joder! —exclama Devon.

Contemplo el brazo en silencio sin saber bien qué debo hacer ahora. ¿Seguir excavando? ¿Confirmar que es Chelsea? ¿Asegurarme de que no se trata de una broma de mal gusto?

No. Esto es prueba suficiente. Tiene que ser ella.

Por un lado, mis dudas me parecen absurdas, porque ¿qué otra cosa podría ser?, pero, por otro, mi conciencia me dice que esto no puede ser verdad. Se niega a creerlo.

La emoción de estar en lo cierto se ve arrasada por la realidad de que las cosas son mucho más complicadas de lo que imagino.

—Pásame la pala —le digo a Devon.

—¿La va a desenterrar? —me pregunta.

—No. Vamos a volver a tapparla.

Saco una bolsa de basura de la mochila, la extiendo encima del cadáver y empiezo a echarle tierra encima.

—¿Por qué la entierra? —dice Amber entre lágrimas.

—Porque esto tiene que hacerlo la policía. Es el escenario de un crimen.

—Sí, pero ¿por qué la entierra?

—Para que no se la coman los animales —le explica Devon.

—Metemos el abrigo en una bolsa y nos lo llevamos, pero, mientras tanto, hay que proteger esto.

Amber se limpia los mocos con la manga de la cazadora.

—¿Habría que llamar a emergencias?

—Lo que habría que hacer es llevar el abrigo a comisaría —dice Devon—. Quedamos con Charlie allí. Será más fácil que contárselo por teléfono.

Vuelvo a tapar el hoyo y arrastro un leño encima de la tumba.

—Así será más fácil encontrarla y más difícil que los carroñeros encuentren el cadáver.

Chelsea ha aguantado hasta ahora sin que nadie la desenterrara, pero, como hemos tocado el cuerpo y el hedor a carne en descomposición se extenderá por todo el bosque como la sangre en el agua, los animales de los alrededores sabrán que hay algo por aquí.

Ha empezado a oscurecer y en menos de una hora habrá anochecido.

—Creo que voy a vomitar —dice Amber.

A mí me pasa lo mismo.

—Volved al Explorer. Yo voy enseguida, en cuanto embolse el abrigo.

Devon asiente con la cabeza y acompaña a su amiga colina arriba.

En cuanto desaparecen de mi vista, embolso la cazadora, luego agarro el leño que me han visto poner encima de la tumba y lo arrastro unos diez metros barranco abajo. Dadas las desagradables circunstancias en que nos hemos conocido, no me fío de ellos. No tengo motivos para pensar que vayan a hacerle algo al cadáver, sobre todo teniendo en cuenta que la policía no tardará en acudir, pero el científico que llevo dentro me insta a tomar precauciones adicionales.

Cuando vuelvo al Explorer, Amber está en brazos de Devon.

—¿Podemos dejarla en casa primero? —pregunta—. Yo agarraré mi camioneta y me reuniré con usted en comisaría.

Me parece comprensible, pero me alegro de haber cambiado de sitio el leño.

—Por supuesto.

Hacemos el camino de vuelta a su casa en silencio. Amber solloza en el asiento de atrás, de pronto consciente de que su amiga ha muerto de verdad.

—Jooder, jooder —masculla Devon entre dientes, negando con la cabeza.

CAPÍTULO 38

INFORMADOR

El aparcamiento de la comisaría de Hudson Creek está casi vacío a esta hora de la noche. Hay media docena de vehículos policiales estacionados y dos automóviles de civiles. Tras las puertas de cristal se encuentra el vestíbulo, muy bien iluminado.

Agarro la bolsa de basura donde he metido lo que supongo que es el abrigo de Chelsea y me dirijo al edificio.

Han pasado tantas cosas en los últimos días... Desde que me consideraron sospechoso del asesinato de Juniper hasta el ridículo que sufrí en la sala de reuniones de la oficina del *sheriff* del condado de Filmount, ha sido un viaje extraño.

Por suerte, con las pruebas que seguramente encontrarán en el lugar donde está enterrada Chelsea, podrán montar un caso y hacer justicia a Juniper.

Me produce un placer inconfesable pensar en la cara que pondrán la *sheriff* Tyson cuando caiga en la cuenta de su error y el inspector Glenn cuando tenga que reconocer que se había equivocado conmigo.

Tengo que recordarme que esto no es una disputa profesional en una revista especializada sobre los datos de algún estudio. Han asesinado a dos chicas, quizá a más, muchas más.

Mi objetivo es simplemente la verdad. Debo dejar al margen mi ego.

Entro en la comisaría y la sargento que está detrás del mostrador levanta la vista. Es una mujer de treinta y tantos años, corpulenta, tosca, que seguramente podría conmigo en una pelea. Hay otros dos policías uniformados sentados detrás de ella, charlando. Uno de ellos tiene los pies encima de la mesa.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunta ella sin rodeos.

Me puedo imaginar los disparates con los que tiene que lidiar por las noches.

Leo su nombre en la placa de la pechera.

—Sargento Palmer, querría informar de una pista sobre la desaparición de Chelsea Buchorn.

Me escudriña un momento, quizá porque me ha visto el moretón de la cara.

—¿Buchorn? ¿No se fue a vivir a otro sitio? —Al instante, agarra una tablilla sujetapapeles y examina las hojas que contiene—. Ah, aquí está. No sabía que la hubieran catalogado como desaparecida. —Deja el portapapeles—. ¿Y dice que tiene pruebas del secuestro?

Pongo la bolsa de basura en el mostrador.

—Creo que la asesinaron.

Palmer mira la bolsa y se echa la mano a la pistola que lleva a la cintura.

—Voy a tener que pedirle que se aparte del mostrador.

Me retiro.

—Perdone. Sé que esto le parecerá raro.

—Siéntese en aquel banco —dice, señalando la pared de enfrente del mostrador, luego llama a los dos policías que charlan relajadamente en el rincón—. McKenna, Gunther, acercaos un momento, por favor.

Los dos agentes ven la postura de Palmer y se levantan como resortes a ver qué pasa. El que se llama McKenna es alto y tiene un grueso bigote negro. Gunther es más bajo, más recio y pelirrojo.

—¿Qué ocurre? —pregunta McKenna, mirándome con recelo.

—Este tipo dice que sabe algo de la desaparición de Chelsea Buchorn.

—Pensé que se había ido a vivir a otro sitio —replica Gunther.

—Eso le he dicho yo.

Sostiene en alto la tablilla sujetapapeles para que lo vean los otros dos.

McKenna se lo quita de la mano y lo repasa.

—Supongo que la habrá puesto ahí la policía estatal. —Niega con la cabeza—. Tendrán que actualizarlo.

—¿Qué es lo que cree saber? —me pregunta Gunther.

—He encontrado su cadáver.

McKenna baja el portapapeles.

—¿Cómo dice?

—Su cadáver, que creo que lo he encontrado —digo y, señalando con la cabeza la bolsa de basura, añado—: Creo que ese es su abrigo.

Gunther se acerca a la bolsa.

—Cuando dice que ha encontrado el cadáver, ¿se refiere a que ha encontrado algo que piensa que le pertenecía y cree que el cuerpo anda cerca?

Mientras dice eso, empieza a abrir la bolsa y libera el hedor pútrido de la carne en descomposición.

—¡Joooder! —exclama el policía.

El otro se saca un par de guantes azules de un bolsillo. Agarra el abrigo y lo extrae de la bolsa.

A la intensa luz blanca de la comisaría, observo que lo que yo pensaba que era suciedad es el rojo parduzco de las manchas de sangre secas.

Gunther ve los cortes de la prenda.

—¡La hostia!

Su compañero vuelve a meter la prenda en la bolsa.

—¿Dónde ha encontrado esto?

—Junto a la autopista 90. Tengo la geolocalización.

McKenna anuda el extremo de la bolsa.

—Carole, llama a Steve Whitmyer. Dile que suba. —Ella agarra el teléfono—. Gunny, hazte con un mapa y que el señor... ¿cómo se llama?

—Theo Cray. Profesor Theo Cray.

Añado mi título para no parecer un chiflado, pero así termino pareciendo imbécil.

—Muy bien, profesor, ¿podría señalar en el mapa el lugar donde ha encontrado el cadáver?

Gunther me conduce a una mesa. Hurga en un cajón y saca un mapa.

—¿Y cómo lo ha encontrado? —me pregunta, de pronto pálido, mientras busca un bolígrafo.

—Lo estaba buscando.

—¿Lo estaba buscando? ¿Cuánto tiempo ha estado buscándolo?

—¿Como una hora? —digo, examinando el mapa.

—¿Una hora? ¡Pues sí que ha tenido suerte!

—Ya le digo, pero sabía por dónde buscar. —Señalo el punto en el mapa—. Además, me han ayudado Amber Harrison y su novio, Devon.

Gunther no dice nada de momento.

—Ajá. Vale, márkelo en el mapa. —Me pone una libreta al lado del mapa—. Apunte aquí lo que sea.

Rodeo con un círculo la zona y empiezo a anotar los detalles sobre el leño y el modo de encontrar el cadáver.

Gunther se va a hablar con McKenna y Palmer. Cotejo en Google Maps la ubicación con respecto al mapa que me han dado.

Veo por encima del hombro que están celebrando los tres una pequeña reunión, pero hablan demasiado bajo como para que yo lo oiga.

Amber y Devon ya deberían haber venido. Han dicho que iban a traer también a su amigo Charlie, el hijo del comisario.

Le mando un mensaje a ella.

¿Dónde estáis, chicos?

Sigo con mis notas sobre el cadáver. Cuando termino, tengo a McKenna a mi espalda.

—¿Ya está?

—Sí. Si quieren, los acompaño y les digo dónde es.

—Si no lo encontramos, vendrá con nosotros. Entretanto, cuénteles al agente Gunther todo lo que sepa. Hay una sala de reuniones aquí al lado.

El agente me lleva por el pasillo y tengo una extraña sensación de *déjà vu* de la primera vez que me metieron en un cuarto para que hablase con un policía.

Pensaba que era el asesino.

Por cómo guarda la distancia Gunther y me vigila, dudo que me esté dando el mismo trato que a cualquier ciudadano preocupado.

Amber y Devon siguen sin responder.

CAPÍTULO 39

ACCESORIOS

La supuesta sala de reuniones se parece sospechosamente a una sala de interrogatorios.

Hay una videocámara en un rincón, como en la otra donde estuve. Gunther abre con llave un armarito y acciona unos interruptores. Se enciende la luz roja.

—Se me da fatal tomar notas —me explica, señalando la cámara con la cabeza—. Esto es para que podamos entender, con sus palabras, cómo ha encontrado el cadáver.

Pretende ser agradable, pero suena condescendiente. Y algo distante. No posee la habilidad del inspector Glenn para entablar una conversación fluida con su interlocutor.

—Antes que nada, ¿quién le ha puesto el ojo morado? —dice, señalándome a la cara con el bolígrafo.

—Es una larga historia.

No sé si este es el mejor momento para contar que fui víctima de un malentendido que empezó cuando dos vendedores de meta pensaron que quería contratar los servicios de una fulana.

Dos vendedores de meta que aún no me han contestado al mensaje...

Se me cae el alma a los pies cuando pienso que igual Devon y Amber están en su casa colocándose. Dios, lo que me faltaba.

—Hay tiempo: McKenna está esperando al inspector Whitmyer para ir con él.

—Me caí —respondo.

No fue exactamente así, pero recuerdo bien haberme caído cuando me estaban dando la paliza.

—¿Se cayó? —Anota algo en un papel—. Eso es lo que suelen decirme

las mujeres cuando sus maridos borrachos les pegan. —Me dispongo a cambiar de tema cuando, por suerte, lo hace él mismo—. ¿Cómo está tan seguro de haber encontrado un cadáver?

—Ay, se me olvidaba... —Me saco el móvil del bolsillo y busco la foto que he hecho—. Mire...

Gunther agarra el móvil y mira fijamente la fotografía de una mano pálida.

—¿La ha hecho usted?

—Hace menos de una hora. Justo donde les he dicho.

—Un momento.

Se levanta y se va con mi móvil.

Ya me pongo bastante nervioso cuando lo pierdo de vista, pero que esté en manos de unos policías sospechosos de una comisaría corrupta cuando me he visto envuelto en la investigación no de uno sino de dos homicidios me angustia muchísimo.

¿Y si Amber y Devon me contestan mientras tienen ellos el móvil? ¿Puede la policía cotillear lo que quiera en el dispositivo habiendo sido yo quien se lo ha entregado voluntariamente?

Que no sea legal no significa que no vayan a hacerlo.

Aunque el inspector Glenn y los suyos me confiscaron el teléfono y el portátil, no me pidieron la contraseña en ningún momento.

No hay nada incriminatorio ahí. A lo mejor algún correo electrónico sonrojante o el historial de navegación que se podría esperar de un viajero solitario. Nada extraño. Nada digno de mayor atención.

Estoy a punto de levantarme e ir a por el teléfono. Me relajo cuando me noto algo en el bolsillo. Mi móvil personal.

He hecho la foto con el móvil de prepago que compré en el súper. Hay poca cosa en ese otro...

Bueno, eso no es del todo cierto. Lo único que hay ahí son los mensajes que he intercambiado con Amber, pero ya les he hablado de ella y de Devon.

A lo mejor el móvil de prepago resulta sospechoso, pero no puede ser más incriminatorio que cualquier cosa que yo esté dispuesto a contarles.

Gunther entra de nuevo en la sala y me devuelve el móvil. En la pantalla sigue la foto del cadáver, tampoco cuesta nada echar un vistazo a todo lo demás y dejarlo otra vez en la imagen.

—Envíe por correo electrónico la foto y todo lo que tenga a esta dirección —me dice, y me da una tarjeta de visita. —Espera a que termine de

mandar la imagen—. Sí, parece un cadáver.

—¿Se inventa mucha gente ese tipo de cosas?

—Le sorprendería —dice sin más. Hay algo raro en la forma en que me observa, casi a la defensiva—. ¿Y cómo ha encontrado el cuerpo?

—Ya se lo he dicho: buscaba a Chelsea.

Toma nota.

—¿La conocía?

—No, no la había visto nunca.

—¿Lo ha leído en internet? ¿Trabaja para alguna organización de personas desaparecidas?

—No. Doy clase de bioinformática. Aplico los ordenadores a la biología.

—No sabía que eso fuera una especialización. Pensaba que todo el mundo usaba los ordenadores.

No tengo claro si me está provocando o no.

—Usamos simulaciones y procesos especiales para comprender ciertas cosas. Así es como he encontrado a Chelsea o, más bien, un cadáver que creo que es el suyo.

—¿Se lo ha dicho un ordenador?

No me apetece explicarle cómo funciona MAAT.

—Algo así.

—¿Un ordenador le ha dicho dónde estaba enterrada? —pregunta sin poder ocultar su escepticismo.

—No, no, no es eso. —Estoy empezando a ponerme nervioso—. El ordenador, es decir, el programa me ha dicho que Hudson Creek sería un sitio muy probable para el asesinato de una joven. —Gunther no dice nada, espera a que yo termine de explicarme—. Metí en el ordenador todos los informes de personas desaparecidas y busqué los que podrían ser homicidios. Este, el de Chelsea, era el más próximo.

—¿El más próximo adonde vive usted?

—No, yo soy de Austin, pero me encontraba en Filmount.

—¿En Filmount? ¿Donde un oso mató a una chica?

—Sí, era alumna mía. Y no creo que la matara un oso. Por eso he venido aquí.

—¿Porque piensa que a esas chicas las ha matado una persona y conoció a una de ellas personalmente?

—Sí, eso es.

—Deme un momento, que voy a ver si ha llegado Whitmyer —dice, y se marcha otra vez.

Miro el teléfono para ver si Amber y Devon me han dicho algo. Aún no han contestado. Les escribo otra vez.

Como mis dos testigos estén colocados cuando vengan, voy a quedar fatal.

Me pongo todavía más nervioso. ¿Y si me están evitando?

Mi mayor temor en estos momentos es que el cadáver ya no esté allí. Es muy estresante dejarse la prueba más importante así, a la intemperie.

No se me ocurre una razón por la que Devon y Amber pudieran querer esconder el cadáver, pero sí es cierto que he disimulado la ubicación porque no me fío de ellos.

Regresa Gunther con dos cafés.

—Whitmyer, el comisario en funciones, acaba de ir a buscar el cadáver. —Ve que tengo el móvil en la mano—. ¿Ha sabido algo de Devon y Amber?

—Estoy insistiendo.

—Esos dos no son muy de fiar. Mandaremos a alguien a su casa. —Rezo para que no estén colocados—. Entonces, ¿un programa le ha dicho dónde estaba el cadáver? Menuda aplicación, ¿no? Ya me gustaría a mí tenerla.

Piensa que estoy zumbado. Y no me extraña. Me paro a pensar lo que le he estado contando. Me sorprende que no me haya esposado aún. Debo aclarar algunas cosas para evitarlo.

—Amber me ha señalado dónde vio a Chelsea por última vez y hemos buscado por la zona indicios de un enterramiento.

—¿Algún indicador?

—No, aunque nos habría venido bien. Lo que hemos buscado ha sido una serie de plantas juntas. Eso es indicativo de que la tierra se ha removido recientemente. Las plantas producen sus propios herbicidas para disputarse los recursos de la naturaleza. Al final siempre hay una que se apodera de una pequeña parcela de tierra.

—No me enseñaron esas cosas en la academia.

—Bueno, si uno de sus instructores hubiera sido un profesor de botánica ganador de un premio Nobel que diera clase a posdoctorados en el MIT, a lo mejor se lo habría comentado.

Y con eso creo que acabo de ganar el concurso de capullos engreídos en el que participábamos los dos.

—Pues no. Solo nos enseñaron a rociar de espray de pimienta a los sospechosos y a asfixiarlos con la porra sin dejar hematomas.

Lo dice sin guasa, con frialdad.

Me recuerdo que dos compañeros suyos están en la cárcel, que su jefe es sospechoso de pertenecer a una banda de producción y distribución de meta y que los vecinos de la zona piensan que podrían estar haciendo «desaparecer» a personas.

Me río sin ganas, desesperado por disipar la tensión.

—Pues más me vale caerles bien. Solo he venido aquí porque quiero hacer lo correcto.

Gunther ni se inmuta. Me mira fijamente.

Mierda.

Llaman a la puerta con los nudillos y me sobresalto.

Palmer asoma la cabeza.

—Lawson acaba de pasarse por la casa de Amber y Devon. No están allí.

—¿Y Charlie? —pregunto—. ¿Lo ha llamado alguien?

—McKenna. Charlie dice que no ha sabido nada de ellos en todo el día.

Me escudriña un rato y se marcha.

Maldita sea. Amber y Devon son los únicos que pueden corroborar cómo hemos encontrado el cadáver. Y ahora se han largado.

Está claro que los angustia toda la atención que recaería en ellos por este asunto.

—Dígame quién le ha puesto el ojo morado —me ordena, no me pregunta, Gunther.

CAPÍTULO 40

PROBABILIDAD

Resulta que el agente Gunther es un matón. He conocido a otros como él. Mi estrategia ha sido siempre evitar el conflicto y darles lo que quieren.

Si le cuento quién me ha puesto el ojo morado, podría complicarles las cosas a Devon y a Amber. Aún estoy resentido por lo que pasó y me duele todavía, pero me dan pena.

También será complicado explicar por qué quedé con una conocida fulana en la situación más turbia imaginable. Si alguien me lo contase a mí, no lo creería: seguro que el profesor soltero quería ver a la chica en el edificio abandonado para hablar...

Tengo que pararle los pies a Gunther. Me tiemblan las rodillas una barbaridad. Me cuesta muchísimo evitar que el temblor se extienda.

—¿Cómo se ha hecho ese cardenal? —vuelve a preguntar.

—No he venido a hablar de eso —digo sin convicción.

—Usted ha venido aquí a hablar de lo que yo le pregunte.

Levanto la vista a la cámara que me enfoca.

—Quiero hablar con un abogado.

—No se lo acusa de nada.

Pienso que alguien más verá este vídeo.

—Hablaré encantado con cualquier otro. Con usted, no.

Se le enciende la cara de rabia. Cualquiera que vea la grabación, pensará que lo he abochornado profesionalmente. Gunther confiaba en sonsacarme algo que me incriminase de algún modo. Yo estaba parlanchín. Ya no, porque es un capullo.

Se aparta tan bruscamente de la mesa que me la vuelca encima.

Si este es uno de los policías a los que no han detenido, ¿cómo serían los otros?

Se levanta y se apoya en la mesa.

—Se cree muy listo, ¿eh?

Se mete la mano en el bolsillo y saca un llavero, el de la llave que ha usado para poner en marcha la grabación de la videocámara.

Mierda. Vuelve al armarito donde está el reproductor de vídeo.

—Todos lo hemos visto llegar aquí magullado.

Joder. Joder. Joder.

Llaman a la puerta. Gunther se vuelve hacia ella, cabreado por la interrupción.

—¿Qué?

Palmer le habla desde el umbral.

—Whitmyer te quiere en el escenario.

—¡No me jodas! Estoy hablando con el testigo.

Ella lo insta a salir al pasillo. Él obedece, a regañadientes, sin dejar de mirarme todo el rato.

La puerta está entreabierta. Oigo susurrar a Palmer.

—... dice que han encontrado un cadáver.

—Pues voy a tener que conseguir que cante —gruñe Gunther.

—Whitmyer ha dicho expresamente que lo dejes estar.

—¡Joder! —brama, y aporrea la pared con el puño.

Lo oigo marcharse airado.

Entra Palmer.

—¿Se encuentra bien? ¿Le traigo algo?

Es correcta y agradable. El contraste resulta chocante.

Ignoro cuál es la política de este lugar y no me atrevo a decir nada, pero no lo puedo evitar.

—¿Tengo que volver a hablar con él?

La agente mira de reojo al pasillo, luego vuelve a mirarme a mí.

—Hemos estado sometidos a mucha presión últimamente.

—Eso he oído.

Baja la voz.

—Chelsea era prima suya.

Madre mía. Esas cuatro palabras cambian por completo el contexto de lo que acaba de pasar. Gunther sigue siendo un capullo y un matón, pero ahora lo entiendo un poco mejor. Creo.

Palmer me hace una seña para que la siga.

—Vamos a la entrada. Tengo que vigilar la comisaría. Se han ido todos

al escenario.

Me siento al lado de una mesa repleta de carpetas de fichas policiales.

—Whitmyer dice que por la mañana vendrán unos forenses de la policía estatal. Ahora mismo están intentando acordonar la zona.

—¿Es ella? ¿Es Chelsea?

—No lo sé. Dudo que hayan tocado la sepultura más de lo imprescindible. Querrán que venga un equipo de la Científica a hacer una excavación exhaustiva.

Es lógico. Estoy acostumbrado a que en las películas haya en todas las comisarías un departamento forense completo listo en todo momento.

—Entonces, ¿es usted una especie de experto en osos? —pregunta.

—No, soy biólogo, pero los osos no son mi especialidad.

Ni mucho menos.

—Ah. Seguro que ya se lo ha contado a Gunny, pero ¿cómo ha sabido dónde buscar?

—Por lo que me ha dicho Amber y buscando cierta vegetación inusual.

—Ah.

Me mira extrañada, luego deja el tema y continúa con su trabajo. No me atrevo a preguntar qué va a pasar ahora, así que me quedo ahí sentado en silencio.

Como una hora después entra en la comisaría un hombre muy acicalado, de cuarenta y pocos años, con un abrigo grueso.

Saluda a Palmer con la cabeza, luego se dirige a mí:

—Soy Whitmyer, el comisario en funciones. ¿Es usted el caballero que ha encontrado el cadáver?

Me levanto.

—Sí, señor.

—Buen trabajo. Gunny me ha dicho que es usted biólogo y que ha buscado unas plantas especiales que crecen donde hay restos humanos.

No fastidies. Voy a tener que escribir un libro sobre el tema.

—Más o menos —digo, demasiado cansado para explicarme.

Se acerca y me estrecha la mano.

—Pues gracias. Aún no hemos confirmado que sea Chelsea, pero yo supongo que sí. ¿Eso es de ella? —pregunta, señalando con la cabeza la bolsa de basura.

—Sí.

—¿No se le ha ocurrido a nadie guardar esto como prueba? —dice,

mirando indignado a Palmer.

—Perdón. Lo acaba de dejar aquí McKenna.

Whitmyer se saca un par de guantes del bolsillo y se tapa la cara con una mascarilla, seguramente la misma protección que ha usado en el lugar del enterramiento.

Deshace con cuidado el nudo que ha hecho McKenna y mira dentro, luego vuelve a sellar la bolsa enseguida.

—Carole, ¿podrías encargarte de que esto se guarde bajo llave?

Palmer enfila el pasillo cargada con la bolsa.

—Parece que Amber y Devon se han escabullido —dice.

—¿Y por qué iban a hacer algo así?

—¿Devon? —pregunta, señalándome la cara amoratada.

—Fue un malentendido. Yo quería hablar con Amber de lo que le pasó a Chelsea y ellos creyeron que andaba buscando otra cosa.

Asiente, como dando a entender que sabe de lo que va.

—¿Quiere presentar una denuncia?

—No, solo he venido a averiguar qué le pasó a Chelsea y si hay alguna relación con el caso de Juniper Parsons.

—¿La chica que murió en Filmount? Fue un oso, ¿no?

—Yo no lo creo. Por eso he venido aquí.

—Bueno, a ver qué dicen los forenses de la policía estatal. ¿Dónde se aloja?

—En The Creekside Inn.

—¿Donde Gus? Es un buen tipo. ¿Estará aquí mañana?

—Sí. Tendré que volver a Austin, pero aún puedo quedarme unos días más.

—De acuerdo. Mañana le tomaremos declaración. Mientras tanto, vaya a descansar.

La actitud serena y profesional de Whitmyer es un alivio. Una voz cuerda en medio de toda esta locura.

Me acompaña a la puerta de salida.

—Gracias otra vez. Voy a llamar a la *sheriff* Tyson para ver qué sabe.

—Hace una pausa—. ¿Ha hablado con ella en Filmount?

Se me hiela la sangre de pensarlo.

—Sí... No los vi muy interesados en lo que yo pudiera aportar.

—Seguro que esto despertará su interés.

Tengo el presentimiento de que eso no será bueno.

CAPÍTULO 41

ESTANCAMIENTO

A las once de la mañana llaman a la puerta de mi habitación del motel. A pesar de estar agotado, no he dormido mucho. Me he pasado parte de la noche reuniendo mis anotaciones y metiéndolo todo en un lápiz de memoria para entregárselo a los investigadores.

Lo he organizado como si fuera un informe para una revista científica. Quiero que les quede claro mi proceso mental y la secuencia de acontecimientos que me ha conducido al descubrimiento del cadáver de Chelsea porque esto podría ser crucial para mi libertad.

Incluyo, además, algunos datos generados por MAAT junto con instrucciones sobre cómo utilizar la versión *online* de mi servidor web. Seguro que el FBI y otras agencias disponen de herramientas mejores y más específicas, pero es posible que la policía de Hudson Creek no tenga acceso a ellas.

A la información sobre el hallazgo del cadáver de Chelsea añado todo lo que sé del patrón del asesino. Para alguien que sepa más que yo de criminología e investigación criminal, podría ser un buen punto de partida. Yo soy solo uno y he encontrado una víctima en un día. Si participan organismos policiales de verdad, podrían atrapar a ese tipo antes de que yo llegue a Austin.

Hay dos correos electrónicos preguntándome por qué no he asistido a los claustros de profesores. Tecleo una respuesta rápida y les digo que he estado colaborando en una investigación policial.

Sienta bien escribir esas palabras. Una cosa es andar persiguiendo ranas y extraños atractores y otra muy distinta combatir la delincuencia y hacer algo útil.

Preparo una lista de todo lo que deberían buscar en el cadáver de

Chelsea. En contra de la creencia popular, el acero inoxidable puede ser un foco de bacterias. Los técnicos forenses tendrían que intentar cultivar las bacterias obtenidas de las heridas de Chelsea y Juniper, así como unas muestras básicas del suelo circundante.

Que encontrarán un cultivo común a las heridas, pero no al suelo ni a las partes no perforadas de los cadáveres sería indicativo de que el asesino utilizó la misma arma. Una vez localicen al sospechoso, bastará con buscar en cualquier objeto punzante las mismas bacterias, que lo situarían en ambos lugares.

Redacto un apartado en el que detallo el procedimiento de laboratorio que yo emplearía para obtener un resultado significativo estadísticamente. Explico también cómo podrían usar los marcadores de ADN del cultivo bacteriano para identificarlo más allá de una especie.

A lo mejor yo podría usar MAAT con algunos de sus datos para hacer predicciones más específicas para otros clientes. Sería un proyecto interesante. La próxima vez que hable con Julian se lo propondré. Seguramente le encantará la idea.

Llaman a la puerta. Me levanto de la cama y abro. Es un agente de policía, un joven que según su placa se llama Wojtczak.

—¿Profesor Cray? —Asiento con la cabeza y me froto los ojos para despejarme—. Me han pedido que lo acompañe a comisaría para tomarle declaración.

—De acuerdo. Espere, que voy a por un par de cosas.

Espera pacientemente mientras me visto y recojo mis notas.

—¿Así que es usted el tipo que ha encontrado el cadáver? Me han dicho que ha descubierto una planta que solo crece donde hay muertos.

Puf, radio macuto.

—No es tan sencillo —digo, y me cuelgo la mochila del hombro—. ¿Sabe si han localizado a Devon y a Amber?

—Aún no.

—¿Han exhumado ya el cadáver?

—Que yo sepa, no. Los técnicos de la policía estatal han estado allí esta mañana. Han llegado temprano. Creo que el director de la policía científica estaba haciendo un examen *in situ*.

Me alegra que procedan con cautela. El lugar donde está enterrada Chelsea podría contener mucha información interesante.

Llegamos a comisaría y me llevan a una sala de reuniones bastante más grande que el cuartito donde me interrogó Gunther anoche.

Me quedo clavado en el umbral de la puerta al ver que la *sheriff* Tyson está sentada en el extremo más alejado de la mesa, al lado del inspector Glenn.

La escena me trae un recuerdo desagradable. Es lógico que estén aquí, pero aún me persigue la angustia de nuestro último encuentro.

Glenn me mira.

—¿Qué le ha pasado en el ojo, profesor? —pregunta en un tono cordial.

—Es largo de contar.

Me asignan un sitio en el extremo opuesto de la mesa.

Whitmyer entra en la sala. Lleva un polo con el logo de la policía de Hudson Creek y las botas manchadas de barro. Seguramente ha estado todo el día fuera.

—Profesor Cray —dice, y me estrecha la mano.

—¿Es ella? —pregunto.

Mira de reojo a Tyson y ella hace un gesto afirmativo. Supongo que tendrán algún tipo de acuerdo sobre cómo se va a llevar el caso. Me alegra ver que trabajan bien juntos.

—En efecto, profesor, es Chelsea Buchorn. Ahora que estamos todos reunidos, querría que nos explicara qué ha sido lo que lo ha conducido hasta aquí. Sin omitir nada —añade, señalando mi ojo amoratado—. Se trata de Chelsea y Juniper.

Les cuento todo lo que ya le conté a Gunther. Les resumo lo que es MAAT y cómo me condujo a Hudson Creek. Les explico exactamente cómo encontramos el cadáver y les proporciono algunas referencias por si quieren comprobarlas.

Es agotador. Me interrumpen unas cuantas veces para pedirme detalles, pero nadie me señala con el dedo. No hay acusaciones.

Al terminar, dejo el lápiz de memoria en la mesa.

—Está todo aquí. Todo lo necesario para encontrar a la siguiente víctima, creo.

Todo este rato, la *sheriff* Tyson me ha estado observando detenidamente. Ha dejado que Glenn hiciera las preguntas. Alguna vez ha señalado algo de una lista, pero no ha dicho ni una palabra.

Cuando por fin lo hace, me sobresalta.

—Profesor Cray, quiero disculparme por cómo lo tratamos. Es evidente

que lo estaba pasando usted muy mal como consecuencia de la muerte de una amiga. Debimos haber hecho caso a lo que quería decirnos.

No doy crédito. Se me traba la lengua.

—Gracias.

El inspector Glenn se levanta.

—Admiro su perseverancia —dice, y empieza a aplaudir.

Todos los presentes aplauden. La situación es surrealista. Noto que se me empañan los ojos.

—Yo solo lamento que haya tenido que morir Juniper. También Chelsea.

Whitmyer agarra el lápiz de memoria y me planta una mano firme en el hombro.

—Voy a asegurarme de que el Servicio de Pesca y Vida Silvestre recibe una copia de esto.

—Muy bien, estupendo —respondo, hasta que caigo en la cuenta—. ¡Un momento! ¿El Servicio de Pesca y Vida Silvestre? ¿Y las fuerzas de seguridad?

Miro alrededor, confundido.

—Sé que esto es muy angustioso para usted —dice Whitmyer—. La *sheriff* Tyson y el inspector Glenn me han hablado del incidente anterior. El duelo es difícil de llevar. Podemos buscarle encantados ayuda profesional. Hay psicólogos en el pueblo. De los buenos.

Los miro a la cara en busca de una explicación.

—¿Y qué pasa con la investigación de homicidio? ¿Y la captura del asesino?

Whitmyer mira a Tyson y a Glenn.

—Theo, sé que le cuesta aceptarlo, pero ha sido un oso. Como en el caso de Juniper. El doctor Wilson, el director de la policía científica del estado, que viene hacia aquí con el cadáver, asegura que todas las heridas coinciden con un ataque de oso.

—Pero estaba enterrada... —digo, y empiezo a levantar la voz.

—Eso también lo hacen los osos —replica Glenn—. Además, ha estado a la intemperie mucho tiempo. Usted mismo ha señalado que la erosión contribuye a ocultar el cadáver.

Vuelvo a recordar de repente la otra vez que me vi en esta situación. Si me emociono, solo conseguiré que me encierren en una celda.

Por cómo me mira Tyson, sé que está esperando a que salte en cualquier

momento.

Me dan ganas de volcar la puñetera mesa y gritar, pero no lo hago.
Mantengo la calma.

—¿Y la declaración de Amber Harrison?

—Yo le tomé declaración la primera vez —dice Whitmyer—. Iba muy colocada. Y mencionó la posibilidad de que hubiera sido un oso.

—Ahora está convencida de que fue un hombre —replico, procurando no sonar irritado.

—Puede, pero, si le tomáramos declaración ahora, en caso de que consiguiéramos encontrarla, no tendría mucho valor. ¿Qué fiabilidad pueden tener los recuerdos después de tanto tiempo?

No mucha. Asiento con la cabeza.

—Pero ¿van a hacer un examen forense completo?

—Por supuesto —dice, sonriéndome.

—¿Y la información que he recopilado?

—La examinaré yo mismo. Pero escúcheme: al Servicio de Pesca y Vida Silvestre le vendrá muy bien todo esto, así que no se deshaga de nada.

—De acuerdo —digo sin ganas—. ¿Me puedo ir?

Whitmyer me acompaña al vestíbulo.

—Déjeme que le estreche la mano. Gracias.

—De nada.

—Tiene un buen trecho de vuelta, ¿se marcha hoy?

—Si ya no me necesitan... —respondo desanimado.

—Seguro que hablaremos mucho por teléfono.

Me despido y salgo a la calle. Noto que me observa, que contempla cómo se aleja el triste profesor Don Quijote.

No puedo hacer más.

Lo he intentado.

Lo he intentado de verdad.

Es hora de volver a casa.

Entra en el aparcamiento una furgoneta marcada como POLICÍA CIENTÍFICA DE MONTANA.

Dentro va el cadáver de Chelsea.

Debería darme igual, pero no es así. Debería irme, pero no lo hago.

CAPÍTULO 42

RESURRECCIONISTA

La ciencia está plagada de personas que han tenido que prescindir de lo que se consideraba socialmente aceptable. El médico romano Galeno y el genio renacentista Leonardo da Vinci se vieron obligados a exhumar cadáveres para entender mejor cómo funciona el cuerpo humano. Como consecuencia de esta transgresión, ambos salvaron innumerables vidas con sus descubrimientos.

Me digo que pretendo salvar vidas y no solo demostrar que tengo razón. Anda suelto un asesino y en esa sala repleta de gente nadie es capaz de ver lo evidente.

Tengo que mentalizarme. Si lo pienso demasiado, no lo haré.

Oculto detrás de un SUV, veo a dos hombres con el mono de la científica bajar de la furgoneta y entrar en la comisaría por la puerta de atrás.

Con otro tipo de furgoneta, ni me lo habría planteado siquiera. Si tuvieran el cuerpo encerrado bajo llave en algún depósito de cadáveres, me vería completamente incapaz de hacerlo, pero la furgoneta que vigilo es una Dodge Sprinter, la misma que se usa como ambulancia. Cuando trabajaba como auxiliar sanitario de emergencias, conocía la Sprinter tan bien como mi oficina.

Esa familiaridad es la que hace que no me parezca que estoy delinquiendo. Además, podría haber tomado muestras del cadáver de Chelsea cuando la encontramos. No lo hice porque pensé que los investigadores se esmerarían más en localizar a su asesino. Me equivocaba.

No sabría forzar una cerradura ni a punta de pistola. Por suerte, todas las ambulancias Sprinter con las que he trabajado tenían un interruptor secreto para desbloquearlas si perdías las llaves y tenías que atender una llamada.

La imposibilidad de acceder al interior del vehículo podría costar vidas.

No sirve para arrancar la furgoneta. Solo abre las puertas. Todas.

En la mía, el interruptor estaba delante de la rueda delantera del lado del conductor.

Me aseguro de que no hay nadie alrededor, me acercó, me agacho, meto la mano por debajo del chasis y busco a tientas el botón.

Nada.

Pruebo con el mismo sitio en el lado del copiloto. Rozo con los dedos algo gomoso. Aprieto.

Clic.

Noto un cosquilleo en la piel. La adrenalina me inunda el organismo. La misma sensación que te invade tras haber resuelto un rompecabezas complicado.

Me desplazo a la parte trasera de la furgoneta y pruebo a abrir la puerta. La manilla se levanta y la puerta se abre.

Me asalta una indescriptible sensación de angustia. Me digo que no debo titubear, sino hacer lo que tengo que hacer.

Me cuelo dentro y cierro con cuidado la puerta.

Sujetando la linterna de bolsillo con los dientes, me ajusto unos guantes de goma.

La bolsa del cadáver ocupa la mitad de la furgoneta. A juzgar por la forma del saco negro de caucho, es obvio que el *rigor mortis* se apoderó de sus extremidades en una postura extraña, pero no es el momento de analizar su sufrimiento.

Hice montones de disecciones en el colegio. Salvo por el grado de descomposición, esto no debería ser muy distinto.

En la mochila llevo frasquitos de muestra, pero no me he acordado de meter una mascarilla. Uf, esto va a ser desagradable.

No hay tiempo para lamentarse ahora de ese descuido. Abro la cremallera.

El hedor es muy intenso. Procuero no respirar.

Donde no está cubierta de sangre o de suciedad, la piel de Chelsea está blanca como la nieve.

Tiene tantas que no me cuesta encontrar una herida.

Su cuerpo está cubierto de tajos, como las rayas de un tigre.

Ya entiendo por qué piensan que se trata del ataque de un animal. Es perverso. Casi le han arrancado de cuajo la cabeza.

Al verlo, empiezo a albergar dudas también.

No hay tiempo para eso. Tengo que recordarme que la ciencia me ha traído aquí. Independientemente de lo que me parezca ver, hay herramientas más precisas para comprender lo sucedido.

Lleno unos cuantos tubitos de sangre espesa y de tejido de tres heridas distintas: una del cuello, otra del brazo y otra de una raja debajo del pecho izquierdo con la que le han rasgado la blusa.

Por el aspecto de algunas de las heridas, veo de dónde ha extraído sus muestras el forense.

Si quiero hacer mi experimento bacteriano, necesitaré muestras de epidermis de una zona donde no haya herida.

Por debajo de los vaqueros, donde la cinturilla elástica de la braguita aún está intacta, puedo pasar el bastoncillo de algodón por una zona limpia.

Con esto debería bastar. En algún momento tendré que recoger muestras del lugar donde estaba enterrada, pero seguro que ahora es un hervidero de policías.

Eso puede esperar unos días.

Unos días...

Tengo que volver a Austin.

A lo mejor si agarro el automóvil nada más salir de clase el viernes y vuelvo a Austin el domingo...

Este no es el momento ni el lugar de repasar mi calendario académico.

Me guardo los tubitos en el bolsillo y cierro con cuidado la cremallera. En un momento, está encerrada de nuevo en la bolsa. Dudo que, aunque el forense supiera que alguien más ha tomado muestras, pudiera indicar de dónde.

Llevo los guantes llenos de porquería y de sangre seca, así que me los quito de forma que queden vueltos del revés y los guardo.

Cuando acerco la oreja a la puerta para ver si viene alguien, no oigo nada.

Sufro un momentáneo ataque de pánico cuando no encuentro el cerrojo que abre la puerta. ¿Y si esta furgoneta no se puede abrir desde dentro?

Mis dedos palpan una manilla y siento un fuerte alivio. Me aterra la idea de quedarme aquí encerrado con este hedor hasta llegar a Helena.

Despacio, levanto la manilla y abro la puerta lo justo para colarme por la ranura.

Acabo de poner un pie en el asfalto cuando presiento que hay algo raro. Por encima del hedor del cuerpo en estado de descomposición de Chelsea,

huelo a humo.

Al volverme, veo al agente Gunther tirar un cigarrillo y mirarme furioso.

—¡No me jodas! —Se lleva la mano al arma—. ¡Al suelo, ya! —grita.

Joder. Joder. Joder.

CAPÍTULO 43

CHIVO EXPIATORIO

La psicología humana es un concepto que solo capto en abstracto, por lo general pasado un momento dado, pero hay algo en la rabia de la mirada de Gunther y en la forma primitiva en que infla las aletas de la nariz que me dice que está furioso conmigo y no solo porque me haya pillado en flagrante allanamiento. Entre Chelsea y él, aparte del parentesco, hay alguna relación que yo acabo de mancillar.

Caigo también en la cuenta de que en cuestión de segundos voy a estar tirado en el suelo, esposado y acusado de manipular pruebas y de cualquier otra cosa que dicten las leyes de este estado sobre el robo de material de un cadáver.

Como no encuentre un modo de librarme de esta, mis pesquisas, el descubrimiento de lo que le ocurrió a Juniper, mi vida... todo va a dar un giro.

Me quedo de pie y pruebo con la primera opción.

—Solo quería echar un vistazo a las heridas.

—¡Al puto suelo!

Escupe las palabras como si fueran lava hirviendo.

Desenfunda la pistola y me apunta a la cara. Estoy a un centímetro de que apriete el gatillo y me dispare una bala que me atraviese la frente, me perfora el cráneo y me deje un orificio de salida de cinco centímetros en la parte posterior de la cabeza por el que se esparzan mis sesos.

—Puedo averiguar quién lo hizo...

Me doy cuenta de que ya he levantado las manos. Psicológicamente, eso significa que ya me he sometido a su autoridad. Me ha sorprendido haciendo algo malo y lo he reconocido adoptando una postura de sumisión física.

Si pudiera retroceder en el tiempo unos segundos, habría sonreído en

lugar de mostrarme sorprendido al verlo, en lugar de quedarme boquiabierto, espantado, emitiendo todos los signos corporales de un hombre culpable.

En un momento, como no me someta por completo, va a dar un paso adelante y, pegándose el arma a la sien, me va a esposar para arrestarme. Está entrenado para no disparar a alguien que esté quieto, pero alguien que se resista al arresto de un modo que amenace su seguridad es un blanco legítimo.

Por lo general, cuando un policía mata a una persona desarmada es porque percibe alguna amenaza al establecer contacto físico o porque se asusta y aprieta el gatillo sin querer.

Algunos policías llevan armas con gatillos pesados, de dos o tres gramos, más difíciles de apretar accidentalmente. Gunther tiene pinta de llevarlo de un gramo. Lo veo más que seguro de ser capaz de controlarse en una situación crítica. Lo sabremos en los próximos segundos.

Sigo inmóvil mientras me rodea, pero no dejo de hablar.

—Hay algo inusual en las heridas. Me parece que aquí hay algo más que...

Alarga el brazo, me agarra la muñeca derecha y me echa el brazo a la espalda. No me resisto porque sé que me va a clavar el cañón del arma en los riñones.

Pruebo otra táctica: lo llamo por su nombre y menciono el objetivo común.

—Gunther, podemos resolverlo.

La manilla me aprieta la muñeca.

Maldita sea. No voy a convencerlo para que me suelte. Gunther es todo rectitud. Canaliza su rabia haciendo lo que le han enseñado a hacer.

Me agarra de la muñeca izquierda y me echa ese brazo a la espalda también. Al hacerlo, enfunda el arma, con la confianza de que podría volver a desenfundarla antes de que yo pudiera, en teoría, sacar ventaja física a la situación.

Ahora es el momento de actuar. Lo que ocurra en los próximos segundos determinará mi destino.

Me aprieta las esposas hasta que se me clavan en las muñecas, luego me pone una mano en el hombro y otra en la cadena que las une y me pega contra la pared.

Voy a tener que jugármela. Cuando he examinado el cadáver de Chelsea, he observado algo que también he visto en Gunther. Los dos tienen

la frente ancha y el mismo color de pelo. Es un parecido ligero, pero innegable. Uno de esos rasgos que se ven mucho en un pícnic familiar.

La reacción de Gunther es más que una defensa innata.

Ha reaccionado de forma exagerada. Ha sido por vergüenza.

No me queda otra que tirarme a la piscina.

—Sé lo que has hecho. —Se detiene medio segundo mientras me empuja de una palmada—. No se lo voy a decir a nadie.

Se yergue y me ronda cerca de la nuca. Noto su aliento en el cuello.

—¿Qué coño crees que sabes?

No creo que haya motivo para creer que tuviera nada que ver con el asesinato de Chelsea, pero tengo la fuerte sospecha de que sabe que sí tuvo algo que ver con que ella de pronto fuera tan vulnerable.

A eso me voy a agarrar.

—Sé que es tu prima.

—Cierra la boca —dice y, con otra palmada en la espalda, me estampa contra la pared.

No lo niega. Su reacción es una confirmación de que lo avergüenza su relación con ella. Si esa afirmación le ha hecho reaccionar así, lo que estoy a punto de decir lo va a desatar del todo.

Me preparo para su reacción y lo digo.

—Sé que te la tiraste.

¡Zas! Me da una patada en la corva de la pierna con la puntera de la bota y yo doy un traspié. Una milésima de segundo después me agarra por el cuello y me pone la zancadilla.

Caigo de lado al suelo de hormigón y me duele una barbaridad, pero no basta con eso. Ni mucho menos.

—Te tiraste a tu prima y la convertiste en una furcia.

—¡Cállate de una puta vez!

¡Zas! Me da una patada en plena espalda.

Me retuerzo de dolor y veo que está encendido de rabia. Se le hincha una vena en la frente, la misma frente que Chelsea.

Hago un cálculo rápido.

—¿Cuántos años tenía tu prima cuando te la tiraste? ¿Catorce? ¿Quince?

—Te crees muy gracioso, ¿no?

Se agacha y me da una bofetada. Me pega tan fuerte que me lo noto en la mandíbula.

Aún no es suficiente.

Lo miro con una sonrisa fingida para enfurecerlo más.

—¿Fue solo por tirarte a alguien de la familia o es que te gustan las jovencitas?

Con el primer puñetazo en la cara veo púrpura y rojo. Con el segundo, se me va el cuello hacia atrás y doy con el cráneo en el pavimento. La última paliza me la dieron unos aficionados; esta me la está dando un sádico entrenado. El siguiente golpe es tan fuerte que ni siquiera lo noto antes de perder el conocimiento.

CAPÍTULO 44

HOSPITALIZADO

Sé que estoy en un hospital. El cuándo, el dónde y el porqué son un misterio para mí. Una doctora de pelo castaño, gafas rosas y leves arrugas en un rostro bronceado me enfoca los ojos con una linternita.

Es guapa, pero me provoca una sensación de vulnerabilidad más fuerte que cualquier posible atracción. Quiero que me cuide como una madre, algo que sospecho que ha estado haciendo ya.

—¿Theo? ¿Está despierto? —Me dice algo más, pero siento un súbito dolor insoportable en la cara cuando intento hablar—. No diga nada. Le hemos fijado la mandíbula para que no abra la boca.

Me miro las muñecas para ver si tengo alguna de las dos esposada a la cama. No. Eso no significa que no me hayan detenido, pero su presencia habría sido una confirmación clarísima de que sí.

Echo un vistazo a la habitación e intento ver dónde estoy.

—Está en Blue Lake Hospital —dice la doctora—. Lleva aquí dos días. Tuvo suerte de que el agente Gunther lo encontrara. Vendrá luego a tomarle declaración sobre los tipos que lo asaltaron.

Así que esa es la historia que se ha inventado y vendrá a asegurarse de que la secundo.

No recuerdo lo sucedido después del segundo puñetazo, pero me lo puedo imaginar. Seguramente Gunther me quitó las esposas, me metió en su coche patrulla y me trajo al hospital. Apuesto lo que sea a que no es el más próximo a la comisaría.

Esta es la situación que yo pretendía generar. Si llega a arrestarme, lo habría tenido muy chungo y me habrían metido en la cárcel, pero no esperaba que me diese semejante paliza. La que me dieron Devon y compañía no era más que para asustar a un forastero. La del agente Gunther fue rabia pura.

Algo bestial.

Por un segundo, vislumbro lo que vieron Juniper y Chelsea en sus últimos momentos, aunque sospecho que los suyos fueron aterradores. Los míos fueron solo brutales.

—Asienta si le parece que está lo bastante despejado como para que lo informe de su estado. —Asiento. Acerca una silla a la cama y se sienta. En su etiqueta de identificación pone «Dra. Talbot»—. Tenía la mandíbula dislocada. Se la encajamos fácilmente. No hay fracturas, pero quiero tenerlo estabilizado un día más. La tendrá inflamada unos cuantos días y no le aconsejo que se coma ningún bocadillo gigante en un mes. ¿Entendido?

Asiento de nuevo.

—Tiene una fractura en un cartílago costal. Le dolerá un tiempo, pero se curará sola. Además, tiene la cara bastante magullada, pero volverá a estar tan guapo como siempre. Si es que lo era antes y, si no, sería un buen momento para plantearse una cirugía estética de nariz —dice, sonriendo—. Así que el diagnóstico es que no hay ninguna lesión de carácter permanente, pero tendrá dolores durante un tiempo. Le daré analgésicos para los primeros días e iremos viendo cómo evoluciona. Le recomiendo ibuprofeno o ibuprofeno y una cerveza después.

Me pongo la mano delante de la cara y, con la otra, me doy unos golpecitos en la palma.

—¿Quiere un espejo? ¿Cree que podrá digerirlo?

Asiento con la cabeza. Saca un espejito de mano del cajón de mi mesilla y me lo sostiene delante de la cara.

Mis mejillas son dos bultos carnosos de color púrpura y amarillo. Me recorre la mandíbula una larga línea azul rodeada de capilares reventados.

Como he sido auxiliar sanitario de emergencias, he visto el resultado de muchas palizas. Casi se podía deducir el incidente por el tipo de traumatismos sufridos. En las peleas de bar siempre había muchas lesiones oculares, alrededor de la cuenca del ojo, y costillas rotas cuando el asaltante tenía a su víctima en el suelo y se liaba a darle patadas, más o menos lo que me pasó a mí cuando los amigos de Amber se desquitaron conmigo.

En las llamadas de violencia machista, a menudo observaba capilares reventados por la cara, porque el agresor abofeteaba a la víctima una y otra vez. Las bofetadas son una especie de reacción punitiva, no defensiva. Con ellas se quiere producir dolor, mientras que, con los puñetazos, se pretende incapacitar.

Después de los puñetazos, Gunther empezó a abofetearme. Le toqué la fibra sensible. No fue solo porque lo humillara mencionando la relación sexual que mantuvo con su prima, sé que le provoqué algo más: una rabia fruto de la impotencia. No pudo estar ahí para protegerla, a esa chica a la que él había vuelto vulnerable. Así que redirigió toda esa energía hacia mí. Cuando yo estaba tirado en el suelo y Gunther abrió el puño para abofetearme, dudo que viera mi cara. Podría haber sido la suya o, aún peor, la de Chelsea.

—Voy a dejarlo descansar un poco más —dice Talbot, dándome una palmadita en la rodilla—. Si baja la inflamación, puede que luego le quite el vendaje de la cabeza. Se recupera muy rápido. Procure seguir así.

Cuando se marcha, miro fijamente las cortinas. La luz del día se cuela en pequeñas dosis entre las ramas en movimiento y crea un patrón hipnótico mientras el viento las mece. Por una ranura diminuta veo el pico nevado de una montaña a lo lejos.

Los analgésicos hacen su efecto. Si no muevo la boca, casi me olvido de los traumatismos que ha sufrido mi cuerpo. Más vale que lo disfrute mientras pueda. Los próximos días van a ser atroces.

¿Y, después, qué?

CAPÍTULO 45

SALIDAS

Estoy tomando notas en un bloc de hojas amarillas que Talbot ha sido tan amable de traerme al ver que no había tocado el mando a distancia del televisor.

He estado pensando en una especie de ecuación, una versión simplificada de MAAT. Encontré el cadáver de Chelsea bastante rápido en cuanto entendí cómo limitar la zona de búsqueda para encontrar un suelo que hubiese sido manipulado recientemente. Aunque ignoro si la flora local me sería de gran ayuda en otras zonas, ha funcionado bastante bien en esta parte de Montana.

La ecuación es más bien un programa, una especie de diagrama de flujo. Empieza con el cálculo de la probabilidad de que exista una persona desaparecida que encaje en ese perfil vulnerable para contrastarlo con los datos geográficos y la densidad de población. En teoría, podría cambiar algunas de las variables y aplicarlo a todas partes. En lugar de buscar alteraciones en la vegetación, podría servirme de datos topológicos para calcular cuál podría decidir un asesino que es el sitio más alejado pero accesible para esconder un cadáver. Los técnicos de la policía científica usan sondas de metano para localizar cadáveres en descomposición. También se puede usar un sonar para detectar la densidad del suelo u obtener imágenes térmicas a determinadas horas del día. Un cuerpo enterrado desprende un calor distinto al de la tierra que lo rodea.

Otra posibilidad sería usar un lidar, un láser que mapea el paisaje en 3D. Si tuviera ocasión, me encantaría ver si hay en el terreno alguna abolladura o abultamiento más o menos del tamaño de un cadáver. Eso podría ser significativo desde el punto de vista estadístico y proporcionarme otra forma de explorar una zona extensa en poco tiempo.

Lllaman a la puerta y la doctora Talbot asoma la cabeza.

—Bien, está despierto. Vamos a echarle un vistazo a ese careto.

Se sienta al borde de la cama y me palpa con cuidado el contorno de la cara. Me fascinan sus ojos. Es evidente que está haciendo una valoración clínica, pero hay una compasión visible en ellos, no necesariamente por mí como persona, sino por mi cuerpo, por mí como paciente.

—A ver por aquí... Pestañee si le duele. —Me pasa los dedos por la mandíbula. Noto un poco de dolor, pero nada que ver con lo de ayer. No pestañeo—. Bien. Le voy a quitar esto. —Me quita la venda que me inmovilizaba la mandíbula y la deja a un lado—. Muy bien, despacio, abra la boca. Pare cuando le duela. —Separo los dientes bastante hasta que noto una punzada fuerte al fondo de la boca. Paro ahí. Mide la distancia entre los dientes con una regla pequeña—. No es una herramienta muy científica, pero a mi padre, que era veterinario, le funcionaba. Lo bueno es que ya puede pasar de comer con pajita a tomar algo que quepa en una cuchara. Ahora pido que le suban una sopa. ¿Le apetece?

—Sí, señora —respondo con voz áspera.

—Hay que administrarle líquidos. Mientras tanto, tiene una visita especial.

Miro hacia la puerta, confiando en ver entrar a Jillian, pero quien entra es el agente Gunther.

Me tiembla el cuerpo entero un instante. No sé si es una reacción cerebral o un simple reflejo muscular. En cualquier caso, se me hace un nudo en el estómago y me quedo frío.

—Mire quién es, Theo, el hombre que lo rescató —me dice Talbot con una sonrisa afectuosa, apretándome el hombro—. Seguro que se alegra de verlo.

Miro a Gunther y asiento con la cabeza.

Ni se lo imagina.

—Los dejo solos para que puedan hablar. —Se levanta y se acerca a Gunther—. Es un detalle por su parte que venga a verlo.

—Sí, señora —responde él, inquieto.

Lo cierto es que me alivia ver que no se calza la mentira como un par de zapatos nuevos. Eso me haría sospechar que es un sociópata. En cambio, acepta incómodo el elogio, procurando no mirarme la cara magullada.

Cuando sale la doctora, Gunther cierra la puerta y se sienta en un rincón, mirando al suelo, en una postura como desganada. No quiere mirarme

a la cara y ver el daño que me ha hecho.

—No debería haber entrado en esa furgoneta —dice después de un silencio incómodo.

Ahora mismo no para de darle vueltas a lo que ha hecho. No tiene claro si ha hecho bien no arrestándome.

—No van a encontrar al asesino de Chelsea —replico.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya he visto lo que ha pasado con mi amiga Juniper. Cometerán el mismo error una y otra vez.

Aliviado de que la conversación no se centre en lo que me ha hecho, por fin me mira a los ojos.

—Usted no sabe nada de Chelsea y de mí.

—Creo que la apreciaba mucho.

Omito el hecho de que, además, lo avergüenza mucho en qué se convirtió.

—Yo era como un hermano para ella. Sus padres casi nunca estaban en casa y yo tenía que estar pendiente de ella. —Hace una pausa—. Cuando se hizo mayor...

El pueblo es pequeño. El número de mujeres disponibles es limitado. Por eso el matrimonio entre primos hermanos es tan corriente en tantas partes del mundo; otra razón para ello es que resulta más fácil conservar las propiedades en las llamadas sociedades de nulo beneficio.

—Cuando lo vi bajar de la furgoneta, me dije: «Pero ¿qué coño hace ahí?». Y, luego, como empezó a hablar y no se callaba... ¿Qué demonios hacía ahí dentro?

—Buscando bacterias y muestras de pelo.

—Todas esas cosas científicas ya las hacen en los laboratorios de la estatal.

—No como lo puedo hacer yo. Ellos llevan un retraso de veinte años con respecto a las herramientas a las que yo tengo acceso.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tal quedarían esas herramientas tuyas en un tribunal?

—Me importan un pimiento los tribunales ahora mismo. Quiero encontrar al asesino.

—¿Va en serio?

—Lo bastante en serio como para hablar de más y que me diera una paliza en lugar de echarme a patadas del estado e impedirme terminar lo que he empezado.

—Sabía que estaba intentando cabrearme —dice, meneando la cabeza.

—Y estoy aquí en vez de estar en la cárcel.

—Aún podría encerrarlo.

—Podría haber dicho que me resistía al arresto —digo, señalándome la cara— y haberse ido de rositas, pero ahora ya no. Ha sido mi tarjeta de «Quedas libre de ir a la cárcel».

—Puede que sí. Puede que no. —Se levanta—. Le he traído algunas de sus cosas. La mochila está en el armario.

—¿Es ahora cuando me va a decir que me vaya del pueblo?

—Me importa una mierda lo que haga, pero no se me ponga delante. Hay algo en usted que no me gusta.

Eso está claro.

En cuanto se va, reúno energías para levantarme de la cama. Aunque conservo la fuerza, los analgésicos me hacen perder un poco el equilibrio. Creo que no me voy a tomar la siguiente ronda de pastillas, a ver qué tal me va.

Agarro la mochila del armario para sacar el portátil. Al abrir la cremallera, me encuentro una bolsa de pruebas de plástico encima de la ropa. Dentro están las muestras que tomé del cadáver de Chelsea. Gunther me las ha dejado ahí.

CAPÍTULO 46

ACADÉMICO

Cierro los ojos y abro la boca todo lo que puedo para que quepa el bocado de tarta de cereza. Me noto la parte posterior como si una fresadora me estuviera destrozando las terminaciones nerviosas, pero aguanto lo suficiente como para meterme la comida y retirar enseguida el tenedor.

La base de galleta es lo primero que entra en contacto con la lengua, seguida de la acidez de las cerezas y una avalancha de dulzor de la nata que lo cubre todo mientras le doy vueltas en la boca. Me centro en el sabor y el dolor se reduce a un bramido sordo de fondo.

Cuando abro los ojos, Jillian se ha colado en el cubículo junto con Gus. Los dos me miran con cara rara.

—¿Quieres que te lo pase por la batidora? —me pregunta ella.

—A lo mejor prefieres quedarte a solas con esa tarta —bromea Gus.

—Lo siento. Es el primer alimento sólido que tomo en muchos días. —Agarro otro trozo con el tenedor—. Esta riquísima, Jillian.

—Pero duele comerla.

—Solo al abrir la boca, pero merece la pena.

—Pues sigue, entonces —dice, dándome una palmadita en la mano.

Noto que las yemas de sus dedos se detienen en mis nudillos un instante, luego se alejan, deslizándose suavemente por los espacios de entre los dedos. No sé si ha sido intencionado, pero, desde luego, ha sido sensual mientras ha durado.

Me mira detenidamente a la cara.

—No puedo creer que no hayan atrapado a los animales que te han hecho eso.

Me incomoda muchísimo mentirles a ella y a Gus, pero no quiero revivir algo que ya es pasado.

—Estoy convencido de que se equivocaron de persona.

—Lástima que no pudieras verles bien la cara.

—Sí, una pena.

Sorprendo a Gus mirando de reojo a Jillian y volviéndose enseguida hacia mí.

—Entonces, doctor Cray, ¿te vamos a ver más por aquí en el futuro?

—En teoría tengo que reincorporarme al trabajo el lunes. Empiezan las clases.

—Seguro que estás deseando volver —dice Jillian.

—Sí... —Persigo el relleno de cereza por el plato con el tenedor. El rastro que deja me recuerda las heridas del cadáver de Chelsea y se me quita el apetito—. Pero he estado pensando que no debería hacerlo de inmediato. No quiero que mis alumnos me vean así el primer día —digo, señalándome la cara hinchada.

—¿Puedes faltar así sin más?

—Claro. Son alumnos de primer curso. Hay muchos adjuntos que pueden encargarse de un grupo así.

Eso no es del todo cierto. Podría pedirle al departamento que me dieran una baja de uno o dos días y que alguien me sustituyera, pero faltar más de una semana al comienzo del semestre es motivo de despido.

He estado intentando decidir qué hacer, pero yo mismo me lo acabo de decir, más o menos. Quizá haya sido por cómo me lo ha preguntado Jillian o por la súbita imagen del cadáver de Chelsea y el recordatorio de que el asesino de Juniper aún anda suelto.

Voy a tener que avisar al centro de que no estaré allí al comienzo del semestre. Me veo reflejado en el servilletero y caigo en la cuenta de que puede que el agente Gunther me haya hecho otro favor.

La doctora Bacall, mi jefa en la universidad, es una de esas urbanitas elitistas que piensan que el resto del mundo está repleto de trogloditas. No tengo más que mandarle un correo electrónico contándole que me han asaltado unos gañanes de aquí y enviarle una de las fotos que me hice en la cama del hospital.

—Entonces, Gus, ¿crees que podría alquilarte ese cuarto una semana más o así?

—Podemos llegar a un acuerdo. Podría hacerte una rebaja si me ayudas con unas cuantas cosas.

Veo que Jillian sonrío con disimulo.

—Bueno, tengo que atender unas cuantas mesas. Me alegra saber que vas a quedarte un poco más.

Gus espera a que se aleje, luego se vuelve hacia mí.

—¿Qué piensas hacer con ese asunto?

—¿«Ese asunto»?

—¿Necesitas un microscopio para todo? A esa chica le gustas.

—Ah. Es fantástica, pero no me voy a quedar tanto tiempo.

Levanta la vista al techo y menea la cabeza.

—Eres el listo más tonto que he conocido jamás. Esa es una de las razones por las que le gustas: que puede tener un lío contigo, no un largo romance. Una convergencia feliz que dure lo justo.

Miro nervioso por encima del hombro para asegurarme de que no me oye.

—No he venido a eso.

—Tú verás. ¿Y a qué has venido entonces?

—A averiguar quién mató a Juniper y a Chelsea.

—¿Y ya está? Habiendo un millar de efectivos de las fuerzas de seguridad en este estado, ¿vas a ser tú quien encuentre al asesino?

—Habiendo un millar de efectivos de las fuerzas de seguridad en este estado, ni uno solo cree que haya un asesino. Empiezo a pensar que a lo mejor tampoco va a ser tan difícil encontrar a ese tipo en cuanto sepa dónde buscar.

—¿Y luego qué?

—¿A qué te refieres?

—Lo encuentras ¿y luego qué? ¿Lo arrestas? ¿Llamas a la prensa? ¿Lo matas?

—Joder, no soy Batman. Pues... no sé. Se lo digo a la policía.

—¿A la misma que piensa que estás chiflado y que hay una epidemia de osos asesinos?

—No sé.

Gus me mira fijamente y me hace sentir como un niño.

—Esto no es un trabajito de investigación universitaria. No termina con un sumario, una conclusión y una gráfica. Estás hablando de encontrar a un asesino y decirle al mundo quién es. Por el camino, te vas a encontrar con algunas piedras que no convendría que removieras. Mírate la cara.

—No sé bien de qué me estás hablando...

—Pues eso: que si uno de los novios de Chelsea va a por ti, que si

alguien se empieza a agobiar cuando dices que has encontrado el cadáver...

—¿De qué hablas?

—Te dije que este pueblo es como una herida purulenta. Ya te han dado dos palizas solo por hacer preguntas. ¿Qué pasará cuando estés más cerca de la verdad?

—No lo sé.

—Ese es el problema, Theo. Solo ves lo que quieres ver. Es muy probable que logres seguir el rastro del oso hasta su guarida, ¿y luego qué?

—Tendré que andarme con cuidado.

—Hasta ahora se te ha dado de pena. ¿Quieres un consejo? Coquetea con Jillian. Te la llevas a cenar y al cine mañana. Le das un beso de tornillo, si consigues que te mire a ese careto hinchado, le recuerdas que es una mujer atractiva y después te vuelves a la universidad y ejerces de profesor el lunes por la mañana. Un día igual escribes algo sobre cómo encontraste el cadáver de Chelsea. Y ya está.

—No puedo dejarlo escapar —replico—. Primero Juniper, ahora Chelsea. ¿Quién más habrá por ahí? ¿Qué clase de hombre sería si me marchase sin más?

—Uno vivo.

—Llevo demasiado tiempo sin hacer nada.

—Si tú te quedas, el profesor se va.

—¿Qué demonios quieres decir?

Gus me señala la cara con el dedo.

—Eres una puta víctima. Una bomba de relojería a punto de estallar. Lo cierto es que no pongo en duda que seas capaz de encontrar a ese asesino. Eso es lo que me asusta. Temo que vayas detrás de no sé qué pista y jamás sepamos nada más de ti. Si tienes razón respecto a quien sea o lo que sea que está haciendo esto, no habrá cadáver. No habrá lugar de los hechos. No serás más que estadística. Y ella y yo —dice, señalando a Jillian con la cabeza— nos sentaremos aquí todas las noches a mirar por la ventana y a preguntarnos qué habrá sido de ti, a sabiendas de que estarás muerto en alguna fosa poco profunda en medio de la nada.

—Me has dicho que, si yo me quedo, el profesor se va, ¿a qué te refieres?

—Este pueblo no es un buen lugar para un académico. Si te quedas, tendrás que pensar como un cazador, no como un mero observador.

—¿Y eso cómo lo hago?

—Para empezar, te voy a dar mi escopeta. Además, tienes que empezar a llevar pistola. Practicaremos un poco el tiro para asegurarnos de que no te disparas accidentalmente. Y mañana te despertaré temprano para enseñarte un poco de defensa personal. Estoy oxidado, pero creo que le puedo enseñar a un desastre como tú a parar los golpes mejor de lo que lo has hecho hasta ahora.

—Te lo agradezco.

—Pero no bastará con eso —dice, meneando la cabeza—. La única forma de dejar de ser una víctima es pensar como un asesino. Y no creo que eso se te dé bien.

CAPÍTULO 47

BAJAS BAYESIANAS

Cinco días más tarde, el sol se zambulle en el valle, al oeste, y talla sombras alargadas en la luz anaranjada casi extinta al tiempo que clavo la pala en la tierra y cavo mi quinto hoyo mientras me digo que, después de este, daré por concluida la jornada.

Hace dos años se denunció la desaparición de una chica de diecinueve años llamada Summer Osbourne. Vivía en la localidad de Silver Rock, a cinco kilómetros, por carretera, de Hudson Creek. Mi programa ha destacado esta zona como de alta probabilidad para el asesino.

Al parecer, Summer no había descendido tanto en la escala social como Chelsea, por lo que su desaparición es mucho más sospechosa todavía.

Me he desviado de mi camino para comprobar si lo de Chelsea fue solo chiripa o MAAT dio en el clavo. En el fondo, sé que no ha sido chiripa, pero el científico que llevo dentro me pide que verifique mi propia hipótesis.

Cuando MAAT puso una enorme banderita roja aquí, decidí comprobar si había alguna denuncia de desaparición que encajara con el perfil. Ha habido seis en los últimos diez años. La de Summer es la más reciente.

La otra razón es que el caso de Chelsea no progresa. No hay ninguna prisa. Han hecho público un informe preliminar sobre el posible ataque de un puma o un oso y han enviado el cadáver a Bozeman para someterlo a un análisis más minucioso.

Me he cansado de ser el chiflado que se planta en comisaría con el disparate de que hay un asesino que hace que sus crímenes parezcan ataques de animales.

Mi objetivo es reunir tantas pruebas como pueda. Ahora mismo, eso exige encontrar otro cadáver.

Dejo de cavar un rato y echo un vistazo al bosque que me rodea. Estoy

apenas a sesenta metros de la autopista, pero me siento como si estuviese a miles de kilómetros.

Llevo la escopeta de Gus en la bolsa de lona, que tengo cerca, y me he metido su pistola por la cinturilla. No le costó mucho convencerme de que las llevara.

Por mi bien, gasté una caja de munición en asegurarme de que aún sabía manejar un arma. Aunque sé que no me voy a apuntar con la pistola, no tengo claro si seré lo bastante rápido o estaré preparado psicológicamente como para usarla si fuera necesario, pero un poco de protección es mejor que nada. Si me topo con el asesino, dudo que me baste con el espray de pimienta que suelo llevar. Claro que la probabilidad de que me lo encuentre casualmente aquí, en el bosque, es infinitesimal. Casualmente...

Retiro otra capa de tierra y queda al descubierto un trozo de tejido púrpura.

Me quedo helado. Ya no me emociona tener razón. Solo siento un temor abrumador.

Suelto la pala y me pongo unos guantes de látex para escarbar con la mano. Mientras retiro con cuidado la tierra de alrededor, empieza a asomar el contorno de una cabeza. El tejido es una camiseta. Cuando la levanto, un rostro cadavérico me mira con ojos de un azul celeste blanquecino, a juego con el cielo matinal. Le tapan la cara unos mechones de pelo rubio, casi como si esperaran a que se los apartase con la mano. Descubro el torso y veo los pechos pequeños desnudos y cubiertos de tajos. Summer tiene abierto en canal el abdomen, del que sobresale una masa fétida de intestinos inflamados.

Necesito tomar muestras, pero tengo que hacer un descanso. Sus ojos me superan. Deberían estar más descompuestos, pero la camiseta y los componentes químicos del suelo circundante los han preservado de algún modo. Es como si aún estuviera viendo lo último que vio.

Retrocedo y me apoyo en un árbol, recupero el aliento, procuro retener el aire.

«Compórtate como un científico, Theo. Ella no necesita que nadie llore su pérdida ahora. Lo que necesita es que alguien averigüe quién le hizo esto.»

Vuelvo al hoyo y me arrodillo para seguir escarbando alrededor.

Mientras le retiro la tierra de los brazos, pienso en cuando Summer era pequeña y su madre la bañaba y le frotaba la espalda. Si su madre hubiera tenido la menor idea de lo que el destino le depararía a su pequeña, ¿se habría separado de ella alguna vez?

Como es lógico, sus brazos están rígidos. Le levanto el derecho lo suficiente como para hacerle una foto de los tajos y tomo una muestra de tejido. El brazo tapa por un instante los poderosos ojos de la joven, pero, cuando vuelvo a bajarlo, ella sigue mirando al cielo, casi como si pidiera a Dios una explicación.

«No está en casa, cariño. Y, si está, le da igual.»

Se me contrae la oreja y tengo la sensación de que me vigilan. Enseguida intento analizar la sensación: es como un cosquilleo por la espalda. Primero paseo la vista despacio por los árboles de alrededor. Como no veo más que bosque, giro la cabeza ligeramente. A unos doce metros de distancia, veo tres pares de ojos brillantes a la luz del sol poniente. Lobos. Grandes.

Probablemente han olido el cadáver mucho antes de que yo levantase la camiseta. Atraídos por el olor, se han reunido para observar y esperar.

No la puedo dejar aquí. A Chelsea la tapé porque no había nada cerca que pudiera desenterrarla. En cuanto deje a Summer, por muy hondo que esté enterrada o mucho que yo la cubra, los lobos vendrán a por ella. Saben que está aquí.

Tengo que llevármela.

Cuando termino de desenterrarla, el sol se ha puesto ya. Había dejado la linterna al borde del hoyo, apuntando a los lobos, pero se han esfumado mientras no miraba.

Estoy levantando con cuidado el cadáver y trasladándolo a la lona alquitranada que he extendido en el suelo cuando detecto unos ojos plateados que me observan desde mucho más cerca. Han eludido mi cono de luz y se encuentran a solo unos metros de distancia.

En teoría, los lobos rehúyen a las personas y sus ataques son extraordinariamente raros. Lo que no sé es cuál es la estadística para seres humanos que están completamente solos en un bosque al lado de un cadáver en descomposición.

Coloco a Summer en el centro de la lona. Tiene las rodillas algo dobladas y se le ve la piel blanca por los desgarrones de las mallas negras. Mientras intento envolverla en la lona, le caen en la cara unas gotas de sudor mío que le corren por las mejillas sucias como si fueran lágrimas.

El gruñido de uno de mis observadores me devuelve bruscamente al presente.

Los músculos de Summer están tan degradados ya que han superado la

fase del *rigor mortis*, con lo que su cuerpo es lo bastante flexible como para curvarse cuando me la echo al hombro.

Me cuelgo la bolsa de lona del otro hombro y, con la linterna, me ilumino el camino de vuelta al Explorer.

Mis sombras grises me siguen en la oscuridad, profiriendo gruñidos inútiles con la esperanza de que suelte el cadáver, pero no lo hago. Tampoco hago uso de la pistola ni de la escopeta, ni siquiera para disparar un tiro de advertencia.

Estas criaturas son cobardes oportunistas y no se atreven a atacar a algo más grande que ellas. No como el hombre que mató a Summer.

Eso espero. Rezo por que así sea.

CAPÍTULO 48

INERCIA

El comisario Shaw está de pie junto al portón trasero de mi Explorer, apuntando con la linterna al rostro de Summer. Tal y como va vestido, con una camiseta, una parka y pantalones de chándal que apenas pueden contenerle la tripa, la linterna es lo único que indica que forma parte de las fuerzas de seguridad.

—¿Quién dice que es esta chica? —pregunta.

—Summer Osbourne —dice su ayudante, flaco y de escaso pelo castaño rojizo.

Era la única persona que había en comisaría cuando he llegado y, en cuanto le he enseñado las fotos del cadáver que llevo en el Explorer, ha tardado dos segundos en llamar a su jefe.

—¿Osbourne? —replica Shaw—. No recuerdo a nadie con ese nombre.

—A lo mejor recuerda a su padre, MacDonald —le explica su ayudante.

—¿Los que viven por donde los establos de Finley? ¿En la casa grande? ¿Que el padre es el dueño de la fábrica de tuberías?

—Esos.

—¿Qué tenían, seis hijos, los MacDonald?

—Cinco con Summer. Ella era hijastra.

—¿Summer MacDonald? —Shaw menea la cabeza—. Se fugó con ese tipo de Wyoming. —Se vuelve hacia mí—. ¿No dice que se apellida Osbourne?

—Así figura en la denuncia de desaparición.

—Bueno, ese es el problema, que nunca las actualizan. Estos chavales se van de casa unos días y sus padres vienen a comisaría, se empeñan en denunciar y luego no se molestan en avisarnos cuando vuelven a casa.

Empieza a frustrarme el interrogatorio de este troglodita.

—Comisario, esta chica ya no va a volver a casa, joder.

Gira la linterna y me alumbró la cara.

—¡Esa boca! Se ha presentado aquí en plena noche con una chica muerta medio desnuda en el maletero. Eso es sospechoso. —Se vuelve hacia su ayudante—. ¿No apareció también un tío con un cadáver en la comisaría de Hudson Creek?

—El de la segunda víctima de un ataque de oso —responde el ayudante.

—¡Madre de Dios! —protesto—. Primero, no fue un ataque de oso. Segundo, fui yo el que encontró ese cadáver.

El comisario me escudriña un momento con sus ojillos entornados, luego revive y apunta a Summer con la linterna.

—¿Me está diciendo que ya ha encontrado a otra chica como esta?

—Más o menos, sí.

—Lo de este tío no es normal —dice, dirigiéndose de nuevo a su ayudante.

—Por eso lo he llamado, jefe.

—Mucha coincidencia que haya encontrado dos cadáveres, ¿no le parece?

Me doy cuenta de que lo más cerca que este tipo ha estado de un caso de asesinato más complicado que una disputa doméstica es lo que ha visto en televisión.

—Soy científico. Estoy investigando un nuevo procedimiento de detección. He investigado el caso de Summer Osbourne porque era similar a los de Chelsea Buchorn y Juniper Parsons.

—¿«Un procedimiento de detección»?

—Pregunte a Hudson Creek. Ellos ya están informados.

—¿Y ha traído aquí el cadáver sin más? ¿No sabe que eso es manipulación de pruebas?

—Cuando lo he destapado, han aparecido unos lobos.

—Los lobos nunca molestan a nadie. Son cobardes.

—No me preocupaba que me atacaran a mí, sino que la atacaran a ella. Son carroñeros. Sabían dónde estaba enterrada.

—Si le preocupaba que se la comieran los lobos, ¿por qué la ha desenterrado?

¿Me lo está preguntando en serio? Inspiro hondo.

—No tenía seguridad de que estuviera enterrada allí hasta que he empezado a cavar.

—Si tenía idea de dónde podía estar el cadáver, ¿por qué no ha venido a avisarnos?

¿En serio?

—No quería hacerles perder el tiempo por si estaba equivocado.

—Pues ahora tengo pruebas manipuladas. ¿Qué se supone que voy a hacer yo con eso?

—Hace una hora ni siquiera pensaba que la chica hubiera desaparecido. Ahora tiene muchísimo más que antes.

—Carl, ve a tomarle declaración. Yo voy a llamar al médico para que se lleve el cadáver. Llama a Warren, del Servicio de Pesca y Vida Silvestre. — Hace una breve pausa—. Y dile a Jefferson que venga con el kit de huellas y análisis forense. Quiero asegurarme de que esta chica no ha muerto en el maletero de este SUV.

Carl mira fijamente el cadáver de Summer, luego se vuelve hacia el comisario.

—Por el aspecto de la chica, dudo que este SUV hubiera salido siquiera de la cadena de montaje cuando la mataron.

—Haz lo que te digo, Carl.

—Sí, señor.

Paso las dos horas siguientes prestando declaración y respondiendo a preguntas sobre mi paradero. Luego el comisario Shaw me toma las huellas, me hace una fotografía y lo pasa todo por el ordenador para asegurarse de que no soy un asesino en serie.

Después hago una excursión con Shaw, Warren, del Servicio de Caza y Pesca, y otro ayudante para enseñarles dónde he encontrado el cadáver.

Los lobos ya se han ido hace rato, claro, pero la fosa poco profunda donde la he encontrado sigue como yo la he dejado.

Es medianoche cuando por fin me sueltan. Al salir, oigo a Warren explicar que los osos a veces entierran a sus víctimas para poder volver luego a por ellas.

Genial, tíos, creed lo que queráis.

Confío en que al menos no se les olvide llamar a la madre de Summer para decirle que su pequeña jamás volverá a casa.

Demasiado agotado para conducir hasta el motel de Gus, reservo una habitación en el pueblo vecino.

Me quedo dormido poniendo equis en un mapa que MAAT ha generado. Cruzan claramente el estado, siguiendo la franja púrpura del patrón

de caza del asesino.

Cada una es otra Summer o Chelsea en potencia.

Me preparo para futuros encuentros incómodos con las fuerzas de seguridad locales a medida que vaya desenterrando cadáveres.

En algún momento dejarán de recurrir al manido «Lo ha hecho un oso».

Espero.

CAPÍTULO 49

RECUENTO DE CADÁVERES

Lily Ames era de un pueblo cercano a Seattle. Sus padres la vieron por última vez hace casi dos años, cuando decidió recorrer a pie el país. Y se mencionaban Yellowstone y Montana.

Dos días después de hallar a Summer, la encuentro a menos de un metro bajo tierra, a trescientos veinte kilómetros de la entrada más próxima al parque.

Le han seccionado el cuello de tal forma que se le ve la columna vertebral por la nuca. Sus ojos están cargados de terror. Tiene un cardenal amarillo en una mejilla, lo que significa que sufrió alguna agresión bastante antes de que dejara de latirle el corazón.

Con la llana y luego con las manos, retiro la tierra de alrededor de las piernas y le examino las plantas de los pies. Las tiene destrozadas, cubiertas de sangre.

Corrió antes de que la matara.

El asesino estuvo jugando con ella.

Cubro su cadáver con un plástico y vuelvo a cubrir el hoyo.

Pongo una banderita naranja como indicador temporal de enterramiento para que la policía sepa dónde encontrarla cuando les haga la llamada anónima de aviso.

Michelle Truyols era de Alberta y llegó hasta Montana, donde trabajó como camarera al principio y como prostituta después, en algún momento, antes de llegar a la frontera. Según el artículo de un periódico, una amiga declaró que conoció a un tío que era un camionero de largas distancias con un problema de drogadicción. Puede que le trasladara su problema a Michelle.

Su cadáver está a menos de veinte metros de la carretera, detrás de una

pequeña cadena montañosa, en el mismo tipo de hondonada que las otras. Tiene el brazo derecho repleto de cardenales, como si la hubieran agarrado por la calle y la hubieran arrastrado hasta allí.

Unos tajos largos la recorren desde la espalda hasta el vientre, como si la hubieran atacado desde arriba y luego la hubieran inmovilizado en el suelo.

Tomo muestras y fotografías y vuelvo a dejarla enterrada con otra banderita naranja para la policía.

Como las demás, Stephanie Grant descansa bajo una mata de plantas diversas. Ya no me cuesta nada detectarlas haciendo coincidir el patrón de crecimiento con el momento en que desaparecieron. Ha empezado a ser un método muy preciso. El asesino tiene un tipo de víctima preferido y un tipo de sitio preferido para enterrarlas. La he encontrado simplemente subiéndome a una colina a mirar. El cadáver casi me ha llamado.

Estoy aturdido. Cinco cadáveres de momento. Todos ellos perdidos y casi olvidados.

Ser la primera persona que los ve, incluso la primera que sabe de su existencia, resulta inquietante.

Todos los puntos rojos de la franja púrpura del mapa de MAAT han sido un acierto. Y eso es aterrador.

Desde el punto de vista estadístico, cuando los cálculos de probabilidades se salen de las tablas, algo va mal. No se debe a que MAAT sea muy preciso sino a que hay muchísimos más cadáveres ahí fuera que puntos rojos.

MAAT me enseña solo los que tienen un noventa por cien de probabilidades o más. Cuando ajusto el rango para que incluya los del cincuenta por cien o más, ocurre algo aterrador: mi veintena larga de puntos se convierte en varios centenares.

Sé cómo encontrar un tipo de enterramiento. Quién sabe si el asesino tendrá otros métodos para deshacerse de los cadáveres. Podría estar encontrando solo a las víctimas con las que tuvo que improvisar, a las que no le dio tiempo a esconder mejor. Dicho esto, parece que no se le está dando mal.

Montana tiene un millón de residentes y un número incluso mayor de turistas visitan el estado cada año. Están también las personas que lo cruzan, las que cruzan el país y las que van y vienen a Canadá.

Un buen observador no tendría problema en detectar las presas

vulnerables, personas que pueden desaparecer fácilmente sin que se arme un alboroto.

Igual que yo me he acostumbrado a detectar las hondonadas y las matas de vegetación que señalizan los enterramientos, el asesino podría calcular a simple vista el grado de vulnerabilidad de una víctima.

Podrían ser los signos externos de drogadicción. O podría ser observándolas y viendo que no tienen familia cercana ni amigos en la zona.

Me asusta pensar que esa podría ser una habilidad que el asesino perfeccionara cada vez más hasta volverse completamente intrépido.

Mientras compacto la tierra de alrededor de la tumba de Stephanie y coloco la banderita, caigo en la cuenta de algo: aunque es importante que siga encontrando los cadáveres, a menos que extraiga el ADN de las víctimas y encuentre coincidencias, no voy a atrapar al asesino por una pista que haya dejado por descuido.

Debo entender cómo piensa. Debo saber por qué hace lo que hace.

Eso no lo voy a encontrar enterrado por ahí. Debo ir a los sitios donde ha ido y ver las cosas que ha visto.

Debo fingir que soy el asesino.

CAPÍTULO 50

ANTROPÓLOGO

Hace diez días que salí del hospital y he estado ignorando los correos electrónicos de mi supervisor. Me daba demasiado miedo leerlos. Me estoy acercando, pero necesito más información.

El doctor Seaver, un antropólogo de mediana edad que da clases ahora en la Universidad Estatal de Montana me conduce escaleras abajo al sótano donde tiene sus especímenes.

—¿Quiere ver lo bueno? —pregunta, dirigiéndome una mirada un tanto diabólica por encima del hombro.

He encontrado su nombre haciendo una búsqueda de asesinatos rituales en la zona. Seaver, originario de Cornell, forma parte ahora de un estudio interdisciplinar con el que se explora la violencia y la cultura humanas. Me llamó la atención porque escribió un artículo donde comparaba los homicidios contemporáneos con sus precedentes históricos.

Llegamos al final de las escaleras, donde comienza un estrecho pasillo entre filas de armarios. Las escasas bombillas no contribuyen mucho a combatir la oscuridad.

El aire posee el olor rancio de las cosas en descomposición. Es un anacronismo comparado con los laboratorios modernos, climatizados, y el almacenamiento al vacío.

—El laboratorio de verdad está en el Museo de las Rocosas, pero ese es sobre todo de paleontología. Pre-Holoceno. Nuestro estudio, desde luego, se remonta hasta esa época, pero, comparativamente, la mayoría de las muestras son bastante contemporáneas.

Me lleva a un cuartito con un banco de trabajo. En él hay cinco cráneos, cada uno en una caja de plástico transparente. El color del hueso va desde el marrón oscuro hasta el blanco casi nuclear.

Saca el primero de los cráneos y me lo ofrece.

—Tome, póngase unos guantes y eche un vistazo. ¿Qué me puede decir de este?

El cráneo está prácticamente completo, salvo por la mandíbula. La frente parece algo gruesa y los pómulos son más anchos que la media europea, pero parece contemporáneo.

—¿Asiático?

—Correcto. ¿Y este? —dice, y me pone en las manos otro cráneo de características similares, pero con la frente algo más ancha.

—¿Indio americano?

—Correcto también.

El tercero me cuesta un poco más, pero calculo que será subsahariano. El cuarto es centroeuropeo y el último es del Sudeste Asiático.

—Ha identificado perfectamente las etnias generales, doctor Cray.

—He ido a muchas clases de antropología.

—Pero los árboles no le han dejado ver el bosque —añade.

Vuelvo a mirar los cráneos y trato de averiguar qué he pasado por alto. Seaver agarra el del medio y me lo vuelve a poner en las manos. La parte frontal la sigo viendo igual: todo parece indicar que es europeo. Busco cualquier otro rasgo, examino los dientes por si hay variaciones dentales, pero no veo ninguna.

Lo giro para examinar el hueso occipital. Hay una correlación entre grosor y forma en cada raza. En los blancos a menudo se puede apreciar un dimorfismo sexual, es decir, puede distinguirse a los machos de las hembras por las características de ese hueso.

Justo por encima del hueso, veo lo que Seaver intenta que vea: una fractura inmensa. Examino los otros cráneos en busca de un traumatismo similar.

—Todos fueron asesinados.

—Exacto. Y de la misma forma: por un golpe contundente en la parte posterior del cráneo. No es precisamente como se suele matar en batalla. Es el modo en que se mata a alguien que está arrodillado o tumbado boca abajo. Según mi investigación, aproximadamente un veinticinco por ciento de las muertes de los enterramientos prehistóricos son fruto de la violencia. Desde el punto de vista estadístico, excluyendo las enfermedades infantiles, la principal causa de muerte era el ataque de otro ser humano.

»Esa es la norma hasta el desarrollo de la agricultura. Aun entonces, la

violencia no disminuyó considerablemente hasta la era de la razón. Y esa violencia no se reducía a una minoría estadística, la ejercía la gente corriente. Hubo un tiempo en que yo podría ser quien sujetase a esta persona para que usted le diera un garrotazo en la parte posterior del cráneo.

Me inquieta la naturalidad con que describe la escena. Me da la impresión de que ha imaginado esa situación bastantes veces.

Alinea los cráneos. Las aterradoras cuencas de los ojos nos miran fijamente.

Seaver los va señalando y relatándome su pasado uno por uno.

—A este lo asesinaron hace seis mil años en lo que ahora es Hungría. Este murió hace tres mil en China. Este, hace mil en Wyoming. Este me lo mandaron de la exposición Proyecto Genocidio: la víctima fue extraída de una fosa común de Darfur hace cinco años. El último lo encontraron en los bosques de Colorado hace veinte años. Aún no sabemos quiénes eran ni por qué los mataron.

—Atroz —digo.

—No, doctor Cray, esa es la cosa —dice Seaver, negando con la cabeza—. Estas son las muertes menos atroces con las que me he topado. Estas son las humanas. Los mataron desapasionadamente. Tengo otros cráneos y huesos con marcas de hachazos y puñaladas infligidos mucho después de que la víctima hubiera fallecido. Tengo clavículas con marcas de mordeduras, no de caníbales, sino de personas que querían atacar a sus víctimas a mordiscos después de matarlas. Podría enseñarle escenarios de crímenes que harían vomitar al más despiadado de los comandantes de un campo de concentración nazi. Esto es matar —dice, señalando los cráneos con la mano—. Lo que a usted le interesa es el asesinato.

—¿Qué diferencia hay?

—Matar es una solución a un problema. Asesinar es algo que uno hace porque quiere. Uno se divorcia de su mujer porque ya no la quiere. La asesina porque la odia.

El hombre que asesinó a Juniper desde luego disfrutó haciéndolo. Habría podido estranglarla o cortarle el cuello, pero no lo hizo. Su objetivo era el acto mismo de la muerte. Y eso me lleva de nuevo al método.

—¿Ha oído hablar alguna vez de alguien que haga que sus asesinatos parezcan ataques de animales?

—¿Alguien que disfrace el asesinato después de cometerlo?

—No, alguien que mata del mismo modo en que lo haría un animal.

—Prácticamente todos los actos de muerte premeditada en la guerra implican algún tipo de simbolismo animal. Las mascotas de las unidades militares. Adornarse con garras o dientes de animales. El hombre prehistórico solía vestirse con las pieles de otros depredadores para adquirir sus poderes.

—¿Y qué me dice del propio acto de matar? ¿Hay algún caso en que alguien haya matado usando deliberadamente los métodos de un animal?

—Ah, eso es más complicado. Hasta que nos instalamos en la sabana éramos omnívoros oportunistas que solo comíamos cosas mucho más pequeñas que nosotros. Tuvimos que inventar la lanza y los proyectiles arrojados porque nuestros dientes y nuestras uñas no estaban hechos para la caza. El mimetismo sería una forma muy ineficaz de intentar matar, pero hay excepciones.

—¿Excepciones? ¿Como cuál?

—Ciertas armas que se asemejan al modo en que atacaría un animal.

—¿Como qué?

—Sígame.

CAPÍTULO 51

DIENTES DE TIBURÓN

Seaver me conduce a otra parte del sótano y baja de una estantería alta una caja de cartón polvoriento. Levanta la tapa y veo una especie de porra plana con dientes blancos triangulares a ambos lados, como si fuese la hoja una motosierra.

—En Hawái lo llaman *leiomano*. Usan dientes de tiburón tigre para las cuchillas. Se parece un poco al *macuahuilt*, el palo de obsidiana que usaban en Mesoamérica. Este lo encontraron en un montículo de Illinois. Los dientes eran de un tiburón blanco. Las sociedades de constructores de montículos hicieron todo lo posible por hacerse con ellos. —Me pasa el arma. Las puntas de los dientes aún están afiladas. No querría que nadie me atacara con esto—. Lo curioso es que algunos antropólogos la consideran un arma más humana que la espada, prueba, a su juicio, de que quienes las blandían eran más bondadosos de lo que creemos. La realidad es que esta es la clase de arma que uno construye cuando no dispone de hierro ni de bronce. Si te atacan con esto, mueres de una infección por cientos de cortes distintos que no se pueden suturar tan fácilmente como un solo tajo.

Se la devuelvo.

—Dudo que alguien pueda confundir a una víctima de esta arma con la del ataque de un tiburón.

—No. Para los hawaianos era más bien algo simbólico. ¿Usted busca algo práctico? —Guarda el arma en la caja, devuelve la caja a la estantería y se aleja—. Vamos unas filas más allá.

Seaver saca de un cajón un cuchillo largo y curvo.

—Esto es un *karambit*. Está diseñado de forma que parezca una garra. Bastante práctico. Puede encontrar versiones modernas en casi todas las cuchillerías. —Hurga en otro cajón y saca un mango metálico con uñas largas

en un extremo—. Esto es el cabezal de un *zhua*, una garra con mango usada para tirar a los hombres de los caballos y arrancarles el escudo.

Examino los garfios del extremo. Esto se acerca más a lo que busco, pero no dejaría los tajos profundos que he encontrado en las víctimas.

Nos acercamos a otro armario y revuelve en unas cajas hasta que da con algo.

—¿Ha oído hablar del *bagh naka*? Este es de India, pero ha habido variantes en otras culturas. En el siglo XIX, el rajá obligaba a los hombres a pelear unos con otros usando esta arma hasta que se arrancaban la piel. — Despliega el paño que lo protege y sostiene en alto unos nudillos metálicos de los que salen cuatro cuchillas largas.

Me quedo atónito. Aunque imaginaba el tipo de arma que habría manejado el asesino, no se me había ocurrido que pudiera ser algo que se hubiese empleado mucho.

—Tome —dice, ofreciéndomelo—. Agárrelo. En la Gran Matanza de Calcuta, a las chicas hindúes les daban esto para que se protegieran.

Me ajusto el arma. Las cuchillas sobresalen unos tres centímetros de mis nudillos. Puedo imaginar fácilmente que una versión de esto con cuchillas como las del *karambit* podría asemejarse a la garra de un animal. Si se hiciera un molde de la zarpa de un oso de verdad, la similitud sería aún más visible.

Mientras sostengo a la luz el *bagh naka*, me viene a la cabeza una imagen de los cortes encontrados por todo el cadáver de Chelsea. Me quito el arma de la mano y la suelto. Le digo a Seaver que quiero hacer unas fotografías, pero la verdad es que no quiero volver a tocarla.

—¿Ha oído hablar de alguien que haya usado esto alguna vez para matar? ¿Aquí, en Estados Unidos? —le pregunto.

—No me sorprendería que algún chiflado de las artes marciales hubiera perseguido a su compañero de piso con uno alguna vez, pero no. Para matar a alguien con esto, habría que ser fuerte.

Pienso en los tajos profundos de los cadáveres de las chicas.

—¿Cómo de fuerte?

—No sé. Pero lo bastante fuerte como para acertarle a una arteria.

Vuelvo a agarrar el arma y le hago fotos con el móvil desde todos los ángulos.

—Gracias, doctor Seaver. Solo una pregunta más. ¿Sabe de algún caso en que se haya confundido un ataque humano con un ataque animal?

—Hace varios cientos de años hubo en Francia unos ataques de lobo que podrían haber sido obra de un ser humano, de ahí las leyendas de hombres lobo de esa zona.

—¿Y por aquí? ¿Como el *wendigo*?

—He oído el nombre, pero no sé mucho más de ello. Es una leyenda algonquina. Una criatura mitad hombre que devora personas. Los indígenas se los tomaban muy en serio. Pero eso tiene más relación con el canibalismo. ¿Es eso a lo que se refiere?

—No exactamente, pero merece la pena investigarlo. Solo me preguntaba si conocía algún caso reciente de confusión de una persona con un animal.

—No, reciente, no.

—Bueno, gracias por su tiempo.

—Salvo que los ochenta le parezcan reciente.

—¿Cómo dice?

—¿El monstruo de Cougar Creek? Es una especie de leyenda local, pero consiguió hacerse hueco en algunos de esos estúpidos documentales de la televisión de pago.

—Espere, ¿de qué me habla?

—Yo me mudé aquí después, pero fue el Hombre Polilla o el Pie Grande de esta zona durante un tiempo. Los excursionistas que acampaban cerca de Red Hook aseguraban haberlo visto acechando sus campamentos por la noche. Creo que incluso le dispararon alguna vez. No recuerdo mucho más. Todo el mundo hablaba de ello, luego se extinguió.

—¿Qué decían que habían visto?

—A un hombre que caminaba a cuatro patas. Una especie de gato grande. O al revés. Seguro que lo encuentra en internet.

—¿Atacó alguna vez a alguien?

Seaver se encoge de hombros.

—Puede. Creo recordar algo de un excursionista al que rasgó el pecho de un lado a otro —dice, y hace un gesto con la mano, como cruzándose el pecho de un modo que he visto muchas veces en los últimos días.

—Gracias, doctor Seaver.

Lo dejo en su sótano con sus cráneos y sus armas mortales.

CAPÍTULO 52

IRRESOLUTO

En junio de 1983, un grupo de diecisiete campistas, la mayoría recién graduados del instituto de Chilton, hicieron una excursión al parque nacional de Beaverhead. La primera y única noche de acampada ocurrió algo. Los detalles varían según las distintas versiones que he podido encontrar en la biblioteca pública próxima a Red Hook, pero la historia en general es la misma en todos los casos.

Los excursionistas pasaron varias horas caminando por el bosque rumbo a una poza lejana. Por el camino, a varios de ellos les pareció que los seguía un animal grande, posiblemente un oso o un puma.

Otras personas habían informado ya de que habían visto algo en el bosque que los vigilaba. La criatura se ponía a dos patas para observarlos y se ocultaba rápidamente en la espesura cuando lo detectaban.

Los campistas del instituto de Chilton informaron de que habían visto algo alto y ágil, demasiado delgado como para ser un oso. Aunque no llegaron a verlo con claridad, aseguraban que el pelaje era de un pardo más claro que el de un oso.

Tras montar el campamento, tres jóvenes se adentraron en el bosque en busca de leña. Volvieron corriendo porque uno de los excursionistas decía que había visto un gato grande sentado en un tronco, observándolos.

Uno de ellos aseguró que lo había perseguido, pero que, al mirar atrás, vio brillar unos ojos amarillos a la altura de los suyos. Los otros campistas lo tomaron por una broma de mal gusto o pensaron que lo había confundido con un puma y decidieron que no correrían peligro si no se separaban.

En algún momento, pasadas las dos de la madrugada, cuando el último de aquellos jóvenes había abandonado el fuego de campamento para irse a dormir, varios de los acampados aseguran que los despertó el ruido de algo

que merodeaba por las tiendas.

Uno de los campistas, que se había llevado un rifle, salió a investigar, pero no vio nada.

Después de las tres de la madrugada, los despertaron unos gritos.

Aquí es donde empiezan a diferir las versiones.

Según *True Tales of Mountain Creatures*, una criatura de aspecto felino que iba a dos patas quiso sacar a rastras de la tienda a una de las chicas, pero se lo impidió un grupo de acampados, a uno de los cuales mató de un zarpazo y se lo llevó.

Big Sky Mysteries asegura que los estudiantes vieron la aparición espectral de un indio americano en los límites del campamento ordenando a un puma enorme que los atacara, pero que se desvaneció tan rápidamente como había aparecido.

Angel Encounters dice que los chicos del grupo sorprendieron a las chicas en una especie de coito consensuado con espíritus masculinos medio felinos y no les hizo mucha gracia.

Quizá el relato más preciso, al menos el que más se ajusta a la experiencia vivida por los acampados, es el de un artículo del *Montana Tracker* donde se detalla el encuentro y se asegura que uno de los estudiantes resultó herido cuando algo se coló en su tienda. El artículo va acompañado de una fotografía en blanco y negro de cuatro estudiantes sentados en un sofá, relatando animadamente su experiencia.

Hay algo raro en su expresión que podría ser la cara del embaucador cuando intenta disimular que es todo una broma o el aturdimiento y la incomodidad propios de alguien que de pronto tiene que digerir un exceso de atención. A juzgar por el tono del artículo, el periodista no los tomó muy en serio.

Por lo visto, nadie lo hizo, salvo los autores sensacionalistas de los libros que he encontrado en la biblioteca.

Es una historia fácil de desdeñar. Se trata de un grupo de adolescentes de acampada en el bosque, ya de por sí dados a las payasadas. Si a eso se le añade lo que bebieran y se fumarán, tenemos la ocasión ideal para desvariar sobre el encuentro con un animal de verdad.

Pero al mirar detenidamente la foto del artículo, me llama la atención la cara de una chica de pelo oscuro sentada en un extremo. Por fuera, me recuerda a mí mismo cuando me interrogó el inspector Glenn por primera vez: la veo confundida y aterrada.

En el pie de foto figura solo como Elizabeth L. No sé lo que verían los otros estudiantes esa noche o si solo querían salir como fuera en la prensa, pero ella tiene la mirada de alguien que ha presenciado algo que preferiría olvidar.

Por desgracia, con un nombre de pila y la inicial del apellido no se puede hacer mucho. A menos que...

Me levanto de la mesa y le pregunto a la bibliotecaria si tienen los anuarios del instituto. Diez minutos más tarde, estoy de vuelta en la mesa con tres ediciones del Chilton Champions Annual, explorando sus páginas en busca de Elizabeth L.

No me cuesta encontrarla. No hay más de cincuenta alumnos en cada curso.

Localizo su rostro enseguida. Sonríe y espera con ilusión un futuro feliz, nada que ver con la chica aterrada de la otra foto.

En el anuario figura como Elizabeth Lee. Su mejor amiga es Brandy Thompson y su cita favorita es «Porque los vagabundos, nena, nacimos para correr».

La busco en internet y encuentro a una Elizabeth Lee Collins que vive en la localidad de Lodge Pine. En las páginas amarillas figura una dirección. Cuando tecleo la dirección en el motor de búsqueda, me sale un número de teléfono de una empresa, Lodge Pine Aquaculture Supply, que deduzco que vende equipamiento para piscifactorías.

Ya tengo su número, ¿la llamo? Investigar historias sobre el monstruo de Cougar Creek no es lo mismo, ni mucho menos, que buscar al asesino. Como me ponga a cotejar todas las leyendas urbanas disparatadas del sur de Montana, moriré de viejo antes de encontrar nada concreto.

Parece una tontería, sobre todo teniendo en cuenta lo descabellados que son algunos de los relatos (fantasmas de indios, orgías animales...), pero hay algo en la mirada angustiada de Elizabeth... Quiero saber qué vio.

Llevado por un impulso, marco el número y me maldigo por no haber pensado de antemano lo que voy a decirle.

—Aquaculture Supply, ¿en qué puedo ayudarle? —dice una voz de mujer.

—¿Elizabeth Lee?

—Ahora es Collins.

—Perdone. Sí, por supuesto. Esto le parecerá un poco raro, pero he estado investigando y querría hacerle unas preguntas.

—Madre mía, es por lo de Cougar Creek, ¿verdad?

—Eh... sí.

—Escuche: no fue más que una broma que organizaron unos amigos. Tenía el presentimiento de que, después de la aparición de esas víctimas de animales, intentarían volver a implicarme. No tengo nada que añadir.

—Una broma.

—Sí —dice demasiado rápido—. Si quiere saber de qué va todo esto, le sugiero que vaya a preguntarle a ese profesor loco que no para de encontrar cadáveres.

No tenía ni idea de que me hubiera hecho tan famoso.

—¿Cómo se ha enterado de eso?

—Mi marido es policía. Lo sabe todo el mundo. Pues eso, que hable con el profesor.

—Yo soy el profesor.

—¿Cómo dice?

—Theo Cray. Soy yo el profesor que ha estado encontrando cadáveres. Se toma su tiempo para contestar.

—¿Es usted el que ha encontrado a esas chicas?

—Sí, señora.

—¿Y quién cree usted que las ha matado? —pregunta.

—Un hombre.

—¿Un hombre?

—De carne y hueso.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Usted vio algo esa noche.

—Ya le he dicho que fue una broma.

—Tengo aquí delante una foto que le hicieron pocos días después. La chica que veo en ella no creía que fuera una broma.

—Eso fue hace mucho tiempo. Aquella chica era muy ingenua.

—Me gustaría hablar con usted de todas formas.

—¿Le he dicho ya que mi marido es policía?

—Sí, señora.

—Muy bien. —Suspira—. ¿Tiene nuestra dirección?

CAPÍTULO 53

SOMBRAS

Elizabeth y su marido viven en una casa de dos plantas bien conservada con varias hectáreas de terreno. Tres chuchos babeantes se pelean por saludarme cuando cruzo la cancela. Cuando rasco como corresponde a cada uno de ellos detrás de las orejas y pago el peaje de entrada, salen corriendo en busca de algún enemigo invisible.

Elizabeth está sentada en el porche con una jarra de té helado en la mesa. Está algo más robusta que en la foto que se hizo poco después de terminar el instituto, pero los ojos y el pelo los tiene igual.

—¿Así que es usted el hombre que no para de desenterrar cadáveres?

—Sí, supongo que sí.

Me hace una seña para que me siente.

—Thomas dice que ha perdido a una amiga...

Deduzco que Thomas es su marido policía.

—Una antigua alumna.

—Me han dicho que, al principio, lo detuvieron a usted como sospechoso...

—Sí, toda una experiencia.

—Apuesto a que sí, pero ha venido aquí a hablar de Cougar Creek. De verdad, está perdiendo el tiempo. Como le he dicho, aquello fue una broma. No hay más que contar.

Me lo suelta como si fuera un discurso preparado. Advierto que aquel episodio ha sido una gran carga para ella durante mucho tiempo.

—Hay dos personas que piensan que sí.

—¿Cómo dice?

—Que hay dos personas que piensan que podría haber una relación: usted y yo. Cuando la he llamado, me ha dicho que sabía que alguien

terminaría poniéndose en contacto con usted tarde o temprano. De momento, nosotros somos los que mejor conocemos el caso y los dos hemos llegado a la conclusión de que podrían estar relacionados.

—Debería irse ya. No quiero tener que azuzarle a los perros —dice sin mucha convicción.

—Adelante, ya conozco a sus perros.

—Animales inútiles —protesta, meneando la cabeza. Se resigna a aceptar mi terquedad—. Muy bien. Entienda que en aquel momento yo no supe qué estaba pasando y luego mis amigos exageraron parte de lo ocurrido. Y después a otros se les fue la mano con el relato. Hasta leí una vez que estábamos allí arriba celebrando una especie de orgía demoníaca con fantasmas de animales. Yo subí a esa montaña virgen y bajé virgen, muchas gracias.

—¿Qué pasó entonces?

Se toma un momento para aclararse.

—Bueno, como seguramente sabrá, no fuimos los primeros que se toparon con el monstruo de Cougar Creek o lo que fuera aquello. De hecho, Reese Penny y Alex Danson organizaron la excursión allí porque habían oído que había algo que acechaba en las montañas. Pensaban que serían extraterrestres o Pie Grande. El caso es que al final montamos una acampada posgraduación. En total, éramos diecisiete.

—¿Qué les habían contado?

—Los excursionistas decían que habían visto a un animal a dos patas observándolos y que al volver de pescar se habían encontrado el campamento saqueado. Hasta había una foto.

—¿Una foto?

—Sí. Creo que el primo de Alex la hizo un par de semanas antes. Vi una fotocopia borrosa. Podría haber sido cualquier cosa.

—¿Qué parecía?

—Recuerdo que Reese dijo que parecía Black Panther, el personaje de cómic. De hecho, puso la cubierta de un cómic al lado de la imagen. Puede ser. Pero a estas chicas, a las nuevas víctimas las atacó un oso, ¿no?

—En los cadáveres hay huellas de una zarpa de cinco uñas, como las de los osos. Los felinos suelen tener cuatro.

—Thomas dice que el Servicio de Pesca y Vida Silvestre piensa que podría haber un felino polidáctilo rondando por ahí y que por eso se ha generado tanta confusión. Se sabe que tanto los felinos grandes como los osos

entierran a sus presas.

—Señora Collins, yo he visto esos enterramientos. No son obra de ningún animal.

—Elizabeth. Pero piensa que podría haberlo hecho ese hombre puma...

—Aún no me ha contado lo que vio.

—Vale, vale. Así que subimos a las fuentes termales y algunos dicen que creen que nos vigilan. Lucy Plavin, otras dos chicas y yo nos rezagamos, arrancando flores silvestres y charlando. Al rato, hemos perdido completamente de vista a los demás, pero el rastro no es difícil de seguir. Vamos caminando, haciendo mucho ruido, riéndonos y todo eso cuando Carey Sumter se para y pregunta: «¿Qué es eso?», y señala algo en la montaña de la izquierda, en las copas de los árboles. Nosotras no vemos nada. Dice que es algo grande y yo le contesto que será cualquier cosa, seguramente un oso. Entonces se pone blanca como un papel. Asustada. Ha visto algo, pero la convencemos de que no es así. Diez minutos después, ya se está riendo con nosotras y se le ha olvidado lo que sea que ha visto.

»Hasta que no llegamos a la poza y empezamos a montar el campamento, no nos enteramos de que otras tres o cuatro personas han visto algo que nos acechaba. Fue entonces cuando la situación empezó a resultar algo inquietante. Había habido tres avistamientos distintos en tres momentos diferentes. Cuando intercambiamos impresiones, todos decían lo mismo: que estaba en la montaña de la izquierda, que al principio parecía un hombre, pero que luego se escabulló como un felino.

—¿Pensó que alguien les estaba gastando una broma?

—Pues sí. Creí que Reese o Alex se habían disfrazado o que uno de sus amigos se había escondido entre los árboles, pero ellos eran los que parecían más escépticos. Intentaban convencer a Carey y al resto de que era un oso, pero insistían en que estaba demasiado delgado para ser un oso. Decían que se parecía a la foto de Alex.

—¿Volvió a verlo?

Me mira fijamente como si le hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Que si volví a verlo? Pues claro que sí. Cuando intentó sacarme a rastras de la tienda de campaña.

CAPÍTULO 54

ENCUENTRO

—Para cuando abrimos la tercera caja de cervezas, se habían calmado un poco los nervios y los que habían venido de acampada para enrollarse se fueron a sus tiendas.

»Ya estábamos durmiendo casi todos cuando oímos jaleo fuera. Carey, Janet, Vivian y yo habíamos decidido compartir tienda porque nos fiábamos menos de los chicos que de lo que fuera que pensábamos que nos acechaba fuera.

»Una se despertó al oír que abrían la cremallera de la tienda. Al principio, pensó que era otra chica o alguno de los chicos gastándonos una broma, pero, cuando agarró la linterna, quien fuera o lo que fuera se había ido. Al poco, Stacey Kavanaugh oyó algo y gritó. Despertó a todo el mundo.

»Nos reunimos junto al fuego para comparar versiones de lo ocurrido. La mitad de la gente decía que había oído algo merodear por allí y habían visto pasar una sombra.

»Llegamos a la conclusión de que era un oso o un felino. Las chicas decidieron que los chicos se repartieran por las tiendas de las chicas para protegerlas, algo que podría haber sido perfectamente un plan ideado por Reese y Alex, pero parecían tan perturbados por lo que estaba pasando como cualquiera de nosotras.

»Yo sabía que a Scott Cook no le iban las mujeres tanto como pensaba todo el mundo, así que terminé compartiendo tienda con él. Además, era capitán del equipo de lucha libre, así que me sentía segura. Pobre Scott.

—¿Por qué lo dice?

—Pensé que lo sabía. Bueno, yo estaba durmiendo encima del saco porque hacía calor. Scott estaba dormido como un tronco, acurrucado en un rincón de la tienda, escuchando a Depeche Mode en el *walkman*.

»Al principio pensé que era un sueño. Oí un ruido que no supe identificar, luego caí en la cuenta de que era la cremallera de la tienda, que alguien estaba subiéndola muy, muy despacio. Tenía los ojos cerrados y estaba medio traspuesta, pero entonces noté que me tocaban la pierna.

»Pensé que era Scott, que estaba tonteando. Decidí ignorarlo para ver hasta dónde llegaba. De pronto, algo me agarró del tobillo y me sacó a rastras de la tienda.

A Elizabeth se le cambia el semblante al recordarlo. Su cuerpo se retuerce cuando sus músculos evocan el momento.

—Grité y me agarré al saco de dormir de Scott. Al tirar de mí, intenté agarrarme a las solapas de la tienda, pero aquello era más fuerte que yo y se me escaparon de los dedos. Rodé hasta quedar boca arriba y vi una sombra... una cosa.

»Scott salió corriendo de la tienda y se abalanzó sobre aquello. Entonces... entonces esa cosa le dio un zarpazo. Recuerdo que echó el brazo hacia atrás y atacó a Scott. Fue entonces cuando Reese disparó la pistola que había traído. Esa cosa me soltó y se adentró corriendo en la espesura.

—¿Resultó herido?

—No lo sé. Scott sí, desde luego. No solo por el zarpazo de esa cosa, sino porque, además, el disparo de Reese le rozó el hombro. Por eso ninguna de las versiones coincidía. En el parque de Beaverhead no se podía ir armado, era ilegal y, para colmo, Reese ya tenía antecedentes.

»Ninguna de las heridas era mortal. Los cortes tenían mala pinta, pero pudimos hacerle una cura que nos permitió llevárnoslo a la clínica de Red Hook. La herida de bala no era demasiado profunda y podía pasar por un corte.

»Acordamos no contar que Reese le había disparado accidentalmente a Scott, pero, como había allí media docena de personas, no tardó en enterarse todo el mundo. Sin embargo, cuando el *sheriff* le preguntó a Scott qué había ocurrido, él negó que le hubieran disparado y así quedó la cosa.

—¿Y qué fue del monstruo de Cougar Creek?

Elizabeth se encoge de hombros.

—¿Qué? Todo el mundo, incluso quienes estábamos allí, cree que nos lo inventamos o que nos topamos con un puma estando borrachos. Salió en la prensa. Aparecieron durante un tiempo algunos cazadores de Pie Grande, pero nadie volvió a ver a ese bicho.

»Unos meses después, cuando desaparecieron esos excursionistas de

California, nadie mencionó siquiera al hombre puma.

—¿Excursionistas? Eso no lo sabía.

—Antes de que subiéramos nosotros, hubo por lo menos dos personas, forasteros, a los que se vio subir, pero no volvieron. Después hubo tres excursionistas, unos jipis o algo así, que hicieron autoestop hasta Red Hook y luego subieron la montaña. Nadie volvió a verlos tampoco. Nunca se denunció ninguna desaparición en la zona. Creo que un guardabosques hizo una batida, pero nada más.

»Aunque he oído que a algunos de los que acudieron en busca del hombre puma, también forasteros, tampoco se los volvió a ver. Pero quién sabe. Sus vehículos tendrían que estar amontonándose en el aparcamiento del comienzo del sendero, ¿no? Seguramente sean solo habladorías.

—¿Qué cree que fue lo que la agarró de la pierna?

—Yo diría que era un hombre, pero no olía ni se comportaba como tal. Scott tenía las cicatrices del zarpazo en el pecho, pero poco después empezó a decirle a la gente que había sido un puma. Se cansó de contar lo que había pasado de verdad. Murió en un accidente de automóvil hace unos años. Iba bebido. Pobre Scott.

Enmudecemos un minuto, mirando al infinito hacia extremos opuestos del porche. Entonces Elizabeth me mira a la cara.

—¿Qué era? El demonio. Ninguno de nosotros volvió a ser la misma persona. Reese terminó pegándose un tiro con el arma con la que disparó a Scott. Alex se metió en el mundo de las drogas, empezó a traficar y estuvo entrando y saliendo de la cárcel. Carey Sumter empezó a tener pesadillas y se mudó. Como hicieron casi todos los demás.

—¿Y usted se quedó?

—El demonio me puede atrapar donde le plazca. De nada sirve correr. Además, me casé con un policía.

Reconozco la mirada distante de Elizabeth. Veo a la misma chica confundida, angustiada, del sofá en aquella foto antigua.

Las similitudes entre este hombre puma y mi asesino son demasiado fuertes como para ignorarlas. Podría ser una coincidencia, pero sospecho que esos primeros encuentros podrían ser los ensayos del asesino en su juventud, cuando aprendía a cazar.

—¿Todos los desaparecidos se encontraban en la misma zona?

—Que yo sepa, sí. En el valle que rodea la poza. ¿Por qué?

—¿Podría señalármelo en el mapa?

—Claro, pero no ha vuelto a haber desaparecidos ni avistamientos allí desde hace decenios. Lo sé, sigo pendiente.

—Lo entiendo. Es que quiero ir allí.

—¿Por qué? Hace tiempo que no ocurre nada por allí.

—Pero podría ser donde empezó. Tengo que verlo por mí mismo.

CAPÍTULO 55

GEOESPACIAL

De vuelta en la cafetería de Jillian, me inclino sobre una mesa repleta de mapas y gráficas, con la tarta de cerezas a un lado, para tratar de encontrar sentido a los datos, como si de pronto todo fuese a encajar como por arte de magia.

En apariencia, los avistamientos del monstruo de Cougar Creek no tienen nada que ver con el asesino de Juniper. El hombre que la asesinó, y asesinó a las otras, es invisible, tanto que las autoridades aún dudan de su existencia, mientras que ese hombre puma casi quería que lo vieran y fue apareciéndose hasta convertirse en el Pie Grande de Montana, para desaparecer después de repente la noche en que atacó a Elizabeth... suponiendo que fuera él.

Cuanto más lo pienso, más lógico me parece pensar que ese hombre bien pudiera ser el asesino haciendo sus primeros pinitos. Después de que lo dispararan, dándole o no, tuvo que cambiar de táctica y aprender a esconderse. Algo que ha hecho de maravilla.

El asesino joven era tan torpe y descarado que no le importaba atacar en medio de un campamento repleto de gente. El asesino adulto se ha vuelto mucho más selectivo con sus presas y probablemente las espía bastante tiempo antes de atacar. Es muy paciente o quizá lo mueva la emoción de la persecución. ¿Le producirá tanto placer espiar a sus víctimas como matarlas?

—¿Planificando una excursión? —pregunta Jillian, inclinándose por encima de mi hombro.

De no ser porque he olido su perfume antes de que me hablara, me habría sobresaltado. Su perfume me recuerda a la glicina.

—Algo así...

Se sienta en el banco corrido dispuesto enfrente de mí. No lleva el

delantal. En su lugar, viste una blusa de cuello blanco que le sienta muy bien.

—Estás... muy bien —le digo.

—Tendrías que verme con pantalones cortos de montaña.

Sonrío sin ganas.

—Era una indirecta, Theo —me dice, dando un toquecito en el mapa—.

Las chicas soltamos alguna de vez en cuando, pero no esperes muchas más.

—Ah. —Recojo el mapa y las gráficas—. No es esa clase de excursión.

—Buscas cadáveres, ya lo sé.

—En este caso, no, la verdad. Es más por curiosidad.

—Llevas dos semanas yendo y viniendo. La curiosidad te ha podido. A lo mejor no te vendría mal un poco de compañía...

He pensado en ella más de lo que creo. A medida que mi investigación se ha ido enturbiando, me he sorprendido deseando volver a esta mesa a comer tarta y disfrutar de un poco de normalidad.

A veces la observo desde mi mesa en el restaurante, la facilidad con que sonrío y cómo lidia con emociones humanas tan diversas sin dejar de ser ella. Por un lado, me encantaría tenerla a mi lado en esos momentos turbios, pero, por otro, no quiero contaminarla con todo ese mal.

—No creo que yo sea buena compañía.

—Por eso necesitas compañía.

—Podría ser peligroso.

—Yo te protejo —replica.

—Sí, ya hemos visto lo bien que se me da a mí protegerme —bromeo.

—Gus dice que su entrenamiento te ha ido bien.

—¿Te refieres a esas sesiones a las seis de la mañana en que me tira una bolsa de ropa sucia a la cabeza?

—Llámalo como quieras, pero se te nota. Vas más erguido, menos encogido. Terminará convirtiéndote en un hombre.

—Dudo que bastara con todo el tiempo del universo.

—Más razón para pensar que necesitas compañía en esos bosques frondosos llenos de peligros.

—No sé...

—De los presentes en esta mesa, que levante la mano quien haya recibido instrucción militar —dice, levantando la mano—. Vale, eso me parecía.

Olvidaba que estuvo en el ejército... No lo parece. Volvería a decirle que es peligroso, pero no tengo motivo para pensar que esté más segura aquí.

Además, no se ha visto al monstruo de Cougar Creek desde hace años. No creo que volviera a una guarida en la que casi lo mataron. De todas formas, nada de esto tiene sentido.

—Bien —dice—. Decidido. Pasa a recogerme por la mañana.

—Yo no he accedido a nada.

—Demasiado tarde.

Sé que es inútil discutir con ella y, la verdad, me gusta la idea de no tener que compartir su atención con un restaurante repleto de gente.

—Ayer vinieron unos hombres preguntando por ti —dice.

—¿En serio? ¿Quiénes?

—No me lo dijeron. Parecían policías, pero yo no los conocía. Uno llevaba un reloj que iba adelantado dos horas. Puede que fueran forasteros.

—¿Policías? No es tan difícil localizarme.

—A lo mejor no era para nada oficial. He oído decir que ahora andan buscando a un puma...

—Sí —gruño—. Con zarpas de cinco uñas. El polidactilismo en los felinos suele dar lugar a seis o más, no a cinco. Tampoco sé de ningún caso de felinos grandes, claro que a ellos les da igual. Se inventarán lo que les convenga.

—¿Qué vamos a buscar mañana? Cadáveres, no, ¿verdad? Que conste que a mí no me importa, ¿eh? Supongo.

—No. Vamos en busca del monstruo de Cougar Creek, también conocido como el hombre puma.

Jillian enarca una ceja y espera a ver si estoy bromeando.

—Me llevaré el arma.

—Estoy seguro de que se fue hace tiempo.

—Lo del arma no es por él.

—Ah, ¿te fías del profesor chiflado para ir de excursión con él, pero solo si vas armada?

—Más o menos. Además, como ya te he dicho, espera a que me veas con pantalones cortos de montaña.

CAPÍTULO 56

EL DESFILADERO

Dejo que Jillian vaya unos pasos por delante de mí, sobre todo porque esta parte del desfiladero es demasiado estrecha para que vayamos el uno al lado del otro. Sobre todo. No exageraba con lo de los pantalones cortos de montaña.

Pese a lo distraído que me tiene, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de inquietud que me produce este sendero. Se debe en parte, sin duda, al recuerdo vívido del relato de Elizabeth y al horror que me produce pensar en qué otras cosas pudieron ocurrir aquí, pero también es por la orografía.

El sendero sigue una pendiente gradual entre dos montes empinados. En su día corría un arroyo por aquí, pero lleva años cortado y solo queda el lecho de roca seca que serpentea por las colinas.

Los árboles de los lados son tan altos que el único momento en que el desfiladero no está en penumbra es cerca del mediodía.

—Este sitio da mal rollo —dice Jillian.

Me alivia oírlo decirlo, porque no quería intranquilizarla innecesariamente.

—Eso es porque somos vulnerables. Nadie se siente cómodo rodeado de cumbres tan altas.

—Dijo él —responde con una risita.

Pillo la broma un poco tarde y tengo que conformarme con sonreír cuando ella me mira por encima del hombro para ver cómo me lo he tomado.

—Bueno... Algunos psicólogos evolucionistas piensan que, de forma innata, nos sentimos más cómodos en unos paisajes que en otros. Y con ello trabajan los paisajistas. No están pensados para recrear la naturaleza, sino para relajarnos. Una pequeña masa de agua en un amplio espacio abierto con

algunos grupitos de árboles donde esconderse si aparece algún depredador grande. Eso era lo que buscábamos cuando dejamos la selva por la sabana. Es lo que los pintores medievales intentaban representar y así ha sido como se han diseñado las mansiones y las fincas rurales durante cientos de años. Este sitio es justo lo contrario.

—Sí, pero creo que entiendo por qué un puñado de adolescentes podría querer subir aquí: está muy lejos de la autoridad. Y más si iban a celebrar su graduación.

Clavo los ojos en las sombras y trato de imaginar cómo reaccionaría si, al mirar hacia arriba, viera a alguien, o algo, al acecho.

Hay mil sitios donde esconderse y seguramente nos acechan. El nombre de este lugar, Cougar Creek, se debe a unos colonos que vivieron por aquí cerca hace cien años. Desde el punto de vista estadístico, el número de pumas avistados aquí es menor que en otras zonas, probablemente por el exceso de caza debida a su nombre. Dicho esto, estoy convencido de que más de un carnívoro es consciente ya de nuestra presencia.

Jillian se detiene a recolocarse un mechón de pelo detrás de la oreja, luego bebe un sorbo de agua de su cantimplora.

—¿Cómo lo llevas, chico de ciudad?

—Este chico de ciudad ya hacía caminatas por todo Belice cuando tú aún agitabas pompones.

—¿Pompones? Yo hacía béisbol y vóleibol. Me gustaba atizarle a las cosas. ¿Qué hacías tú en Belice?

—Perseguir a un asesino —respondo.

—¿En serio?

—*Culicidae*. Mosquitos. Seguíamos el rastro a una especie que tiene una mayor probabilidad que otras de transmitir la malaria. Era un universitario que seguía a un investigador de campo y recogía especímenes mientras el gobierno intentaba erradicarlos de las zonas peligrosas.

—¿Y qué tal se os dio?

—Una especie algo menos infecciosa ocupó su lugar. En cifras, salvamos once vidas. Al final, con otros métodos de exterminio mejores, se obtuvo resultados más significativos.

—Interesante. —Sigue caminando un rato—. ¿Esto es lo mismo para ti?

—¿Cómo dices?

—Que si la forma en que has encontrado a las otras víctimas y lo que estás haciendo por aquí es como perseguir una enfermedad.

—No soy epidemiólogo, si te refieres a eso. No es mi campo. Yo construyo modelos matemáticos a partir de sistemas biológicos.

—Un generalista.

—Supongo que podría llamarlo así. Hasta la biología me resultaba demasiado restrictiva, así que tuve que encontrar una forma de hacerla más exótica.

—¿Cómo?

—Para mi tesis doctoral, creé un entorno pentadimensional, lo habité con vida sintética y luego introduje vectores de enfermedad.

—No me voy a molestar en fingir siquiera que sé de qué estás hablando.

—Era un poco ambicioso. Lo que perseguía era encontrar rasgos comunes a los distintos sistemas. El modo en que se difunde una imagen graciosa de un gato por internet no es muy distinto de cómo podría propagarse el virus de la gripe. Quería crear un modelo muy complicado, rarísimo, y buscar similitudes.

—¿Y encontraste alguna?

—Montones. Ninguna estaba incorporada al sistema, pero hay cosas que son inevitables. Así fue como supe dónde estaban las otras víctimas. Mi modelo seleccionó patrones que no eran evidentes.

—Qué listo.

—Medio listo. Me ha servido para descubrir muchos puntos comunes entre los lugares de enterramiento y los posibles lugares de interceptación, pero nada sobre el asesino.

Jillian medita un momento lo que he dicho, luego responde:

—Por eso hemos venido aquí. Si se trata de tu asesino en su juventud, este lugar te proporcionará más información sobre él.

—Quizá. Puede que no tuviera nada que ver con él, pero podría encontrar algún dato que me ayudara a comprender ese tipo de comportamiento.

Llegamos a terreno llano y seguimos caminando bajo un frondoso toldo de árboles. A la media hora, llegamos a la pequeña poza donde acamparon Elizabeth y sus amigos. Es una masa de agua oscura que hace una curva. En un lado se forma espuma. De vez en cuando, se ve alguna burbuja que viene de abajo. El olor a azufre no es muy intenso, pero sin duda está ahí.

Rodean la zona afloramientos rocosos que forman una especie de caldera empinada. La presencia de esa poza humeante indica una actividad volcánica latente, lo que significa que muy posiblemente esto fuese un volcán

en el pasado.

—¿Ves cómo los dentados de esos riscos recortan el cielo azul como si fueran dientes negros? —le digo, señalando arriba—. En otros sitios en los que he estado a ese accidente geológico lo llaman «boca del infierno».

—Espeluznante —dice ella, mirándolo con recelo.

Saco las imágenes vía satélite de la zona que traigo impresas. Tardo un momento en situarme en el mapa, pero encuentro lo que busco.

—Por aquí.

Jillian me sigue entre la maleza hasta una pared rocosa. Subimos por ella y nos situamos a unos veinte metros por encima de la poza. Veo un saliente estrecho en el que podemos sentarnos los dos.

Desde aquí arriba, el claro es un círculo herboso con una poza diminuta en el centro. Me imagino las tiendas de campaña extendidas por allí, pequeñas, casi como de juguete, las personas insignificantes.

—¿Cómo te sientes aquí arriba? —pregunto.

—Como un dios.

—O como un demonio.

Jillian asiente con la cabeza.

—¿Crees que los acechaba desde aquí?

—Creo que los estuvo acechando todo el camino mientras subían por el sendero. Y a los otros. Este sitio que tenemos debajo... es especial. Debía de ser su sitio.

—¿Su zona de caza?

Probablemente en más de una ocasión.

Saco de la mochila un mapa térmico y lo oriento hacia donde estamos mirando.

—¿Qué es eso?

—Los guardias forestales han peinado la zona y no han encontrado nada, pero hay una decena de sitios que no se ven desde abajo.

Alineo la sección más fría del mapa con el precipicio que hay a unos veinte metros. Hay una pared escarpada de unos tres metros de altura con varias grietas en su superficie. Por encima de ella hay un pequeño saliente.

—¿Me sujetas la mochila?

—¿Qué vas a hacer?

—Buscaba un sitio al que no pudieran llegar ni un felino ni un oso, pero sí un primate.

—¿El qué, un saliente?

—No, una cueva.

CAPÍTULO 57

GUARIDA

Para subirme al saliente, tengo que calzar el pie en una grieta pequeña de la pared rocosa y agarrarme al borde superior con tanta fuerza que se me ponen los dedos blancos.

Puedo imaginarme a un puma dando un salto o a un oso subiendo a pulso si quisieran de verdad, pero dudo que lo hicieran con regularidad habiendo sitios mejores donde refugiarse.

—¡Theo! —me grita Jillian.

—Un segundo. —Ruedo por el suelo y recupero el aliento, ignorando las heridas a medio curar que aún tengo por todo el cuerpo—. Bien —digo después de incorporarme.

Según la imagen térmica, podría haber un pasaje profundo aquí. En efecto, hay un boquete triangular en la roca, del ancho justo como para que quepa un hombre por él.

Me saco la linterna del bolsillo e ilumino la sima. La pared vira a la derecha después de unos tres metros, lo que indica que la cueva se desvía a la derecha.

—Si no salgo en diez minutos, ¡ve a buscar refuerzos!

—¿Y por qué no voy contigo? —me grita desde la base de la pared.

—Espera. Déjame ver que hay aquí.

—Vale. Pero, en diez minutos, voy a buscarte, no a por refuerzos.

Empiezo a angustiarme y echo un vistazo al claro. No sé si me inquieta más lo que pueda haber ahí dentro o la idea de dejarla sola.

Saco el arma y se la acerco.

—Toma —le digo.

—¿Y qué vas a usar tú?

—¿El sentido común?

—Que te ha ayudado mucho hasta ahora —replica, y rechaza el arma con un gesto de desdén—. Si la voy a necesitar para ir a auxiliarte, prefiero que la tengas tú.

No tiene sentido discutir con ella. Vuelvo a metérmela por la cinturilla y entro en la cueva.

Me inunda un olor, acre y húmedo, que no consigo identificar. He oído montones de cadáveres en las últimas semanas. Esto es distinto.

Me adentro en la caverna, más allá del giro del pasadizo y las paredes empiezan a distanciarse. Los techos son más bajos ahora, pero aún puedo avanzar, algo encogido.

El suelo es una roca plana cubierta por una capa de tierra. Busco cualquier indicio de que el espacio haya estado habitado, pero solo encuentro piedras y algunas ramas secas que alguna tormenta habrá llevado hasta allí.

Desde luego, es lo bastante profunda como para que alguien viva en ella o al menos pase unos días de vacaciones asesinas.

Sigo avanzando en busca de algo, no sé bien qué. Han pasado más de treinta años desde el episodio de Elizabeth y, suponiendo que el hombre puma aún anduviera por aquí, no sé qué debería buscar.

Bueno, eso no es del todo cierto. Creo que esperaba ver un montón de huesos de esos excursionistas desaparecidos. Y lo único que tengo es un suelo de tierra.

Unos diez metros más adelante, llego al final de la cueva. Para asegurarme, me doblo e ilumino con la linterna todos los sitios donde el suelo coincide con la pared, por si hay algún pequeño pasadizo que conduzca a otras salas.

Nada.

Ese extraño olor sigue presente, pero no percibo el hedor de ningún cuerpo en descomposición.

Tengo marcados en el mapa unos cuantos sitios más donde mirar, pero dudo que ninguno de ellos sea tan prometedor. Doy media vuelta y me dirijo hacia la esquina donde rebotan los rayos de sol.

Cuando llego a la curva, apago la linterna. Veo perfectamente la boca de la cueva, pero, en el medio segundo que tarda en pulsar el interruptor, veo algo que me hace pulsarlo de nuevo.

A medio metro a la izquierda o a la derecha hay algo tan sutil que podía haberme pasado completamente inadvertido. Cuando ilumino la zona, veo perfectamente los detalles.

Cuatro surcos largos, como los que podrían hacerse al arañar la pared con unas uñas metálicas.

No quiero precipitarme, pero no se me ocurre otra explicación. Me da la impresión de que el monstruo de Cougar Creek se afiló aquí las garras antes de salir de caza.

Hago unas fotos, tomo una viruta del surco, compruebo las otras paredes y salgo corriendo en busca de Jillian.

—¡Lo he encontrado! —le grito desde arriba.

—¿El qué?

—¡Estuvo aquí! Hay marcas de garras. Cuatro.

—¿Cómo sabes que no fue un felino?

—Los felinos no dejan fragmentos metálicos en la roca cuando la arañan.

A pesar de mi entusiasmo, detecto cierta inquietud en los ojos de Jillian. De pronto, todo se ha vuelto muy real para ella. Ha subido a la montaña conmigo para investigar una antigua leyenda que yo acabo de vincular al presente.

—¿Has visto... algo más? —pregunta.

—No. Solo las marcas de garras. La policía inspeccionará el suelo mejor que yo.

—¿Crees que van a venir hasta aquí para eso?

—No sé. Ahora que hay pruebas, quizá al marido de Elizabeth le interese.

—¿Unos surcos en la pared?

Caigo en la cuenta de lo que está pensando. Aunque para mí es importante, no lo será para nadie más, sobre todo mientras la policía siga convencida de que lo que buscan es un animal.

—Sí, sé a qué te refieres, pero esto me puede ayudar a mí.

—Supongo que es mejor así —dice, porque seguramente se alegra de que la cueva no esté repleta de víctimas—. A lo mejor eso significa que lo que cuentan de los otros excursionistas desaparecidos no son más que invenciones...

—Puede ser.

—No podrían estar enterrados ahí arriba, ¿no?

—No, el suelo es de piedra maciza. —Exploro el resto de la caldera—. Dudo que haya por aquí ningún otro sitio donde se pueda ocultar un cadáver sin enterrarlo.

—¿Podrías encontrar un cadáver enterrado?

—No del mismo modo que he encontrado los otros. Hace demasiado tiempo.

—Igual no hay ninguno.

Contemplo el vapor que desprende la poza y que se lleva la brisa.

—Sí...

—¿Theo? ¿Theo?

Salgo de mi ensimismamiento.

—¿Sí?

—¿Qué pasa?

Aún estoy mirando las fuentes termales. Vuelve a inundarme esa sensación de angustia.

—No los enterró...

CAPÍTULO 58

EXTREMÓFILO

Jillian me observa mientras rodeo la poza. El borde exterior tiene una coloración amarillo azufre, mientras que el centro es un hueco oscuro donde, de cuando en cuando, alguna burbuja de gas rompe la superficie. Es poco profundo los primeros tres metros o así, luego el fondo se hunde bruscamente.

Meto la mano y mido la temperatura en distintos puntos. La parte oscura, la más profunda, está mucho más caliente. No escalda, pero está a la temperatura de un baño calentito.

—¿Qué estás pensando? —pregunta.

—¿Sabías que en las fuentes termales de Yellowstone se han descubierto unos microbios que proliferan a temperaturas mucho más elevadas de lo que creíamos posible? Los extremófilos. Son la razón por la que pensamos que podría haber vida en otros planetas.

Me mira intranquila.

—Ah, estupendo. ¿Y qué, ahora piensas que nos enfrentamos a extraterrestres?

—Un segundo.

Me vuelvo hacia la maleza y empiezo a buscar un palo largo. Encuentro uno que parece un rastrillo medieval improvisado y me lo llevo a la poza.

—Crees que podría haber algún cadáver ahí, ¿verdad?

Sondeo el agua con el palo y confirmo que el desnivel es tan pronunciado como sospechaba.

—Cientos de personas se han bañado en esta poza —digo, razonando en voz alta.

—Si hubiera algo ahí, ya lo habrían encontrado —dice, e intenta sonar convincente.

—No si...

Dejo de hablar y me concentro de pronto en algo.

No me queda otra: tengo que inspeccionar el fondo de la poza.

Me quito la camisa y la dejo encima de un tronco. Centrado aún en la poza, empiezo a desatarme los cordones de los zapatos.

—Theo... no te metas ahí...

La miro de reajo.

—Perdona si te incomoda. Llevo *boxers*.

—¡Qué idiota eres!

Me quito los pantalones y entro en el agua. Ya tengo los pies más calientes que el resto del cuerpo. Avanzo hasta que el agua me llega al pecho.

A medida que me voy acercando a la zona más oscura, el agua está mucho más caliente.

—¿Cómo está? —me pregunta Jillian.

—Aquí, estupenda. ¿Ahí abajo...? Buena pregunta.

—Prométeme que no te vas a sumergir. Ahí abajo tiene que estar hirviendo.

Justo cuando dice eso, me estalla una burbuja cerca de la cara.

—En teoría, sí, pero no es el agua lo que me asusta.

—¿Esos extremófilos de los que me has hablado?

—Si no salgo en diez minutos, ve a buscar refuerzos.

—Me voy a ir a casa y olvidaré que te conozco —replica.

Tomo aire y me sumerjo. A medida que desciendo, sube muchísimo la temperatura del agua. Me lo noto en el cuero cabelludo y en la nuca. Con cada brazada que doy, siento los nervios como si fueran alfileres incandescentes.

Doy patadas para sumergirme más y me topo con una pared de agua aún más caliente. Me empiezan a arder las manos, así que retrocedo y vuelvo a subir.

Al salir a la superficie, el aire frío me azota la cara.

—¡Madre mía! —exclama Jillian, que se ha sentado en el tronco—. ¡Tienes la cara como un tomate!

—Está caliente.

—¿Satisfecho?

Me acerco a la orilla nadando a perrito.

—Me satisface pensar que nadie con sentido común bajaría ahí.

—Estupendo. Sal ya, anda.

—No. Eso confirma mi sospecha. ¿Me pasas el palo?

—¿Para que puedas tantear si hay cadáveres? —dice, sin moverse.

—Bueno, si no me pasas el palo, tendré que usar los dientes. Tú eliges.

—¡Qué asco!

Lo tira al agua y cae salpicando cerca de mí.

—Gracias.

Lo agarro por el extremo, blandiéndolo delante de mí como si fuese un arpón, y vuelvo a sumergirme. Bajo tanto como antes y tanteo el fondo con la rama.

El extremo tropieza con piedras y lo que parecen leños. No consigo aguantar el calor más de un minuto. Vuelvo a subir a la superficie para tomar aire y refrescarme. Jillian no parece estar disfrutando de nada.

—Has sido tú la que ha querido venir —le digo—. Te he advertido que podría haber cadáveres.

—No esperaba que uno de ellos fuera el tuyo. No he venido a ver cómo te cueces como una langosta.

—No me pasará nada.

—Ya sabes lo de la rana y la olla de agua hirviendo...

—Eso es un mito. Escapan de un salto. Siempre lo hacen.

Salvo que sean profesores cabezotas y temerarios.

Me sumerjo de nuevo y hurgo en otra zona. Esta vez el palo topa con una roca que cede cuando la empujo, como si estuviera encima de otra. Tengo que volver a subir para poder seguir investigando.

—¿Por qué tienes que ser tú quien haga esto? —me pregunta Jillian cuando emergo.

—Ni siquiera conseguí que la policía se desplazase a cinco kilómetros de la comisaría con el primer cadáver. ¿Qué crees que dirían si les comentase que esto está relacionado con el monstruo de Cougar Creek?

Vuelvo a sumergirme y continúo sondeando. El palo tropieza con algo que parece de madera. Cuando tiro de él, veo que se ha enganchado en algo.

Me lo acerco despacio y, al alargar la mano, toco lo que sea que ha atravesado. Palpo con los dedos una fila de algo, como listones de madera curvos.

Procuro no entusiasmarme demasiado. Podrían ser las costillas de un ciervo. Deslizo los dedos por el reverso y palpo las vértebras en busca de espinas dorsales prominentes, como las de un ciervo o un oso.

Son cortas y romas, como las de un ser humano.

Saco la cabeza del agua. La expresión de Jillian cambia en cuanto me ve.

—Has encontrado algo.

—Sí...

Nado hasta la orilla arrastrando mi trofeo. Lo llevo hasta la parte menos honda de la poza, donde el agua es transparente.

Jillian se arrodilla para ver bien las costillas.

—¿Humanas?

Las dejo en el agua y salgo a la hierba.

—De un adulto. Probablemente, de una mujer.

—¿Hay más?

—Seguramente. El agua o las bacterias han deshecho el tejido conjuntivo. Hay que dejar esto aquí hasta que alguien lo pueda trasladar debidamente. En cuanto quede expuesto al aire, empezará a descomponerse.

Estudio los rasgos superficiales del esqueleto parcial y observo varias marcas bien visibles de garras por las costillas.

Jillian también las ve.

—Es obra suya.

—Sin la menor duda.

—¿Qué es eso?

Miro adonde me señala. Brilla algo metálico en el hueso oscuro. Veo algo diminuto clavado en el lado izquierdo de las costillas. Con más impulsividad de la aconsejable, lo saco con los dedos.

Al retirar la porquería y las algas, caigo en que es la punta metálica afilada de una cuchilla. Quizá incluso la punta de una garra.

Lo sostengo en alto para que Jillian lo vea.

—Esto no es de un felino ni de un oso. Ahora tendrán que creernos. Tendrán que hacerlo.

CAPÍTULO 59

OBSESIONADO

Recorremos el primer kilómetro en completo silencio, procesando los dos el descubrimiento. Después de hacer varias fotos, he vuelto a arrastrar la caja torácica al centro de la poza hasta que lleguen los buzos de la policía.

Cuando he salido de la poza, Jillian me ha dado una botella de agua para que me bañara con ella, me advirtió que no viajaría con alguien que olía a bomba fétida.

He agradecido la rapidez con que se ha recuperado de lo que acaba de ver, luego me ha dado la impresión de que, en el fondo, tampoco le ha impactado tanto. Sospecho que no es la primera vez que ve un muerto.

Aun así, sigue alerta. Mientras descendemos por el estrecho pasaje, la sorprende varias veces mirando por encima del hombro y explorando la montaña.

El viaje de vuelta es más inquietante que la subida. Al principio, lo achaco a que acabamos de enfrentarnos cara a cara a la muerte, pero luego me entra la paranoia.

—Esa chica era hija de alguien —dice Jillian, rompiendo el silencio.

—Sí. Desaparecida durante más de treinta años, supongo.

—¿Crees que habrá más allí abajo?

—Sí.

—¿Por qué piensas que sí?

—La he encontrado sin mucha dificultad. Le había puesto una piedra en el pecho para que no flotase. La probabilidad de que haya topado con el único esqueleto enterrado ahí abajo es escasa. Estoy convencido de que hay más.

—Y han estado ahí mismo, en la poza, todo estos años, con gente bañándose y divirtiéndose y, Dios no lo quiera, bebiendo agua mientras tenían un cementerio justo debajo de los pies. Qué horror.

—Se arriesgó mucho.

Vuelve a mirar por encima del hombro.

—¿A qué te refieres?

—A que esos cadáveres podrían haberse hinchado con los gases y haber salido a la superficie. No es una forma inteligente de deshacerse de ellos. Habría sido preferible que los enterrase sin más en el bosque.

—¿Y por qué lo haría? —pregunta.

—No sé. La gente me desconcierta.

—Eso no es una persona.

—Sí, claro que sí. Horrible, pero persona. Puestos a imaginar, supongo que quiso tener todos los cadáveres en el mismo sitio. Seguramente hasta le ponía ver a la gente bañándose en esa poza.

—Es asqueroso.

—Es una buena noticia.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Esto lo hizo en su etapa juvenil y luego ha ido espabilando, pero lo encontraba excitante entonces y seguramente también ahora. Lo suficiente como para tener un descuido. Es posible que cometa errores.

Jillian se detiene. La veo ladear la cabeza un momento y ponerse en marcha de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Cómo que qué pasa?

—Que por qué te has parado...

—¿Me he parado? Habré oído algo.

Esa tensión entre el instinto animal y el ser racional que descarta cualquier cosa que no encaje en lo estrictamente lógico me resulta fascinante. Acabo de ver a Jillian detectar algo y olvidarlo inmediatamente porque no ha podido catalogarlo.

—¿Notas un cosquilleo en la espalda y una tensión en el vientre? —pregunto.

—Sí. ¿Tú?

—También.

—Creo que nos vigilan —susurra sin volverse.

Seguimos caminando sin decir nada. Procuramos que no se note que nos intriga qué será lo que nos sigue y miramos al frente, pero inspeccionando el sendero con la vista.

Al cabo de otro kilómetro, llegamos a una zona donde hay menos

árboles.

—Aquí no puede esconderse —susurra Jillian—, pero después de la siguiente curva vuelve la espesura. Si yo fuese un francotirador...

—Te esconderías allí.

—Sí, señor.

—Sigue caminando.

La dejo que me adelante y empiezo a trepar deprisa por la montaña. Espero a que vuelva la curva para coronar la cima, de forma que el centro de atención de cualquier vigía sea ella saliendo del desfiladero.

El bosque forma una península donde el sendero forma una especie de herradura.

Si lo que sea o quien sea que nos acecha se encuentra en el bosquecillo que tengo delante, solo puede escapar por una franja estrecha de bosque.

Sopeso la posibilidad de protegerme en lugar de abordarlo directamente y al final opto por correr a toda velocidad hacia los árboles y rezar por no estar a punto de toparme con un puma.

Cuando llevo un cuarto del camino hacia el bosque, se rompe una rampa a lo lejos. Se oye un graznido y varios tordos alzan el vuelo, agitando las alas con violencia.

A diez metros de mí, se agita una rama. No sé bien si acabo de ver pasar una sombra o se ha mecido la copa de un árbol.

De pronto, arrepentido de haber dejado sola a Jillian, corro al borde de la península y la veo doblar la curva.

Levanta la vista y me mira con las cejas enarcadas, preguntándome sin hablar. Me encojo de hombros.

Cuando me dispongo a dar media vuelta, reparo en un trozo de tierra seca justo debajo de las ramas bajas de un árbol.

Hay una huella clara de una bota. La toco para medir la humedad. Es reciente. De hace menos de una hora.

Saco el móvil para hacer una foto. Al poner un billete de un dólar al lado para tener una referencia, me doy cuenta de lo grande que es el calzado que la ha dejado. Por lo menos un cuarenta y ocho o un cuarenta y nueve. La profundidad de la huella indica que quien lleva esas botas pesa bastante.

Me deslizo pendiente abajo para reunirme con Jillian.

—¿Y bien? —me pregunta.

—He visto una huella de una bota grande. Probablemente de un cazador.

—¿Un cazador? Aquí no hay caza.

—Cierto. Pues de un excursionista. Yo a veces intento evitar a la gente.

—Sí... ya me he dado cuenta. ¿Seguro que no era nuestro acosador?

—Esta persona es alta y pesa mucho. No tiene precisamente madera de ninja.

Parece satisfecha con la respuesta y sigue adelante.

Cuando lo pienso, caigo en la cuenta de algo: hace unos minutos estaba analizando lo rápido que ella ignoraba sus instintos y ahora le estoy diciendo que no hay nada de qué preocuparse porque la huella que he encontrado no ha satisfecho mis expectativas.

Sondeo la montaña que tenemos delante y siento otro nudo en el estómago.

CAPÍTULO 60

PAISAJE

Cuando por fin llegamos al Explorer, el sol se está poniendo sobre un cielo de color rojo intenso. Jillian y yo subimos al SUV y nos miramos, aliviados de haber conseguido bajar antes de que anoheciera.

—¿Y ahora qué? —pregunta mientras nos incorporamos a la autopista.

—¿Te refieres al cadáver? Envío a la policía un correo electrónico anónimo con la foto y la geolocalización.

—¿Crees que así engañarás a alguien?

—No, pero ya he tenido demasiadas experiencias frustrantes con las fuerzas de seguridad de por aquí.

Aún me duele el costado de la paliza que me dio Gunther.

—¿Y qué harás después?

—Encontrar más cadáveres, supongo. No puedo hacer mucho más. La policía cuenta con muchos recursos forenses. Quizá hasta intervenga el FBI. En algún momento tendrán que olvidarse de esa teoría estúpida del animal salvaje.

—Más cadáveres —dice ella, contemplando por la ventanilla el cielo cada vez más oscuro.

Solo hay otro vehículo en la carretera y lo llevamos detrás, a unos quinientos metros.

—En realidad, quiero ver si puedo encontrar víctimas de hace más tiempo.

—¿Como las de aquí?

—Sí. Y quizá de otros sitios. El problema es que ahora ya es muy listo. Sabe cómo evitar a la policía. En sus víctimas no hay restos de su ADN, que yo sepa. ¿Ese trocito de metal que hemos encontrado en las costillas...? Dudo que ahora permitiera que sucediese algo semejante. Sus métodos han

evolucionado a la par que la ciencia forense moderna.

—Pero en sus asesinatos antiguos...

—Puede que no fuera tan listo. Las aguas termales habrán borrado todo rastro de él, así que en ese sentido fue avisado, pero no ocultan el hecho de que hay un asesino suelto. Ahora es invisible. A lo mejor es más fácil encontrar pistas investigando su pasado.

—Entonces, ¿investigarás asesinatos antiguos?

—Denuncias de personas desaparecidas. Ataques extraños con arma blanca. Cualquier otra cosa que encaje en los últimos decenios.

Caigo en la cuenta de que me he saltado la salida y hago un giro prohibido.

—Me pregunto cómo será. ¿Lo conocemos?

—Yo también lo he pensado. No lo creo. Es inteligente, dudo que sea asocial.

Jillian observa las nubes a la luz cada vez más escasa.

—¿De dónde sale alguien así?

—Un dos por ciento de la población es sociópata. No ven a los demás como tú o como yo. Si te relacionas con cincuenta personas al día, una de ellas es sociópata.

—Pero no asesino.

—No, pero si hubiera un botón mágico que pudieran pulsar para matar sin riesgo a alguien que les molestara, lo harían sin titubear.

—¿Uno puede saber si es sociópata?

—Leí mucho sobre el tema cuando era adolescente.

—¿Es posible autodiagnosticarse?

—Un poco, quizá. Por lo que yo sé, si eres inteligente, seguramente lo sospechas. Si no lo fueras, darías por sentado que todo el mundo se siente igual.

—¿Y a qué conclusión llegó el joven doctor Cray sobre sí mismo?

—Socialmente inepto. Un caso terminal.

Veo un destello de luz por el retrovisor. Al principio, no le hago mucho caso, luego caigo en la cuenta de que llevamos kilómetros por una carretera recta sin ningún otro desvío.

Jillian me pilla mirando por el retrovisor.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Theo —dice en tono reprobatorio.

—Me parece que alguien acaba de hacer un giro prohibido, como nosotros.

—¿Nos siguen?

—Buena pregunta. Saca el móvil.

Paro en el arcén y enciendo la luz interior.

—¿Estamos fingiendo que nos hemos perdido?

Aparto la mirada de la carretera y miro fijamente la pantalla de su móvil.

—Sí. Cuando pase ese automóvil, dime cuántas personas van dentro.

—¿Y si para detrás de nosotros?

—No lo harán. Salvo que quieran dejar claro que nos están siguiendo.

Por el rabillo del ojo, veo acercarse el vehículo y pasar por delante de nosotros.

—Lleva lunas tintadas. Era un Yukon de color verde oscuro.

—¿No habrás visto la matrícula por casualidad?

—De Montana. El número, no.

—Interesante. Seguramente no sea nada.

—¿Nada?

—Sí.

—Vale.

Parece más divertida que alarmada.

Apago la luz del techo. Jillian sigue mirándome; el resplandor del salpicadero le ilumina la cara. En sus labios, se dibuja una sonrisa.

Esa mirada sostenida, sé lo que significa.

Creo.

Para ella esto sigue siendo una aventura. Creo que no lo entiende.

O a lo mejor no lo entiendo yo.

Llevado por un impulso, quizá por la adrenalina, invado su espacio personal y ella separa ligeramente los labios. Le doy un beso. Breve pero intenso.

Cuando me aparto, la veo sonreír.

—¿Qué? —pregunto.

—Esta tiene que ser la primera cita más macabra que nadie ha tenido jamás.

—Tú te lo has buscado.

—Cierto. Cierto.

Me pone la mano en la nuca, lo que indica que no hemos terminado de

besarnos.

—¿Te das cuenta de que es posible que el que acaba de pasarnos sea el asesino?

—¿Te das cuenta de lo excitante que es toda esta emoción?

De pronto, la encuentro irresistible. La agarro por la nuca y aprieto sus labios contra los míos, esta vez con más fuerza. Nuestras lenguas se encuentran y juegan.

Le meto la mano por debajo de la blusa y le toco esos pechos con los que llevo obsesionado todo el día, desde que la conocí, de hecho.

Entonces, ella me acaricia el muslo, lo recorre y termina agarrándome el paquete.

—¿Vamos a hacer algo con esto? —me susurra al oído.

Me aparto de repente y me apoyo en la puerta.

—Perdona. Yo...

—¿Qué? ¿Es por mí?

—¡No! Por mí. Se trata de un asunto horrible. Y esos lugares también son horribles. No tendría que haberte llevado allí.

—Si no hubiera ido, no estaría aquí.

—Hace una hora estábamos delante de un cadáver.

—Que lleva ahí treinta años.

—Y el asesino aún anda suelto.

—Sí, Theo, así es. Y el capullo del rebelde que mató a mi marido también anda suelto todavía. Nunca lo superaré.

—Lo siento. Lo siento.

—No digas eso. ¿Te arrepientes de haberme besado?

—No.

—Tienes que ser capaz de compartimentar todo eso. Tu problema es que solo tienes un compartimento.

—Así es como me centro.

—¿No has pensado nunca que te podría tener dando vueltas en círculos?

Intenta decirme algo. MAAT no me ha dicho nada de las aguas termales. Lo he deducido de un comentario aleatorio. He estado haciendo lo mismo una y otra vez.

La miro fijamente. Se cruza de brazos y me mira esbozando una sonrisa de satisfacción.

—¿Y ahora qué?

Desconecto a mi yo profesional y digo lo primero que se me ocurre.

—Vente al asiento de atrás y lo averiguas.

CAPÍTULO 61

INTERNISTA

La doctora Debra Mead me mira a través de sus gafas de enorme montura y emite un sonido que suena tanto a gruñido como a suspiro antes de decir:

—¿Así que es usted el imbécil que me ha estropeado las muestras?

—Probablemente.

—Por aquí —dice, y me lleva por el pasillo de la oficina del forense.

He sabido de su existencia esta mañana, cuando me ha despertado una llamada telefónica antes de las seis. Por lo visto, la única forense de Montana es muy madrugadora.

—¿Theo Cray? —ha preguntado.

—¿Sí?

—Soy la doctora Mead. ¿Es usted el hombre que no para de mandarme cadáveres?

La pregunta ha sido tan directa que he estado a punto de espetar una confirmación.

—Eh... puede —he respondido titubeante.

—Me han dicho que es usted un experto...

—En biología.

—¿No me diga que además da clases?

—Pues sí. ¿Qué problema hay?

—Compadezco a sus alumnos. Venga al depósito de cadáveres de Missoula.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Mead no me ha dado ninguna otra explicación, solo la exigencia imperiosa de que me presentase allí lo antes posible.

Cuatro horas después, me lleva por un pasillo una mujer menuda de pelo gris que no se molesta en disimular su desdén por mí.

No sé por qué, me cae bien. A lo mejor es que estoy de buen humor, eso es lo que tiene tontear con una mujer guapa en el arcén de una carretera como un adolescente cachondo.

—Bueno, eh, ¿a qué viene esto? —pregunto.

—Viene a que me jubilo como profesora universitaria y me encuentro con que «el gobernador me ha nombrado forense del estado» —dice, formando las comillas en el aire—. Por lo visto, soy la única cualificada en todo Montana desde que se fue el último gilipollas. Esto es un caos. Están mandando los cadáveres a Seattle. ¿A Seattle? ¡Santo Dios!

—¿Forense estatal? Espere, ¿solo hay uno en todo el estado?

—Sí. Hay muchos jueces de instrucción, pero para hacer una autopsia oficial, una que reconozca un tribunal, la tiene que hacer alguien que distinga el culo del codo o un zarpazo de oso de una cuchillada.

—Entonces, ¿sabe que las ha matado un hombre?

Se detiene delante de una puerta y me mira atónita.

—Sí, profesor Genio. No es usted el único capaz de llamar a las cosas por su nombre.

—¿Y por qué no se ha hecho público?

—Siéntese y quítese la camisa —me dice, ignorando la pregunta con un gesto de desdén y señalándome una silla.

—¿La camisa?

—Le voy a extraer muestras de sangre, de piel, de vello corporal y cualquier otra cosa que me venga en gana.

—No sé si lo entiendo.

—¿Usted da clases?

—Eso ya lo hemos hablado.

—Cierto. Bueno, tengo ahí dentro una sala repleta de cadáveres que voy a estar examinando. Si encuentro otro ADN que no sea el de las víctimas, me gustaría saber si es el suyo. A lo mejor es solo suyo. También quiero una muestra de semen.

—¿De semen?

—¿Y usted da clases de biología? —Menea la cabeza—. ¡Que Dios nos asista!

—Estoy confundido.

—Obviamente. Deje que se lo explique de una forma sencilla. Si

encuentro ADN, necesito saber que no es el suyo y prefiero no tener que esperar para averiguarlo. No soy una mujer paciente.

—Eso está claro.

Me mira indignada.

—Mire, listillo, puede hacerlo voluntariamente o por orden judicial. Y es preferible que no sepa cómo extraemos las muestras de semen forzosas.

—En realidad, ya lo sé. ¿Y en ello participa usted?

—Sí. Le meto una aguja de veinte centímetros en el escroto y se lo dejo como una pasa.

Me echo a reír.

—¿No le ha dicho nunca nadie que eso es físicamente imposible?

—¿Usted cree que los lerdos a los que vemos por aquí saben siquiera cómo se escribe «escroto»? ¿Qué decide, entonces?

—Sería inútil resistirme, ¿no?

Después de extraerme sangre, folículos pilosos y epidermis, me deja solo para que le proporcione la última de las muestras. Me cuesta mucho menos de lo que pensaba, pero, dado el recuerdo reciente del que me sirvo, no me extraña.

Cuando abro la puerta, me la encuentro en el pasillo.

—¿Se le ha olvidado cómo se baja la bragueta?

—Ya está.

—¡Qué rapidez! Debe de ser usted una joyita para las mujeres. Déjeme que ponga sus secreciones en hielo —dice, tendiéndome la mano para que le entregue el frasco con la muestra—, luego nos ponemos al tajo.

—¿Al tajo?

—Sí. Sus notas no son tan específicas como usted cree. Tengo algunas dudas sobre el modo en que ha encontrado los cadáveres.

—Cadáveres... Yo solo le conté a la policía lo de Chelsea Buchorn. Bueno, también lo de Summer Osbourne.

Lo cierto es que empiezo a estar un poco perdido.

Mead contempla mi desconcierto y añade:

—Cierto. Eso es lo que está en las notas, pero luego tenemos todo el montón de cadáveres que nos ha enviado don Anónimo. ¿Cree que hay por ahí algún otro forense aficionado desenterrando niñas muertas del que yo debiera estar informada?

—Bueno...

Se deshace de mis titubeos con un gesto de la mano.

—Si le preocupan las posibles repercusiones legales, hable con un abogado. Entretanto, vamos a jugar a que usted me dice cómo ha encontrado ese tío los cadáveres y en qué estado, ¿vale? Cuanto antes aclaremos esto, antes sabremos quién lo hizo de verdad y antes empezará el FBI a hacer preguntas sobre él en lugar de hacerlas sobre usted.

—¿El FBI?

Mead se encoge de hombros.

—Yo no he dicho nada.

Mierda. Serían ellos los que nos seguían a Jillian y a mí anoche. Por la indirecta de Mead, parece que sea yo el blanco de su investigación. Joooder.

Si ese es el caso, necesitaré toda la ayuda posible para convencerlos de que estoy de su parte. Y eso implica hacer todo lo que me pida Mead.

Paso el resto del día explicándole quién es cada uno de los cadáveres y cómo los he encontrado. Me hace preguntas muy específicas sobre olores, profundidad del suelo y vegetación.

Aunque los técnicos que retiraron los cadáveres hicieron anotaciones detalladas, Mead siente una curiosidad especial por las observaciones que yo hice cuando los encontré. Le interesa en particular la coloración de la piel.

—¿Qué opina de las muestras de las fuentes termales? —le pregunto cuando terminamos de repasar el último cadáver.

—¿De las fuentes termales?

—Ayer encontré una caja torácica en unas fuentes termales que hay cerca de Red Hook.

—Esto es para echarse a llorar. ¿En serio?

—Le mandé un correo electrónico a la policía anoche.

—Genial. ¿Usted descansa alguna vez? —pregunta.

—¿Y usted?

—¿En Red Hook, dice?

—Sí, ¿le suena de algo?

—Puede. Es extraño.

—¿El qué?

—Cuando vi estos cadáveres por primera vez, me recordaron a algo que examiné hace años. Una chica, una prostituta de por allí. Tenía un zarpazo en la espalda. Cuatro cuchilladas, no cinco.

—¿En serio? ¿Hace cuánto?

—Unos veinte años.

—¿Y nadie lo ha relacionado con esto?

—No. Murió de sobredosis. Cuando hice la autopsia, vi heridas que habían cicatrizado hacía años. Me limité a anotarlo.

—Podría haber alguna relación.

—Podría, pero, a la velocidad que va a la policía, yo no contaría con nada en bastante tiempo.

CAPÍTULO 62

PARIENTE MÁS CERCANO

Desde que nació hasta que terminó en la mesa de autopsias de la doctora Mead hace años, Sarah Eaves tuvo una vida difícil. Salvo el hospital y la fecha en que nació, no encuentro muchos datos de su infancia. Hay registros de detenciones por hurto a los dieciocho años y denuncias por prostitución y tenencia de drogas a los veintipocos.

En las tres fotografías de su ficha se ve a una chica guapa, aunque triste, que envejece demasiado deprisa. Hay un lapso de cinco años entre su última detención y el día en que la encontraron muerta en la habitación de un motel con una jeringuilla clavada en el brazo, lo que parece indicar que Sarah se desintoxicó, pero tuvo una recaída que acabó con su vida.

La doctora Mead pudo tirar de algunos hilos y conseguir la dirección del último sitio donde trabajó, Darcy's Hotcakes & Coffee, en la autopista que sale de Red Hook.

Mientras estoy aquí sentado, bebiéndome a sorbos el café y haciendo un esfuerzo sobrehumano por no tomarme enteras las tortitas con arándanos que he pedido, intento imaginar a la chica de las fotos con uniforme de camarera y deducir qué pudo haberla devuelto a su oscuro pasado.

Un hombre medio calvo de treinta y pocos años baja de un Honda Civic descolorido y entra en el restaurante. Aunque no lleva el apellido de su madre, Robert Moorhen tiene sus ojos.

Le hago una seña para que se acerque al banco corrido donde estoy sentado y él se quita la parka desgastada y se sienta enfrente de mí.

Mira de reojo la carpeta que tengo delante.

—¿Eso es sobre mi madre?

Tardo en contestar porque ahí dentro hay fotografías de la autopsia.

—En parte. Gracias por reunirse conmigo.

—De nada. Hoy tengo el día libre. ¿En qué puedo ayudarle?

—Para empezar, sabe que no soy policía, ¿verdad?, que solo soy investigador.

Asiente con la cabeza.

—De todas formas, le contaría todo lo que supiera. Si supiera mucho. Yo tenía cinco años cuando murió. Me criaron mis abuelos.

—¿Y su padre?

—No andaba mucho por casa. Trabajaba en una petrolera por lo que estaba casi siempre en Alaska y Canadá. Mamá y él no duraron mucho. Se separaron antes de que yo cumpliera los tres años.

—Esto no es fácil de decir, pero ¿sabe que su madre tuvo un pasado turbulento...?

—¿Lo dice por lo de la prostitución y las drogas? Sí, podría decirse que sí. Mis abuelos nunca me lo mencionaron, pero cuando papá se emborrachaba, me contaba toda su historia. No quiero creerlo, pero supongo que lo acepto. Tiene que entender que esa no fue la mujer que yo conocí. No tengo muchos recuerdos de ella, pero siempre estuvo pendiente de mí. Una madre buena de verdad. De pequeño, cuando salía del colegio, solía sentarme allí a colorear —dice, señalando el banco corrido del rincón—. Entre clientes, me preguntaba la lección. Luego... bueno...

El recuerdo que Robert tiene de su madre contrasta fuertemente con las fotografías de su ficha policial, pero le creo.

—Cuando su madre falleció, los médicos le vieron unas cicatrices extrañas, ¿las recuerda?

Se lo piensa.

—Puede... ¿Como arañazos de perro o algo así?

—Sí, algo así. ¿Le dijo alguna vez de qué eran?

—Tenía cinco años. A esa edad, aceptas el mundo como es. Puede que me dijera algo... ¿que se las hizo cuando era más joven...?

—¿Más joven? ¿Cuánto?

—No sé. De pequeño, das por sentado que tus padres siempre han sido adultos. Es extraño... Yo ahora soy mayor de lo que era ella cuando murió, pero la sigo viendo como entonces. —Hace una pausa y mira fijamente por el ventanal—. Las cicatrices pudo habérselas hecho jugando...

—¿Jugando?

—No sé. No me habló de ellas. Nunca me hablaba de su infancia.

—No he podido averiguar mucho. Cuénteme lo que sepa.

—Se fue de esa casa a los dieciséis o diecisiete. No sé más.

—¿De esa casa?

—Sí, de la casa de acogida en la que vivía. Tampoco me habló nunca de eso. Estuvo en varias desde que era un bebé.

—¿Sabe algo de esa casa de acogida o de sus padres adoptivos?

—No. No estaba lejos de aquí, eso sí lo sé. Se crio en esta zona.

Interesante. Tengo que preguntarle a Mead si puede conseguirme información sobre ese punto. Si fue entonces cuando se hizo esas heridas...

—¿Tiene algún sospechoso? —pregunta Robert.

—No. Como le he dicho, no soy más que un investigador. Solo hago una investigación académica.

—Espero que agarren al tipo que la mató.

—Yo también lo espero... —Me interrumpo cuando caigo en la cuenta de lo que acaba de decir—. Espere... su madre murió de una sobredosis...

—Cierto, pero no fue ella quien se clavó la aguja en el brazo. Lo hizo otra persona, le inyectó una dosis letal.

Saco el informe policial de la carpeta y lo vuelvo a leer. La causa de la muerte que se especifica es sobredosis accidental. Quizá aceptarlo le resulte duro a Robert, pero lo ha dicho con absoluta convicción.

—¿No cree que su madre tuviera una recaída?

—La última vez que la vi fue ahí mismo —dice, señalando la mesa en la que se sentaba de niño—. Terminó su turno y salió a fumarse un cigarrillo. Nunca fumaba delante de mí. Y ya no volvió. Dos días después la encontraron en la habitación de un motel, a más de treinta kilómetros de aquí. Puede que mi madre fuese muchas cosas: furcia, yonqui, ladrona —dice, levantando la voz—, pero era una buena madre, maldita sea. Me adoraba. Si hubiera querido largarse con algún antiguo novio para chutarse, me habría dejado en casa de mis abuelos, no me habría abandonado.

Está furibundo, no solo por mí, sino por la injusticia que el mundo ha cometido con él.

—Lo siento, Robert. No pretendía insinuar lo contrario.

Mira fijamente al aparcamiento y se calma.

—Perdone. Todos los días pienso en ello. Cuando me ha llamado, he dado por sentado que era por eso, porque habían resuelto el... ¿Cómo se dice? El caso cerrado. Supongo que era pedir demasiado.

—No, no lo es. ¿Por qué cree que alguien podría querer matar a su madre?

—No lo sé. De pequeño, pensaba que podía ser como en las películas policíacas, que había visto algo que no tendría que haber visto. Ahora ya no sé. Me cuesta creer que alguien la odiara.

—¿Qué opina su padre?

—Nada. No nos llevamos muy bien. Igual dijo algo alguna vez de que había ido a chutarse con un novio yonqui, pero pregúntele a cualquiera de por aquí que la conociera y verá cómo le dicen que ella jamás me habría dejado aquí solo. Salvo en contra de su voluntad. A ver, ¿quién iba a dejar aquí solo a un niño?

—No lo sé, Robert. No lo sé. Pero lo voy a investigar.

No es una promesa hueca, pero para llegar al fondo de todo esto, tengo que empezar por el principio, por el comienzo de la vida turbia de Sarah, que fue probablemente cuando conoció al asesino.

CAPÍTULO 63

CASERÍO

Julie Lane me recibe en la puerta con una cálida sonrisa en su rostro cansado. Distingo algunas canas en el pelo oscuro que lleva recogido con un juvenil coiletero color turquesa, así resulta complicado calcularle la edad.

De finales de los sesenta a principios de los ochenta, su marido y ella tuvieron una casa de acogida aquí, en esta granja situada en los límites de Red Hook. Su espaciosa vivienda, recortada sobre el fondo montañoso de Montana, está rodeada de abetos altos que destacan en un terreno de pastos por lo demás plano.

—Señora Lane, soy Theo Cray. Hemos hablado por teléfono. Estoy investigando la historia de Montana.

—Sí, sí, claro.

Abre la puerta y me hace pasar.

Un sofá de un naranja descolorido preside un salón que parece haberse quedado estancado en los setenta. Las únicas concesiones a la modernidad son un televisor de pantalla plana y un iPad con un crucigrama en la pantalla.

Me siento en el sofá que hay al lado de la butaca en la que se sienta ella.

—Como le he dicho por teléfono, estoy haciendo una investigación genealógica y quería hablar con usted de algunos de los niños que pasaron por esta casa.

—Bueno, si le soy sincera, no recuerdo mucho de sus orígenes. Aquí venía toda clase de niños: blancos, morenos, indios, mestizos... Daba igual. Solo queríamos ofrecerles un hogar y creo que lo hicimos lo mejor que supimos.

Me dan ganas de preguntarle directamente si alguno de los niños era un maníaco con instintos asesinos, pero tengo que hacerlo poco a poco.

—¿Cuántos años tenían aquellos niños?

—Nos especializábamos en adolescentes. Adolescentes problemáticos, como solía decir mi marido, pero eran buenos.

—¿Ningún problema de conducta?

Ríe.

—Eran adolescentes. Todos tenían problemas de conducta, pero solo era una pose.

—Entiendo. ¿Recuerda a una chica que se llamaba Sarah Eaves?

Su expresión cambia un instante, luego niega levemente con la cabeza.

—No... La verdad es que no. ¿O sí? ¿Vivió con nosotros?

—Estuvo aquí a principios de los ochenta. Dos años, hasta que se fue de casa. Terminó bastante cerca de aquí.

—Puede ser. A lo mejor si viera una fotografía...

Le enseño la foto que me ha dado el hijo de Sarah.

—Ella a los veinte años o así...

—Sí —dice después de mirarla un rato—. Ya me acuerdo.

—¿Recuerda algo de ella?

—No, no logro recordar nada. Como le he dicho, no me acuerdo de todos. Demasiadas caras. Ya sabe cómo es esto.

Lo que tengo claro es que esta mujer me está ocultando más de lo que está dispuesta a reconocer.

—Acabo de hablar con su hijo. Le gustaría mucho saber cómo era su madre de niña.

—¿Su hijo? ¿Sarah tuvo un hijo?

Por cómo se le ha iluminado la cara al oír hablar de un bebé y por el modo en que ha dicho «Sarah» sé que tuvo una relación más estrecha con ella de lo que quiere reconocer.

—Sí, un hombre muy agradable. Ha sido él quien me ha dado la foto.

—¿Puedo volver a mirarla?

Se la paso. La sujeta con ambas manos.

—¿Cuántos años tiene el chico?

—Treinta y dos.

Lane mira a un lado mientras hace cálculos.

—Ah. ¿Tan joven?

Algo en su tono de voz me dice que ha perdido de pronto el interés. Me devuelve la foto.

¿Por qué podría estar más interesada si el chico fuera mayor? ¿Acaso ha pensado que sabía quién era el padre?

—¿Sarah tenía novio? —pregunto.

Lane me mira ceñuda.

—Nosotros no tolerábamos esas cosas. Las chicas vivían arriba y los chicos se alojaban en el barracón que hay junto al granero.

—De acuerdo. No estaba insinuando nada.

—En esta casa éramos muy estrictos. A mi marido, Jack, no le importaba quitarse el cinturón fuera con los chicos o con las chicas.

Todo esto me está empezando a dar mala espina. Aunque no quiero incomodar a la señora Lane, me temo que voy a tener que sonsacarle más información.

—¿Sabe por qué se fue de casa Sarah?

—No —responde con aspereza—. Era una niña difícil. Siempre andaba metida en líos. Provocando a los chicos. Jack hizo todo lo que pudo, pero estaba asilvestrada.

El modo en que dice el nombre de su marido, con rotundidad y un respeto casi reverencial, resulta inquietante.

Tengo la leve sospecha de que entre los castigos de Jack podrían estar los abusos sexuales y que la señora Lane lo sabe perfectamente. Si insisto demasiado en ese asunto, terminará echándome de una patada.

Abandono esa línea de interrogatorio.

—Cuando Sarah estuvo aquí, ¿qué chicos había?

—Señor Cray, ¿se trata de un estudio sobre genealogía o sobre Sarah Eaves? —me pregunta muy seria—. Creo que debería marcharse ya.

—En realidad, solo quiero información sobre las cicatrices que tenía en la espalda. Se hizo esas heridas estando aquí, ¿verdad?

—Fue un accidente: se cayó sobre algún utensilio de labranza. Servicios sociales lo sabe. No sé qué le habrán contado, pero es mentira. Váyase ya.

La mujer amable que me ha recibido en la puerta se ha desvanecido.

Solo me queda una carta por jugar antes de que llame a la policía para que me detengan por allanamiento de morada.

Si el asesino era uno de los niños de acogida que vivían en esta casa cuando Sarah estaba aquí, o en una época en la que pudiera haberla conocido, ya podría estar tonteando con sus garras metálicas por aquel entonces. Saco de la carpeta una fotografía de un *bagh naka* y se la pongo delante de la cara.

—¿Ha visto alguna vez algo como esto?

No dice nada, pero se le ponen los ojos como platos al ver el arma.

Me conviene que siga agitada, perturbada.

—¿Usó su marido, Jack, esta arma con Sarah?

Se pone blanca.

—¿Jack? ¡No, por Dios! ¡Él jamás haría algo así!

Está protegiendo a otra persona.

—¿Quién? ¿Quién más era su ojito derecho, señora? ¿Quién le hizo eso a Sarah? ¿Acaso estaba enfadado con ella? ¿Acaso estaba celoso de su marido?

—¡Basta ya! —Se levanta y señala la puerta—. Márchese. Si no lo hace, llamo a... llamo al *sheriff*.

—Un momento, ¿a quién iba a decir que va a llamar?

—A nadie. ¡Váyase ya!

Está tan nerviosa que temo que le vaya a dar un infarto.

¡Por qué poco! ¡He estado a punto de sonsacarle el nombre!

De pronto se me ocurre una idea: dejo caer al suelo la documentación y me arrodillo para recogerla.

Ella sale disparada hacia la puerta y la abre para que salga.

—¡Largo!

Amontono los papeles y me dispongo a salir.

—Perdone, no pretendía disgustarla.

Cierra la puerta de golpe, luego me mira por la ventana cómo subo al SUV y me voy.

Voy a tener que pensar en una buena excusa para volver dentro de unas horas a por el móvil que me he dejado grabando debajo del sofá.

CAPÍTULO 64

CÓMPLICE

Después de estar sentado una hora en el Explorer a un kilómetro de la vivienda, doy media vuelta y regreso a la casa de Julie Lane. Pienso en varias mentiras que decirle, pero no me decido por una que no suene demasiado peregrina. Al final decido llamar sin más a su puerta y decirle que puede que me haya dejado allí unos documentos oficiales, sin especificar más, solo le he dicho que son oficiales.

Me siento como uno de esos estafadores que intentan timar a las ancianas con enciclopedias tontas o pólizas de seguros imposibles de cobrar. Luego recuerdo que Julie Lane podría estar encubriendo al asesino. Y que podría haber estado haciendo la vista gorda mientras su marido abusaba sexualmente de sus pupilas.

Creo que ya no me importa mentirle.

—¡Ya le he dicho que se vaya! —me grita desde el otro lado de la puerta.

—Me parece que me he dejado ahí unos documentos.

—No es verdad. ¡Váyase!

—Por favor, es importante.

Llevado por un impulso, agarro el pomo y lo giro.

Cuando abro la puerta, ella retrocede de un salto, aterrada. En rigor, esto es allanamiento de morada, pero actúo como si no lo fuera.

Le dedico la mayor de mis sonrisas.

—Gracias por dejarme entrar. Será solo un segundo.

Paso por delante de ella, me tiro a cuatro patas al lado del sofá y suelto la carpeta cerca de donde he dejado caer el móvil. Ella se dirige al lado opuesto del salón, con lo que me resulta más fácil metérmelo en el bolsillo. Saco un folio de la carpeta y lo sostengo en alto al tiempo que me levanto.

—¡Aquí está! Siento haberla molestado.

—Espere a que...

No termina la frase.

Me detengo en la puerta.

—¿Que espere a qué? ¿Va a decírselo a alguien?

—A la policía. ¡Voy a llamar al *sheriff* ahora mismo!

Se saca el teléfono del bolsillo y lo sostiene en el aire como si fuera una especie de talismán, un gesto que refuerza la falsedad de su promesa.

Vuelvo corriendo al Explorer y conduzco de nuevo hasta el sitio donde he estado esperando antes para poder reproducir la grabación.

Pulso el botón de reproducción.

Lane no ha tardado más que un minuto en hacer una llamada después de que yo me marchase.

—Maldita sea —grita al teléfono—, confiaba en que contestaras. Ha venido un hombre haciendo preguntas sobre Sarah, sobre ti y sobre papá. Me pediste que te avisara si eso ocurría. Pues ha ocurrido. Lo he mandado a tomar viento y no le he contado nada. Tengo su teléfono, por si le quieres cantar las cuarenta.

Cuando cuelga, se la oye pasear nerviosa por la casa y mascullar para sí. Parece que se sienta a la mesa de la cocina, que está enfrente del salón.

Veinte minutos más tarde suena el teléfono.

—¿Diga? Gracias a Dios. Sí... Hace unos quince minutos o quizá más... ¿Que cómo se llama? Kay... Leo Kay, creo. ¿Cómo has dicho? Sí, Theo Cray. ¡Eso es! Un tipo muy desagradable... ¿Hablarás con él? Ay, gracias... ¡Gracias!

De momento, no tengo ninguna pista de quién es esa otra persona, pero apostaría cualquier cosa a que es uno de los niños de acogida que vivieron con los Lane en la misma época que Sarah. Con una búsqueda en los registros, podría conseguir los nombres.

Me desconcierta un poco descubrir que sabe cómo me llamo, pero no debería sorprenderme.

Se hace un silencio largo, luego oigo a Lane decir:

—Vale... Vale. ¿Y los automóviles? Me dijiste que mandarías a unos tipos para que se los llevaran... Vale.

Cuelga y vuelven a oírse pasos hasta que yo aparezco otra vez. Sueno como el típico estafador a domicilio, pero he conseguido lo que quería: ahora sé que ha llamado a alguien.

Puede que incluso a él, al asesino.

Salvo robándole el móvil, cosa que me planteo por un momento, no sé cómo sacarle provecho a esa información, pero es una pista. Una pista inmensa.

Maldita sea. Puede que esté muy cerca de saber quién es, suponiendo que el hombre que le dejó esas cicatrices en la espalda a Sarah sea el mismo que ha matado a todas esas personas.

¿Y los automóviles? ¿Qué ha querido decir con eso?

Había una camioneta antigua a la entrada de la casa. No he visto nada más. ¿Habrá algo en el granero? ¿O en el bosque? ¿Qué relación tendrán esos vehículos con él?

Me mata la curiosidad. Tengo que volver.

Espero a que se haga de noche para regresar una vez más a la casa; aparco más abajo y voy andando. Sigo una valla metálica hasta la parte posterior de la propiedad, sin quitarle el ojo de encima a la casa por si se enciende alguna luz o de pronto aparece alguien.

Procuro convencerme de que él no aparecerá enseguida, de que quizá ni aparezca. Y más si piensa que ando detrás de él.

A lo mejor esa esperanza mía sea más ilusoria que lógica.

Paso por delante del granero y me muevo entre la maleza del fondo. Me veo tentado de usar la linterna, pero no quiero alertarla de mi presencia.

Cuando llego al bosque, casi no me veo ni los pies en la oscuridad. Mejor habría sido hacerlo a primera hora de la mañana, en lugar de ahora, pero no he tenido paciencia para esperar tanto.

El bosque es una mezcla de árboles altos y maleza. Tengo que bordearlo para encontrar un hueco entre las zarzas por el que adentrarme en él.

Encuentro un rastro de pisadas pequeñas y lo sigo, serpenteando entre los arbustos de frutos silvestres y los setos. Como al mirar atrás ya no veo la casa, enciendo la linterna.

De inmediato, algo se refleja en la maleza. Me acerco y veo que es el faro de un vehículo. Es un Chevy Citation azul muy oxidado. No lleva matrícula ni delante ni detrás, pero veo otro automóvil, un Datsun, unos tres metros más allá, naranja del óxido, también sin matrículas.

Barro la zona con la linterna y descubro que hay por lo menos ocho o nueve vehículos más a mi alrededor, todos ellos de hace por lo menos treinta años y cubiertos de óxido. Ninguno tiene matrícula. Abro la puerta de

algunos y hurgo en la guantera en busca de algo que me indique de dónde provienen, pero no hay nada.

Raro.

Rarísimo.

Hago fotos con el móvil y trato de encontrar los números de bastidor. Los números del salpicadero los han quitado. Miro en los estribos, en los motores, pero no encuentro nada.

¿Qué son todos estos vehículos sin marcar? ¿Dirigía el viejo Jack una red de venta de automóviles robados?

No.

No están aquí por eso.

Se me corta la respiración cuando entiendo por fin dónde me encuentro.

¡Madre mía!

¡Joooder!

Tengo que salir de aquí enseguida.

Esto no es un desguace, esto es otro de sus cementerios.

CAPÍTULO 65

CHATARRA

Tengo que salir de aquí. En cuestión de segundos, esto ha pasado de ser pura teoría a algo muy real. El misterioso hijo adoptivo de Lane podría haber sido uno de los muchos posibles sospechosos, pero las cartas dicen otra cosa.

Todos esos excursionistas desaparecidos en Cougar Creek, esos excursionistas que habían viajado allí desde todos los rincones del país... Como me dijo Elizabeth, sus vehículos tendrían que estar amontonándose en algún lugar.

Y así ha sido.

Él los trajo hasta aquí.

Corro por el bosque, sorteando los montones de chatarra oxidada e intento encontrar el hueco por el que he entrado. Tropiezo con un trozo de metal medio enterrado y me caigo.

Me clavo en el codo el espejo retrovisor de un Toyota Celica y siento una fuerte punzada de dolor. Cuando retiro el brazo, veo que tengo cristalitas clavados en la piel y que la puerta del vehículo se ha manchado de sangre.

Maldita sea.

Intento limpiar la sangre con la manga, pero no consigo más que extenderla. Entre los árboles, veo que se enciende una luz en la planta de arriba de la vivienda. Mal asunto. Tiene que haberme oído.

Que le den al automóvil. Me enrolló la cazadora sobre la herida y salgo corriendo otra vez.

Llego al límite del bosque y me acerco corriendo al margen de la propiedad para seguir la valla hasta la carretera. Estoy haciendo muchísimo ruido al correr por la hierba seca. Rozo con la rodilla un montón de leña y la tiro abajo.

A lo lejos se oye un portazo y se encienden las luces del jardín.

—¡Sé que anda por ahí! —grita Julie Lane. Luego añade algo escalofriante—: ¡Verá cuando él se entere! ¡Ya verá, ya!

Llego al camino de tierra, encogido, por miedo a que me llene de plomo el espinazo con una escopeta.

Respiro con dificultad, empiezo a perder visión periférica y a tambalearme. Mierda. He perdido más sangre de lo que pensaba.

Me agarro a uno de los postes de la valla, inspiro hondo y vuelvo a mirar por encima del hombro. Veo la silueta de la señora Lane en el porche, observándome.

Avanzo a trompicones, agarrándome al eje de la valla para no caerme. Por fin consigo alejarme lo suficiente como para perderla de vista. No sirve de mucho, pero me recupero un poco.

Sigo avanzando, temo derrumbarme en cualquier momento porque me fallen las piernas.

No sé cómo, llego hasta el Explorer. Cuando abro la puerta y la luz del interior me ilumina el brazo, veo que lo tengo cubierto de sangre.

Quiero arrancar el vehículo y largarme de aquí, pero tengo miedo de desmayarme al volante y estamparme contra un árbol. Tengo que curarme la herida ya.

Con el brazo bueno, levanto la escotilla de la parte trasera del Explorer y saco el maletín de primeros auxilios. Me he pinchado la vena basílica. Con un torniquete en el codo, consigo parar la hemorragia.

Abro la herida para sacarme un cristalito, luego la aprieto. Por suerte, no me he seccionado la vena, solo la he arañado como cuando te hacen una mala extracción. Mientras, sentado en el SUV, espero a que coagule la sangre y la herida selle desde dentro, vigilo con atención la carretera.

Me saco la pistola de Gus de la cinturilla y la dejo en el suelo, por si tengo que empuñarla deprisa y corriendo. El único problema es que soy diestro y mi mano derecha está fuera de servicio de momento.

«Paciencia, Theo, paciencia.»

Deja de latirme tan rápido el corazón y ya no me corre la sangre por las yemas de los dedos. Cuando suelto la vena, todavía gotea un poco, pero lo puedo controlar con un vendaje apretado.

Tendré que ir a que me vea el corte un médico, por si me tienen que dar puntos.

Cuarenta minutos más tarde, estoy en la sala de urgencias del Fairfax

Hospital esperando a que me llamen. Curiosamente, los fluorescentes y el olor a desinfectante me relajan. Eso es lo único relajante de mi mundo ahora mismo.

El vendaje que me he hecho está coloreado de un rojo intenso y ha empezado a correrme otra vez la sangre por el brazo. Me dan ganas de decirle algo a la recepcionista, pero estoy seguro de que aún me falta un trecho para pasar a estado crítico.

Lo que más me preocupa no es el brazo entumecido, sino que se han confirmado mis sospechas.

Mientras estoy aquí sentado, desangrándome, saco el móvil con la mano izquierda y busco todos los registros que puedo encontrar de personas desaparecidas en la zona de Cougar Creek.

Seis de los automóviles que he visto en el bosque son de idéntica marca, modelo y color que los de las personas desaparecidas.

Es él.

Sí, es él.

Escribo un mensaje a la policía de Red Hook y se lo envío en copia a la doctora Mead. Les facilito la dirección de los Lane, una lista de los vehículos y expongo su relación con Sarah y con los asesinatos.

Con esa información, podrán saber quiénes han vivido allí y cómo se llama él.

Pulso el botón de envío y experimento un súbito alivio que también podría ser la euforia incorpórea de un desmayo.

CAPÍTULO 66

COARTADA

La subcomisaría del *sheriff* del condado de Poitier, situada en Red Hook, es un edificio pequeño pegado a la oficina de correos. Las paredes están repletas de folletos y avisos. Hay dos escritorios detrás de un mostrador pequeño y el resto de la comisaría se encuentra tras una puerta metálica de seguridad, donde supongo que tienen un calabozo o una caja fuerte.

La sargento Graham, una oficial de semblante serio en un rostro por lo demás amable, toma notas según le voy contando cómo he descubierto los automóviles en la propiedad de los Lane.

He tenido que alterar un poco la historia o, más bien, maquillar algunos detalles, porque sin duda alguna he cometido un delito de allanamiento.

—Cuando he llamado a la puerta, no ha contestado nadie, así que he rodeado la vivienda hasta la parte trasera para ver si la mujer estaba allí.

—¿Tenía permiso para hacer eso?

—Había hablado con ella por teléfono y me había dicho que podía pasarme a hablar con ella.

Eso ha sido cierto... hasta que me ha dicho que me fuese a tomar viento.

Graham lo anota todo con una letra diminuta y muy apretada.

—¿Y entonces ha sido cuando ha descubierto los vehículos?

—He visto el bosque y he decidido ir a echar un vistazo de cerca.

—¿Por qué?

—Soy biólogo. No se ven muchos abetos a esta altitud por esta zona.

—Mmm —dice, dándose golpecitos con el bolígrafo en la barbilla—, nunca me lo había planteado.

Me da la impresión de que medita mucho las cosas y se esfuerza por no parecer demasiado lista.

—Creo que es por el suelo. Todo esto son llanuras inundables por aguas de deshielo. El estrato superior es bueno para el cultivo, pero, si se ahonda más de cincuenta metros, es todo roca.

—¿Y entonces es cuando ha visto los automóviles?

—Sí. Montones de automóviles. Me ha parecido raro. He anotado los modelos y las marcas y los he comparado con una lista de vehículos pertenecientes a personas desaparecidas en los ochenta.

—¿Y piensa que esto está relacionado con los cadáveres que han ido apareciendo?

—Sí, todos tenían las mismas marcas de garras. Me han dicho que una de las niñas de acogida al cuidado de los Lane había sufrido un ataque similar y he ido a investigar.

Se recuesta en la silla y me escudriña.

—Eso es mucho suponer.

—Una de las víctimas de Cougar Creek tenía una herida similar. He considerado que merecía la pena comprobarlo.

—Usted solo...

Me lo dice con cierta condescendencia.

—Digamos que las otras autoridades con las que he hablado no se han mostrado muy proactivas.

—Seguramente. No puedo decir que yo sea mejor. Tengo una pila de informes y atestados que no para de crecer.

—Lo comprendo, pero estamos hablando de asesinato.

—Y yo me lo estoy tomando muy en serio. —Agarra el transmisor que lleva en el hombro—. Aquí 163. ¿Alguien cerca de la autopista 30 con Harris Road? Cambio.

—Hola, Graham —responde un hombre—. Finley está a unos diez minutos de allí.

—¿Podrías pasarme con él?

—Aquí Finley —se anuncia una voz segundos después—. Cambio.

—Hola, Finley. Soy Graham. Tengo aquí un testigo con una pista interesante. ¿Podrías pasarte por el 848 de Harris y echar un vistazo a unos posibles automóviles robados que hay en la parte trasera de la propiedad? Pregúntale a la dueña si puedes hacer el registro. Si te dice que no, le preguntaremos al *sheriff* qué se puede hacer.

—Claro. Esa es la casa de los Lane, ¿no?

—Afirmativo.

—No me pega de ella.

—A lo mejor ha sido uno de sus hijos adoptivos.

—¿Sus hijos adoptivos? Pensaba que vivía sola...

—De aquello hace muchísimo tiempo.

—Recibido.

Vuelve a centrarse en mí.

—A ver qué encuentra. Si la dueña no nos deja entrar, pediremos una orden de registro. Entonces, tendrá que hablar usted con el *sheriff*.

—Lo que haga falta.

—Entonces, ¿cree usted que uno de los hijos adoptivos es el tipo que ha estado asesinando a todas esas chicas?

—Yo diría que hay una relación clara. Esos automóviles son lo que me ha terminado de convencer. —Como al menos parece que la convence la teoría y no me ha encerrado ni me ha echado a patadas, decido ir un poco más allá—. ¿Podría usted conseguir una lista de los niños de acogida que vivieron en esa casa?

—Tendría que llamar a servicios sociales. —Se mira el reloj—. Pero... a lo mejor no es mala idea que seamos un poco proactivos. —Agarra el teléfono fijo y marca—. Hola, Bonnie, soy Graham, de la oficina del *sheriff* del condado de Poitier. Quería saber si podríais conseguirme los registros de unos padres de acogida, de finales de los setenta a principios de los ochenta... Ajá... ¿En Helena? ¿No lo puedes hacer por vía electrónica? ¿No? Bueno, si no es mucha molestia, ¿podrías pedirles que los saquen y me los aparten? El departamento tiene un enlace allí. —Cuando cuelga, se encoge de hombros—. Y así me paso la mitad del día, pidiendo cosas que debería conseguir en un segundo. Mi amiga va a llamar a la capital del estado para que saquen los registros. Si su teoría se confirma, podremos indagar un poco más.

No me cabe duda de que se confirmará. El asesino no podrá llevarse todos esos automóviles de la noche a la mañana sin dejar rastro.

De pronto, se oye por su transmisor un aviso urgente: «¡A todas las unidades disponibles, se ha producido un incendio en el 848 de Harris Road!».

Graham y yo nos miramos conmocionados. Ella disimula mejor el espanto.

—Graham, soy Fin —se oye por la radio—. ¿Tienes ahí a ese testigo ahora mismo?

—Aquí delante.

—¿Cuándo dice que salió de la residencia de los Lane?

—¿Doctor Cray...? —me pregunta.

—Anoche. Luego fui al hospital. Puede preguntarles a ellos —contesto. Graham lo repite por la radio.

—Dice que estuvo anoche. Además, el departamento recibió un correo electrónico suyo también anoche.

—Vale. Bien. Maldita sea. El bosque está en llamas. Parece que el incendio ha empezado hace un rato. Creo que tendrás que venir.

La sargento se levanta como un resorte.

—Doctor Cray, tengo que cerrar con llave la subcomisaría, pero, si se queda por la zona, nos sería de gran ayuda.

—Por supuesto. Lo que sea.

Madre mía. Ha incendiado el bosque entero para evitar que vean los automóviles, pero ¿de qué le servirá eso?

Estupefacto, salgo por la puerta detrás de ella y la veo cerrar con llave.

Mientras se dirige al vehículo policial, le entra otra llamada por la radio que oigo perfectamente: «Central, al habla Finley. Estoy en el 848 de Harris y tengo un 10-54».

Graham se vuelve y me mira fijamente un momento desde el lateral del coche patrulla, con la mano en la manilla de la puerta, titubeando.

Asiento con la cabeza de mala gana.

—Estaré en Darcy's Hotcakes & Coffee por si me necesitan —digo.

—De acuerdo. No se aleje —dice antes de subir al vehículo y arrancar.

No me relajo y respiro hondo hasta que vuelve la esquina. Me sorprende haber aguantado tanto. El último aviso por radio me ha producido un ataque de pánico que me ha costado una barbaridad disimular.

En el código policial, un 10-54 es un posible cadáver.

El asesino no solo ha procurado que no se pudieran investigar los automóviles, sino que además ha asesinado a la señora Lane, la mujer que lo crio y la única que podría relacionarlo con su pasado.

CAPÍTULO 67

INCLUSERO

Me dirijo al Explorer temiendo que, en cualquier momento, vuelva Graham, atronando con la sirena, dispuesta a bajarse de un salto del coche patrulla y, apuntándome con el arma, me pida que me tire al suelo.

Hasta que no estoy ya en la autopista, en la dirección opuesta, no siento un mínimo de alivio.

Trato de procesar lo ocurrido cuando he salido de la vivienda de los Lane. Al asesino debía de preocuparle que fuese a las autoridades, así que ha borrado una conexión olvidada hace tiempo.

Seguramente supuso que los automóviles estaban más seguros en el bosque que si intentaba moverlos. Y posiblemente fuera así. Aunque alguien se hubiera topado con ellos, no es precisamente raro encontrar vehículos abandonados por aquí. Cuando hago búsquedas en Google Maps, veo muchos automóviles abandonados, en los patios de las viviendas o medio enterrados entre maleza con los neumáticos podridos.

Los automóviles de la propiedad de los Lane no serían gran cosa, salvo si uno sabe a quién habían pertenecido. Eso ha sido lo que ha asustado al asesino.

Aunque pusiera termitas en el motor, incendiar el bosque solo demoraría su identificación.

Lo que pretendía en realidad era matar a Julie Lane. De ese modo, no solo la silenciaría, sino que desviaría la atención hacia mí y desorientaría a las autoridades. No solo se estaba deshaciendo de un cabo suelto sino que se proponía incriminarme.

Soy la última persona que ha visto a Lane. Además, estoy implicado en una historia extraña relacionada con el monstruo de Cougar Creek y los recientes asesinatos... y he dejado un rastro de sangre del bosque a la

carretera.

Como el asesino la haya estrangulado y haya pringado de mi sangre uno de los cuchillos de cocina de ella para que parezca que intentaba defenderse de mí, me costará una barbaridad demostrar mi inocencia.

Tomo la salida que conduce a Helena en lugar de volver al motel de Gus. Tengo que conseguir los registros de los padres de acogida y averiguar a quién me enfrento. Después, tendré que buscarme un abogado.

También tengo que avisar a Gus y a Jillian. La llamo a ella primero.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido la búsqueda? —dice en cuanto contesta.

—Jillian, creo que he descubierto quién es o, por lo menos, de dónde es —le suelto sin más—. Y creo que acaba de asesinar a su madre de acogida para cubrir sus huellas.

—¿En Red Hook?

—Sí, estuve allí ayer, hablando con ella. Encontré en el bosque los automóviles de los excursionistas desaparecidos. Había diez vehículos.

—¡Madre mía!

—Eso no es todo. Él sabe de mi existencia. Sabe cómo me llamo. Así que podría saber de Gus y de ti también.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Lo siento mucho. No pretendía meteros en esto.

—No nos has metido en nada. Deja de culparte.

—Podría ir a por vosotros.

—¿Por qué?

—¿Por qué hace todo lo demás?

—¿Dónde estás? Ven aquí para que podamos hablar de esto.

—Tengo que hacer otra cosa primero. Necesito averiguar su nombre.

—¿Y luego vendrás directamente aquí?

—Sí, pero llama a Gus y avísale. Y llama también a la policía de Hudson Creek. Cuéntales lo que sea. Yo qué sé, diles que tienes miedo de mí.

—No pienso hacer eso.

—Algo tendrás que hacer.

Espero haberla asustado lo suficiente. No sé qué haría si le pasara algo a Jillian.

Paso el resto de trayecto a Helena preocupado por dos cosas. ¿Y si el asesino está usando el incendio y el asesinato como distracción para poder

escapar? Podría estar ya a kilómetros de distancia cuando las autoridades caigan en la cuenta de que deberían ir a por él. La otra preocupación es la siguiente... ¿Y si no pretende encubrir una huida con todo esto? ¿Y si se queda donde está y asesina a todo aquel que lo pueda relacionar con lo ocurrido?

El hijo de Sarah Eaves estaba convencido de que a su madre la habían asesinado. ¿Y si fue el asesino decidido a eliminar a otra testigo?

Cuando llego a la oficina de servicios sociales, tengo un nudo de angustia en el estómago. No sé ni por dónde voy. Para más inri, tengo que entrar en ese edificio y mentir.

Me meto en una plaza de aparcamiento delante del mazacote de edificio y dedico un momento a calmarme. El nombre del asesino está ahí dentro. Todo esto podría terminar muy pronto. Solo tengo que entrar ahí y conseguir la documentación que Graham ha solicitado.

Seguramente sea delito, pero esa es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

Bajo del Explorer, me aseguro de que no llevo ninguna mancha de sangre en la camisa y entro en el vestíbulo.

El guardia de seguridad sentado detrás del mostrador levanta la vista del móvil.

—¿En qué puedo ayudarle?

—He venido a recoger unos registros para el condado de Poitier.

Estoy preparado para embaucarlo con mi permiso de investigador de parques nacionales y mi carné de la universidad con la esperanza de que esos documentos oficiales me den alguna credibilidad.

—Tercera planta. Sala número cuatro.

—Gracias.

Dos minutos después estoy delante del mostrador de recepción de la tercera planta. Me tiemblan tanto las piernas que tengo que pegarlas al mostrador para pararlas.

—¿Le puedo ayudar en algo? —me pregunta una mujer antes de sentarse detrás del mostrador.

—Hola. He venido a recoger los registros de unos padres de acogida que ha pedido el condado de Poitier...

—¿Cuándo ha presentado la solicitud?

—Esta mañana.

—Lo siento. Tardan unos diez días. Me extraña que no se lo hayan advertido.

Mierda. Mierda. Mierda.

Para entonces estaré muerto o en la cárcel.

—¿Es de la oficina del *sheriff* del condado de Poitier? —se oye preguntar a alguien desde dentro.

—Sí —contesta la mujer del mostrador—. Ya le he dicho que tardarán por lo menos diez días.

—Los tengo en mi mesa —dice la persona de la otra sala—. Hemos recibido otra llamada hace un rato, una urgente. Por lo visto es para una investigación de homicidio. —Sale de su oficina una mujer vestida con un traje de chaqueta y pantalón y una carpeta gruesa en la mano—. Tome, acabo de terminar de reunir toda la documentación.

Procuro que no me tiemblen las manos cuando agarro la carpeta que me ofrece. La abro con naturalidad. Está llena de impresos y fotografías de niños. Hay por lo menos treinta.

—Gracias.

Casi me como la puerta porque voy mirando caras, intentando averiguar cuál es el rostro del asesino.

CAPÍTULO 68

CONTRAMEDIDA

—¿No va a contestar? —me pregunta el guardia cuando paso por delante del mostrador de recepción de la planta baja.

—¿Cómo dice? —contesto, levantando la vista de la carpeta.

—El móvil —dice, señalándome el bolsillo.

Solo entonces caigo en la cuenta de que está sonando.

—Ah, sí —digo antes de meterme la carpeta debajo del brazo para sacar el teléfono.

Es una llamada de larga distancia con un número para mí desconocido. Estoy tentado de no contestar, pero decido aceptar la llamada y me siento en un banco dispuesto a la entrada del edificio.

—¿Diga? —contesto, sin prestar mucha atención. Estoy revisando las decenas de fichas e intentando encontrar las que coinciden con la época en la que Sarah Eaves estuvo en la casa de los Lane.

—¿Theo? —dice una voz grave, profunda.

—Sí...

Me voy hacia el final de la carpeta porque veo que ahí es donde están las fichas de finales de los setenta y principios de los ochenta. Me detengo al ver el rostro de Sarah. En la foto es más pequeña que en la que había visto.

—¿Me está prestando atención? Porque usted ha conseguido que yo se la preste.

El tono de voz me hace levantar la vista de la carpeta.

—¿Quién es?

—¿Quién cree que soy?

Se me hiela el corazón.

—No estoy seguro...

—Vamos al grano. Le voy a decir lo que va a hacer.

—¿Respecto a qué?

—Para empezar, va a destruir todas sus notas y cualquier cosa que no haya entregado ya a la policía.

—Un segundo...

—Theo, no he terminado —me dice con firmeza, como cuando un instructor canino le dice a un pastor alemán que se siente—. Cuando destruya las notas, grabará en vídeo su confesión del asesinato de Julie Lane.

—Pero yo no la he matado...

—Pues claro que no. Lo he hecho yo. Y ella era como una madre para mí. Ya ve lo que me ha obligado a hacer.

Me cuesta respirar.

—¿Por qué?

—¿Usted qué cree? Si no hubiera llamado a su puerta, seguiría viva. Es culpa suya.

—No, ha sido usted... —digo sin convicción.

—Puede que yo haya sido el instrumento, pero usted ha sido la causa. Y lo sabe. Es otro de los líos que ha montado y que tenemos que arreglar los demás.

—Y todas esas personas...

—Todos vamos a morir. ¿Qué más da cuándo?

—¿Cómo... ha podido...?

—Yo soy así. Ahora hablemos de lo que es usted y de lo que va a hacer. Cuando haya destruido sus notas y confesado el asesinato de Julie Lane, querrán saber más sobre los otros cadáveres. Por eso va a decir en su confesión que los manipuló para ocultar el hecho de que fue usted quien mató a Juniper Parsons.

—Eso es un disparate. Ni siquiera es verosímil.

Todo esto parece una pesadilla. Tengo que mirar los vehículos que pasan y oler la brisa para convencerme de que está ocurriendo de verdad.

—Lo creerán, se lo aseguro. Ya sospechan de usted. Use el cerebro para pensar en métodos y explicaciones. Usted es un hombre listo. Demasiado listo.

—No me creerán.

—Lo harán, al menos en parte. Depende de usted que se traguen el resto. Están buscando una explicación sencilla, créame. Siempre es así.

No sé por qué, no protesto. Solo hago preguntas, como si esto fuese inevitable.

—¿Y si no me creen?

—¿Si no los convence? ¿Qué le parece, Theo?

Titubeo.

—No sé...

—Le estoy mandando una foto.

Suena el móvil y me entra un mensaje. Aparece una foto en blanco y negro. Tengo que fruncir los ojos un poco para ver los detalles. Cuando reconozco la imagen, se para el mundo.

Es una fotografía de Jillian, hecha con una cámara con visión nocturna.

Está dormida en la cama.

—Estuve allí anoche, Theo. La estuve vigilando una hora, de pie a su lado. Soy muy sigiloso. Pero ya no hace falta que vuelva a ir a su casa. Puedo sentarme en una mesa de su restaurante y clavarle con disimulo un cuchillo en las costillas cuando venga a rellenarme la taza de café. Podría atraparla cuando se dirija al automóvil por la noche. Podría pegarle un tiro a cien metros de distancia. Tengo muchas opciones. Y su amigo, el viejo, ¿cuánto cree que me costaría? Podría matarlos a los dos en veinte minutos y después irme a Florida a hacerle una visita a su madre. O podría plantarme en su universidad de Texas y empezar a matar a alumnos suyos al azar.

Salgo de mi aturdimiento y noto que me hierve la sangre.

—¡Cabrón...!

—Ha empezado usted. Ahora tiene que ponerle fin. En estos momentos está sopesando las posibilidades. No sabe si contárselo todo a la policía o hacer lo que le digo. ¿Cree que los puede proteger a todos? Ni siquiera saben que existo.

—Sé cómo se llama. Se lo diré.

Aún no lo sé, pero sé que está en la carpeta.

—No, no lo sabe. Lo que ha encontrado es un nombre antiguo que no uso desde hace treinta años. Ese chico, el que... Ese ya no existe.

—¿Eso es lo que ha pasado, que un paleta abusa de usted y usted termina convirtiéndose en asesino en serie?

—No es tan sencillo, Theo. En el fondo, todos somos animales. Pero eso da igual. Ya sabe lo que tiene que hacer.

—¿Y cómo sé que si lo hago no hará daño a nadie?

—No lo sabe, pero usted es un hombre lógico. No me interesa hacer eso. Solo quiero oír en las noticias de mañana que ha confesado.

—¿Y si hago todo lo que me pide y no me creen?

—Por eso tendrá que hacer una cosa más para convencerlos. No me fío de que no termine contándoselo todo. Por eso se va a pegar un tiro en la cabeza con esa arma que lleva en cuanto grabe la confesión.

—¿Me... me está pidiendo que me suicide?

—Sí, Theo. Grabe en vídeo esa confesión. Más vale que sea la interpretación de su vida. Luego péguese un tiro. Será rápido. No sentirá nada. Jillian estará a salvo. Y, si no lo hace, alguno de sus seres queridos habrá muerto mañana por la noche. Ella, a lo mejor. Quizá Gus. Tal vez alguien a quien no he mencionado.

No sé cuánto tiempo paso sentado aquí, mirando hipnotizado cómo se mece la rama de un árbol, después de que el asesino cuelgue.

El sonido del móvil me saca de mi estupor.

—¿Diga?

—Hola, doctor Cray, soy la sargento Graham. —Su tono es más amable que el aire profesional con el que me ha tratado esta mañana—. No hemos terminado de hablar. Tengo un par de preguntas más para usted. ¿Sigue aún en esa cafetería?

—He... he tenido que ir a hacer un recado.

—Vale. Bueno, si se pasa por la subcomisaría, cerramos el asunto. ¿Podría estar aquí en una hora?

—Claro —miento.

—Estupendo. Nos vemos entonces.

No soy yo el único que miente. Ella ha sido demasiado amable, demasiado cordial. Seguro que ha pasado por esa cafetería y ha visto que no estaba allí.

Quieren hablar conmigo sobre la señora Lane.

Ahora mismo se están preguntando por qué la he matado, he incendiado el bosque y luego he ido a contarles el cuento del monstruo de Cougar Creek. No tiene sentido. Es un despropósito, pero todo me señala a mí.

Maldita sea.

Si quiero proteger a Jillian y a Gus, más vale que se me ocurra algo.

CAPÍTULO 69

INGRESO

Joshua Lee Clark, así se llama o, por lo menos, así se llamaba. Cuando llego a su ficha en la carpeta, sus ojos lo delatan. De color verde oscuro, bajo una mata de pelo rojizo. Tiene una mirada inteligente pero insegura. No es la fotografía de un niño de once años asustado sino la de un animal receloso sorprendido por el resplandor de unos faros.

Lo metieron en un hogar de acogida cuando a su madre la encontraron muerta de una puñalada en la cocina. Joshua le dijo a la policía que había sido una disputa doméstica entre ella y su padre, del que la mujer estaba separada. Nadie más vio entrar o salir al padre, pero había antecedentes de violencia y a la policía le pareció creíble la historia del niño.

Sabiendo lo que sé, yo no sé si me lo creo. El hombre calculador con el que he hablado parece capaz de cualquier cosa. Ha reconocido haber asesinado a Julie Lane, su madre adoptiva, con el fin de silenciarla e incriminarme.

No le cuesta matar, ya sea por placer o por conveniencia. Y ahora me ha amenazado con asesinar a mis seres queridos si no hago lo que me pide.

Tengo que mentir e inventar explicaciones que no se sostendrán. Tengo que hacer todo lo posible por convencer a la gente de que antes me empeñaba en que andaba suelto un asesino y ahora no es más que un plan que yo mismo había urdido.

Es absurdo y nadie se lo va a creer, pero Clark tiene razón: si remato la mentira con mi propia muerte, harán todo lo posible para que cuadre.

Si reconozco haber asesinado a Juniper, me creerán. Puedo convencerlos de que organicé la muerte de Chelsea si les digo que ocurrió en un viaje que hice aquí el año pasado.

Y lo mismo con los otros cadáveres. Si los tiempos no coinciden, si yo

estaba fuera del país cuando las asesinaron, me inventaré que guardé los cadáveres en un frigorífico industrial para que durasen más tiempo o algo así, para tener coartada.

Diré que los cadáveres de Cougar Creek los encontré en otra parte y los hundí en las fuentes termales hace años.

¿Cuánto se empeñarán en desmontar el testimonio de un hombre muerto? Si les ofrezco todo lo que necesitan, se darán por satisfechos.

Lo que sea por que Jillian esté a salvo.

Querrán un móvil también. No bastará con que les explique cómo asesiné a todas esas mujeres, querrán saber por qué razón mi mente trastornada ideó un plan tan enfermizo.

Les diré que siempre he estado algo desquiciado, que me obsesionaba la idea de infligir dolor a las mujeres, el deseo de ejecutar un asesinato perfecto. Les diré también que maté a Juniper porque no me bastaba con ver morir a desconocidas, quería asesinar a alguien que me conociera.

¿Y por qué iba a suicidarme?

Si soy un sociópata, no podría ser por remordimiento. ¿Porque quiero regodearme abiertamente? ¿O porque temo que me estén acorralando?

Cuando detuvieron a Ted Bunty, le dijo al policía que lo atrapó que habría preferido que le pegaran un tiro. No sentía remordimiento, pero no era inmune a la ansiedad.

Tendré que elaborar una cronología detallada con la que explicar cuándo cometí mis crímenes. Además, debería preparar algunas explicaciones sobre cómo he conseguido engañar a los sistemas de datación de cadáveres, por ejemplo, con el frigorífico. Puedo mencionar unos cuantos conservantes y algunos acelerantes enzimáticos.

Para que resulte más convincente, tengo que asegurarme de que, cuando registren mi SUV, encuentren en él las herramientas y los productos químicos necesarios. Seguramente habrá una o más empresas de suministros químicos cerca que me puedan facilitar lo que necesito.

Sí, creo que puedo hacerlo. Joder, voy a colgar mi confesión en vídeo en internet para que la vea todo el mundo. Los medios no podrán resistirse.

Eso convencerá al asesino de que no le he mentado.

Cuando la vida te pone entre la espada y la pared, de pronto lo ves todo clarísimo.

Si tuviera más tiempo, quizá habría más opciones. Pese al cambio de

nombre, estoy seguro de que lo habría encontrado, pero he llegado demasiado tarde y he sido demasiado torpe. Cualquier intento de conseguir más tiempo le haría sospechar. Tiene todas las de ganar.

Invierto toda mi energía mental en pensar en los productos químicos y los materiales que necesitaré para convencer a la policía de que he podido manipular los cadáveres para que resulte difícil determinar la fecha de la muerte.

Hay una solución enzimática empleada como detergente industrial que produce una necrosis avanzada antes de la descomposición. Unos cuantos litros bastarán para convencerlos. Un baño suave de ácido en una bañera favorece la decoloración de la piel y el envejecimiento.

Podría decir que usé un tanque de CO₂ para impedir la descomposición de los órganos internos.

Si quisiera dificultar de verdad la labor forense, podría decir que extraje sangre de uno de los cadáveres y se la transferí a otro para complicar el análisis de ADN.

Joder, hasta podría convertir de forma convincente un cadáver en el clon corporal de una persona viva si transfiriera suficiente sangre, usara un agente coagulador para solidificarla en las venas que pincharía la policía científica y destruyera las posibles pistas de las piezas dentales desgastándolas con ácido fluorhídrico como si hubieran sufrido el ataque de una bacteria muy destructiva.

Vale, ya sé qué voy a decir. Sé lo que tengo que hacer.

Redactaré un resumen de mis métodos, grabaré una confesión en vídeo e informaré a la policía de dónde puede encontrar mi cadáver.

Es la única forma de mantener a salvo a Jillian.

CAPÍTULO 70

SUSTITUTO

En mi soledad, he reflexionado mucho sobre las cuestiones insondables del espacio, la eternidad, la vida y la muerte.

ALFRED RUSSEL WALLACE

Fingir mi propia muerte no es tan fácil como parecía y más haciéndolo con tan poca antelación. Aunque ni en broma podría convencer a alguien que llevase a cabo un examen forense exhaustivo de que el cadáver de otra persona es el mío, al menos me servirá para ganar tiempo. Tengo tres o cuatro días como mucho hasta que Mead y su equipo echen un vistazo al cadáver y se den cuenta de que todo es una farsa.

Antes de que eso ocurra, tengo que encontrar a Joshua Lee Clark. Cuando caiga en la cuenta de lo que he hecho, se pondrá como un basilisco y Jillian y Gus correrán peligro.

Si pensara que Clark los dejará en paz, quizá me habría pegado un tiro en la cabeza, pero no me fío de él. Seguramente terminaría matando a Jillian por gusto en cuanto yo hubiese muerto. A eso se dedica. Aunque al teléfono se haya mostrado como una persona muy razonable, es un asesino que disfruta matando. Lo lleva en la sangre.

Para ganar tiempo, tengo que hacerle creer que estoy muerto. Para eso, necesito un cadáver. En Montana muere una media de veinticuatro personas al día y, entre los fallecidos diarios, hay una media de dos o tres hombres de mi edad.

Según la *Montana Gazette*, a Christopher Dunleavy, de treinta años, lo encontraron inconsciente hace dos días y lo llevaron al Memorial Hospital de

Missoula, donde lo declararon muerto a su llegada por sobredosis de un medicamento. Las autoridades dicen que están intentando localizar a sus familiares, es decir, que su cadáver está en el depósito del hospital esperando a que se hagan los trámites para su entierro.

En sus perfiles de las redes sociales encuentro a un hombre cuyo rostro no se parece al mío, pero que tiene un cuerpo parecido, lo bastante similar para lo que tengo previsto hacer.

Llamo al hospital y pido en centralita que me pasen con el depósito de cadáveres.

—Aquí la nevera, dígame —contesta una mujer muy simpática.

—Hola, llamo de la oficina del *sheriff* de Hudson Creek. ¿Aún tienen los restos de Christopher Dunleavy?

—Sí. A la espera del familiar más próximo. ¿Qué pasa?

—Ha habido un problemilla. Creo que el laboratorio de criminalística del estado quiere echarle un vistazo.

—¿Quién lo dice?

—Mead, creo —espeto, por curarme en salud.

—¿No se fía de nuestro forense?

—No, no, podría haber algún elemento criminal. Intentan identificar el origen de las pastillas.

—Ah, vale.

—Sí, el caso es que la DEA ha pedido un examen.

—Si firma alguien la orden de traslado, se lo pueden llevar adonde quieran.

Después de allanar el terreno para llevarme el cadáver, tengo que sacarlo de allí. Por desgracia, no puedo ir al hospital en el SUV y meterlo en el maletero.

Por suerte, en Helena encuentro una empresa de alquiler de furgonetas que dispone de un modelo nuevo de furgón de techo alto, negro, como los que suelen usar los organismos estatales.

Pago con la tarjeta de crédito porque supongo que, para cuando la policía compruebe esos registros, yo ya estaré muerto o ya habrán atrapado a Clark.

Cuando llego al hospital, me sudan las manos y no tengo claro si seré capaz de llevármelo. He comprado deprisa y corriendo un cortavientos azul

marino para parecer un funcionario. Mi tapadera, si es que alguien me pregunta, será que soy un forense federal y que me ha llamado la DEA.

Aparco en la parte trasera, cerca del muelle de carga. Mientras me dirijo a la entrada posterior, veo a un policía joven de descanso apoyado en su coche patrulla, fumándose un cigarrillo. Me pongo nervioso enseguida, pero entonces se me ocurre una idea.

—Perdone... —le grito.

—¿Sí, señor?

Perfecto: un policía educado.

—¿Sabe dónde está el depósito? Vengo a recoger un cadáver para el laboratorio de criminalística del estado.

—Creo que es por esa entrada a la derecha —dice, señalando una serie de puertas—. No suelo trabajar aquí. Solo estoy esperando a mi compañero, ha ido a ver a un testigo.

—Si tiene un momento, ¿podría echarme una mano? Tengo que cargarlo. No me vendría mal que alguien me sujetara las puertas. La mujer de mi compañero se ha puesto de parto en Bozeman y ha tenido que irse para allí.

—Claro —contesta, tirando el cigarrillo—. Mientras no tenga que tocarlo...

—Gracias, agente... Patel —le digo después de leerle el nombre en la chapa—. Yo soy Bill Doff —añado, el nombre de mi profesor de álgebra del instituto.

—Nick —se presenta, y me estrecha la mano.

Cuando entramos, procuro no hablar de cuestiones profesionales y hago un comentario sobre una enfermera guapa que se cruza con nosotros en el pasillo.

—Por eso me gusta andar por aquí —dice Nick.

Al llegar al mostrador de recepción nos saluda la misma mujer simpática con la que he hablado por teléfono.

—Hola, venimos a por Christopher Dunleavy. ¿Creo que ha llamado alguien?

—Ah, ¿es del laboratorio del estado? —pregunta, y sonrío a Nick, por lo que deduzco que viene por aquí más a menudo de lo que quiere reconocer.

—Sí.

Me pasa un formulario en un portapapeles con pinza.

—Rellene esto.

Me invento todos los datos y pongo el nombre de Mead en el campo del solicitante.

La mujer le echa un vistazo y asiente con la cabeza.

—Necesito el albarán del traslado.

¿El qué? Temía que hubiese algún papeleo que yo desconociera.

—Bueno —titubeo—, Mead no me ha dado nada.

Estoy a punto de pedirle que me enseñe uno para ver si lo puedo falsificar en una sucursal de FedEx, pero la mujer se ablanda, probablemente porque voy con un policía, lo que significa, sin duda, que soy un funcionario que hace cosas de funcionario.

—No pasa nada, mándemelo por fax cuanto antes. En diez minutos, un celador le traerá el cadáver en una camilla.

—Estupendo.

Quince minutos después, me voy de allí con un cadáver robado. Hago una parada más en un proveedor médico para comprar cuanto pueda adquirir legalmente; el resto lo robo de una ambulancia estacionada a la puerta con mi truco para abrir puertas.

CAPÍTULO 71

FATALIDAD

Los ojos muertos de Christopher Dunleavy me miran fijamente sentado al volante de mi Explorer. Su piel tiene mejor color ahora. Ya puede tenerlo: le he transfundido algo más de un litro de mi sangre. Andaba algo bajo desde mi último accidente y no estaba seguro de si podría prescindir de tanta.

Pero para que esto funcione, es fundamental que el forense que se presente en el escenario del crimen para certificar la muerte no vea signos inmediatos de lividez. Para reducirlos al mínimo, en mi sangre de donante he puesto heparina, un anticoagulante, y le he inyectado el líquido en el cuerpo con una jeringuilla antes de masajear la zona.

Durante el proceso, he dejado el calefactor a toda potencia y le he puesto bolsas de gel caliente alrededor del cuello y en las axilas, para que, cuando le tomen la temperatura, parezca que acaba de morir, en lugar de estar recién salido de la cámara frigorífica del hospital.

Es una chapuza, lo sé. Si consigo superar el examen preliminar, me irá bien hasta que Mead o quien sea abra en canal al pobre Christopher y descubra el apaño que he hecho.

Para sentarlo al volante, he tenido que aflojarle las piernas, ya rígidas por el *rigor mortis*. Con una inyección de ácido clorhídrico en los principales grupos musculares he conseguido descalcificar las fibras lo suficiente como para que fuese lo bastante flexible.

El resultado final es un cadáver semirrígido sentado al volante de mi Explorer, sujetando con las manos la escopeta de Gus, listo para apretar el gatillo y volarse la cara, algo que también parece más fácil de lo que es.

Aparte de la dificultad emocional de desfigurar literalmente el rostro de otro ser humano, caigo en la cuenta de un problema práctico: ¿cómo voy a apretar el gatillo y que parezca que lo ha hecho él? Si dejo la puerta abierta y

me coloco a su lado, quedará una mancha de sangre rara en la que faltará un trozo, también ocurrirá lo mismo si me coloco en el asiento del copiloto.

Me planteo la posibilidad de accionarlo sujetándolo con algo al pedal del freno, pero al final me conformo con meter el brazo envuelto en una bolsa de basura por la ventanilla y apretar yo mismo el gatillo.

Estoy convencido de que un técnico forense competente notaría algo raro, pero, repito, solo necesito unos días, no un misterio sin revolver durante años.

También he barajado la posibilidad de prenderle fuego a Christopher, pero, aunque eso, desde luego, complicaría el examen forense, haría recelar demasiado a Clark. Si dicen en las noticias que el cuerpo está carbonizado e irreconocible, seguro que sospecha que hay algo extraño.

Tengo que darle exactamente lo que me ha pedido.

Anoche estuve trabajando hasta tarde, intentando que Christopher parezca un cadáver reciente y colocando las pruebas necesarias para que quede bien claro quién está sentado al volante. Lo vestí con mi ropa y le metí mi cartera en el bolsillo.

Mientras le ataba mis zapatos, caí en la cuenta de que seguramente estaba cometiendo muchos errores pequeños, como hacerle el nudo de la corbata del revés. Hice cuanto pude por arreglar esos detalles y me pasé una hora obsesionado con todo ello, procurando asegurarme de que no sea algo evidente a simple vista.

Al final tuve que conformarme y decirme que así bastará para convencer a quienes acudan primero al escenario del crimen y para facilitar a los medios suficiente información para que Clark extraiga la conclusión que yo quiero.

Aparte de todos los pormenores forenses, el elemento más importante será mi confesión. Mientras preparaba a Christopher, estuve organizando mentalmente lo que voy a decir. Me ayudó a olvidarme de las cosas horribles que le estaba haciendo al cadáver de ese pobre hombre.

Había retocado muchos cadáveres antes de venir a Montana, pero esto es pasarse de la raya. ¿En qué me diferencio de Clark? Sí, Christopher ya estaba muerto, pero, en cierto modo, también yo estaba abusando de él. Lo último que debía de querer Christopher cuando ingirió esa sobredosis mortal fue que un capullo profanara su cadáver. ¿Y su familia? ¿Qué pasará cuando por fin vengan a recogerlo para enterrarlo y vean lo que he hecho?

Esto me está afectando tanto que tengo que sentarme y hacer un

descanso.

Me dejo caer en la tierra dura donde he aparcado el Explorer y contemplo el rostro de Christopher. El reflejo de la luz de la luna en sus mejillas entre sonrosadas y pálidas lo hace parecer una criatura mitad de este mundo mitad no.

—¿Qué coño estás haciendo, Theo? —me pregunto.

—Sobrevivir —contesto—. Sobrevivir.

Aunque pienso que puedo salir de este lío, estoy convencido de que nadie entenderá jamás por qué he hecho lo que he hecho.

—¿Por qué no se lo has contado a la policía? ¿Por qué no has avisado a nadie?

Esas preguntas me perseguirán el resto de mi vida si las cosas no salen como necesito que salgan.

Todos estos preparativos y estos planes eran una distracción del verdadero problema. Suponiendo que salga bien y consiga fingir un suicidio creíble, seguirá quedando una enorme complicación: que no tengo ni idea de quién es Clark ni de dónde está.

Me ha pedido que me quite la vida porque lo asustaba que estuviera cerca, pero lo cierto es que no sé más que lo que él sospecha que ya le he contado a la policía.

Estoy tan perdido como ellos.

Mi única esperanza era que Clark me temiera no por lo que pensaba que sé, sino por lo que pensaba que estaba a punto de averiguar.

CAPÍTULO 72

RUPTURA

«A las siete horas y veintidós minutos de la mañana se ha encontrado un cadáver en un vehículo estacionado en una obra al noroeste de la ciudad. Los informes aún no confirmados señalan que la víctima, un hombre de treinta y tantos años, podría haber muerto tras dispararse en la cabeza con una escopeta. Aunque, de momento, se desconoce el móvil, podemos confirmar que a primera hora de esta mañana hemos recibido en nuestra redacción el enlace a una supuesta confesión en YouTube de una persona implicada en la cadena de supuestas víctimas de asesinato que diversos órganos policiales del estado habían identificado previamente como ataques de animales. Esta confesión en vídeo se grabó en el interior de un vehículo en lo que parece ser la misma zona donde se ha hallado el cadáver. Continuaremos informándoles.»

CAPÍTULO 73

HOMBRE MUERTO

Bebo un sorbo de café rancio y contemplo el aparcamiento del motel desde mi habitación de la segunda planta. Aún no estoy paranoico. Solo estoy harto de mirar la pantalla del ordenador durante horas.

Un camión grande se estaciona junto a los surtidores de diésel y un tipo fornido con chaqueta de cuero de color canela baja de la cabina y entra en la estación de servicio. Debe de ser el octavo tío al que veo hacer lo mismo. Es como si los fuera enviando una agencia de figuración de la zona.

Los telediarios han hecho públicos mi nombre y mi muerte hace dieciocho horas, junto con la confesión en vídeo que he mandado a las cadenas. He pasado las últimas doce encerrado en este motel a trescientos veinte kilómetros de Helena, tratando de desmontarle el patrón a Clark. A cada hora que pasa, compruebo nervioso en internet si ya me han encontrado.

Tengo la tele puesta de fondo con el volumen bajo y espero impaciente una «noticia de última hora». He visto que emitían fragmentos de mi confesión tres veces en los telediarios de la noche, así como vídeos del escenario de mi muerte fingida, grabados desde lejos. Aún no ha habido rueda de prensa, solo una imagen del membrete de la policía y la promesa de que hay una investigación en curso.

En curso... Ya lo creo.

Procuro no pensar en cómo puede haber afectado la noticia a Jillian o a Gus, por no hablar de mis padres. He estado a punto más de una vez de agarrar el teléfono y llamarlos para decirles que estoy bien.

No puedo hacerlo aún.

Tengo que encontrarlo primero.

Sé que no les hará nada ni a Jillian ni a Gus tan inmediatamente después de mi muerte. Llamaría la atención y las autoridades sabrían que hay otro

asesino suelto. Es listo y paciente. Esperará, luego irá a por ellos y solo después pasará página.

Como estar pendiente de las noticias me distraía, he creado un pequeño *script* que peina internet en busca de mi nombre y me envía un mensaje de texto cada vez que aparece en la prensa de Montana.

También tengo una radio policial que me permite saber qué hacen los policías de la zona, los que no usan canales encriptados. Si descubren mi treta y empiezan a cercarme, me enteraré.

El furgón está aparcado en la parte trasera, cerca de la salida de incendios. Puedo llegar hasta él por la puerta principal o por la ventana de atrás, que ya tengo abierta, con la ayuda de una soga que he atado al inodoro. A lo mejor he sido demasiado cauteloso, pero lo cierto es que no solo temo que me encuentre la policía.

Clark es un cazador experto. Aunque no pongo en duda sus amenazas contra Jillian y Gus, estoy convencido de que vendrá a por mí si cree que ando suelto.

De ahí que sea crucial que yo lo encuentre a él primero, mientras aún estoy muerto.

Por desgracia, mi búsqueda ha sido un desastre.

Joshua Lee Clark se desvaneció en los ochenta, poco después de que cesaran los avistamientos del monstruo de Cougar Creek. Según la información de que dispongo, volvió a levantar la cabeza hace seis años, cuando fue asesinada la primera víctima de las que encontré a las afueras de Red Hook.

Sospecho que estuvo activo en el estado antes de aquello, pero no me sorprendería que se hubiese mudado lejos durante un par de decenios.

Con la ayuda de un *software* antropológico diseñado para reconstruir los rasgos faciales a partir de una estructura ósea, he creado una versión adulta de su rostro y la he usado para explorar las fotografías de fichas policiales que hay en internet. Después he revisado miles de posibilidades y he descartado las que tienen parentescos rastreables.

Eso ha reducido el campo de búsqueda a menos de doscientas personas. Para revisar estas, he mirado sus antecedentes y los delitos que han cometido y me he dejado llevar por el instinto.

De ese modo he obtenido una decena de posibles sujetos, pero ninguno de ellos me cuadra. Sabía que el procedimiento no es muy científico, pero sospechaba que Clark es demasiado listo y sabe bien lo que se hace como

para que lo pillaran por insignificancias como robar en un súper de barrio o vender meta desde su automóvil. No obstante, dada su tendencia a la violencia, me ha parecido muy posible que lo hubieran arrestado en algún momento en que hubiera perdido el control, así que he seguido buscando.

Cuando ha empezado a parecerme que con este planteamiento no lo encontraría, he comenzado a pensar de forma menos convencional. Durante las últimas dos horas me ha tenido hipnotizado la franja púrpura que MAAT me ha sacado de su actividad delictiva.

Mientras veo estacionarse todos esos camiones grandes, se me ocurre una idea e intento encontrar una ruta de transporte por carretera que coincida con los asesinatos. Ninguna encaja.

Además, MAAT se empeña en que la zona de caza de Clark se basa en la disponibilidad de víctimas, lo que indica que adapta su ruta a estas, con lo que no podría seguir una ruta preestablecida. En ese caso, vería racimos de puntos de datos alrededor de fechas concretas, pero no los veo.

Mi temor aumenta con cada intento fallido de localizarlo. Me topo con la limitación de los datos a los que tengo acceso. He pagado por decenas de búsquedas de antecedentes, pero no basta con eso. Si dispusiera de los recursos de un agente del FBI o de un acceso sin restricciones, quizá tuviera más suerte.

O quizá no. Puede que no lo esté planteando bien.

He encontrado unas cuantas pistas prometedoras que me han esperanzado, pero mis ilusiones no han tardado en desvanecerse.

Cuando he ido al baño de la gasolinera, he reparado por primera vez en que hay máquinas expendedoras de condones y pastillas de menta. Las he visto por todo el estado.

Entonces he vuelto corriendo a mi habitación para ver si encontraba una relación, pensando que a lo mejor la persona que repone el producto es Clark, pero no ha habido suerte. MAAT le ha asignado a eso la misma probabilidad que a que Clark fuese una persona cualquiera que se desplaza largas distancias desde su domicilio para matar.

La conexión tiene que ser evidente, estoy convencido, solo que no sé cuál es. Voy a hacer algunas suposiciones, a ver si a MAAT se le ocurre algo que me llame la atención.

Clark está familiarizado con sus víctimas de algún modo. Las ve, conoce sus rutinas. Tiene ocasión de observarlas y esperar a que sean vulnerables.

Introduzco estos factores en el programa y el programa los convierte en código. Una familiaridad con las víctimas implicaría que tiene ocasión de verlas a casi todas más de una vez. Que conozca sus rutinas significa que tiene cierta idea de por dónde se mueven: de dónde trabajan y de cuáles son sus costumbres. La vulnerabilidad se codifica buscando los momentos en los que pudo estar a solas con ellas en una situación profesional, por ejemplo, si fuera taxista o cartero.

MAAT tarda una milésima de segundo en plantearme una probabilidad alta que me espeluzna. Conforme a esos criterios, la ocupación más probable de Clark es policía de tráfico.

CAPÍTULO 74

COMPROBACIÓN DE LA REALIDAD

Sí, se trata de una teoría estupenda que explicaría muchas cosas, pero solo funciona en una realidad limitada para la que yo he programado MAAT. Clark tendrá cerca de sesenta años ya. En el estado de Montana no hay policías de tráfico en activo tan mayores.

Podría ser agente de la policía judicial, pero lo dudo. No estoy seguro de que quisiera someterse a la comprobación de antecedentes que eso conlleva. No lo descarto del todo, pero lo pongo en la categoría de posibles.

Me estoy volviendo loco y decido ir a dar un paseo en el furgón. Es arriesgado salir a la carretera, pero también lo es perseguir a un asesino en serie.

En el fondo, sé que tengo que comenzar por donde empezó todo esto. Hago un giro prohibido y me dirijo al condado de Filmount, donde fue asesinada Juniper. Esa es la última localidad en la que puedo ubicar a Clark. Él estaba allí la noche en que Juniper fue asesinada.

Algo los hizo coincidir. ¿Llevaría días observándola? ¿Sería un impulso?

Mientras se me hace de noche en la carretera, valoro los otros patrones que MAAT ha generado cuando le he facilitado los nombres de asesinos en serie conocidos. Ha puesto de manifiesto algo asombrosamente obvio, algo que debería haber considerado antes.

MAAT ha detectado tres patrones de asesinato muy distintos. Por un lado, el de amplio espectro, como Ted Bundy, que fue dejando víctimas por todo el país. Era un nómada y cambiaba a menudo de residencia. Aun así, alguna vez se quedó demasiado tiempo en un sitio y llamó tanto la atención que terminaron arrestándolo, aunque consiguió escapar y siguió asesinando.

Los nómadas como Bundy no son muy cautos. Confían en que la policía no los atrapará antes de que desaparezcan.

Clark no es un nómada. Lleva años frecuentando las mismas zonas. Los asesinos que se quedan siempre en el mismo sitio pueden permanecer allí solo si son invisibles, alguien de quien jamás se sospecharía, y si el grueso de sus víctimas son marginados sociales: putas, drogadictos e indigentes.

Los asesinos muy prolíficos que se quedan en un solo sitio o atacan solo a un grupo, como las prostitutas, disponen de medios complejos para ocultar sus crímenes.

Jeffrey Dahmer vivía en un barrio humilde y sus víctimas eran sobre todo hombres homosexuales que no tenían relación con su familia.

Durante más de veinte años, Lonnie David Franklin Jr., un conocido asesino en serie al que apodaban «Grim Sleeper», asesinó sobre todo a prostitutas afroamericanas con problemas de drogadicción.

John Wayne Gacy rompió el molde, atacando a víctimas de muy diversos estratos socioeconómicos. Algunos eran hombres jóvenes que trabajaban en su constructora; otros eran gais a los que elegía paseando en automóvil para llevárselos a su casa y matarlos.

Tanto el Grim Sleeper como John Wayne Gacy eran bien conocidos en su entorno y eso contribuía, paradójicamente, a incrementar su invisibilidad. Aun cuando desaparecían personas o las secuestraban a veces justo delante de sus casas, ellos siempre estaban libres de toda sospecha.

Otro elemento recurrente es que los culpables eran personas con las que la policía ya había hablado. A Bundy lo pararon en múltiples ocasiones. La policía devolvió a una adolescente laosiana al apartamento de Jeffrey Dahmer por miedo a interferir en lo que pensaron que era una riña de amantes. Los padres de una de las víctimas de Gacy llamaron a la policía más de cien veces suplicándoles que lo investigaran porque sospechaban que estaba relacionado con la desaparición de su hijo. No lo hicieron. Tres años después, el chico fue una de las veintisiete víctimas que se encontraron enterradas bajo la vivienda de Gacy.

Es muy probable que Clark ya haya hablado con las autoridades por algún motivo, ya sea como testigo o como sospechoso y haya sido descartado.

Dado que nadie reconoce siquiera que haya un asesino en serie operando en Montana, es posible que los padres de alguna chica desaparecida ya hayan señalado a Clark, pero los hayan ignorado.

Se me escapa algo...

Algo importante.

Tengo que repasar lo esencial.

Cuando sospechaban que a Juniper la había asesinado un ser humano, antes de la bobada del oso, tenían dos sospechosos: Bryson, el mecánico, y yo.

Nos descartaron a los dos enseguida. Sé por qué lo hicieron en mi caso, pero ¿y en el de Bryson? ¿Tendría una coartada irrefutable? ¿O no cursaron las debidas diligencias?

Bryson estaba bastante en forma. Recuerdo que tendría unos cincuenta y muchos, más o menos la edad de Clark.

Esto es demasiado. Tomo la siguiente salida y entro en el aparcamiento de una gasolinera abandonada, a unos quince kilómetros del condado de Filmount.

Busco el registro del taller mecánico de Bryson y consigo su nombre completo: Philip Joseph Bryson. Investigo más y descubro que hace veinte años que tiene el taller. Está casado en segundas nupcias y su madre aún vive, en Missoula. Además, tiene dos hermanas.

Mierda. Ojalá.

No puede ser Clark.

No significa que no pueda ser el asesino, pero eso echaría por tierra todo lo que me condujo a Lane y a los automóviles.

Los automóviles.

Los puñeteros automóviles...

Juniper llevó el suyo al taller de Bryson para que se lo arreglaran, por eso estaba dando paseos por el bosque.

¡Madre mía!

El asesino de Juniper no fue nadie que la viera en el pueblo o paseando por ahí.

Vio su automóvil en el taller de Bryson.

Sabía que el vehículo la había dejado tirada.

Ella habló con él. Puede incluso que Bryson lo conociera.

Los automóviles de la propiedad de Lane... ¿por qué siguen siendo importantes?

¡JOOODER!

¡Ya veo el patrón!

Ya sé a qué se dedica Clark. Está por todas partes. Es invisible. Puede

hacer lo que hace a plena vista y nadie sospecharía jamás.
Dios, tengo que advertir a Jillian y a Gus.

CAPÍTULO 75

ACOSADOR

En casa de Jillian, todas las luces están encendidas, pero no contesta al teléfono. También he intentado hablar con Gus, pero me salta el buzón de voz. Me digo que es porque no conocen el número de mi móvil de prepago. Rezo para que sea por eso.

He estado a punto de llamar a emergencias para dar el aviso, pero he decidido no hacerlo cuando me he dado cuenta de que, como mucho, mandarían un coche patrulla y, si Clark está vigilando la casa, le parecería sospechoso.

En el mejor de los casos, la policía se quedaría por allí unas horas y vigilaría la casa, pero si él quiere atraparla lo hará. Dudo mucho que Hudson Creek enviara el número de efectivos necesario sin pruebas más creíbles. Aun en ese caso, no sé si tengo mucha fe en Whitmyer.

Mi temor es que conozcan personalmente a Joshua Lee Clark y se carcajeen cuando les insinúe la verdad sin más pruebas. Para asegurarme de que no me ignoran, tengo que proclamar su nombre a los cuatro vientos, lo más alto que pueda, pero primero debo asegurarme de que Jillian y Gus están a salvo. Es un juego peligroso.

Aparco a una manzana de la casa, una vivienda de dos dormitorios situada enfrente de una propiedad invadida por el bosque. Eso es lo que me asusta. Un tipo como Clark podría esconderse allí como un francotirador y nunca lo encontrarían.

La calle está tranquila. El automóvil de Jillian está delante de su casa. No hay ningún otro vehículo en la calle.

El bosque me pone nervioso. Temo que Clark esté ahí, vigilando, así que decido tomar el camino largo, dar la vuelta, acercarme a la casa por detrás y atajar por la propiedad vecina y cruzar el jardín trasero de Jillian.

Esta parte de la calle también está tranquila. Se oye ladrar a un perro a lo lejos, pero no hay un alma.

La vivienda está perfectamente iluminada. Me agazapo detrás de un arbusto cercano a un montón de leña y vigilo un momento, para ver si está despierta y levantada. Las luces del porche están encendidas, como las de la cocina y el salón.

Tras cinco minutos sin movimiento, decido volver a llamarla al móvil.

Suena cinco veces, luego salta el buzón de voz.

Maldita sea.

Voy a llamar otra vez cuando veo una notificación de uno de los *scripts* de mi ordenador.

Noticia de última hora: Montaje sospechoso en supuesto suicidio

No. ¡Tan pronto no! Hago clic en el artículo. Una persona anónima de la policía de Helena declara que no se atreven a confirmar mi identidad por «discrepancias forenses».

Joder.

Lo sabe.

Vuelvo a llamar a Jillian. Esta vez pongo el teléfono en silencio y aguzo el oído. Lo oigo sonar en la casa, al fondo del jardín.

¿Por qué no contesta?

No puedo esperar más.

Corro hacia el porche trasero y activo sin querer una luz sensible al movimiento.

Cuando llego a la puerta corredera, pego la cara al cristal y miro dentro. No veo los dormitorios, pero en esta parte de la casa no hay nadie.

Pruebo a abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Quiero llamar con los nudillos, pero me preocupa que el ruido alerte a Clark de mi presencia.

Salto la barandilla del porche y me dirijo al lateral de la casa. Las cortinas están corridas, pero veo luz al otro lado.

Me acerco con sigilo a la ventana de su dormitorio y pego la oreja al cristal helado.

Me parece oír su voz.

Levanto la mano para dar un golpecito suave en la ventana, pero me detengo en seco al oír un chasquido en el bosque, justo a mi derecha.

Hay alguien ahí.

Pego el cuerpo a la pared y busco entre las sombras el origen del chasquido. No veo más que oscuridad.

Si me muevo, me verá. Si está apuntando a la casa con un rifle, me abatirá antes de que me dé cuenta.

Me saco el móvil del bolsillo, me agacho y tapo el teléfono con la cazadora para que no se vea el resplandor, con lo que dejo de ver en la oscuridad.

Pruebo a llamar a Jillian otra vez.

Su móvil suena a solo unos metros de distancia.

Al tercer tono, contesta.

—¿Diga?

—¡Jillian, soy yo!

—¡Theo!

Oigo su voz a través del cristal.

—Escúchame con atención. Estás en peligro.

Algo se mueve a mi espalda. Cegado aún por el resplandor del teléfono, lo único que veo es una de las luces lejanas del jardín.

—No te muevas —dice una voz en la penumbra.

Me llevo el brazo a la espalda para agarrar el arma, pero un tipo con una máscara viene corriendo hacia mí y me dispara algo.

El pecho me estalla de dolor y me desplomo.

CAPÍTULO 76

PROTECCIÓN

Una luz me enfoca a los ojos y alguien me está hablando.

—¿Se encuentra bien, Theo?

Empiezo a enfocar y veo a un auxiliar médico que me levanta el párpado para ver si tengo la pupila dilatada.

Intento mover los brazos, pero no puedo. Por un momento, pienso que los tengo paralizados, entonces me doy cuenta de que los llevo esposados a la espalda.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué recuerda? —me pregunta el sanitario.

—Venía... a ver si Jillian estaba bien. ¡Jillian! ¿Dónde está?

—Está dentro de la casa.

—Tengo que hablar con ella.

El auxiliar se aparta y se quita los guantes.

—Eso dependerá de estos hombres.

A un lado, están el inspector Glenn y el comisario Whitmyer. Hay un tercer hombre al que no conozco.

Recuerdo a qué he venido. Las luces rojas estroboscópicas de la ambulancia se reflejan en los árboles del bosque que hay detrás y me siento tan vulnerable de repente que se me hace un nudo en el estómago. Me dan ganas de gritar, de advertirlos, pero tengo miedo de parecer aún más desquiciado.

Tengo la camisa abierta hasta el pecho y llevo una tirita justo donde me he notado la punzada de dolor. Alguien —probablemente uno de los policías que están en la calle, vestidos de camuflaje— me ha disparado con una pistola paralizante. Supongo que debería alegrarme de que no fuera una de verdad, pero aún me duele todo.

Debían de estar esperándome, lo que significa que no se han tragado mi muerte fingida en ningún momento o que no les ha costado mucho descubrir la farsa.

Un hombre al que no conozco se sienta a mi lado en la tarima del porche. Lleva un cortavientos negro y va muy acicalado. Yo diría que es una especie de agente federal.

—Doctor Cray, ¿le apetece hablar?

—¿Jillian está a salvo?

—Sí, está dentro.

—¿Y Gus?

—Está dentro también. ¿Le importaría decirnos qué hace aquí? O, ya puestos, ¿cómo es que está vivo?

Sigo mirando al bosque.

—El asesino me dijo que les haría daño si hablaba con la policía.

—¿En serio? ¿Cuándo fue eso?

—Hace dos días.

—¿Fue en persona? ¿Le mandó una carta?

Me vuelvo hacia el tipo.

—¿Por qué me trata con condescendencia?

—¿Eso hago? Solo pretendo entender lo que ha pasado. Hablemos de su confesión.

—¿Quién es usted?

—Soy el agente especial Seward, del FBI. Llamó usted mi atención cuando empezó a encontrar todos esos cadáveres. Los que ahora dice que colocó a propósito.

—Eso ha sido una mentira.

—¡No me diga! Pues ha sido una mentira muy convincente.

Por fin me centro.

—Seward, escúcheme con atención. —Hablo alto para que Whitmyer y Glenn me oigan también—. El hombre que mató a todas esas mujeres, el que asesinó a Juniper Parsons... Sé quién es.

—Joshua Lee Clark —dice Seward.

—Sí, pero ya no se llama así. Se fue de Montana y regresó con una nueva identidad.

—Vale, ¿cómo se llama ahora?

—No lo sé.

Seward esboza una leve sonrisa de suficiencia y se vuelve hacia los

otros.

—Pues eso no es de mucha ayuda.

—Ellos saben quién es —digo—. Probablemente hayan hablado con él decenas de veces.

—Caballeros —dice el agente con sarcasmo—, ¿hay algo que me quieran contar?

Whitmyer pone los ojos en blanco y menea la cabeza, pero Glenn me escucha con atención.

—¿Quién es? —me pregunta.

Ignoro a Seward y hablo directamente con Glenn.

—Sabía que a Juniper la había dejado tirada el automóvil. Pasó con su vehículo por delante de Chelsea y de los otros. Sabía cuando alguien no era del pueblo y no tenía conocidos en la zona.

—¿Y eso por qué? —pregunta el agente especial, queriendo recuperar el control de la conversación.

Lo miro fijamente, sin achantarme.

—Porque es el puñetero conductor de la grúa. Es la primera persona a la que llamas cuando te ves atrapado en medio de la nada con una rueda reventada o te quedas sin gasolina. Es a él a quien se lo cuentas todo cuando te sientas con él en la cabina de su vehículo. —Miro a Whitmyer—. ¿Llegaron a encontrar el automóvil de Chelsea?

—No...

—No, pero encontramos su cadáver. Alguien se llevó el vehículo.

Seward se levanta y se acerca a hablar con Whitmyer y con Glenn. Veo que esto lo ha pillado por sorpresa. Por su tono despectivo, me da la impresión de que se ha creído mi confesión, pero no mi muerte. No esperaba que culpara a otro.

Glenn asiente con la cabeza. Whitmyer niega. Tienen un nombre en mente. Saben de quién hablo. Solo que no quieren aceptarlo.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? —grito.

El agente especial se vuelve y me mira furioso.

—¡Espérese!

—¿Que me espere? Mi familia no está a salvo. ¡Nadie está a salvo! —Estoy histérico—. Déjenme hablar con Jillian. ¡Jillian!

Oigo pasos a mi espalda. Me vuelvo y la veo plantada en el umbral de la puerta.

—¡Theo!

Se espanta al verme esposado.

—¡Vuelva dentro! —le grita Seward.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

—¡Va a por ti, a por mí, a por Gus y a por quien sea! —le grito.

—¿Quién?

—El tío de la grúa. El que cubra esta zona y Flimount.

—¿Joe Vik? —pregunta ella, luego mira a los policías reunidos—. ¿Es eso cierto?

—Aún está por ver —dice Whitmyer—. Vamos a mandar a alguien a hablar con Joe.

—¿Lo llama por su nombre de pila? —pregunto incrédulo.

—¡Cállese, doctor Cray, o lo inmovilizamos otra vez! —me espeta el comisario.

—Usted no lo entiende.

Whitmyer adelanta a Seward y se acucilla delante de mí.

—Estoy harto de sus chorradas —dice, amenazándome con el dedo—. ¡Cállese de una vez!

—No sabe con quién se la está jugando —digo por lo bajo.

—¿En serio? ¿Qué me va a hacer?

—Yo no, imbécil. ¡Él! Ese tal Joe Vik. ¡Es el asesino!

—Hace veinte años que lo conozco. Usted lleva aquí ¿cuánto, dos semanas? Sé muy bien a lo que me enfrento.

Glenn se acerca e intenta calmar los ánimos.

—Doctor Cray, lo vamos a detener para interrogarlo. Veremos si cuadra su versión de los hechos. Todo está bajo control.

—No lo entienden —digo, negando con la cabeza—. No tienen ni idea de a qué se enfrentan. He estudiado sus patrones. No es un hombre. Es un monstruo al que se le da de maravilla pasar por uno de los nuestros, pero que lo único que quiere es matar. Los cadáveres que he encontrado son solo una parte de su masacre. Esto es solo el principio.

Suena una radio en medio del aire frío y todos nos quedamos de piedra al oír el aviso.

«¡Agente abatido! Solicito refuerzos en el 239 de Valley Pine. Repito, agente abatido.»

Whitmyer mira al policía de Hudson Creek que tiene más cerca y le pregunta, conmocionado:

—¿Esa es la dirección de Joe? —Corre a su coche patrulla y hace una

seña a los otros policías para que vayan con él—. ¡Vamos!

—¿Necesita refuerzos? —pregunta Seward.

El comisario le hace un gesto a un policía y me señala.

—¡Vigile a ese idiota!

—Será gilipollas... —digo—. No lo entiende. Ninguno de ustedes lo entiende. Joe Vik lleva tiempo esperando este día. Todos estos años, asesinando en secreto. Escondiéndose. Ahora ya no tiene que hacerlo. Puede mostrarse como es.

—¿A qué se refiere? —pregunta Glenn.

—Lo único que quiere es matar.

—Creo que nuestros efectivos pueden ocuparse de eso —dice Seward.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, diez minutos? Y ya se ha cargado a un policía, quizá a dos. Vik los estaba esperando. Va a matar a Whitmyer y a los demás. Y luego va a venir aquí.

CAPÍTULO 77

PERÍMETRO DEFENSIVO

Seward se pasea nervioso por el jardín, con los puños apretados pegados a las caderas mientras escucha la radio de los policías de Hudson Creek que se han quedado en la casa de Jillian.

Los informes han sido esporádicos. Una segunda unidad policial se ha acercado a la casa de Joe Vik y ha encontrado a un oficial tendido a la entrada y al otro agazapado detrás de su vehículo, sangrando por el cuello.

Lo único que hemos sabido de Whitmyer es que están llegando a la casa y tomando posiciones alrededor de la propiedad para intentar contenerlo.

Glenn ha estado hablando por el móvil con el condado de Filmount, informándolos de lo sucedido hasta el momento. Le he oído decir «Joe Vik» por lo menos tres veces. No creo que lo conozca tan bien como Whitmyer, pero parece saber quién es.

Se abre la puerta, Jillian sale al porche y se sienta a mi lado.

—Señora, tiene que volver a la casa —dice Seward.

—En principio, estoy en mi derecho de pedirle que salga de mi propiedad.

—Interferir en un arresto es un delito —le replica él.

—Yo diría que ya lo han arrestado —espetta ella, señalando con la cabeza mis esposas—. ¿En qué voy a interferir?

El agente especial da media vuelta y atiende la radio.

—Hemos acordonado la zona. Voy a agarrar el megáfono y le voy a pedir a Joe que salga —dice Whitmyer por radio.

—Dígale que se espere y pida una unidad de las fuerzas especiales —le grito.

—¿Y si dejamos que el comisario haga su trabajo? —me espetta Seward. Glenn deja de hablar para escuchar la radio.

—¿Y si le decimos a Whitmyer que se espere?

—Joe y él se conocen desde hace mucho. Quizá sea preferible que intente reducirlo de ese modo —tercia uno de los policías de Hudson Creek.

—¿Qué está pasando? —me susurra Jillian.

—Joe Vik ha empezado a atacar a la policía. Ya hay por lo menos dos bajas.

—Joe Vik... Ajá.

—¿Quién es?

—Joe dirige el servicio de grúa, es propietario de un desguace y de otros negocios. Patrocina las ligas menores...

—Sí, pero ¿quién es?

—Todo el mundo lo conoce, pero dudo que sepan de verdad quién es. Está casado y tiene dos hijas. Creo que de su primer matrimonio.

Maldita sea.

—¡Que alguien que conozca a su mujer y a sus hijas las llame! —le grito al policía, que me hace un gesto de desdén. Seward me mira furibundo.

—¿No pensarás que les puede hacer daño? —pregunta Jillian.

—Seguramente ya están muertas. No eran más que fachada. Ahora que ya no las necesita...

No acabo de entender a los seres humanos, pero conozco bien a los animales.

—Voy... —se oye la voz de Whitmyer interrumpida por una ráfaga de disparos.

—¿Eso ha sido un TAR-21? —pregunta el policía, estupefacto—. Tengo que ir allí.

Sale corriendo a su coche patrulla, enciende la sirena y arranca a toda velocidad.

—¿Puede sintonizar su canal? —le grita Seward al auxiliar médico, que aún anda por allí.

—Voy a ver —contesta el otro antes de empezar a pasar frecuencias en su radio.

Seward se vuelve hacia Glenn.

—¡Santo cielo! ¿A qué distancia están los suyos?

—A veinte minutos. Vamos todos dentro —dice, señalándome a mí— y averigüemos a qué nos enfrentamos.

Me agarra del brazo, me ayuda a levantarme y me hace pasar por la puerta.

—¿Por qué no le quita las esposas? —pregunta Jillian, que viene detrás.

—Ni hablar: este hombre es un presunto delincuente —replica Seward mientras cierra la puerta.

—Vamos a ponérselas por delante al menos —tercia Glenn. Saca las llaves y le suelta una de las manillas para poder ponerme los brazos por delante—. Siéntese.

Cuando me dejo caer en el sofá de Jillian, me doy cuenta de cuánto me duelen los brazos. Ella se sienta a mi lado e ignora la mirada que le lanza Seward.

—¿Qué aspecto tiene Joe Vik? —pregunto.

—Es un tipo grande —contesta Glenn—. Medirá un metro noventa y ocho, con la complexión del defensa de un equipo de fútbol americano. Pelirrojo y con barba. Callado. Cuesta imaginárselo como un asesino furtivo.

—Bueno, cuando estaba más delgado, lo confundían con un puma —digo—. Ahora se hace pasar por oso.

—¿Que se hace pasar por oso? —Seward niega con la cabeza—. Sigo sin creerme su teoría.

—Entonces, ¿piensa que un oso pardo con un fusil de asalto se acaba de cargar a esos policías?

Glen me interrumpe.

—¿Por qué cree que viene a por ustedes? ¿Por venganza?

—No. No creo que él sienta esas cosas como nosotros. Me dijo que mataría a Jillian y a Gus si no hacía lo que me pedía. Me parece que se toma muy en serio esa clase de amenazas. Pero podría cumplirla hoy o dentro de diez años. En cuanto a mí, me quiere muerto por una cuestión práctica: en cuanto escape, se asegurará de que no lo vuelvan a encontrar.

—¿Y usted es la única persona que puede hacerlo? —espeta Seward con desdén.

Le lanzo una mirada furibunda al muy gilipollas.

—Soy el único que sabía de su existencia. ¿Dónde ha estado el FBI todo este tiempo? ¿Dónde estaban todos ustedes? He tenido que arrastrar, literalmente, los cadáveres hasta su puerta para demostrar mi teoría. Y aun así...

—Cadáveres que dice haber manipulado —me corta Seward.

—Madre mía, ¿aún sigue con eso? ¡Mire alrededor! Me inventé todo eso para que no fuese a por Jillian. No me dejó elección.

—¿No podía haberse puesto en contacto con nosotros?

—¿Para qué? —protesto—. ¿Cree que Whitmyer está jugando al escondite por la radio? Esta muerto. He intentado advertirle, ¡pero no!

—Muy bien —dice Glenn—. ¿Qué tenemos que saber ahora?

—En cuanto se libre de los policías, seguramente vendrá hacia aquí.

—Eso si consigue deshacerse de las unidades de refuerzo —dice Seward.

—Ya habrá salido de su casa. Le ha pegado un tiro a Whitmyer para que vayan todos allá. Los policías de Hudson Creek ya se han marchado —digo, señalando la calle.

—¿Y cree que vendrá aquí? —pregunta Glenn.

—Irá adonde crea que estoy yo, aquí o a la comisaría de Hudson Creek.

—No va a asaltar una comisaría —dice Seward, meneando la cabeza.

—¿Cuántos policías cree que habrá allí ahora? ¿Uno, dos...?

El sanitario entra en la casa, compungido.

—Acabo de oírlo por la radio: cinco bajas, posiblemente muertos, entre ellos Whitmyer. Han entrado en la vivienda y se han encontrado a la mujer y a las hijas de Vik muertas también. De un tiro en la cabeza, asesinadas en sus dormitorios.

—Eso lo ha hecho incluso antes de que apareciera la policía —digo, notándome un nudo en la garganta, de remordimiento—. Seguramente lo hizo en cuanto supo que mi muerte había sido una farsa.

—¿Y qué hay de Vik? —pregunta Seward al sanitario.

—Ha desaparecido. No saben bien cómo, pero dicen que se ha ido.

—Muy bien, nos llevamos mi coche patrulla, la ambulancia y su automóvil a mi oficina —sentencia Glenn.

—Eso está cinco veces más lejos que la comisaría de Hudson Creek —protesta Seward.

—Si quiere, puede estar por allí cuando vaya Vik. Yo prefiero jugármela en algún sitio que podamos defender.

—Solo es uno —dice Seward, asqueado.

CAPÍTULO 78

PISO FRANCO

La sirena de la ambulancia nos precede mientras enfilamos la autopista a toda velocidad rumbo al condado de Filmount. Conduce Glenn, Seward va de copiloto y Jillian y yo vamos atrás, ella agarrándome las manos esposadas y con los puños apretados.

Aún no acaba de entender lo que está pasando.

—Entonces, ¿de verdad viene a por ti? —me pregunta.

—Si piensa que me puede pillar, sí. Me habría matado antes, pero pensó que yo le ofrecía la ocasión ideal para irse de rositas y ganar tiempo.

—¿Pidiéndote que te suicidaras?

—Sí. Supongo que esperaba que fuese corriendo a buscarte si no iba a la policía ni hacía lo que me había pedido. Puede que haya estado rondando tu casa, al acecho.

—¿Y por qué no huye sin más? —pregunta Seward—. Eso haría yo.

—Ya le he dicho que tiene miedo de que yo los ayude a atraparlo, pero me sobreestima.

—Entonces, ¿viene directo a nosotros? No lo entiendo.

—No vendrá directo. No lo veremos venir.

—En las próximas dos horas, tendré más efectivos de los que pueda manejar. Él sí que no lo verá venir.

—Ojalá tenga razón, pero no creo que sea fácil atraparlo. Ha abatido a los policías de Hudson Creek porque lo han subestimado. Cuando venga a por mí, lo hará de forma indirecta.

—¿Cree que conoce a ese tipo? —pregunta Glenn.

—Lo único que conozco es un puñado de cifras y ecuaciones que se le aplican. Esos cadáveres que he encontrado en el bosque no son las únicas personas a las que ha matado, ni su único tipo de víctima. ¿Dice que tiene

varias empresas? ¿Sabe quién ha estado moviendo la meta por los condados de la zona? ¿Cuántas órdenes de registro tienen de traficantes a los que no consiguen localizar?

—¿Insinúa que también es traficante de drogas? —dice Seward.

—¿Alguien ha visto a los dos yonquis que me ayudaron a encontrar el cadáver de Chelsea Buchorn? ¿Creen que podría haber pasado tanto tiempo sin que los detuvieran por algún delito menor?

—¿Se los ha cargado? —pregunta Glenn.

—Apostaría a que sí. Creo que, para él, el asesinato es tanto una afición como una profesión.

—Puede ser —dice Seward—, pero los asesinos en serie huyen, no montan un cirio como este.

—¿Qué saben de un hombre como Vik? —pregunto—. ¿Cuántos asesinos en serie tan prolíficos como él se conocen?

—¿Tan prolíficos? —dice Glenn.

—No lo sabremos hasta que empecemos a seguir sus huellas, pero, calculando por lo bajo, unos trescientos.

—¿Trescientas personas? —repite Seward en tono socarrón—. ¿No está exagerando un poco?

—¿Eso cree? A diez o más al año durante más de treinta años... Calcule usted mismo. Luego eche un vistazo a la cifra de personas desaparecidas en el estado de Montana y pregúntese por qué es mayor que la de Florida o California. No es solo un informe de anomalías sino un indicativo de la presencia de un asesino en serie muy activo.

»Gary Ridgway, el asesino de Green River mató a cuarenta y dos mujeres en solo dos años. Tardaron otros veinte en atraparlo. Tenía un cociente intelectual de ochenta y dos. ¿Joe Vik le parece inteligente?

—Mucho.

—Pues si un necrófilo de cociente intelectual bajo al que le gustaba volver al bosque para tener relaciones sexuales con sus víctimas pudo matar a tantas mujeres en tan poco tiempo y tardaron veinte años en pillarlo, ¿cuánto daño cree que podría hacer alguien como Vik?

—¿Trescientas personas? —repite Seward, dándole vueltas a la cifra.

—Tirando por lo bajo.

—Jamás hemos visto nada igual.

—Que usted sepa. Ridgway dejó montones de restos de ADN. Gacy dejó cadáveres enterrados debajo de su casa. Robert Hansen, el tío que

secuestraba a fulanas y luego las perseguía por los bosques de Alaska, lo hizo más de treinta veces y solo lo descubrieron porque una de sus víctimas logró escapar.

»He hecho cálculos y estas son las crudas cifras: desde el punto de vista estadístico, ustedes no atrapan a la mayoría de los asesinos en serie bien organizados. Y los expertos de verdad, los asesinos que no dejan rastros de ADN, no matan a menos de diez kilómetros de su casa, y eligen con tanto esmero a sus víctimas y la forma de enterrarlas que ustedes ni siquiera saben que existen. No tienen perfiles de ellos en Quantico porque nunca se han topado conscientemente con uno de ellos.

—Pero usted lo sabe todo —dice Seward.

Menudo gilipollas.

—Solo los números. Cuentan una historia aterradora. Hay por lo menos otros treinta Joe Vik haciendo de las suyas por ahí.

—Pues vamos primero a por este y ya nos ocuparemos de los otros —dice Glenn.

—Ya le pondré deberes cuando esté en la cárcel —espeta Seward.

—¿Van a seguir adelante con el arresto? —pregunta Jillian—. ¿Con todo lo que les ha ayudado?

—Dígaselo a la familia de Christopher Dunleavy cuando vean lo que su novio ha hecho con el cadáver de su hijo —dice el agente especial.

—La palabra clave aquí es «cadáver» —replico, pero no voy a fingir que no tenga razón—. No se me ocurrió otra solución —añado, mirando a Jillian con cara de pena.

—Te creo —dice, y me aprieta las manos.

—*A posteriori*, veo que fue una tontería. Tendría que haber intentado atraerlo hacia mí.

—Saldremos de esta...

No termina la frase.

—¡Mierda! —grita Glenn a la vez que vira bruscamente hacia el arcén.

Miro por el parabrisas a tiempo para ver cómo vuelca la ambulancia y se desliza sobre un costado hacia nosotros.

El techo de la ambulancia choca contra el morro de nuestro vehículo, que empieza a dar vueltas con violencia, se estampa en un quitamiedos y se precipita a una zanja.

Mientras nos salimos de la carretera, veo que pasa de largo una grúa negra, enciende las luces de freno y hace un giro prohibido rechinando las

ruedas.

CAPÍTULO 79

ACCIDENTE

Nuestro SUV resbala marcha atrás por la pendiente herbosa y choca contra una fila de árboles. La nuca me rebota en el reposacabezas, se me estampa la cara en las muñecas esposadas y me parto la nariz. Veo estrellitas un momento y percibo el olor intenso de la sangre.

—¿Estás bien? —pregunta Jillian, desabrochándose el cinturón de seguridad y escurriéndose hasta mí.

—Sí... estoy bien.

Alarga el brazo y agarra a Seward por el hombro.

—¡Quítele las condenadas esposas!

El agente especial no se mueve.

La cabeza le cuelga hacia un lado. Su ventanilla está reventada.

Le agarro el cuello con ambas manos y le busco el pulso.

—Está vivo.

Glenn se frota las sienes.

—¡Joooder! ¿Están todos bien?

Jillian le planta la mano delante de la cara.

—La llave de las esposas... ¡ya!

—Un segundo... —Aún está temblando del impacto—. Déjenme que pida ayuda.

Saca el móvil y empieza a marcar. Frustrada, Jillian se inclina sobre los asientos delanteros y empieza a registrarle los bolsillos a Seward.

—Cuidado, podría estar herido —dice Glenn.

—¿Usted cree? —dice ella.

Algo se mueve entre los rayos de luz intensa que salen disparados por encima del borde de la carretera, cerca del hueco por el que hemos atravesado el quitamiedos.

En un acto reflejo, agarro a Jillian del cuello de la chaqueta y tiro de ella hacia atrás.

—¡Agáchate!

—¿Qué pasa? —pregunta Glenn.

Una milésima de segundo después, una ráfaga de disparos revienta el parabrisas y los trozos de cristal nos estallan en la cara.

Empujo a Jillian al suelo y cubro su cuerpo con el mío.

Hay una segunda ráfaga y las balas penetran en el capó y la rejilla con un fuerte repiqueteo.

—¿Les ha dado? —grita Glenn desde delante, supuestamente agazapado igual que nosotros.

—Yo estoy bien —susurra Jillian.

—Yo también —digo.

El haz de luz parpadea de nuevo.

—Se mueve.

—Sigan quietos —dice Glenn. Lo oigo sacar el cargador de su revólver y volver a meterlo—. Voy a contar hasta tres y le voy a disparar.

—No estará ahí —le advierto.

—¿Qué?

—Va a intentar sorprendernos. Probablemente por su lado.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Sabe que usted está armado y tiene que eliminarlo primero.

—¿Está segu...?

¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

Vuelan las balas por encima de nuestras cabezas y nos llueven más trozos de cristal a modo de furioso granizo.

—¡Jooder! —chilla Glenn.

—¿Le ha dado?

—Me ha rozado. Ha entrado por la puerta. Voy a contraatacar ¡Ustedes salgan por el otro lado y escóndanse detrás del vehículo!

—Un momento —dice Jillian. Veo que tiene las llaves de Seward. Nerviosa, encuentra la llave de las esposas y me las quita—. Vale.

Glenn empieza a disparar su arma y estalla en el habitáculo un ruido ensordecedor.

Tiro con torpeza de la manilla de la puerta y salgo, agachado. Jillian sale detrás de mí.

—¿Ya están fuera? —grita Glenn.

—Afirmativo.

—Está tirado en la hierba. Creo que le he dado.

—O está en posición de francotirador —replica Jillian.

—Puede. Voy a disparar otra vez. Cuando dispare, adéntrense en el bosque.

No me gusta la idea: el bosque es su terreno, pero no se me ocurre nada mejor.

—¡Adelante! —grita Glenn, y empieza a disparar.

Jillian y yo empezamos a cruzar el bosque, pero me detengo en seco cuando cesan los disparos de Glenn.

—¿Qué pasa? —pregunta Jillian.

Estamos a unos tres metros del SUV. Veo la hierba entre los árboles, pero Joe ha desaparecido.

—¡Para el otro lado! —Tiro de ella por el brazo—. ¡Ya está aquí!

Rodeamos el vehículo, poniéndolo entre nosotros y el bosque, y trepamos por la colina hacia la autopista.

Miro hacia atrás y veo el cañón del revólver de Glenn por encima del salpicadero.

—¡Está escondido entre los árboles! —le grito—. ¡Lo tiene a su espalda!

Glenn asoma la cabeza y nos ve correr hacia la carretera. Sin titubear, se cuela por el parabrisas abierto, rueda por el capó y viene detrás de nosotros.

Lo veo pararse y mirar un momento a Seward, temeroso de abandonarlo.

¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

Brota del bosque el fuego de fusil y las balas rebotan en el SUV.

—¡CORRE! —grito.

Jillian tira de mi brazo, intentando que yo también me mueva.

Saltamos el quitamiedos mientras las balas lo perforan con un fuerte estrépito metálico. Glenn llega a la loma de la colina, se vuelve y dispara en la dirección de la que proceden los tiros.

Cesa el fuego del fusil y el inspector aprovecha para subir corriendo a la cima y darnos alcance.

Corremos a la ambulancia que está tumbada del lado del copiloto. Las luces estroboscópicas aún están encendidas y las ruedas traseras aún giran, hace poco que ha ocurrido el accidente.

El auxiliar sanitario está arrodillado sobre la puerta del copiloto.

Lo arrastramos hacia el otro lado del vehículo, lejos del bosque.

—¿Está bien?

—Sí. Creo.

—Pues agárrela y corran los dos —le digo, señalando carretera abajo.

—No —dice Jillian con rotundidad. Se vuelve hacia el auxiliar—.

¡Váyase!

Asustado ya por los disparos, echa a correr a toda velocidad.

A nuestra espalda, vemos el destello de luces rojas y azules de un coche patrulla de la policía de Hudson Creek que se detiene de un frenazo. Un agente mayor baja del asiento del conductor.

—¿Qué ocurre?

—¡Un tirador en el bosque! —grita Glenn. El policía se dispone a venir hacia nosotros, totalmente expuesto—. ¡Póngase a cubierto! —le chilla el inspector.

¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

Los disparos le revientan el hombro y el policía cae al suelo, gritando.

—¡Ayúdeme a traerlo! —le digo a Glenn, luego me agacho y corro hacia el agente abatido.

—Llémoslo al coche patrulla y aprovechemos para salir de aquí.

¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

Una ráfaga de fuego automático salpica el vehículo, perfora el radiador y desata una nube de vapor.

—Mierda. ¡Nos tiene acorralados! —dice Glenn—. Voy a disparar. Agárralo tú y llévalo a la ambulancia.

Glenn dispara su revólver dos veces, luego se agazapa detrás del coche patrulla, usándolo de parapeto.

Jillian me ayuda a arrastrar al policía abatido al interior de la ambulancia. El hombre reprime con valentía los alaridos de dolor mientras lo subimos por la puerta lateral.

Empiezo a revolver entre el material médico que ha caído de las estanterías laterales y ahora anda por el suelo; busco vendas, encuentro unas y empiezo a vendarle el hombro al policía. No pinta bien.

Por la ventanilla de atrás veo a Glenn subirse al coche patrulla y sacar la escopeta.

Mientras se dirige al capó, se lleva un dedo a los labios al ver que lo observamos. Entonces se señala los ojos y, acto seguido, a nuestra espalda.

Joe ha vuelto a cambiar de posición y se acerca con sigilo por detrás de

donde estamos escondidos.

CAPÍTULO 80

VALIENTE

Mi opinión sobre Glenn ha cristalizado en estos momentos. Cuando lo conocí, pensé que era duro de pelar y me fastidió que me manipulara para sonsacármelo todo, haciéndome avergonzarme de mi propia ingenuidad. En una especie de llave de yudo, utilizó en mi contra la inteligencia que me supuso. Al contrario que mi sapiencia teórica, su sabiduría proviene de hablar con personas de carne y hueso todo el día, lo que le permite detectar a los mentirosos y a los ladrones.

Ha sido mi adversario, pero, en los últimos minutos, se ha jugado la vida en varias ocasiones para protegernos a Jillian y a mí.

Ahora está comprobando la escopeta que ha tomado prestada del coche patrulla y preparándose para un nuevo asalto de Joe.

En estos momentos, la ambulancia y el vehículo policial le cubrirían la retirada y podría echar a correr y dejarnos tirados. No lo hará. Ni siquiera ha hecho ademán de llegar a nuestro escondite, donde estamos más protegidos del rifle de asalto.

Podría rematar mejor la faena desde aquí, pero donde está le resultará más fácil disparar a Joe si viene a por nosotros.

Lo que está haciendo es muy altruista: tiene mejor ángulo desde allí, pero seguramente sea su último disparo.

Me sorprende observándolo. Señala a Jillian con la cabeza y me mira fijamente.

«Protégela.»

Es primario. Es sexista. Es lo que estamos programados biológicamente para hacer... Bueno, la mayoría.

Devuelvo mi atención a nuestro paciente. Está apoyado en la pared, agarrándose con fuerza el brazo por debajo de la herida.

Reparo de pronto en que esta ambulancia es una UCI móvil, con nevera y minifarmacia.

—¿Cómo se encuentra, sargento Bryant?

—Estupendamente —protesta—. Tenía la noche libre.

Abro la puerta corredera del botiquín y veo las medicinas potentes.

—¿Quiere algo para el dolor?

—Sí, por Dios.

Le pincho morfina y su rostro se relaja.

—¿Eso es buena idea? —me susurra Jillian.

—Aún estaba en *shock*. Se iba a poner a gritar como un energúmeno en cualquier momento. Ha perdido buena parte del hombro.

No me atrevo a vendarle de nuevo la herida fuera de un entorno quirúrgico adecuado. Si le toco el vendaje, me arriesgo a destapar lo que sea que está impidiendo la hemorragia. En su lugar, le pongo otra capa de venda encima para asegurarme de que hay suficiente presión.

Por lo visto, el primer vendaje que le he puesto llevaba incorporado un agente coagulante que parece que le ha ido muy bien.

Para curarme en salud, preparo una jeringuilla de un medicamento coagulante y una bolsa de sangre artificial por si Bryant pierde mucha de la suya. La sangre sintética no reemplaza a la propia, pero se diluye mejor que un simple suero salino y ayuda a mantener la presión sanguínea.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Jillian.

—Glenn ha pedido refuerzos. Seguro que ya están en camino.

Los dos sabemos bien que Joe anda cerca y que nos dará alcance antes de que lleguen los refuerzos.

Glenn se arrastra con cuidado hacia el morro del coche patrulla, apuntando con la escopeta a un blanco a nuestra derecha que no vemos.

¡PUM! Le dispara a algo.

Se desplaza al otro lado del capó y vuelve a disparar.

¡PUM!

PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

Las balas acribillan el vehículo policial con un repiqueteo agudo.

Glenn se inclina hacia delante, profiriendo un fuerte aullido. Una bala le ha acertado en el costado.

Corro al fondo de la ambulancia para ayudar.

—¡No se mueva! —me grita apretando los dientes, luego carga la escopeta.

Se incorpora de un salto y dispara otra descarga. ¡PUM! ¡PAM! ¡PUM!
PAM! ¡PAM! ¡PAM! El pecho se le llena de rosetas rojas y cae al suelo.

Bajo de un salto de la ambulancia y agarro su escopeta. Cuando intento volver corriendo a la puerta, me falla la pierna y, antes de desplomarme en el asfalto, ya sé que me han disparado.

Caigo de cara, contra la barbilla, que se me abre en el áspero asfalto.

Alzo la mirada, borrosa, y lo veo por primera vez a unos veinte metros de distancia.

Mi reacción inicial no es de pánico ni de conmoción, sino de asombro.

Joe es enorme. Va blindado de la cabeza a los pies y la máscara que le cubre el rostro es un escudo metálico con un par de ranuras para los ojos y pintura de guerra. Sobre el chaleco antibalas Kevlar lleva un collar de garras de oso. En la cintura, le veo las garras metálicas de acero inoxidable listas para su uso.

Camina despacio hacia mí, apuntándome al pecho con el rifle. Podría haberme disparado ya, pero esto le divierte. Le divierte verme verlo por primera vez.

Me levanto apoyándome en la rodilla buena y voy a la pata coja hasta la ambulancia. En cuanto estoy cerca, Jillian me agarra por debajo del brazo y me sube a rastras a la parte de atrás.

Veo su cara de espanto cuando vislumbra a Joe.

—¿Lo has visto? —le pregunto.

—Sí. —Me rasga la pernera del pantalón para examinar la herida—. Ayúdame con esto... ¿Qué hago?

—Es... —No me salen las palabras.

—¡Theo! ¡Ayúdame con esto! —me grita.

Contemplo por la ventanilla la sombra de Joe acercándose. ¿Qué se sentirá cuando uno ha causado tanta muerte? ¿Dejas de creerte humano? ¿Te imaginas que eres un dios atrapado en un cuerpo mortal? ¿Sigues sintiendo algo siquiera o no eres más que una criatura de reacción pura, como las líneas de código?

Cuántas preguntas.

CAPÍTULO 81

PERSEGUIDO

Joe levanta el rifle y dispara a la ventanilla de atrás. Me abalanzo sobre Jillian y Bryant, con la espalda vuelta hacia los disparos.

El interior de la ambulancia se convierte en un caos cuando las balas revientan los cristales, atraviesan las paredes metálicas y perforan las puertas.

Siento un dolor agudo en el muslo y también en el costado.

El repiqueteo de las balas cesa de pronto y lo único que se oye es nuestra respiración. Noto a Jillian debajo de mi cuerpo, con la cabeza enterrada en mi cuello. Su cuerpo hace de escudo al del policía herido, una capa más de humanidad con la que procurar protegerlo.

Se oye una fuerte sibilancia como de alguien a quien le cuesta respirar.

Jillian se vuelve hacia mí, se aparta un mechón de pelo rubio sucio de la cara y dice en voz muy baja:

—¿Estás bien?

—Creo que sí —intento decir, pero solo consigo escupir sangre.

Su rostro, a escasos centímetros del mío, se transforma en la viva imagen del pánico cuando ve salir de mi boca la saliva teñida de rojo.

Caigo en la cuenta de que la sibilancia es mía. Una de las balas de Joe me ha rozado una costilla y me la ha fracturado.

—Aguanta —me dice Jillian, luego se escurre de debajo de mí y reptaba hasta la puerta.

—No salgas ahí fuera —intento decirle, pero me da la tos.

Agarra la manilla de la puerta inferior abierta y la cierra de un tirón, aislándonos.

La ventanilla superior está repleta de orificios pero intacta en su mayor parte. Aunque no sé si servirá de mucho. Con otra ráfaga de Joe, seguramente cederá.

A los pocos segundos, empieza a traquetear la manilla de la puerta cuando Joe intenta abrirla.

Jillian y yo nos miramos angustiados; entonces, el ruido cesa de repente.

—Me parece que se ha ido —dice ella.

—No, qué va —gorjeo.

—¡Theo, dime qué hago!

Me explora el cuerpo con las manos y encuentra la herida de la caja torácica.

—¿Cómo está él? —pregunto entre jadeos.

Le toma el pulso en el cuello al policía.

—Vivo. Venga, dime cómo te curo.

Me ayuda a incorporarme.

—No hay tiempo...

—Bobadas. ¡Dime qué hacer!

—Guantes —le digo, respirando con dificultad.

Hurga entre un montón de material médico, saca una caja de guantes azules y se los pone.

—¿Qué más?

—¿Es profunda la herida? —pregunto.

La examina y, con cuidado, intenta ver si hay agujero de bala, lo que significaría que llevo una bala dentro.

—¡Joder! —grito al sentir una intensa punzada de dolor.

—¡Perdona! —dice ella, apartándose.

—No pasa nada... Es buena señal.

—Te estoy palpando la costilla. Creo que la tienes rota.

—No hay orificio. Agarra... el vendaje... compresivo —jadeo.

La hemorragia interna no es más que un síntoma temporal, espero. Si la bala me hubiera perforado el pecho y los pulmones, podría morir en cuestión de minutos.

Jillian abre un paquete del mismo vendaje que yo le he puesto a Bryant y me lo adhiere a la piel. Al contacto con la sangre, el agente coagulante empieza a formar un sello e impide que sangre la herida.

Aun así, me noto mareado.

—¿Theo? —Jillian levanta la mano del suelo. La tiene cubierta de sangre—. Creo que te ha dado en dos sitios de la pierna.

Me explora de nuevo el cuerpo y, cuando presiona en el muslo, siento como si me acabara de apuñalar.

—¡Lo siento mucho! Al menos parece que la bala ha salido. —Agarra unas tijeras y me corta los vaqueros—. ¿Te lo vendo también?

—Tapónalo... —le digo apretando los dientes—. Como si metieras un tampón...

A veces el mejor vendaje improvisado es un tapón redondo que llene la herida. Puede ser un salvavidas o empeorar las cosas, dependiendo del tipo de herida. Para el orificio que me atraviesa el muslo, es la solución más conveniente.

—¿Así? —pregunta, sosteniendo en alto un aplicador en forma de jeringuilla.

—Sí...

Sin previo aviso, que probablemente es lo mejor, me lo mete en la herida. El dolor es tan intenso que me desmayo unos instantes.

Cuando despierto, Jillian me está abofeteando y llamándome a gritos. Tengo frío y me siento débil.

—Sí.

—Has perdido mucha sangre.

—Porque estoy sangrando —digo, sin reparar en la perogrullada.

—¿Te pongo sangre artificial? —pregunta, sosteniendo en alto la bolsa.

—¿Sabes... sabes... poner una vía?

—Sí. Creo que sí. —Estoy tan cansado que no tengo ni fuerzas para contestar—. ¡Theo! ¡No te duermas! —dice, y me abofetea otra vez.

—Qué... bruta.

Empiezo a perder la visión periférica. Siento un dolor agudo en el brazo, luego vuelvo a enfocar.

Jillian ha colgado una bolsa de sangre artificial de la manilla de la puerta que tenemos encima. El extremo me lo ha pinchado al brazo.

—¿Así? —pregunta.

—Sí. ¿Aún sangro?

—Creo que no.

Me cubre la vía con un vendaje para que no se mueva.

—¿Joe? —pregunto.

—Hace unos minutos que se ha ido. Creo que vienen refuerzos.

Ojalá pudiera creerla. Tengo la sensación de que nadie vendrá a rescatarnos. No tiene sentido que Joe se haya marchado así, sin más.

Intento erguirme, pero casi no me puedo mover. Me dejo caer de nuevo en la pared lateral de la ambulancia y procuro recobrar el aliento.

Jillian, inclinada sobre mí, me mira los vendajes, luego se asegura de que el policía herido sigue bien.

De pronto se queda inmóvil y levanta la vista, inclinada sobre mí.

—¿Qué pasa? —estoy a punto de preguntarle cuando oigo unos pasos pesados que se aproximan a la parte de atrás de la ambulancia.

Por el cristal destrozado de la ventanilla vemos pasar una sombra.

Joe arranca un dispositivo mecánico y un chirrido horrible inunda el aire. El estrépito se extiende al interior de la ambulancia cuando Joe empieza a cortar las puertas con una sierra metálica.

Jillian se vuelve enseguida y me cubre con su cuerpo para protegerme.

—Mira a ver si el policía lleva revólver —le susurro entre jadeos de dolor.

Alarga el brazo y empieza a palparlo en busca de la funda.

—No la encuentr...

La interrumpe el estruendo de la puerta trasera superior, que cae al suelo.

Por encima de su hombro, veo esa mole de hombre que es Joe.

Una mano enorme entra en la ambulancia y agarra a Jillian del tobillo.

—¡Theo! —dice, mientras la arrastra.

Intento asirla de las manos y retenerla, pero antes de que pueda moverme siquiera ya está fuera de mi alcance.

Ella se sujeta al marco de la puerta para que no se la lleve, pero Joe es muy fuerte. La desengancha y se la lleva a rastras de mi vista.

Se la ha llevado.

Se la ha llevado a ella primero.

Sabe que estoy aquí, moribundo, incapaz de hacer nada.

Así me hace sufrir.

CAPÍTULO 82

VIGILANTE

Se la ha llevado.

Intento levantarme. Todo me da vueltas, me flojean las piernas. Me derrumbo de nuevo y caigo encima de Bryant.

El policía gruñe.

Necesita ayuda. Joder, y yo.

Trato de ponerme a cuatro patas para reptar, pero no tengo fuerza en los brazos.

Se ha llevado a Jillian. Y lo peor de todo es que ella ni siquiera ha gritado. Sabía que yo estoy demasiado herido para hacer nada.

He perdido muchísima sangre. Aún sangro un poco.

Es lógico que me rinda.

No pasa nada si levanto las manos y digo que he hecho todo lo posible.

No he podido salvarla.

No pude salvar a Juniper.

Merezco morir.

Cuando Joe venga a por mí, no protestaré.

No puedo seguir adelante sabiendo que, mientras estoy aquí indefenso, se ha llevado a Jillian.

No puedo seguir...

Entonces me doy cuenta de que, si la mata, ya no tendré nada por lo que vivir.

Toco con la mano un montón de frasquitos.

Dextroanfetamina.

Speed.

Cuando era auxiliar sanitario, me tocó lidiar con más de un tocado por el *speed*. Tenían que sujetarlos entre dos policías y, aun así, faltaban manos.

Su cerebro no entendía que debían parar.

Que debían parar...

Al final, el organismo les pasaba factura: un infarto... o algo peor.

Pero ¿qué podría ser peor que esto?

Al ver la bolsa de sangre que cuelga encima de mi cabeza se me ocurre una idea o, mejor dicho, un plan suicida, pero a lo mejor así gano unos minutos...

Busco una jeringuilla e inyecto la anfetamina en la bolsa.

Hurgo en los armaritos y veo epinefrina y adrenalina y las añado también.

Pongo demasiado.

No le inyectarías algo así ni a un caballo de carreras aunque odiases al pobre animal y quisieras que le reventara el corazón en la última vuelta.

Pero eso es precisamente lo que quiero.

Mi cuerpo ya no tiene remedio.

Esta noche, de un modo u otro, moriré. Por lo menos que sea peleando.

Con una venda me sujeto la bolsa de sangre al pecho y me dispongo a pasarme la vía a una arteria de la pierna, a unos centímetros de donde me han disparado.

Intento pincharme, pero estoy demasiado débil. Tengo la sensación de que voy a perder de nuevo el conocimiento.

«¡THEO!»

No sé si eso ha sido un grito de Jillian o es fruto de mi imaginación. En cualquier caso, me viene muy bien. Encuentro la arteria y consigo clavar la aguja...

Ya empiezo a notarme el cosquilleo. Un hormigueo eléctrico me recorre la piel.

Se me acelera la respiración. El corazón empieza a latirme más deprisa.

JODER.

ESTOY QUE ARDO.

Tengo la cabeza como una de esas bolas de plasma de las tiendas de regalos.

En un momento de lucidez, agarro algunas jeringuillas del suelo, las lleno de distintos mejunjes y me las guardo en los bolsillos de la chaqueta.

Hay mucha sangre por el suelo. Me sujeto al pecho dos bolsas más de medio litro y me pego al costado una bomba de perfusión. No me transfundiré las otras dos bombas hasta que no me baje más la tensión. Para

curarme en salud, les inyecto adrenalina también.

Me acabo de montar un cacharro biónico que sería la envidia de Lance Armstrong. Ahora soy más fuerte: no me pongo de pie, me levanto de un salto.

Salgo de la ambulancia con la sensación de que estoy hecho de pura energía. Corro hacia donde he visto a Jillian por última vez.

Me muevo rápido. Sé que arrastro la pierna izquierda por la herida de bala, pero los estimulantes me disparan los nervios y las fibras musculares hacen lo que les pido porque la medicación anula todas las órdenes en contra.

Los nazis solían meterles un montón de mierda así a sus soldados para convertirlos en supersoldados. Luego el cuerpo les pasaba factura, pero tampoco es que a los médicos nazis les importara mucho.

Hace un momento estaba descorazonado, dispuesto a que Joe acabara conmigo. Ahora... ¡y una mierda! Soy UNA PUÑETERA LOCOMOTORA PREPARADA PARA ATRAVESARLO.

Una vocecilla interior me dice que son las drogas las que hablan.

A LA MIERDA ESE MURMULLO.

LO VOY A HACER PEDAZOS.

Adelante, campeón. Piensa un momento. Deberías hacerte con la escopeta que hay al lado del cadáver de Glenn. Puede que aún le queden uno o dos cartuchos.

La agarro y me adentro corriendo en el bosque. Entre los árboles hay un camino por el que debe de habérsela llevado. Miro en la recámara: queda un cartucho.

APROVÉCHALO BIEN.

Bajo corriendo la colina y salto los últimos metros.

Me falla la rodilla, pero sigo.

Quiere que lo persiga. Me ha visto herido en la ambulancia y quiere saber de qué estoy hecho y si voy a dejarlo que se lleve a rastras a mi chica o encontraré la fortaleza necesaria para ser un puñetero hombre.

Llego a un pequeño claro.

En el extremo opuesto veo una figura grande. Jillian está arrodillada en el suelo, le chorrea sangre del labio y tiene el ojo izquierdo morado. Joe la tiene sujeta por el cuello con una mano y en la otra tiene preparadas las garras para perforarle la yugular.

Mira hacia mí. Callado, pero lleno de rabia.

Me planteo la posibilidad de intentar dispararle, pero veo cómo me

tiembla el cañón en las manos.

Estoy demasiado alto para apuntar recto.

Podría darle tanto a ella como a él; además, él lleva chaleco antibalas.

Tiro la escopeta al suelo.

Rápido, rapidísimo, Joe empuja a Jillian a un lado y viene volando hacia mí.

Quiere demostrarme lo veloz que es. Quiere que vea que, en realidad, es un espíritu animal encerrado en un cuerpo humano.

Quiere que muera sabiendo que no es solo un loco depravado.

Quiere que crea que es un semidiós.

Por una milésima de segundo, así lo creo. Ningún hombre de su tamaño debería poder moverse a esa velocidad, ningún ser humano puede reaccionar tan rápido.

Luego recuerdo que soy científico.

Y QUE ME ACABO DE INYECTAR UN MONTÓN DE MIERDAS MUY POTENTES QUE ME VAN A MATAR.

PERO, POR UN MOMENTO, SOY UN SOLDADO VENGADOR CON LA FUERZA DE UN DEMONIO.

Y llevo encima un puñado de jeringuillas de las que él no sabe nada.

CAPÍTULO 83

ADAPTACIÓN

Tuve una amiga que era bióloga marina y se dedicaba a etiquetar tiburones blancos. Una vez le pregunté cómo demonios lograba hacerlo.

Primero, me explicó, agarras una vara larga y le pones el tranquilizante en el extremo. Luego echas la carnaza al agua y esperas a que el tiburón se acerque mucho al barco. Cuando el animal se está zampando los pedazos de pescado, le clavas el tranquilizante. Antes de que se adormezca, lo retienes en el agua con la ayuda de una hamaca especial y, mientras alguien cronometra los minutos de dosis que le quedan, tú haces tu trabajo.

El verdadero problema, según me dijo, no eran los tiburones blancos, sino lo que pasaba cuando ese enorme animal estaba inmovilizado y yacía indefenso en el arnés acuático. Había que protegerlo de los delfines. Los muy capullos son tan listos que no desaprovechaban la ocasión de atacar a los tiburones. Venían de pronto, a toda velocidad, y embestían con el hocico al tiburón en las branquias, para fastidiarlo.

No me extraña.

Los investigadores tenían que cubrirse las espaldas y asegurarse de que ningún torpedo de trescientos cincuenta kilos embistiera a sus pacientes.

Los tiburones llevan más de cuatrocientos millones de años nadando por el océano; los delfines, menos de una décima parte. Sin embargo, en ese breve lapso de tiempo, han logrado convertirse en su más temible enemigo.

Aunque los delfines tienen dientes de leche sin afilar en comparación con los tiburones, poseen una ventaja que el tiburón no tiene: el cerebro. Los delfines improvisan increíblemente bien. Los tiburones llevan auestas millones de años de estrategias preprogramadas; los delfines, en cambio, tienen códigos de engaño.

Yo no soy un luchador, pese al empeño de Gus. Pero tampoco lo es Joe.

Él es un asesino. Es un tiburón blanco a dos patas y, como los tiburones, usa la misma estrategia una y otra vez. Ataca a los asustados, los débiles, los vulnerables. Yo tengo que pensar como un delfín.

Joe se dirige a mí y yo me hincó de rodillas. Agita los brazos por encima de mi cabeza, cortando el aire con sus garras. Con movimientos tan rápidos que apenas puede controlarlos, me da una patada en el hombro con la pierna derecha y se tambalea.

Yo ruedo de costado.

Antes de que pueda incorporarme, Joe ya se ha vuelto bruscamente.

Joder, sí que es rápido.

Veó venir cuatro cimitarras. Agacho la cabeza y noto que me cortan la espalda. Voy colocado, así que no siento tanto el dolor como la sensación extraña de que te rajen.

Le clavo una jeringuilla en el gemelo. Lleva sedante de sobra como para pararle el corazón a un oso pardo. La aguja atraviesa el cuero. Empiezo a apretar el émbolo, pero Joe sacude la pierna y la aguja se parte en dos.

¡JODER!

Ya no me va a dejar acercarme tanto.

Me sirvo de la distracción para retroceder de un salto y alejarme de su vista un segundo.

Sostengo otra jeringuilla delante de mí con la mano izquierda.

Hace una pausa y me observa. Con la máscara, no le veo la cara, pero estoy seguro de que me está evaluando.

Tengo que probar una nueva táctica.

Debo hacer algo que sus víctimas nunca han hecho.

—¿Una mala noche, Joe?

Sé que su única reacción es el ataque, así que, en cuanto termino la frase, salto a un lado.

Joe se tira hacia donde yo estaba, cortando el aire y dejando al descubierto su deltoides izquierdo. Me abalanzo sobre él y me cuelgo de su brazo como un mono del tronco de un árbol.

Antes de que la aguja entre del todo, Joe me ataca el hombro y me corta con las cuchillas.

Un chorro de sangre sale disparado hacia su cara.

Joder, me ha dado en la arteria.

La sangre no deja de salir.

Me suelto de él y caigo de espaldas.

Joe se alza sobre mí, triunfante. Se ha deshecho de mí como lo haría King Kong.

Todavía me brota la sangre a chorros, tanta que salpica al aire y forma un charco alrededor de mi cabeza.

Él se limita a mirar.

Esto es lo que le va a él: herir a alguien y esperar a que se desangre.

Esto es lo que le pone.

Me he metido tanta mierda que mi cerebro va demasiado colocado como para saber que me estoy quedando sin sangre.

La fuente se convierte en un chorrillo, luego para.

Ahora se me debería parar el corazón.

Lo último que veré será al hombre que me ha asesinado.

El hombre que está a punto de matar a Jillian.

CAPÍTULO 84

TROMBOSIS

Joe se alza imponente sobre mí, disfrutando en silencio de mi muerte, dejando que me desangre como un cerdo.

Yo sigo tendido, indefenso, mirando fijamente a esa torre de hombre, esperando a que mi visión se nuble por completo y el barquero me ayude a cruzar el río Estigia.

Espero...

Y espero...

Joder, sí que cuesta morirse.

¿Se ha ralentizado el tiempo?

Estoy viviendo mi muerte remotamente, como el Vigilante de mis cómics de Marvel, el hombre que está ahí para el fin de las cosas.

¿La muerte es como el horizonte de sucesos de un agujero negro, donde uno no para de caer?

Sé que es subjetivo y todo eso, pero, joder, ya debería haber muerto.

Da igual cuántas drogas lleve en el organismo: una vez que te desangras así de una herida en una arteria, solo es cuestión de física. Te tienes que morir.

Pero yo sigo vivo. O al menos consciente.

Joe se dispone a arrodillarse. Lo oigo respirar bajo la máscara. Nota algo.

—Theo... —solloza Jillian.

Está hecha un trapo, tirada al borde del claro.

Joe vuelve la cabeza al oírla.

Entonces caigo en la cuenta.

No me ha dado en una arteria.

Me ha rajado una de las bolsas de sangre.

Estoy seguro de que también me ha cortado a mí, pero ese chorro de sangre no era mío.

Me está bajando la tensión, lo que significa que, en cualquier momento,

...

BZZZZZZZZZZZZZZZ.

La poca sangre que me queda revive de pronto. Joe se vuelve enseguida a mirarme.

Sigo haciéndome el muerto.

La bomba de perfusión suena como un busca.

Se inclina sobre mí para averiguar de dónde procede la vibración.

No. Respiro. Una. Mierda.

Joe se quita el guante de la mano derecha y lo sujeta con la izquierda. Me palpa el costado con su mano inmensa.

Le veo el cuello grueso y sonrosado bajo la máscara. Es su punto flaco. Sus branquias.

Como un delfín oportunista, le clavo con fuerza en el cuello la jeringuilla que llevo en la mano.

—¡¡CABRÓN!! —brama.

—Te he hecho salir de tu personaje, capullo.

Me da un puñetazo en la cara y me pulveriza la nariz.

Se dispone a ajustarse de nuevo las garras, luego se sienta sobre los tobillos, se pone de pie y se tambalea.

Yo me aparto rodando y me pongo de rodillas. Ahora me siento mareado.

Joe se bambolea, luego se detiene. Se ajusta el guante por completo y avanza pesadamente hacia mí.

Débil, pero algo más coordinado que él, me hago a un lado. Pasa de largo y luego se desploma como un borracho.

Me falla la pierna mala y me caigo de rodillas, luego de bruces.

Me corre la sangre por el cuello hasta la boca. No veo a Joe.

No veo una mierda.

Creo que voy a perder el conocimiento.

Una mano me agarra por la parte de arriba del brazo y me incorpora.

Intento darle un puñetazo a mi atacante, pero no sé dónde está.

—¡Theo! —me grita Jillian.

Mierda, casi le pego.

Dejo de resistirme y le permito que me arrastre hasta un tronco y me

incorpore.

—¿Estás bien? —me pregunta, en cuclillas delante de mí.

Le corre sangre por la cara, del golpe que le ha dado Joe.

—¿Y tú? —le digo yo.

—Mejor que tú. Aguanta. —Se acerca de un salto adonde se me ha caído la escopeta y la agarra—. No te duermas.

Se sienta y me coloca la cabeza en su regazo con una mano, mientras con la otra apunta la escopeta al cuerpo inconsciente de Joe.

Empiezo a quedarme dormido.

—¡Theo! —grita, despertándome de una bofetada—. La ambulancia está de camino. No te duermas.

Echo un vistazo y veo el cuerpo de Joe todavía ahí. Hago un cálculo y advierto a Jillian que, si no está muerto, no tardará en levantarse. Tenemos que pensar como delfines.

Me quedo traspuesto antes de poder decir nada.

Me parece que estoy soñando.

¡BUM!

Me despierto sobresaltado y busco el cuerpo de Joe... ¡Ya no está!

—¡Jillian!

—Tranquilo —dice.

—¡Se ha ido!

—Al infierno, Theo. Se ha ido al infierno.

Entonces lo veo: el cadáver de Joe desparramado contra un árbol. Le han arrancado la máscara y donde antes estaba su rostro ahora hay una masa sangrienta.

No sé si Joe venía o se iba, pero Jillian se ha cargado a ese hijo de puta.

Me gusta esta mujer.

Se me llevan.

Las luces rojas y azules bañan los árboles.

Los auxiliares sanitarios de urgencias me tiran de la ropa y me sueltan los tubos.

Espero que el rostro de uno de los sanitarios sea el mío.

Pero no lo es.

Ni siquiera pienso que yo esté aquí.

Decido que no.

Estoy de vuelta en la pizzería del campus, con mis alumnos. Juniper me

está mirando. Se inclina hacia delante, nuestros dedos casi se tocan en el asiento que hay entre los dos.

Tiene la cara de Jillian.

Esta vez no me aparto. Me acerco más y cubro su mano delicada con la mía.

Ella sonrío.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Erica Silverman-Spellman por asegurarse de que Theo no se perdía en el bosque. Muchas gracias a Jacquelyn BenZekry por ayudar a Theo a encontrar un hogar y a Liz Pearsons por hacer que se sintiera bienvenido. También querría dar las gracias a mis padres, Jamie y Zory Hunter, a Justin Robert Young, Kenneth Montgomery, Hannah Wood, Mary Jaras, Peter J. Wacks, Steven L. Sears, a la familia Winner, a Chris Brennan, Brian Brushwood, Paul Zak, Jack Horner, David Sands, Richard Friedman, James Randi, y a todos aquellos con los que he tenido el placer de hablar sobre nuestro mutuo amor por la ciencia.